LOS GATOS GUERREROS

EL ESPÍRITU DE UN GUERRERO

INCLUYE:

EL SECRETO DE ALA DE MARIPOSA
LAS CACHORRAS DE GUIJARRO
BRILLANTE ♦ LAS RAÍCES DE ÁRBOL

TRADUCIDO POR
MONKI_DONKI & PICHU06

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL ESPÍRITU DE UN GUERRERO

INCLUYE:

El Secreto de Ala de Mariposa
Las Cachorras de Guijarro Brillante
Las Raíces de Árbol

CRÉDITOS

Libro original: “Warriors: A Warrior’s Spirit” *por* ***Erin Hunter***
Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducciones: ***Monki_Donki*** *y* ***Pichu06***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio

Publicado: 10/6/24
Última Actualización: 6/6/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
Las Cachorras de Guijarro Brillante.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Guías de Campo:

Código de los Clanes.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche Más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*
2. *Cielo.*

CONTENIDO

Créditos..... 3

El Secreto de Ala de Mariposa

- Filiaciones..... 9
- Capítulo 1..... 14
- Capítulo 2..... 24
- Capítulo 3..... 36
- Capítulo 4..... 45
- Capítulo 5..... 58
- Capítulo 6..... 66
- Capítulo 7..... 72
- Capítulo 8..... 79
- Capítulo 9..... 85

Las Cachorras de Guijarro Brillante

- Filiaciones..... 90
- Capítulo 1..... 92
- Capítulo 2..... 100
- Capítulo 3..... 109
- Capítulo 4..... 117
- Capítulo 5..... 127
- Capítulo 6..... 132
- Capítulo 7..... 137
- Capítulo 8..... 140
- Capítulo 9..... 145

Las Raíces de Árbol
Filiaciones…… 151
Capítulo 1…… 152
Capítulo 2…… 160
Capítulo 3…… 169
Capítulo 4…… 177
Capítulo 5…… 182
Capítulo 6…… 187
Capítulo 7…… 192
Capítulo 8…… 199
Capítulo 9…… 206
Capítulo 10……... 212

LOS GATOS GUERREROS

EL SECRETO DE ALA DE MARIPOSA

DEDICATORIA

Gracias especiales a Clarissa Hutton.

Título original: "Mothwing's Secret"
Traducción: ***Pichu06***.

FILIACIONES

CLAN DEL RÍO

LÍDER — **ESTRELLA LEOPARDINA** — gata atigrada con insólitas manchas doradas.

LUGAR-TENIENTE — **VAHARINA** — gata gris azulado claro de ojos azules.

CURANDERO — **ARCILLOSO** — gato marrón claro de pelo largo.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

PRIETO — gato negro grisáceo.
PASO POTENTE — corpulento gato atigrado.
BORRASCOSO — gato gris oscuro de ojos ámbar.
PLUMOSA — gata gris claro de ojos azules.
MUSGOSA — gata blanca y carey.
APRENDIZA, ZARPA DE GOLONDRINA (gata atigrada marrón oscuro de ojos verdes).
ALCOTÁN — gato marrón oscuro de anchos omóplatos.
ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

REINAS
(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FLOR ALBINA — gata gris muy claro.
CORAZÓN DE CIELO — gata atigrada marrón claro.

VETERANOS
(guerreros y reinas ya retirados)

SOMBRA OSCURA — gata gris muy oscuro.
TRIPÓN — gato marrón oscuro.

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA DE FUEGO — gato naranja con un manto del color de las llamas.

LUGAR-TENIENTE

LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.

CURANDE-RAS

CARBONILLA — gata gris oscuro.

APRENDIZA, HOJARASCA (atigrada marrón claro de zarpas blancas y ojos ámbar).

GUERREROS

MUSARAÑA — pequeña gata marrón oscuro.

APRENDIZ, ZANCÓN (gato negro de ojos ámbar).

MANTO POLVOROSO — gato atigrado marrón oscuro.

APRENDIZA, ESQUIROLINA (gata de color rojizo oscuro de ojos color verde).

TORMENTA DE ARENA — gata color melado claro.

APRENDIZA, ZARPA ACEDERA (gata blanca y carey de ojos ámbar).

NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo.

FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.

APRENDIZA, ZARPA CANDEAL (gata blanca de ojos verdes).

ESPINARDO — atigrado marrón dorado claro.

APRENDIZ, TOPILLO (pequeño gato marrón oscuro de ojos color ámbar).

CENTELLA — gata blanca con manchas canela.

ZARZOSO — atigrado marrón oscuro de ojos ámbar

CENIZO — gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

ORVALLO — gato gris oscuro de ojos azules.

HOLLÍN — gato gris de ojos ámbar.

REINAS

FLOR DORADA — gata de pelaje rojizo claro y ojos amarillos.

FRONDA — gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro

VETERANOS

ESCARCHA — dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

COLA MOTEADA — gata carey, el miembro más anciano del Clan del Trueno.

COLA PINTADA — atigrada clara.

RABO LARGO — gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER — **ESTRELLA NEGRA —** gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

LUGAR-TENIENTE — **BERMEJA —** gata de color rojizo oscuro.

CURANDERO — **CIRRO —** atigrado muy pequeño.

GUERREROS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.
APRENDIZ, AHUMADO (gato gris oscuro).
TRIGUEÑA — gata carey de ojos verdes.
CEDRO — gato gris oscuro.
SERBAL — gato rojizo.
APRENDIZ, GARRUDO (gato gris claro).
AMAPOLA — atigrada marrón claro de patas muy largas.

VETERANOS

NARIZ INQUIETA — pequeño gato blanco y gris, antiguo curandero.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA ALTA —** viejo gato blanco y negro de cola muy larga.

LUGAR-TENIENTE — **ENLODADO —** gato marrón oscuro con manchas.

APRENDIZ, CORVINO (gato gris oscuro de ojos azules).

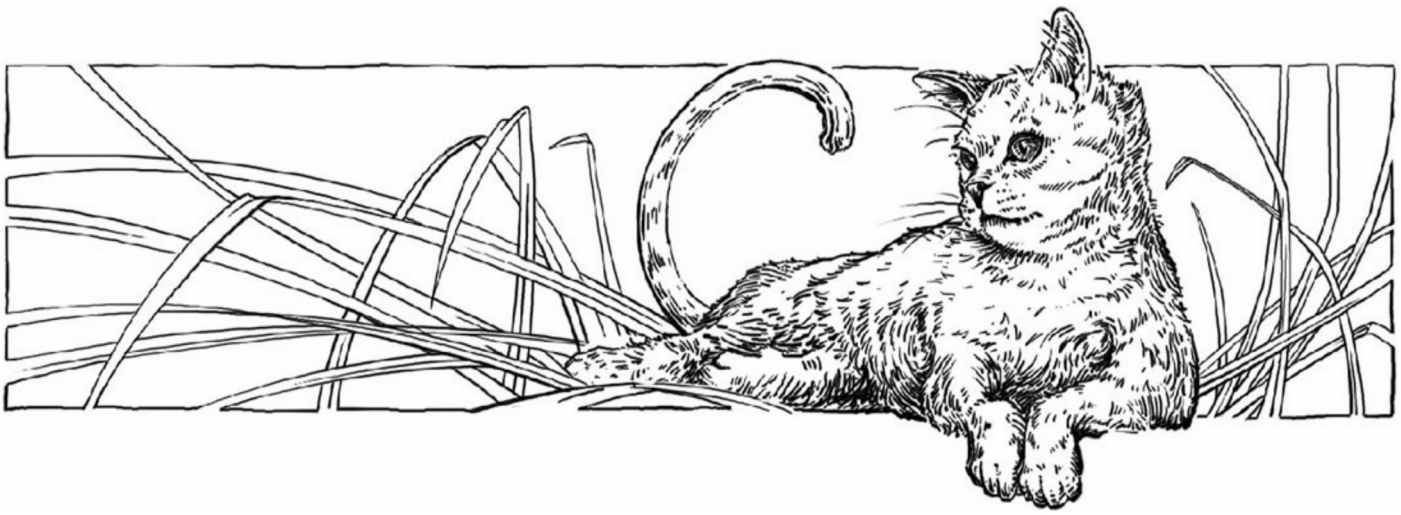
CURANDERO — **CASCARÓN —** gato marrón de cola corta.

GUERREROS

BIGOTES — atigrado marrón.
MANTO TRENZADO — gato atigrado gris oscuro.
OREJA PARTIDA — macho atigrado.
PERLADA — gata gris.
COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

VETERANOS

FLOR MATINAL — reina color carey.



Capítulo 1

Ala de Mariposa rodó sobre su espalda y se quedó mirando las ramas en la cima de la guarida de los guerreros. En la oscuridad apenas podía distinguir las formas de las plumas y las hierbas de aroma dulce que habían sido tejidas entre ellas.

—No puedo dormir —susurró. Su cola se movió nerviosamente.

Junto a ella, su hermano Alcotán suspiró.

—Solo cierra los ojos —dijo—. Te dormirás eventualmente.

—Me siento…

«*Mal*», Ala de Mariposa pensó sombríamente.

Antes de que pudiera terminar, un aullido vino del lado opuesto de la guarida.

—*Ninguno* de nosotros podrá dormir si ustedes dos no se callan —dijo Prieto ferozmente, y otros guerreros gruñeron su acuerdo.

—Son guerreros ahora —Musgosa añadió, firme, desde su lecho—. Sean sensibles y dejen al resto de la guarida descansar.

—Perdón —dijo Ala de Mariposa.

Se echó sobre su vientre otra vez y enroscó su cola a su alrededor. Cerrando los ojos, pensó, «*Soy una guerrera ahora, no una aprendiza. Puedo cuidar de mí misma*». A pesar del suave musgo fresco en su lecho, no podía ponerse cómoda, y se echó sobre su costado. «*Extraño a Sasha*».

Cuando su madre había abandonado el Clan del Río y regresado a su vida como una proscrita, había invitado a Zarpa de Mariposa y a Zarpa de Alcotán a ir con ella. Zarpa de Mariposa amaba ser una aprendiza del Clan del Río, había aprendido a cazar, pelear y por primera vez, a confiar en

gatos que no eran de su familia, pero amaba más a su madre. Si hubiera dependido de ella, se habría ido con Sasha. Pero Zarpa de Alcotán había querido quedarse. Había clavado sus garras en el suelo como si pudiera obligarlas a permanecer en el Clan del Río agarrándose del campamento. Así que se habían quedado. Zarpa de Mariposa no se iría sin Zarpa de Alcotán. Era su hermano, su único hermano ahora. *Pertenecían* el uno con el otro. «*Tomé mi decisión* —pensó—. *Decidí convertirme en una guerrera del Clan del Río*». Rodó sobre su otro costado. «*Solo espero poder ser una buena guerrera*».

Alcotán gruñó.

—¡Quédate quieta! —siseó suavemente—. ¡No puedo dormir si estás despierta!

—Perdón —Ala de Mariposa susurró.

Cerró bien los ojos, decidiéndose a quedarse quieta. Parte de ella quería explicarle a Alcotán por qué le era tan difícil quedarse dormida. Después de todo, él había estado ahí cuando sucedió. Entendería por qué no le gustaba dormir… por qué le aterraba soñar. Pero el esfuerzo que le costaba quedarse despierta la dejaba exhausta.

A pesar de sus esfuerzos, sus respiraciones se volvieron profundas y estables, y pronto se quedó dormida. Los sueños siempre llegaban, y la cosa terrible siempre sucedía, justo como en la vida real. Nunca podía evitarlo.

—Nunca encontraremos a Ken —Alcotín se quejó, apresurándose a seguir el ritmo de Renacuajo—. No sabemos cual era su guarida de Dos Patas.

Renacuajo movió la cola de forma despectiva.

—Sasha nos contó mucho sobre el lugar en el que solía vivir. Estoy seguro de que lo reconoceremos. Estará muy feliz de que lo encontremos.

Sasha siempre estaba preocupada, pero sus tristes ojos se encendían cuando les contaba sobre los viejos días en los que había sido una minina doméstica y vivía con un viejo Dos Patas llamado Ken.

Mariposa caminaba cerca de Alcotín, rozando su pelaje, e intercambiaron una mirada dudosa. No creía que fuera así de fácil, sin importar lo que pensara Renacuajo.

Mientras llegaban al borde del Poblado de los Dos Patas, las patitas de Mariposa se ralentizaron por el desaliento. ¡Había demasiadas guaridas! Nunca se había dado cuenta de lo grande que era el Poblado.

De repente quiso salir corriendo directo a su cómoda guarida y hacerse bolita. ¿Cómo podrían encontrar un Dos Patas en un lugar tan grande y confuso?

—¡Vamos! —Renacuajo llamó alegremente—. ¡Nunca hemos tenido una aventura tan grande!

«Una aventura», *pensó Mariposa, animada, y dio un paso adelante. Estaba con sus hermanos en su mayor aventura hasta ahora. Se cuidarían entre sí.*

El camino de los Dos Patas era extrañamente áspero bajo sus patas, y Mariposa las apoyó vacilante, mientras Alcotín se sentaba y se lamía las suyas, como intentando lavar la sensación. Una brisa alborotó el dorado pelo de la cachorra. En algún lugar entre las guaridas de los Dos Patas un perro ladró, y las tres crías retrocedieron.

Mariposa divisó un árbol adelante con ramas lo suficientemente bajas como para que un cachorro pudiese trepar.

—¿Ese no parece el árbol del que Sasha nos habló? —preguntó, levantando la cola con emoción—. ¿El que trepaba todos los días cuando era una mascota?

Renacuajo inclinó la cabeza y miró el árbol, pensativo.

—Apuesto a que tienes razón —respondió—. ¡Buen trabajo, Mariposa!

—Miremos por encima del cerco. —Alcotín corrió hacia adelante, con los otros cachorros pisándole los talones.

Fue fácil saltar a las ramas más bajas del árbol, Mariposa clavó sus garras en su áspera corteza gris y trepó por en frente de sus hermanos. Mirando por encima de la cerca, vio un cachorro de Dos Patas corriendo por la hierba afuera de la guarida, pateando una pelota con sus pálidas piernas sin pelo.

—¿Ken tenía cachorros? —preguntó.

Renacuajo miró por encima de su hombro.

—No lo creo —maulló dudoso—. Era un veterano, ¿no?

Ante un repentino golpe, los cachorros levantaron la mirada. Había una apertura en la guarida, cubierta de piedra transparente, y una Dos Patas hembra parada detrás, golpeando la piedra y mirándolos.

—¡Se ve enojada! —aulló Alcotín.

—Mejor salimos de aquí —Renacuajo añadió.

Mariposa asintió, volviendo por la rama.

—Ese no es Ken.

A salvo de regreso en el suelo, los cachorros buscaron por el área. Una pareja de Dos Patas, con las cabezas cercas por una conversación, se acercaba bajando por el camino, y Mariposa se agachó instintivamente. «¡Que no me vean!». *Con un gran zumbido, otro Dos Patas se acercó, montando en el lomo de un delgado monstruo que tenía dos patas redondas y angostas, una detrás de la otra. Cuando pasó a su lado con rapidez, el Dos Patas giró la cabeza para ver a los gatitos, y a Mariposa le entró el pánico.*

—¡Corran! —chilló, y corrió por el camino, dirigiéndose a una estrecha apertura entre las guaridas de los Dos Patas. Pudo escuchar a sus hermanos corriendo tras ella.

Para cuando pararon, con la respiración entrecortada y con el corazón latiendo, habían viajado un largo camino.

—¿Cómo volveremos a casa ahora? —Alcotín jadeó, mirando a su alrededor.

Las orejas de Renacuajo se movieron.

—Corrimos en línea recta —le dijo a Alcotín—. Si damos la vuelta, volveremos a la guarida que no era de Ken. Luego podemos encontrar el camino a casa desde ahí.

—Sasha se enojará si no estamos allí cuando vuelva de cazar —maulló Mariposa en voz baja—. No quiero meterme en problemas.

—No estaremos en problemas —Renacuajo le dijo—. Estamos haciendo algo lindo para Sasha. Encontraremos a Ken.

Alcotín y Mariposa intercambiaron una mirada, y la cachorra vio su propia duda reflejada en los azules ojos de su hermano.

—Quizá deberíamos… —Alcotín comenzó, pero otra voz, más severa, lo interrumpió.

—¿Qué creen que están haciendo, cachorros? —Un gran gato gris, con las orejas marcadas de cicatrices, apareció desde las sombras—. Los extraños no son bienvenidos aquí.

Renacuajo se paró frente a sus hermanos.

—No estamos haciendo nada malo.

El extraño olfateó y arrugó la nariz.

—¿Acaso es el bosque lo que huelo en ustedes? Tres pequeños pedazos de chatarra, venidos directo del bosque. Más les vale que me digan por qué están husmeando por aquí.

Otro gato, negro y blanco, tan grande como el primero, se deslizó desde las sombras junto a él, seguido por una tercera, una atigrada incluso más grande que los otros.

—Um, solamente estábamos… —Renacuajo empezó a temblar.

El gato gris entrecerró los ojos mientras los otros dos los rodeaban, poniéndose detrás de los cachorros. Alcotín y Mariposa se acercaron más a Renacuajo. Mariposa podía sentir a ambos de sus hermanos temblando. ¿Realmente este era el tipo de gatos que vivían en el Poblado? Según lo que Sasha les había dicho, los gatos que vivían con Dos Patas deberían ser más amables.

—Pequeños pedazos de piel, dando vueltas por aquí —el negro y blanco gruñó—. Creen que pertenecen aquí.

—Vamos a mostrarles lo que le hacemos a los intrusos —se burló la atigrada, sacando las garras.

El nervio de Mariposa se rompió.

—¡Corran! —aulló, y empezó a correr, pasando junto al gato gris. Él la dejó ir, ronroneando de la risa, y sus hermanos corrieron tras ella.

Se apresuraron camino abajo y se cruzaron con un parche de pasto junto a una guarida de Dos Patas, y entonces, cayendo sobre sus vientres, se metieron bajo una cerca. Un perro se abalanzó sobre ellos, ladrando, y con un chillido de terror, Mariposa se metió bajo otra cerca. Todo estaba borroso: su corazón latía mientras corría hacia un lado y luego hacia el otro, cruzando senderos de Dos Patas y saltando zanjas.

Por fin, sin aliento, patinaron al pie de un árbol.

—Creo que los perdimos —jadeó Renacuajo.

Mariposa miró hacia atrás con un escalofrío.

—Mejor nos escondemos un rato —el gatito negro decidió.

—¿Dónde? —Alcotín preguntó.

Los tres cachorros levantaron la mirada a la guarida de Dos Patas frente a ellos. No se veía arreglada y sólida como las otras que habían visto, sino que se veía sin vida y abandonada. Había huecos en las paredes, y su colorida piel se estaba pelando en largas tiras.

Mariposa movió las patas.

—Creo que está vacía.

—¡Miren! —aulló Renacuajo, apuntando con su cola una apertura en la pared de la guarida—. ¡Podemos escondernos ahí!

Mariposa dudó.

En el Clan del Río, adulta y soñando, Ala de Mariposa medio despertó y murmuró:

—No. No lo hagan.

Pero no podía cambiar el sueño, no podía cambiar lo que su yo más joven había hecho.

—Bueno —ella murmuró finalmente—. ¿Creen que sea seguro?

—Será una aventura —Alcotín contestó alegre, y las tres crías se escabulleron por la larga hierba.

Se suponía que el hueco tuviese una piedra transparente, observó Mariposa, como la que habían visto en la guarida de la Dos Patas que los miró enojada a través de ella, pero la piedra clara estaba abierta hacia arriba, con un palo sosteniéndola.

Había una bajada frente a la apertura, y bajaron por una pila de cosas de Dos Patas hacia un lugar frío y gris donde un montón de objetos se alzaban a su alrededor como un extraño bosque. Cuando Alcotín pasó por el hueco, empujó el palo, y la piedra transparente se cerró con un golpe pesado tras ellos.

—Oh oh —maulló, mirándola.

—No te preocupes, descubriremos como escapar cuando estemos listos —Renacuajo le dijo con confianza. Grandes gotas de lluvia empezaron a salpicar en la piedra clara, y añadió—: Está lloviendo afuera, y estamos secos y a salvo aquí.

Los cachorros exploraron. Olfateando, Mariposa olisqueó polvo húmedo y un débil rastro de ratón. Había diminutos ruidos de garras provenientes de la esquina, y la gatita se agachó, entrecerrando los ojos como Sasha cuando cazaba.

Alcotín soltó un ronroneo de risa.

—¡Tu cola está muy alta! ¡Perderás el equilibrio!

Mariposa miró hacia atrás, y con culpa, la bajó.

Renacuajo pasó corriendo junto a ambos, y los ruidos de garra se hicieron más fuertes, y luego desaparecieron abruptamente.

—Perdón. Se escapó.

—Si tan solo me hubieses dejado… —Mariposa comenzó, irritada, pero entonces un fuerte borboteo la interrumpió.

Los tres cachorros se giraron para ver un alto tubo plateado, como un árbol sin ramas, que iba por la esquina de la habitación, desde el suelo hasta el techo. Había estado en silencio y había sido poco interesante, pero ahora estaba haciendo terribles sonidos de agua, como si un río entero corriera a través de él.

—¿Qué es eso? —Alcotín preguntó. Las tres crías retrocedieron.

—No puede herirnos —maulló Renacuajo, inquieto.

El borboteo se intensificó. Entonces, con un fuerte estallido, el tubo se rompió. El agua se escurrió, corriendo por el suelo. En momentos, llegó hasta los talones de los gatitos. Estaba helada.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Alcotín aulló. Corriendo hacia la pila de chatarra de los Dos Patas bajo la piedra transparente, y comenzó a subir.

—Está cerrada, ¿recuerdas? —lloriqueó Mariposa, pero lo siguió. Una polvorienta y redonda cosa de madera se deslizó bajo su pata, y cayó una cola de distancia hacia abajo, aterrizando en un enredo de mantos suaves con un gruñido—. ¡Ayúdenme! —gritó, forcejeando mientras las cosas de Dos Patas se enredaban a su alrededor. El agua le lamió el vientre.

—¡Agárrate, Mariposa! —Renacuajo la ayudó a desenredarse—. ¡Vamos!

Juntos comenzaron a trepar por la chatarra otra vez. Las garras de Mariposa se engancharon en otro manto, y se resbaló con un chillido de terror.

—¡Puedes hacerlo, Mariposa! —llamó Renacuajo. Con su hombro la empujó hacia arriba, y ella comenzó a trepar otra vez.

El agua subía con rapidez. Una ola le lamió las patas traseras, y miró hacia atrás para ver que estaba al nivel de los hombros de Renacuajo.

—¡Rápido! —ella maulló.

Alcotín había trepado al angosto saliente por el que habían entrado.

—No… puedo… abrirla —jadeó, empujando la piedra clara con sus patas.

Mariposa estaba jadeando. De pronto el saliente parecía estar muy lejos. Sus patas se ralentizaron.

—¡Vamos! —Renacuajo aulló, y empujó los cuartos traseros de su hermana.

Alcotín se agachó, mordiendo suavemente el pescuezo de Mariposa y tirando, instándola a subir. Con un tirón, se agarró del saliente y subió junto al cachorro marrón. Una leonada cara familiar apareció por fuera de la piedra transparente, mirándolos a través de ella con unos frenéticos ojos azules.

—¡Sasha! —lloró Mariposa, el alivio surgió en ella.

Se giró para estirar una pata hacia su hermano, justo a tiempo para ver al agua creciente arrastrar a Renacuajo.

* * *

Ala de Mariposa se despertó del familiar sueño con un grito ahogado, todavía intentando alcanzar a su hermano perdido. Pasó una de sus patas contra Alcotán, quien se despertó con un gruñido.

—Para —murmuró, y luego, más calmado, preguntó—: ¿Estás bien?

—Estoy bien —Ala de Mariposa le dijo.

Podía ver sus ojos brillando en la oscuridad de la guarida, mirándola, así que se giró y le dio la espalda. No quería hablar de lo que había visto, aunque Alcotán era el único que entendería.

El sueño había terminado, pero el resto del recuerdo se reprodujo en su mente. Sasha logrando abrir la ventana, Alcotín y ella tropezando hacia la libertad que ofrecía el pasto. Su madre aullando el nombre de Renacuajo. Mirando por su costado, Mariposa había visto a Renacuajo salir a la superficie, con las patas estiradas hacia Sasha, y luego hundirse otra vez.

La lluvia había caído fuertemente contra la cabeza de Mariposa mientras se estiraba hacia el saliente, esperando en cualquier momento ver la pequeña, negra y determinada cara de Renacuajo, pero no había vuelto a aparecer. Renacuajo había sido el más fuerte de ellos, el más valiente. No podía creer que no hubiese sobrevivido, no cuando ella y Alcotín sí. Pero Renacuajo se había ahogado. Mariposa no había sido capaz de dejar de temblar. Alcotín había arañado a su madre, intentando saltar al agua para sacar a Renacuajo, pero Sasha lo había mantenido atrás. Sus ojos brillaban de dolor, había dicho que era demasiado tarde. Alcotín había colapsado en el suelo, lloriqueando, y Mariposa se había echado a su lado, apretándose contra su costado, temblando fuertemente. Un pensamiento había atravesado su dolor como una garra: desde ese momento en adelante, ella y Alcotín tendrían que quedarse juntos. Sin Renacuajo, necesitarían al otro más que nunca.

Al final, Sasha los había llevado de regreso a su guarida en el bosque y secado con cortos y feroces lametones, entonces se había acurrucado y dormido sin una palabra. Alcotín también había dormido, en una inquietante siesta con lloriqueos. Pero Mariposa se había quedado despierta, con los ojos en la forma atigrada de su hermano.

—Ambos seremos igual de valientes y fuertes que él —había susurrado—. Nunca te dejaré, lo prometo.

Ahora Ala de Mariposa rodó sobre su costado y miró a su hermano nuevamente. La luz del alba, fría y clara, había comenzado a esparcirse por la guarida.

—Nos quedaremos juntos —susurró, con el pecho doliéndole de amor y tristeza.

No importaba si permanecía en el Clan del Río o no. Su hogar *siempre* sería en donde estuviese Alcotán. Pertenecían el uno con el otro. Sin Renacuajo, sin Sasha, era todo lo que les quedaba.

Más tarde esa misma mañana, Ala de Mariposa conformaba la retaguardia de una patrulla de pesca mientras volvían al campamento, con un pececillo colgando de su boca. Sus patas se sentían pesadas y sus párpados se cerraban, la poca siesta que había tenido no había restaurado sus energías.

—Hola —Alcotán la saludó, acercándosele mientras dejaba el pececillo en el montón de carne fresca—. ¿Tú cazaste eso?

Ala de Mariposa bostezó.

—No, es de Borrascoso. Le estaba ayudando a llevar parte de su captura.

La cola de Alcotán se movió.

—Él es bueno —admitió—. Pero tú deberías ser mejor.

—*Soy* buena pescando —discutió Ala de Mariposa, ofendida—. Es que hoy estoy cansada.

—Lo sé. —Alcotán miró a su alrededor y entonces la dirigió al borde del campamento, donde no podían ser oídos—. Escucha —maulló con urgencia—. Tenemos que dar lo mejor todo el tiempo. No todos nos quieren aquí.

Ala de Mariposa suspiró. Lo sabía. Ya que no habían nacido en el Clan, ya que su madre había sido una proscrita, algunos gatos siempre los verían como forasteros. «*Y si algún día se enteran de que Estrella de Tigre, quien casi destruye los Clanes, era nuestro padre, las cosas serán mucho peor*».

—¿Pero qué podemos hacer? —preguntó, impotente.

Alcotán se le acercó aun más, con sus ojos claros fijos en los de ella.

—*Algunos* gatos no nos quieren. Pero escuché a Estrella Leopardina decirle a Vaharina lo fuerte que somos y que somos una gran adición al Clan. Nuestra líder y lugarteniente creen en nosotros.

—Eso es bueno.

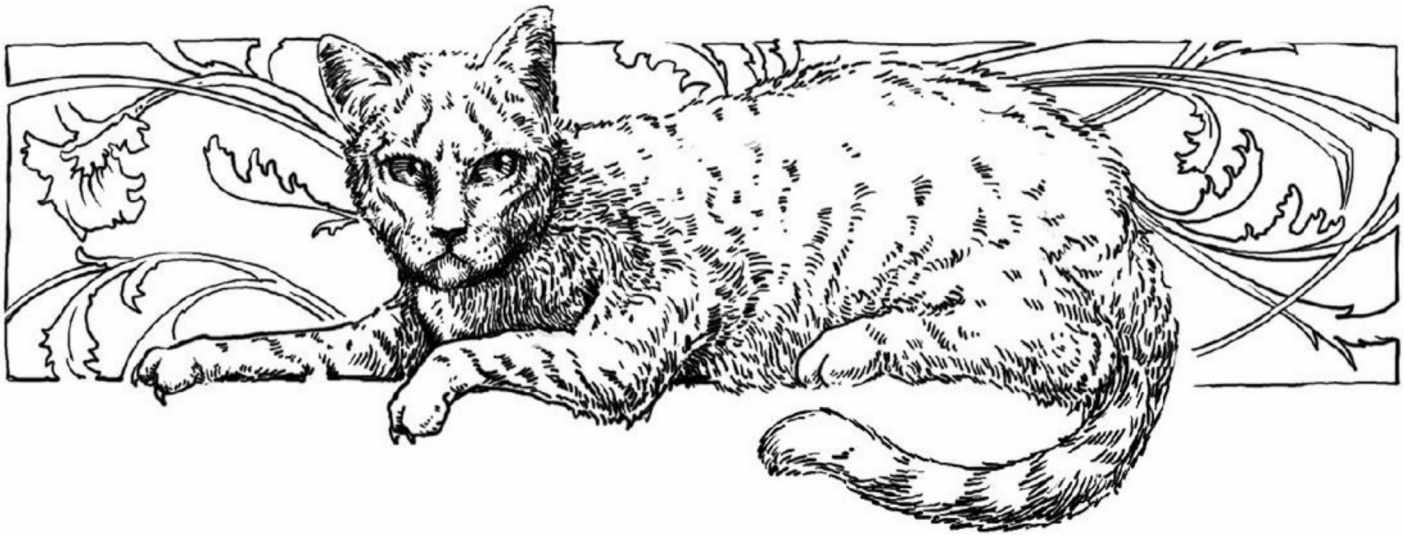
La calidez se expandió a través de Ala de Mariposa. Vaharina había sido su mentora, y Estrella Leopardina había sorprendido a todo el Clan al

tomar a Alcotán como su aprendiz. Las gatas a la cabeza del Clan *querían* que encajaran.

—Si ambos damos lo mejor todo el tiempo —Alcotán le dijo, con las orejas erguidas de emoción—, todos y cada uno de los guerreros del Clan del Río tendrán que aceptarnos. Quizá *nosotros* seamos líder y lugarteniente algún día.

—Quizá —maulló ella.

Ella no podía verse a sí misma liderando el Clan del Río, pero podía ser una buena guerrera. Y quizá Alcotán llegaría a ser líder, algún día. «*Si está determinado a ser el mejor guerrero que puede, estaré justo a su lado*».



CAPÍTULO 2

Unos días después, Ala de Mariposa caminaba por el suelo embarrado al borde del río, con la cola caída. «*No puedo esperar a volver al campamento y descansar*», pensó. Sus sueños de la muerte de Renacuajo habían sido más frecuentes últimamente, manteniéndola despierta en su lecho hasta que se hacía tan tarde que el sueño la arrastraba a pesar de sus inquietos pensamientos.

Adelante de ella, Alcotán olisqueó enérgicamente una pequeña planta de hojas lacias.

—¿Esta es? —preguntó.

Vaharina la rodeó para verla, con Musgosa y Zarpa de Golondrina pisándole los talones.

—No —le dijo—. ¿Arcilloso no les dijo como se ve la menta acuática? Las hojas son más claras y ovaladas.

Musgosa movió las orejas.

—*Yo* sí sabía.

Zarpa de Golondrina miró la planta.

—Esas son algo ovaladas —maulló—. ¿Estás segura de que no es esta?

Ala de Mariposa bostezó. Sus párpados se sentían muy pesados. Los ojos azules de Vaharina pasaron por encima de ella, y luego miró el círculo de gatos a su alrededor.

—Realmente no necesitamos tantos gatos en una patrulla como esta —decidió—. Ala de Mariposa y Alcotán, ¿por qué no vuelven al campamento? Parece que a Ala de Mariposa le haría bien dormir un poco.

La gata dorada bajó la cabeza y se lamió el pecho, caliente de vergüenza.

—Estoy bien —insistió, pero Vaharina le hizo un gesto con la cola.

—Nosotros tres podemos arreglárnoslas —la lugarteniente le dijo.

Alcotán inclinó la cabeza y contestó:

—Sí, Vaharina. —Mientras tanto alejó levemente a Ala de Mariposa y le lanzó una mirada amenazante.

Pasó a su lado y ella lo siguió de regreso al campamento, con la mirada fija en su cola marrón atigrada.

Cuando estuvieron fuera del alcance de la vista y oído de la patrulla, Alcotán se giró para encarar a su hermana.

—Mariposa, tenemos que ser buenos en las patrullas. Tenemos que ser los mejores. Lo sabes.

Ala de Mariposa se puso rígida.

—Soy Ala de Mariposa ahora. *Tú* lo *sabes*.

—Exactamente. —Alcotán se relajó un poco y restregó su cola contra la de ella—. Está bien. Podemos practicar algunos movimientos de batalla cuando lleguemos al campamento. Eso es más importante que buscar hierbas, de todos modos.

«*Vaharina me dijo que descansara, no que jugara a pelear*». El manto de Ala de Mariposa se erizó de irritación, pero no dijo nada. Prefería practicar movimientos de batalla con su hermano que discutir con él.

Abriéndose paso por entre los juncos a la entrada del campamento, Ala de Mariposa olfateó, sintiendo un olor extraño. El olor a húmedo de las hojas de roble mezclado con el familiar aroma del campamento del Clan del Río.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Alcotán apuntó con la cola hacia la guarida de curandería.

—La curandera del Clan del Trueno —dijo—. Debe haber venido a hablar con Arcilloso.

Ala de Mariposa miró con curiosidad a la extraña gata. Nunca la había visto antes, ya que Estrella Leopardina no la había llevado a ella y a Alcotán a una Asamblea aun, pero la gata gris oscuro debía ser Carbonilla. Se veía pequeña al lado del curandero de anchos hombros del Clan del Río, cuyo pelaje marrón claro estaba moteado de gris. Arcilloso había sido un guerrero antes de convertirse en un curandero, y todavía se veía tan poderoso como cualquier guerrero del Clan.

Los dos estaban en plena conversación. Ala de Mariposa irguió las orejas, intrigada. Había algo fascinante sobre los curanderos. ¡Sabían

mucho! La pasada estación de la hoja nueva, a Ala de Mariposa, Zarpa de Mariposa en ese entonces, le habían molestado unos dolores en su estómago, y Arcilloso había sido muy amable, muy confiado, mientras le daba de comer hierbas para hacerla sentir mejor, y había calmado y convencido a una ansiosa Sasha de que Zarpa de Mariposa no estaba en peligro.

—Mi almacén de manzanilla también está escaso —Arcilloso estaba diciendo—. No puedo prestarte. Pero ¿probaste con pimpinela?

Carbonilla parpadeó, pensativa.

—Sabes, debería haber un poco creciendo cerca del Poblado de los Dos Patas ahora. Quizá todos los curanderos deberíamos…

Ala de Mariposa se acercó más, intrigada. Los curanderos trabajaban juntos a veces, sin importar el Clan al que pertenecieran. Ningún otro guerrero hacía eso. Carbonilla levantó la mirada cuando Ala de Mariposa se acercó aun más, y la guerrera se congeló. ¿Los curanderos se enojarían con ella por escuchar?

Pero Carbonilla solo le dedicó un pequeño asentimiento a modo de saludo. Ala de Mariposa se tranquilizó y le devolvió el gesto.

Y entonces algo chocó contra su costado, derribándola a través del claro.

—Soy un guerrero del Clan de la Sombra —gruñó Alcotán, con tono juguetón—. ¡Ataque sorpresa!

Ala de Mariposa forcejeó bajo las patas de su hermano, intentando tirarlo.

—¡Para!

«*¿Qué pensará Carbonilla de nosotros? ¡Comportándonos como cachorros!*». No podía escapar. Ronroneando de risa, Alcotán empujó hacia abajo con más fuerza, clavándola contra el suelo bajo sus patas.

—¡Ríndete! —gritó—. ¡O te arrastraré a mi pantanoso bosque!

—No quiero jugar —Ala de Mariposa le dijo directamente. Dejó de forcejear y se quedó quieta, mirando a su hermano.

—Vamos —suplicó Alcotán. Dejó que sus garras de deslizaran y la pinchó suavemente en el hombro—. ¿Qué clase de guerrero del Clan del Río no contraataca?

—Una que está cansada —replicó la guerrera, sin mover un músculo.

—No eres divertida —su hermano le dijo.

Dejándola ir, se alejó hacia la guarida de los guerreros. Ala de Mariposa se puso de pie y se sacudió el manto, el hombro le dolía. «*¿Por qué no puedo pelear tan bien como él?*». Alcotán era más grande que ella,

pero también era más rápido, y parecía aprender movimientos de lucha en el momento en que se los mostraban. «*Quizá heredó eso de Estrella de Tigre*».

Ala de Mariposa se sacudió el manto nuevamente, alejando el pensamiento. Tenían que olvidar que Estrella de Tigre era su padre: Sasha había dejado muy claro que si los gatos del Clan se enteraban, nunca confiarían en ellos, nunca los dejarían quedarse.

Los curanderos todavía estaban discutiendo sobre hierbas. Ala de Mariposa los miró, tentada, pero Carbonilla ya no la estaba mirando.

—¿Estás bien? —Corazón de Cielo se acercó desde donde había estado observando a sus cachorros jugar en el borde del campamento, con sus verdes ojos bien abiertos—. Alcotán fue muy bruto.

—Estoy bien —Ala de Mariposa maulló, parándose derecha—. Estoy acostumbrada a los juegos de mi hermano.

—Hmm. —Corazón de Cielo la miró escépticamente—. Te movías algo lenta.

Ala de Mariposa se puso rígida. «*¿Está preocupada por mí, o se está preguntando si soy lo suficientemente buena para estar en el Clan del Río?*». Quizá Alcotán tenía razón en que debían probarse a sí mismos.

—Estoy bien —repitió—. Solo un poco cansada de patrullar con Vaharina, supongo.

Antes de que Corazón de Cielo pudiera responder, hubo un alboroto en la entrada del campamento. Todos levantaron la mirada cuando Paso Potente estalló desde los juncos.

—Prieto está atorado en el barro —jadeó—. No podemos sacarlo.

El horror se disparó a través de Ala de Mariposa. El barro al borde del río era una amenaza aun peor que el río en sí. Todos los gatos del Clan del Río sabían nadar. Pero la escasez de lluvia la pasada luna había hecho que el río estuviese bajo. El denso barro negro al borde del agua podía atrapar a un gato y arrastrarlo hacia abajo.

Corrió hacia la entrada, con otros gatos pisándole los talones. Paso Potente los guió hacia una parte empinada al borde del río.

—Estábamos volviendo de cazar —explicó—, y se resbaló en una piedra.

Por debajo de ellos, dos campañoles yacían abandonados, medio hundidos en el barro, mientras Prieto se estiraba hacia la orilla, con el barro ya a la altura de sus rodillas.

—La orilla es muy empinada para que lo pueda alcanzar yo solo —Paso Potente añadió, claramente estresado.

Ala de Mariposa dio un paso al frente hacia el borde del barranco. «*Quizá soy lo suficientemente ligera para atravesar el barro y llegar a él*». Prieto levantó la mirada hacia ella y forcejeó unos pasos hacia adelante, pero solo se hundió más. El barro le salpicó el pecho, y se resbaló de cara contra él, tambaleándose por varios latidos hasta que se volvió a estabilizar sobre sus patas. La multitud de gatos en el barranco soltó un grito ahogado.

«*¡No!*». Ala de Mariposa retrocedió. Se acordó de la cara de otro gato negro, mirándola con la misma desesperación. «*Se va a hundir como Renacuajo* —pensó, mareada del miedo—. *Se va a ahogar. No puedo salvarlo*».

—Agarra mis piernas —Estrella Leopardina le dijo a Paso Potente.

El gato de anchos hombros agarró sus piernas traseras, sosteniendo a su líder de pelaje dorado mientras luchaba por encima de su vientre, con las patas delanteras estiradas hacia Prieto. El gato negro forcejeó unos pasos más hacia adelante, hundiéndose aun más en el barro con cada paso, hasta que las garras de Estrella Leopardina finalmente alcanzaron su pelaje. Mientras arrastraba a Prieto, otras patas se acercaron para ayudar, y finalmente, con un ruido de succión, el guerrero estalló desde el barro y colapsó en la ribera. Ala de Mariposa dejó escapar un suspiro de alivio. Prieto estaba cubierto en barro, y se veía exhausto, pero estaba sano y salvo.

Pero en vez de ponerse de pie, Prieto dejó escapar un extraño y estrangulado sonido y sus piernas se agitaron, sus garras rasgaban el pasto.

—¡No puede respirar! —gritó Estrella Leopardina, agachándose para limpiar la cara del gato negro.

El guerrero abrió la boca, dando arcadas, y Ala de Mariposa vio que estaba llena de denso barro. Sus ojos se pusieron en blanco y largó un horrible sonido asfixiante.

«*¡Se va a morir! ¡Lo sacaron del barro, pero todavía se está ahogando!*». Ala de Mariposa no podía moverse.

—¡Déjennos pasar! —Carbonilla, la curandera del Clan del Trueno se abrió paso por entre los guerreros reunidos, con Arcilloso pisándole los talones.

La gata gris se apresuró a donde Prieto y, sin detenerse, lo empujó sobre su costado y lo puso boca arriba. Arcilloso mantuvo las fauces del guerrero abiertas y empezó a sacar barro de su boca mientras Carbonilla se erguía sobre sus patas traseras y conducía sus patas al estómago de Prieto.

Mientras los gatos del Clan del Río miraban en silencio, ella dejaba caer su peso sobre el estómago del gato una y otra vez.

«*Es demasiado tarde. No pueden ayudarlo*». Ala de Mariposa recordó el débil cuerpo de Renacuajo cuando Sasha finalmente había podido sacarlo de la guarida de Dos Patas, después de que la lluvia cesara. No había estado respirando, y no había habido ninguna forma de traerlo de vuelta. Sus hombros se hundieron y su cola cayó mientras miraba el flojo cuerpo de Prieto sacudirse bajo los repetidos golpes de Carbonilla.

Entonces, de pronto, tosió. Carbonilla retrocedió, y Prieto giró sobre su costado, dando arcadas débilmente, y vomitó una constante corriente de barro y saliva. Ala de Mariposa miró asombrada mientras Carbonilla ayudaba a Prieto a ponerse de pie. Apoyándose contra Arcilloso, lentamente comenzó a dirigirse hacia el campamento. «*Lo salvaron*». No se había ahogado como Renacuajo. No había muerto. Los curanderos habían sido capaces de salvar a Prieto cuando ningún otro gato había podido.

Cuando el sol comenzó su lento descenso por debajo de la línea de árboles, Ala de Mariposa se paseaba cerca de la guarida del curandero, mirando por entre los juncos que protegían la entrada. Habían limpiado cuidadosamente el pelaje de Prieto, y ahora estaba durmiendo en un lecho en la esquina de la guarida, con una respiración ronca pero constante.

Arcilloso estaba buscando entre algunas hojas secas, con la espalda hacia la entrada, pero giró una oreja marrón hacia ella.

—¿Necesitas algo, Ala de Mariposa? —preguntó—. ¿Te sientes mal?

—No, estoy bien —le dijo ella, estirándose para examinar la guarida con más atención.

Había pequeños huecos cavados en la tierra a los lados de la guarida, donde Arcilloso almacenaba las hierbas, y tres lechos más, ahora vacíos, suaves con musgo fresco.

El curandero miró sobre su hombro, fijando un ojo dorado sobre ella.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Oh —la guerrera maulló, y un calor de vergüenza se expandió a través de ella—. Solo… Solo estoy interesada. En como estás cuidando de Prieto.

—Prieto estará bien —Arcilloso contestó con calma—. Pero cuidar de él es un asunto de curandero. Estoy seguro de que tienes algunas tareas de guerrera que deberías estar haciendo.

—Supongo.

Movió sus patas. Dio unos pasos alejándose de la guarida, luego se detuvo. «*Siento como si perteneciera en esta guarida de curandería*». Cuando Arcilloso y Carbonilla habían salvado a Prieto, Ala de Mariposa había sentido algo que nunca había sentido cuando aprendió a cazar o a pelear. Quería ser capaz de salvar gatos heridos y enfermos, no solo pelear por ellos. «*Quizá siento que pertenezco aquí porque esto es lo que* debería *estar haciendo*».

Se volteó nuevamente hacia la guarida.

—¿Y si entrenara como curandera? —soltó, y luego sostuvo su respiración.

Arcilloso se giró y le dedicó una larga y profunda mirada.

—Mejor entra.

Dentro de la guarida, Ala de Mariposa olfateó el aire con energía. Olía misterioso y rico, lleno de aromas de tantas hierbas distintas. El curandero la miró por un momento, con su dorada mirada pensativa, entonces preguntó:

—¿Por qué quieres ser una curandera?

La gata dorada movió las patas, nerviosa.

—Cuando Alcotán y yo éramos cachorros, nuestro hermano se ahogó —comenzó—. Vi como tú y la otra curandera ayudaron a salvar a Prieto hoy, y pensé… Quizá no tendría por qué haber pasado. Quiero salvar a otros gatos de morir si es que puedo.

Arcilloso soltó un corto ronroneo satisfecho ante su respuesta.

—Usualmente, un curandero empieza su entrenamiento como un aprendiz —le dijo—. Tú ya eres una guerrera. Ya tuviste un aprendizaje. Pero yo también era un guerrero antes de que entrenara como curandero.

El pecho de Ala de Mariposa se levantó con emoción. Arcilloso había sido un guerrero durante un largo tiempo; incluso había tenido una pareja y engendrado una camada. Él era el padre de Estrella Leopardina. Tal vez su idea no fuera tan loca.

—¿Me entrenarías? —preguntó.

Arcilloso negó con la cabeza.

—No te emociones todavía. Primero tengo que hablar con Estrella Leopardina y Vaharina. No es como si hubiéramos tenido una señal del Clan Estelar acerca de ti.

—¿Clan Estelar? —inclinó la cabeza, confundida.

Había escuchado del Clan Estelar, por supuesto. El Clan del Río les daba las gracias cada vez que atrapaban una presa, y escuchaba a los

veteranos decirle a los cachorros que el Clan Estelar los estaba observando. Pero siempre había pensado que era solamente algo que decían para honrar a sus ancestros. Le resultó una sorpresa escuchar que los curanderos realmente consultaban al Clan Estelar antes de tomar una decisión importante.

—Estoy justo aquí, dispuesta a hacer el trabajo para ayudar a mi Clan. ¿Por qué necesitaríamos una señal del Clan Estelar?

Arcilloso parpadeó.

—Por supuesto, no naciste en los Clanes —murmuró—. Escucha, Ala de Mariposa, el Clan Estelar guía las patas de los Clanes. Los curanderos no cuidan de sus compañeros enfermos y ya está. Los curanderos también aconsejan a los líderes de Clan a la hora de tomar decisiones. Y para eso, hablamos con el Clan Estelar. Le decimos al resto del Clan lo que nuestros ancestros ven en nuestro futuro y lo que quieren que hagamos.

Ala de Mariposa sintió sus ojos abrirse de par en par.

—¿*Hablas* con el Clan Estelar? —preguntó, casi chillando de sorpresa.

Podía aceptar que sus compañeros de Clan mostrasen respeto a sus antepasados cuando hablaban del Clan Estelar. Pero encontraba aun más difícil de creer que los ancestros les respondieran.

—¿Te dicen lo que debes hacer?

El gato marrón asintió, con sus ojos dorados fijos en los ámbar de ella.

—Un curandero debe tener una conexión especial con el Clan Estelar —le dijo solemne—. Es la parte más importante de nuestras tareas.

Ala de Mariposa se sentó sobre su parte trasera, sintiéndose sin respiración. ¿Arcilloso podía hablar con los espíritus de gatos muertos? Si se convertía en curandera, tal vez algún día ella lo haría también. Recordó lo mucho que habría dado por hablar con Renacuajo después de que había muerto. Su manto se erizó de emoción. «*Espero que el Clan Estelar crea que puedo hacerlo*».

Ala de Mariposa se apresuró hacia la guarida del curandero. Habían pasado días desde que había hablado con Arcilloso, y todavía no la dejaba dormir allí, estaba esperando una señal del Clan Estelar. Pero Estrella Leopardina había coincidido en que podía empezar a ayudar a Arcilloso a cuidar de sus compañeros de Clan.

—¿Vas a jugar a ser curandera? —Vaharina estaba en el claro, a sus patas yacían los restos de un pez.

—Emm… —la gata dorada no sabía que decir. ¿Su antigua mentora estaba enojada con ella?—. Me gusta curar —maulló suavemente.

—Está bien, Ala de Mariposa. —La mirada de Vaharina se suavizó—. Pienso que eras una buena guerrera, y pasé mucho tiempo entrenándote. Pero si el Clan Estelar decide que puedes ser una curandera, entonces será útil. Arcilloso no se está volviendo joven. Ya es hora de que tome un aprendiz —añadió, lamiéndose una pata—, pero no te decepciones si no puedes ser tú.

—¿Por qué no *sería* yo? —Ala de Mariposa se preguntó en voz alta mientras la lugarteniente se alejaba.

—Más te vale que seas tú —gruñó Alcotán—. O estamos arruinados.

Ala de Mariposa se giró alarmada. No había visto a su hermano acechar entre los juncos afuera de la guarida del curandero.

—¿Qué quieres?

Alcotán se sentó, sus ojos brillaban de enojo.

—Por fin nos convertimos en guerreros reales del Clan del Río. Tenemos un lugar aquí, un propósito. Pero luego vas tú y decides que quieres ser una curandera. Si fallas, ¿cómo crees que se verá para nosotros?

Ala de Mariposa dudó. No había pensado en como el Clan vería su cambio de curso. Solo había querido seguir lo que creía que era su llamado. Cuando ella no contestó, el guerrero marrón atigrado continuó.

—Parecerá que no pudiste comprometerte con ser una guerrera y no eras lo suficientemente buena para ser una curandera. Podrían decidir que eso significa que no mereces ser parte del Clan del Río, y que yo tampoco.

La gata negó con la cabeza.

—No, no lo harían —insistió.

—No depende solo de ellos —Alcotán le recordó—. Es como dijo Vaharina, el Clan Estelar decide si tienes lo que se necesita.

Alcotán tenía razón. Tantas cosas dependían de los ancestros que Ala de Mariposa ni siquiera conocía. Pero tenía que creer que sus habilidades contarían tanto como los deseos del Clan Estelar.

—Este es nuestro hogar ahora —confirmó, firmemente, intentando sentirse tan segura como sus palabras—. Trabajaré duro. Y les probaré que puedo ser una gran curandera.

Alcotán se puso de pie y comenzó a alejarse, deteniéndose después de unos pasos para mirar sobre su hombro.

—Más te vale —gruñó—. Por el bien de ambos.

Mientras veía a su hermano desaparecer entre los juncos, su confianza se tambaleó. Seguramente el Clan Estelar no le diría a Arcilloso que *no* la dejara ser una curandera, ¿verdad? No sabía mucho sobre el Clan Estelar, pero sabía que actuaban por el bien de los Clanes, ¿como podía tener otro curandero *no* ser bueno para el Clan del Río? No era como si algún otro gato le estuviese pidiendo a Arcilloso que le entrenara.

Adentro de la guarida, Prieto estaba tosiendo, largando un sonido doloroso y ronco. El curandero estaba frotando su espalda con una pata firme y hablándole suavemente:

—Respiraste mucho barro del río. Vamos, déjalo salir. Te estás poniendo cada vez mejor.

Ansiosa por ayudar, Ala de Mariposa se apresuró a los pequeños huecos llenos de la colección de hierbas de Arcilloso. «*¿Qué usa para ayudar a Prieto a respirar?*». Encontró unas bayas púrpuras de enebro y empezó a machacarlas, luego agarró unas hojas de fárfara de otro hueco y comenzó a masticarlas para hacer una pulpa.

—Bien hecho —maulló el curandero.

Sorprendida, Ala de Mariposa levantó la mirada de la mezcla de fárfara y bayas, y lo vio observándola con aprobación.

—Parece que tienes talento —añadió—. Quizá el Clan Estelar está guiando tus patas.

Ala de Mariposa dudó. «*Nadie está guiando mis patas. ¡Solo recordé las hierbas que usaste ayer!*».

—G-gracias —tartamudeó.

Arcilloso le parpadeó, con los ojos cálidos.

—Sabes, cualquier duda que tenía sobre hacerte mi aprendiza está desapareciendo. Has estado trabajando duro, Ala de Mariposa.

La emoción atravesó a la gata dorada. Aunque entendiera o no al Clan Estelar, valoraba la opinión de Arcilloso sobre ella. «*¡Ya me estoy volviendo una curandera!*».

Unos días después, una luna llena brillaba sobre el bosque mientras el Clan del Río abandonaba la Asamblea. Ala de Mariposa no podía parar de temblar. Los Clanes habían estado muy *enojados*.

Estrella Leopardina la había introducido a ella y a Alcotán a los Clanes, y por un momento, Ala de Mariposa se había sentido orgullosa: en frente de los gatos de los cuatro Clanes, mientras la luna llena relucía

arriba y la sombra de los Cuatro Árboles caía sobre ellos, Estrella Leopardina había llamado los nombres de Ala de Mariposa y Alcotán.

«*¡Y nos odiaron!*».

—¡Proscritos! —alguien había gritado, e incluso algunos gatos del Clan del Río habían gruñido en desaprobación a Ala de Mariposa y Alcotán.

Pero Estrella Leopardina los había defendido, señalando que había ex proscritos en el Clan de la Sombra también, y que el líder del Clan del Trueno, Estrella de Fuego, había sido una mascota. Mientras los gatos reunidos se calmaban, Ala de Mariposa y Alcotán intercambiaron una mirada de alivio medio de miedo.

Entonces la líder del Clan del Río había anunciado que Ala de Mariposa había comenzado a entrenar como una curandera. Los Clanes habían *aullado* en protesta.

—¿Qué saben los proscritos del Clan Estelar? —Estrella Negra, el líder del Clan de la Sombra, había gruñido, furioso, y un coro de rugidos le había hecho eco.

Rodeada de miradas amenazantes y garras desenvainadas, Ala de Mariposa había tenido miedo. ¿Y si la atacaban? Arcilloso había estado sentado a su lado, silencioso. ¿La protegería? ¿Podía hacerlo?

Alcotán, entre los guerreros, había estado temblando de rabia, clavando las garras en la tierra.

Por fin, Arcilloso se había puesto de pie, y los otros gatos se habían calmado, sin importar qué tan enojados estuviesen, escucharían cuando un curandero hablara. Había dicho que Ala de Mariposa era talentosa, y el orgullo la había hecho sentir cálida, protegiéndola de las frías burlas e insultos de los guerreros. Luego había dicho que, ya que no era nacida en un Clan, estaba esperando una señal antes de hacerla su aprendiza.

Esta no era la primera vez que que Arcilloso había dicho que quería una señal del Clan Estelar respecto ella. Pero realmente no había pensado que si no recibía una, no tendría posibilidad alguna de convertirse en la aprendiza de Arcilloso. Sin importar qué tan duro trabajara.

Mientras seguía a Estrella Leopardina hacia el territorio del Clan del Río, las patas de Ala de Mariposa se sintieron pesadas y frías.

Arcilloso posó su cola sobre su espalda, y ella lo miró.

—Estoy seguro de que serás una curandera, Ala de Mariposa —maulló, reconfortante—. Les demostrarás que se equivocan.

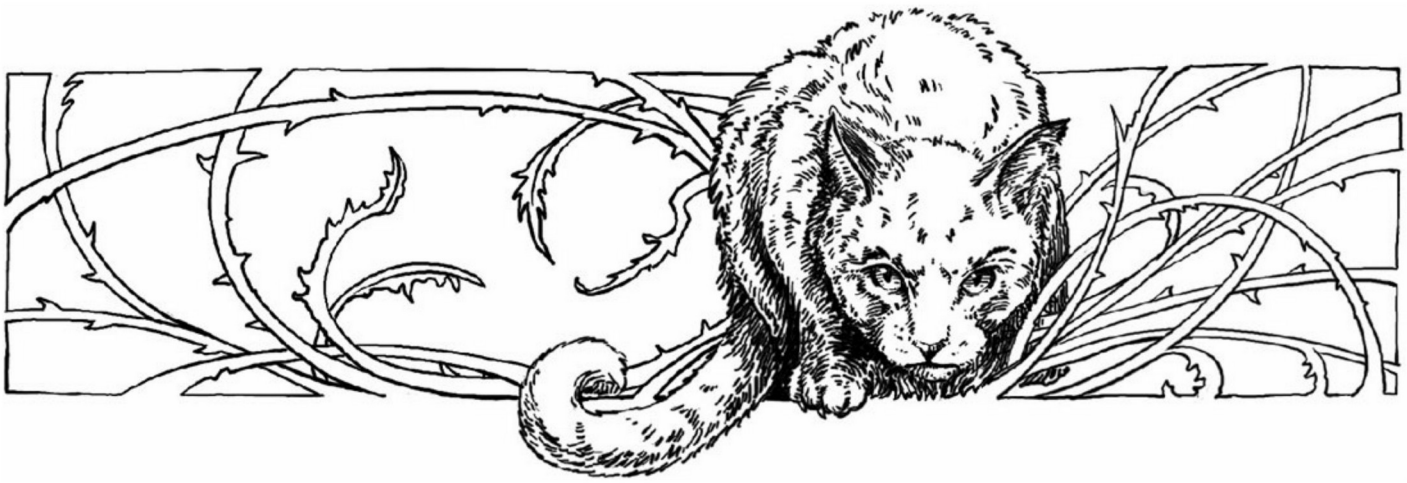
—¿Y si el Clan Estelar no te envía una señal? —preguntó, su voz sonó pequeña y asustada ante sus propios oídos—. ¿Qué pasará entonces?

Quizá había alguna manera de solucionarlo.

—Estoy seguro de que me enviarán una señal —Arcilloso le dijo con energía. Mientras llegaban al campamento, bajó su cola de su espalda—. Te veré temprano en la guarida de curandería. Haremos una cataplasma para el dolor de garganta.

Mientras lo veía desaparecer en su guarida, su corazón se hundió. Arcilloso parecía muy confiado, pero ¿y si la señal del Clan Estelar jamás llegaba? «*¿Y si el Clan Estelar ni siquiera existe?*». Rápidamente, alejó la idea, mirando a su alrededor como si algún gato pudiera haber escuchado sus pensamientos.

Si el Clan Estelar era real, tenía que tener cuidado de no ofenderlos. «*Tengo que convertirme en una curandera. No puedo decepcionar a mi Clan. Y Arcilloso me defendió. No puedo decepcionarlo a* él *tampoco*».



CAPÍTULO 3

Pronto, Ala de Mariposa consiguió alejar sus preocupaciones. Seguramente, si trabajaba lo suficientemente duro, el Clan Estelar decidiría que debería ser una curandera. Además *amaba* trabajar en la guarida de curandería. Felizmente, inhaló la mezcla de aromas, muchos de ellos podía identificarlos ahora: caléndula, ambrosía, borraja, tanaceto, matricaria. Cada planta tenía su propio olor, apariencia y uso, y Ala de Mariposa estaba orgullosa de lo rápido que las estaba aprendiendo. «*Tanaceto para la tos, caléndula para la infección*», pensó, clasificándolas en sus lugares.

Ya no había gatos enfermos en la guarida del curandero ahora que Prieto se había recuperado, pero Arcilloso le había dicho que en tiempos tranquilos como este, el trabajo de los curanderos era prepararse para los pacientes que inevitablemente llegarían. Así que Ala de Mariposa guardaba mezclas de hierbas en hojas de haya para que pudieran tener lista la cantidad perfecta de nébeda y tanaceto por si aparecía tos verde en el campamento. Todos los días ponía musgo fresco en los lechos y ponía hierbas a secar al sol para almacenarlas. Ella recorría el territorio, buscando fuertes telarañas para los sangrados. Escuchaba a Arcilloso cuando le mostraba la mejor forma de sacar una espina de la patita de un cachorro, o de atar juncos a un hueso roto para mantenerlo en su lugar. Arcilloso se movía por la guarida con confianza: nunca olvidaba el nombre de una hierba y podía poner una pata en cualquiera de ellas con una exactitud instantánea. Parecía saberlo todo, y Ala de Mariposa no podía esperar a ser como él.

Mientras Ala de Mariposa organizaba las hierbas, él se acurrucó junto a ella, con los ojos entrecerrados y una voz contenta.

—Ahora, ayudar a una reina a dar a luz es una de las tareas más importantes que hacen los curanderos, y también puede ser la más feliz, o la más triste. Tienes que asegurarte de tener un buen suministro de perifollo al alcance, y hojas de frambuesa si puedes conseguirlas. La primera señal…

Una nube debía de haber pasado por adelante del sol, porque la guarida se oscureció durante un momento, y Arcilloso dejó de hablar.

«*Espero que llueva*», Ala de Mariposa pensó. La sequía ya estaba durando demasiado. El Clan del Río tenía el río, pero las fuentes de agua se estaban evaporando en los otros Clanes, el Clan del Viento incluso había conseguido el permiso de Estrella Leopardina para acercarse al río a beber.

Arcilloso todavía estaba callado, y Ala de Mariposa levantó la mirada de las hierbas para encontrarlo observando el cielo, pensativo, desde la entrada de la guarida.

—¿Estás bien? —le preguntó.

El curandero le parpadeó como si estuviera muy lejos.

—Tendré que pedirte que abandones la guarida —le dijo luego de un momento—. Creo que esta oscuridad podría ser una señal del Clan Estelar, y necesito estar a solas para interpretarla.

—Pero solo es una nube —Ala de Mariposa protestó, y luego, ante la mirada de Arcilloso, encorvó los hombros, avergonzada. «*No sueno mucho como una curandera*»—. Lo siento, me iré.

Se apresuró a salir de la guarida, casi tropezando con sus propias patas. Para cuando llegó al montón de carne fresca, ya se le había ido la vergüenza. Pero cuando pensó en Arcilloso, tratando de decidir el significado de una nube, todavía se sintió incómoda, como si tuviese tierra entre las almohadillas.

Alcotán estaba eligiendo una presa, acababa de regresar de una patrulla, y levantó la mirada para verla con sorpresa.

—¿Qué tal?

Ala de Mariposa le dijo, mirando a su alrededor primero para asegurarse de que nadie podía oírlos.

—Es que simplemente me parece tan estúpido —confesó—. Y Arcilloso es el gato más inteligente que conozco. Solo era una nube pasando frente al sol. ¡Eso pasa *todos los días*! ¡No siempre debe significar que el Clan Estelar tiene algo que decirnos!

Alcotán negó con la cabeza, sus ojos se entrecerraron.

—Ala de Mariposa, no puedes hablar así.

El manto de la gata se erizó de irritación.

—Bueno, ¿*tú* qué piensas? ¿El Clan Estelar está a cargo de todo lo que ocurre?

—No importa lo que piense —su hermano maulló firmemente—. No sé si el Clan Estelar es real, pero si tengo que fingir creer en ellos para ser parte del Clan del Río, lo haré.

—¿Lo harás?

Ala de Mariposa sintió que se quedó sin aire de golpe. Nunca había considerado *mentir* sobre creer en el Clan Estelar. Reflexionando, retrocedió y miró hacia el cielo, ¿y si tan solo hablar de esto hacía enojar al Clan Estelar?

—Y tú también lo harás. —Alcotán se le acercó, bajando la voz a un peligroso susurro—. Fuiste una cerebro de ratón al hacerte aprendiza otra vez luego de que ya te habían hecho una guerrera. Pero aun podemos hacer que funcione. Todos los gatos respetan a un curandero. Si Arcilloso decide hacerte su aprendiza, todos olvidarán que no nacimos en los Clanes. —Sus ojos azules se encontraron con los de ella—. Perteneceremos. Si eres una curandera, podremos quedarnos aquí para siempre. Podemos ser importantes. No quieres que te echen y obliguen a ser una proscrita otra vez, ¿o sí?

Ala de Mariposa negó lentamente con la cabeza. La amenaza detrás de sus palabras era inconfundible. No quería engañar a nadie, pero aun así lo que dijo Alcotán era cierto. Su lugar en el Clan dependía de ella ahora. Había elegido este camino, y no tenía opción más que triunfar, y solo había un camino hacia adelante que satisfaría a su hermano sin obligarla a ella a mentir. Alcotán tenía razón. «Tengo *que pensar en el Clan Estelar*».

—Está bien —dijo, con el peso de la responsabilidad cayendo sobre sus hombros.

—No estoy segura de qué tanto ayude esto, Tripón —Arcilloso dijo con tristeza—. Todo lo que podemos hacer es aliviar un poco tu dolor.

Habían pasado dos días desde que la nube había cubierto el sol, y si Arcilloso había decidido que era una señal del Clan Estelar, no le había dicho a Ala de Mariposa lo que significaba. Ahora el curandero estaba examinando cuidadosamente con sus patas las piernas y cadera de Tripón, ronroneando con simpatía mientras el veterano marrón oscuro gruñía.

—No estoy esperando saltar como un cachorro otra vez —gruñó Tripón—. Pero cualquier cosa que me haga caminar a través del campamento sin caerme será muy apreciado.

Ala de Mariposa masticó la raíz de consuelda, intentando no tragar su amargura. Finalmente, escupió los pedazos masticados e hizo una cataplasma.

—¿Debería aplicarla? —preguntó tímidamente, pero Arcilloso negó con la cabeza.

—No hasta que seas mi aprendiza —maulló, y ella retrocedió obedientemente mientras Arcilloso comenzaba a untar la cataplasma con movimientos largos y uniformes por las caderas de Tripón—. Esto aliviará tus articulaciones —le dijo al veterano.

Mientras Ala de Mariposa permanecía junto a Arcilloso y lo observaba trabajar, los nervios se amontonaron en su vientre. El curandero la dejaba limpiar la guarida y clasificar hierbas, pero no la dejaría tocar a un paciente. No hasta que el Clan Estelar le enviara una señal.

«*¿Qué pasará si nunca recibe una señal?*». ¿Envejecería poniendo musgo fresco en los lechos y masticando hierbas sin ser nunca una verdadera curandera, o siquiera una aprendiza de curandero? ¿O la enviaría a ser una guerrera otra vez? ¿El resto del Clan del Río siquiera la *querría* como guerrera, sabiendo que su corazón pertenecía en la guarida de curandería?

A la mañana siguiente, Ala de Mariposa estaba acurrucada afuera de la guarida de los guerreros, viendo la salida del sol. Este sería otro caluroso día de la estación de la hoja verde, pero se sentía fría. No había dormido bien, y cuando finalmente había conseguido dormirse, Alcotán la había despertado accidentalmente al volver del arenero. Bostezó, con la boca seca.

«*¿Arcilloso siquiera lo notaría si paso el resto del día en mi lecho?*». Bueno, lo notaría, obviamente, pero ¿le importaría? Los otros guerreros comenzaban a hablar de ella en voz baja, había sentido sus ojos en ella cuando pensaban que no estaba mirando. Creían que el Clan Estelar no la quería. Ya había pasado una luna. «*Quizá debería abandonar el Clan del Río* —pensó con tristeza—. *Si no soy una curandera, no pertenezco aquí*». Escuchar el familiar y suave roce de los juncos afuera del campamento la hizo sentir vacía. «*No quiero irme*».

Levantando la mirada, vio a Arcilloso afuera de su guarida, su cuerpo se tensó con algo, ¿sorpresa? ¿Emoción? La miró fijamente por un momento, y Ala de Mariposa levantó la cabeza a modo de saludo, pero él no contestó. Agachándose, agarró algo pequeño del suelo frente a sus patas y se apresuró hacia la guarida de Estrella Leopardina. Vaharina y Sombra Oscura, sentadas cerca del montón de carne fresca, levantaron la cabeza, sorprendidas, cuando él pasó.

Un suave murmullo de voces vino desde la guarida de la líder, y luego la gata de manchas doradas asomó la cabeza, todavía se veía adormilada, como si el curandero la acabara de despertar, llamó a Vaharina para que se les uniera.

Los ojos de Ala de Mariposa se encontraron con los de Sombra Oscura. La veterana de pelaje oscuro parecía tan confundida como ella.

Luego de unos momentos, Estrella Leopardina salió de la guarida y caminó hacia el centro del claro, con Vaharina y Arcilloso pisándole los talones.

—¡Clan del Río! —llamó—. ¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas, acudan aquí para escuchar mis palabras!

Una multitud de voces confusas provino de la guarida de los guerreros.

—¿Qué está pasando? —aulló Paso Potente.

—¡Es muy temprano! —Musgosa maulló.

—¿Pasa algo malo? —gritó Prieto.

Uno por uno, los gatos, estirándose y parpadeando con sueño, comenzaron a salir de la guarida. Corazón de Cielo y Flor Albina asomaron sus cabezas desde la maternidad, los cachorros de Corazón de Cielo se amontonaron alrededor de sus piernas con curiosidad, mientras Zarpa de Golondrina se apresuraba a salir de la guarida de los aprendices.

Mientras Alcotán salía de la guarida de los guerreros, Ala de Mariposa lo siguió, y se unieron a los otros en un amplio círculo alrededor de Estrella Leopardina.

—¿Sabes lo que está pasando? —él preguntó, y ella negó con la cabeza.

El Clan se tranquilizó, mirando a su líder expectantes. Cuando el claro estuvo en silencio excepto por el roce de los juncos y un arrendajo chillando por arriba, Estrella Leopardina habló.

—El Clan Estelar le envió una señal a Arcilloso.

Hizo un gesto con la cola, y el curandero se adelantó.

—Ya he estado seguro desde hace rato que Ala de Mariposa tiene lo necesario para convertirse en una curandera, aunque no sea nacida en un Clan. Pero habíamos decidido esperar una señal del Clan Estelar, para que nadie pudiese contradecirla. Hemos estado esperando por más de una luna.

Hizo una pausa, y Ala de Mariposa contuvo la respiración, la emoción surgió dentro de ella. ¿Finalmente había pasado?

—Esta mañana —prosiguió Arcilloso, mientras el sol hacía brillar su pelaje marrón claro—, descubrí el ala de una mariposa afuera de mi guarida. Una señal inconfundible de que el Clan Estelar aprueba que Ala de Mariposa se convierta en aprendiza de curandero.

Parpadeó orgulloso a Ala de Mariposa, y ella inclinó la cabeza. Su corazón latía fuerte. «*Por fin…*».

Un coreo de emocionadas felicitaciones estalló mientras los compañeros de Clan de Ala de Mariposa se amontonaban a su alrededor, entrechocando mejillas y ronroneando. Alcotán apoyó su costado contra el suyo.

—¿Ves? —maulló alegre—. Te preocupabas por nada.

Ala de Mariposa estaba tan llena de alegría que por un momento sintió como si pudiese elevarse y flotar. El Clan Estelar la había elegido. ¡Y sus compañeros de Clan estaban felices! Una sensación de pertenecer la atravesó. Cerrando los ojos por un momento, envió un rápido pensamiento al Clan Estelar. «*Gracias. Lamento mucho haber dudado de ustedes*».

La media luna flotaba por encima, brillando con una luz pálida a través de los árboles del bosque mientras Ala de Mariposa y Arcilloso caminaban lado a lado de regreso hacia el campamento del Clan del Río.

—Así que, ¿cómo te sientes? —Arcilloso preguntó, después de un silencio mutuo.

—Fue *asombroso* —estalló Ala de Mariposa—. Me siento muy bien. Emocionada.

Las palabras no eran suficientes para expresar como había sentido su primera reunión de curanderos, pero Arcilloso dio un breve ronroneo, lo entendía.

Se habían levantado al amanecer y abandonado el campamento sin dar siquiera un vistazo al montón de carne fresca: no podías comer si querías compartir lenguas con el Clan Estelar. Había sido una larga y hambrienta caminata hacia las Rocas Altas, Ala de Mariposa juraba que el olor a presa en la distancia nunca había sido tan tentador, y el sol se estaba hundiendo

para cuando ellos y los otros curanderos se detuvieron al pie de la empinada y desnuda pendiente que llevaba hacia la oscura cueva que era la Boca Materna. Ala de Mariposa ya había estado allí antes, acompañando a Estrella Leopardina en uno de sus viajes a la Piedra Lunar. Pero nunca había estado dentro.

Esta vez había entrado. Al inicio se había sentido un poco decepcionada. Había estado frío y húmedo, más oscuro que la noche más oscura. No había sido capaz de ver siquiera una cola de distancia por delante de ella mientras caminaba con los otros curanderos por los retorcidos pasadizos de la Boca Materna. Y luego habían llegado a una vasta caverna donde las estrellas titilaban por encima de las lisas paredes de piedra. Había una enorme piedra en el medio de la cueva, y los otros gatos la habían hecho sentarse ante ella por lo que habían parecido lunas. Habían esperado en silencio, en la oscuridad, y Ala de Mariposa había pensado: «*¿Esto es todo?*».

Entonces la luna había aparecido por encima de la caverna, y la Piedra Lunar había empezado a resplandecer con una brillante y radiante luz. Su corazón había latido con fuerza, como si fuese a salirse de su pecho, cuando Arcilloso la había guiado hacia la Piedra Lunar y presentado al Clan Estelar. Le había dicho que se echara y la tocara con la nariz, y, uno por uno, los otros curanderos se le unieron, con los ojos cerrados, sus cuerpos tensos de expectación. Junto a ellos, había esperado que los gatos del Clan Estelar se mostraran.

Mientras cruzaban la orilla del río de regreso al campamento, un destello de duda entró en la mente de Ala de Mariposa. El Clan Estelar le *había* hablado, ¿no? ¿Le habían enviado una visión de sus compañeros de Clan? Había visto en su mente el futuro del Clan del Río y se sintió feliz y aceptada. Había visto (¿o imaginado?) a Alcotán, valiente y fuerte, liderando una patrulla. A los cachorros de Flor Albina creciendo, saludables y fuertes. Una buena cantidad de peces en el montón de carne fresca. ¿Se suponía que tenía que haber *más*? Por la forma en la que Arcilloso hablaba, parecía que debería haber habido algo como una conversación.

Cuando pasaron junto a Musgosa, quien estaba vigilando el campamento y los saludó con un movimiento de cabeza, Ala de Mariposa se sacudió el manto como si pudiera quitarse las preocupaciones. «*Simplemente no entendí hasta que pasó*».

El campamento estaba tranquilo, la mayoría de los gatos estaban dormidos. Pronto el sol saldría nuevamente.

—Me iré directo a mi lecho —Arcilloso le dijo—, pero si tú tienes hambre, ve a comer algo.

—Lo haré —Ala de Mariposa contestó, y se le hizo agua la boca. Había caminado mucho hoy, y el pequeño campañol que había atrapado en su camino de regreso de la Boca Materna no la había satisfecho.

Arcilloso le pasó la cola por la espalda de manera afectiva.

—Lo hiciste bien hoy, Ala de Mariposa —maulló—. Estoy orgulloso de ti. Pero intenta no despertarme cuando entres.

—Duerme bien —le dijo ella.

Quizá dormiría mejor en la guarida de curandería ahora que era una aprendiza de pleno derecho aceptada por el Clan Estelar. Arcilloso le había dado un lecho tan pronto como había recibido la señal del Clan Estelar, pero había extrañado los aromas y sonidos de la guarida de los guerreros. Había extrañado a Alcotán durmiendo a su lado. Esta era la primera vez en sus vidas en que no compartían una guarida.

Cuando se acercó al montón de carne fresca, sintió un aroma familiar antes de verlo, una forma oscura acurrucada cerca de las presas.

—¿Qué estás haciendo despierto? —preguntó Ala de Mariposa, sorprendida y encantada.

Alcotán se estrió y ronroneó, sus ojos brillaron en la luz gris del amanecer.

—Quería verte —maulló—. ¿Cómo estuvo? ¿El Clan Estelar te aceptó?

—Eso creo —Ala de Mariposa contestó, orgullosa—. Ahora soy una aprendiza de curandero oficial. Todos los curanderos me trataron muy bien. Especialmente Hojarasca, la aprendiza del Clan del Trueno. Somos las únicas dos aprendizas.

—Y ahora realmente encajamos —añadió Alcotán.

Había algo de presumido en su voz, y Ala de Mariposa sintió un pequeño cosquilleo de advertencia entre sus omóplatos. Esa era la manera en que sonaba Alcotán cuando eran cachorros y habían conseguido una presa extra sin que Sasha se enterara, o cuando ganaban un juego de bola de musgo engañando a Renacuajo.

—Por supuesto que sí —maulló inquieta—. ¿Qué pasa, Alcotán?

Alcotán dudó durante un momento y luego, como si no pudiera evitar que las palabras salieran de su boca, anunció:

—*Yo* puse el ala de mariposa afuera de la guarida de Arcilloso.

Ala de Mariposa se puso rígida. No podía respirar. Por unos latidos no pudo pensar, y entonces croó:

—*¿Qué?*

—Shh —su hermano la hizo callar—. Estabas *destinada* a ser una curandera. Todos podían verlo. Pero solo porque no nacimos en el Clan, Arcilloso insistió en esperar por algún tipo de señal. Ya te probaste a ti misma, así que ¿por qué deberíamos esperar por algo que quizá nunca pase?

—Pero… —Ala de Mariposa se sintió enferma. ¿Su visón había sido solamente su imaginación después de todo?—. ¿El Clan Estelar no me aprobó? Debería decirle a Arcilloso.

Alcotán se le acercó más y bajó la voz.

—El Clan Estelar dejó que sucediera. —Su respiración calentó su mejilla—. Si el Clan Estelar es real, deben pensar que está bien. Quizá no les importa. O quizá no existen.

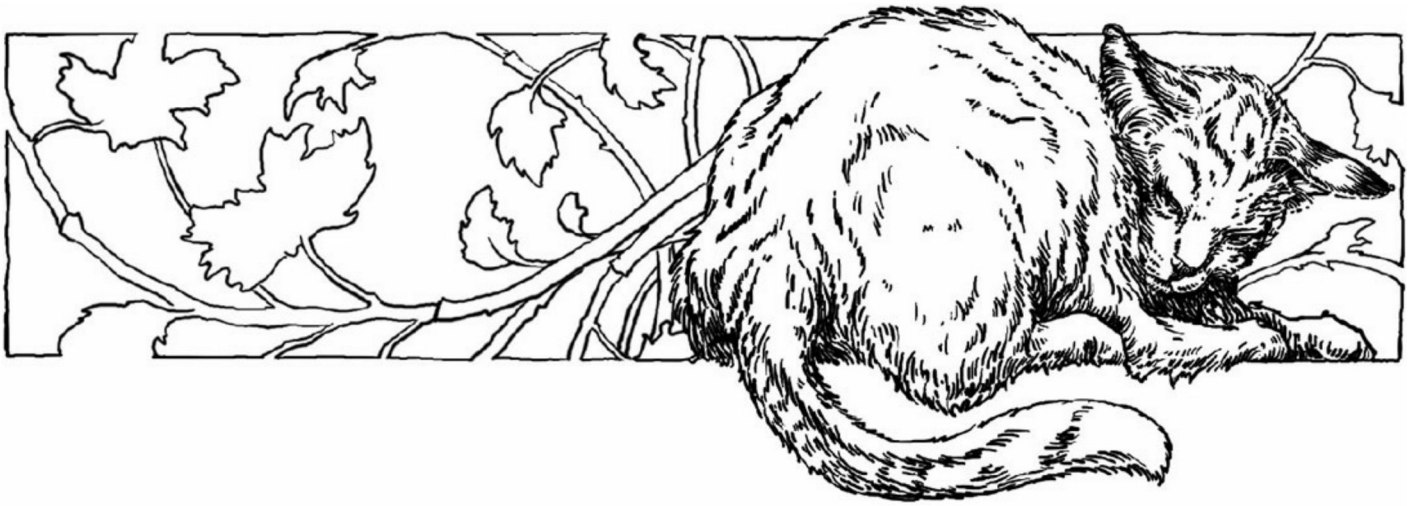
—Quizá.

Ala de Mariposa se sentía como si se estuviese rompiendo en pedazos. Quizá el Clan Estelar era solo una historia después de todo, y lo que había visto en la Piedra Lunar había sido solo un sueño. Seguramente no habrían dejado a Alcotán hacer algo tan furtivo si fuesen reales, ¿o sí? Si el Clan Estelar era *real*, seguramente no la habrían torturado haciéndola esperar tanto tiempo, le habrían dicho a Arcilloso que sí o que no ellos mismos.

—Debería decirle a Arcilloso —maulló nuevamente, sintiéndose menos segura.

—Pero no lo harás. —El claro ya estaba iluminado por la luz grisácea del amanecer, y Alcotán la miraba con sus claros ojos entrecerrados—. Sabes que al Clan del Río le irá mejor contigo como curandera.

Ala de Mariposa respiró profundamente. Alcotán tenía razón. Y si le decía a Arcilloso, perdería todo. El Clan del Río probablemente la expulsaría a ella y a Alcotán por engañarlos. Tragó con fuerza. ¿A dónde irían? Todo lo que quería era ser una curandera del Clan del Río. ¿Eso era malo? ¿Incluso aunque el Clan Estelar no la hubiese elegido? «*Por más que el Clan Estelar exista o no* —prometió en silencio—, *seré la mejor curandera que pueda*».



CAPÍTULO 4

—Dieciséis, diecisiete, dieciocho… —Ala de Mariposa murmuró, separando hojas de romaza cuidadosamente con una garra.

—Veinticuatro —Arcilloso interrumpió irritado, con la voz débil—. Has contado cada hierba en esta guarida cinco veces.

—Tú fuiste el que me enseñó a ser minuciosa —le dijo.

Una fría brisa voló a través de la guarida de curandería y ella sintió un escalofrío. Esta estación de la caída de la hoja había sido amargamente fría, y había pasado un tiempo desde que había sido capaz de encontrar hierbas frescas.

—Yo no te enseñé a hacer la misma cosa una y otra vez —Arcilloso gruñó, más débil que antes.

Ala de Mariposa lo ojeó con preocupación. Los ojos del curandero mayor eran sombríos y su maullido fue ronco. Tocando su costado suavemente con una pata, sintió que su cuerpo delgado estaba irradiando calor.

La enfermedad de Arcilloso había llegado exactamente en el peor momento posible. Cosas terribles estaban pasando en los territorios de los Clanes. Los Dos Patas habían invadido el bosque. Habían cortado los Cuatro Árboles y habían traído monstruos para excavar en la tierra. Las presas habían huido. Los otros Clanes estaban hablando sobre abandonar el bosque. «*¿Y si tenemos que irnos? ¿Como hará Arcilloso el viaje?*».

Guerreros jóvenes de cada Clan habían desaparecido y regresado, incluyendo a Borrascoso del Clan del Río, aunque su hermana, Plumosa, había muerto en su viaje. Dijeron que el Clan Estelar les había dado una

profecía: que una señal le diría a los Clanes a donde ir, cuando irse. Pero la señal no había llegado todavía.

El Clan del Río, protegido por el río, había estado a salvo de los Dos Patas hasta ahora. Estrella Leopardina había dicho que se quedarían en donde estaban a menos que los Dos Patas llegaran al territorio del Clan del Río. Pero el río estaba cada vez más delgado durante el día, mucho más de lo que había estado durante la terrible sequía ese verano, aunque llovía con regularidad, y ningún gato sabía por qué. «*Podríamos tener que irnos*».

Arcilloso gruñó y apoyó la cabeza en el costado del lecho como si estuviera demasiado cansado como para mantenerla en alto. Su frágil cuerpo tembló.

—¿El dolor es muy fuerte? —Ala de Mariposa preguntó.

Arcilloso gimió nuevamente, y ella rápidamente mezcló algunas semillas de adormidera con miel y hojas de matricaria. Las semillas de adormidera ayudarían con el dolor y la miel con la infección, mientras que la matricaria debería enfriarlo.

—Intenta comer esto —maulló, levantando la mezcla hasta su boca, y Arcilloso lamió su pata débilmente.

Ala de Mariposa observó como su mentor empezaba a dormitar inquieto, sus delgados costados se movían con respiraciones superficiales. «*Por favor mejórate* —pensó—. *No puedo hacer esto sola*».

Solo había sido una aprendiza de curandero oficial por unas pocas lunas. Había memorizado los usos de las hierbas y ayudado a Arcilloso a cuidar de zarpas heridas y cachorros enfermos. Ya sabía mucho, pero no sabía todo lo que un curandero debería. Quizá si el Clan Estelar realmente la hubiera elegido… «*Eso es ridículo* —se regañó a sí misma—. *El Clan Estelar debe ser solo un sueño. Si fuese real, nunca habrían dejado que Alcotán engañara a Arcilloso*».

No había nada que le importara más que mantener a sus compañeros de Clan fuertes y sanso. Si eso no la hacía una curandera real, ¿qué lo haría? Pero no estaba lista para hacerlo sola.

Cuando la noche comenzó a caer, Alcotán asomó su cabeza a la guarida de los curanderos.

—Te traje un ratón —anunció, con una mirada nerviosa al dormido Arcilloso.

—Gracias —Ala de Mariposa maulló—. No quiero dejarlo.

Alcotán dejó el ratón en frente de ella y luego dudó, pasando el peso de una poderosa pata a la otra.

—Estaba hablando con Sasha al borde del territorio —le dijo lentamente.

—Oh, bien —contestó ella.

Algunas lunas atrás, Sasha había sido capturada por los Dos Patas junto con varios gatos de Clan, incluyendo a Vaharina. Algunos gatos del Clan del Trueno los habían liberado a todos, y Vaharina había invitado a Sasha a visitarlos cuando quisiera. Había sido maravilloso ver a su madre otra vez, aunque no se quedaría. *No podía* quedarse, no si quería mantener el secreto de que Estrella de Tigre era su padre. Muchos gatos del Clan de la Sombra sabían que ella y Estrella de Tigre habían sido pareja. Si el Clan de la Sombra se enteraba de que Sasha era la madre de Ala de Mariposa y Alcotán, podrían descubrir su secreto. Pero era bueno saber que Sasha andaba cerca.

—¿Estaba bien?

—Sí… —Alcotán comenzó, luego bajó la mirada—. Pero Estrella de Fuego y algunos otros gatos del Clan del Trueno nos vieron. Estaban viniendo al territorio del Clan del Río a hablar con Estrella Leopardina. Estrella de Fuego preguntó si éramos hijos de Estrella de Tigre, y Sasha dijo que sí.

—¿Qué? —Ala de Mariposa se congeló—. ¿Por qué lo admitiría?

Alcotán encorvó los hombros.

—Por la manera en que él lo preguntó… ya lo sabía. Me parezco a Estrella de Tigre, supongo. Por lo menos, me parezco a Zarzoso. Y todo gato sabe que él es hijo de Estrella de Tigre, pero él nació en los Clanes, así que nadie se preocupa por *él*.

—Lo habrían descubierto eventualmente, supongo —Ala de Mariposa maulló, plana. Alcotán y Zarzoso *sí* que se parecían un montón—. ¿Tenemos que irnos?

El Clan del Río no querría a los hijos de Estrella de Tigre, estaba segura de ello. Todavía hablaban de los gatos a los que había asesinado, de las cosas terribles que había hecho mientras ascendía al poder. Usaban su nombre para asustar a los cachorros traviesos, como si fuese un monstruo o un zorro.

—Quizá no. —Alcotán se le acercó y le tocó suavemente la mejilla con la nariz—. No creo que Estrella de Fuego le diga a nadie o deje que los gatos con los que estaban lo hagan. Creo que ya lo sabía desde hace tiempo.

El vientre de Ala de Mariposa pesaba de terror.

—Pero si lo hacen…

Alcotán extendió sus largas garras, clavándolas en el suelo.

—Soy el guerrero más fuerte del Clan del Río —insistió—. Si alguien intenta ponerse contra nosotros, lo lamentarán. —Arcilloso se movió inquieto en su sueno, y Alcotán lo miró nuevamente—. Mejor me voy.

Ala de Mariposa asintió, distraída, mientras él abandonaba la guarida. Todo se estaba derrumbando.

Un pequeño sonido provino del lecho de Arcilloso, y Ala de Mariposa levantó la mirada para encontrarse con sus ojos abiertos y fijos en los de ella. «*¿Y si escuchó?*», pensó, consternada. ¿Todavía la querría como aprendiza, si sabía que era hija de Estrella de Tigre?

—¿Arcilloso? —preguntó.

El gato marrón hizo un extraño ruido ahogado e intentó ponerse de pie. Parecía preocupado, no enojado. Llegó a pararse a la mitad y luego cayó nuevamente en el lecho, jadeando.

—¡Arcilloso!

Ala de Mariposa se olvidó de Alcotán y Estrella de Tigre y corrió al lado de su mentor. Sus ojos estaban fijos en los de ella, y parecía estar luchando por hablar, pero solo podía soltar gruesas gárgaras.

—¿Dónde te duele? —preguntó—. ¿Qué necesitas?

Arcilloso hizo gárgaras. Un hilo de bilis se le escapó por la el costado de la boca y jadeó, sin aliento. Ala de Mariposa presionó su pata contra su costado, sintiendo lo superficial que era su respiración.

—¡Ayuda! —llamó—. ¡Ayuda!

Después de lo que pareció una eternidad, un sonido de patas vino desde afuera, y Prieto y Golondrina se apresuraron hacia la guarida. El aprendiz de Prieto, Musgañino, les pisaba los talones.

—¡Traigan a Estrella Leopardina! —les soltó la gata dorada, y Musgañino se dio media vuelta hacia la entrada, corriendo a toda velocidad.

Unos latidos después, Estrella Leopardina se abrió paso entre los guerreros y miró a Arcilloso, con horror en sus ojos ámbar.

—¿Qué le pasa?

Arcilloso volvió a hacer gárgaras, su frágil cuerpo temblaba sin control.

—No lo sé —lloriqueó Ala de Mariposa—. Ha… ha estado enfermo y se acaba de caer y no parece poder respirar bien o hablar. He estado dándole semillas de adormidera y matricaria y…

—¿Se recuperará? —la líder la interrumpió. Su maullido fue tranquilo, pero algo en él le recordó a Ala de Mariposa que Arcilloso no solo era el

curandero de Estrella Leopardina, sino que era también su padre. Si moría, sería un golpe muy duro para ella.

—No lo sé —Ala de Mariposa repitió, sintiéndose inútil—. He estado haciendo todo lo que puedo, pero… Creo que podría necesitar consejo de un curandero más experimentado. —Se sintió avergonzada—. ¿Puedo pedir ayuda a Carbonilla?

Estrella Leopardina asintió.

—El campamento del Clan del Trueno está en las Rocas Soleadas ahora. Ve tan rápido como puedas. Me quedaré con Arcilloso.

Afuera, había luz de luna suficiente para guiar las patas de Ala de Mariposa mientras se apresuraba fuera del campamento y hacia el borde del río. «*Encontraré a Hojarasca primero* —decidió—. *Le caigo bien, y es la hija de Estrella de Fuego. Hará que deje venir a Carbonilla*».

Se metió en el angosto río, dirigiéndose a las Rocas Soleadas en el otro lado. A la luz de la luna, pudo ver gatos del Clan del Trueno acurrucados en la desnuda superficie de las rocas, durmiendo. Estarían dejando el bosque pronto: su campamento había sido destruido. No les quedaba nada aquí.

«*¿Y si Arcilloso muere?*». Ala de Mariposa se sintió fría por la pena y tristeza. Arcilloso era viejo y estaba enfermo: quizá no sobreviviría. Si el curandero del Clan del Río moría, y los otros Clanes se iban, tendría que cuidar del Clan del Río ella sola. «*No estoy lista*».

Si hubiese sido elegida por el Clan Estelar, quizá ya *estaría* lista. Quizá automáticamente sabría que hacer. Ala de Mariposa apoyó sus patas más firmemente en al gua. Había estado trabajando duro. Nadie sabría más que ella después de tan poco entrenamiento. Pero el persistente pensamiento permanecía, sin importar qué tanto intentara alejarlo. «*Si son reales, el Clan Estelar me está castigando*». Pero incluso si fuera cierto, no podía defraudar a Arcilloso. Había tenido fe en sus habilidades y había sufrido el enojo de su Clan por ello. Esa era razón suficiente para quedarse y ser la curandera que Arcilloso estaba seguro de que podía ser. Empezaría por usar todo lo que él le había enseñado para cuidar de él. Pasara lo que pasara, Ala de Mariposa estaba decidida a hacer que su mentor se sintiera orgulloso.

Arcilloso yacía en el centro del claro de curandería, sus costados apenas moviéndose con lentas y superficiales respiraciones. La lluvia caía por entre las ramas hacia su flanco, pero no retrocedió ni intentó moverse.

Ala de Mariposa había intentado moverlo hacia su lecho cuando la lluvia comenzó, pero había gemido como un cachorro herido, y no tenía el corazón como para seguir intentando.

Por unos pocos amaneces tras la visita de Carbonilla y Hojarasca, Arcilloso se había recuperado un poco, volviendo a ponerse de pie y moviéndose lentamente por la guarida mientras Ala de Mariposa le daba de comer hierbas para aliviar su dolor y evitar una infección.

Al mismo tiempo, las cosas habían ido de mal en peor en el territorio fuera de la guarida de curandería. El Clan del Viento estaba casi muriéndose de hambre. El río había bajado más y más; los gatos habían descubierto que los Dos Patas habían desviado el agua. Cuando el campamento del Clan de la Sombra fue destruido en frente de los ojos de los Clanes, Estrella Leopardina había decidido que era demasiado peligroso incluso para el Clan del Río quedarse. Los cuatro Clanes se irían juntos para encontrar un nuevo hogar.

O por lo menos ese había sido el plan. Pero ahora Arcilloso estaba muriendo. No había manera de que pudiese viajar. «*No podemos dejarlo que muera solo*», Ala de Mariposa pensó, acariciando su costado con la cola.

Estrella Leopardina atravesó los juncos y bajó la mirada hacia su padre, con los ojos nublados de dolor.

—¿Hace cuánto? —preguntó.

—No lo sé —le dijo Ala de Mariposa—. No hace mucho.

La líder asintió.

—Se lo diré al Clan. Esperaremos hasta el final. Ha servido bien al Clan del Río, y deberíamos honrarlo.

Mientras abandonaba la guarida, Sombra Oscura entraba.

—Quería despedirme —la veterana gris oscuro maulló con tristeza—. Arcilloso y yo fuimos cachorros juntos. —Suspirando, se sentó junto al curandero y presionó su nariz contra su mejilla.

Se sentaron juntas en silencio, Ala de Mariposa se sentía reconfortada por la estable presencia de Sombra Oscura. La respiración de Arcilloso era cada vez más lenta. La gata dorada le había dado una última ración de semillas de adormidera al amanecer, pero ahora ya estaba demasiado ido para tragar más. Solo era cuestión de tiempo.

Un poco después, Nariz Inquieta, el antiguo curandero del Clan de la Sombra, atravesó los juncos hacia el claro. Carbonilla y Hojarasca venían tras él.

—Estrella de Fuego está aquí —Hojarasca le dijo a la gata dorada—. Trajo a Escarcha y Cola Pintada, nuestras veteranas. Quieren cuidar de Arcilloso cuando el Clan del Río se vaya.

Ala de Mariposa negó con la cabeza.

—No habrá necesidad. No hay nada que podamos hacer ya. —Bajó la mirada al cuerpo quieto de Arcilloso, encorvando los hombros—. Por lo menos ya no sufre. Me he asegurado de eso.

Nariz Inquieta dio un paso adelante y presionó su hocico contra el hombro de Arcilloso.

—Vete deprisa con el Clan Estelar, amigo mío. Nosotros cuidaremos de tus compañeros de Clan.

Carbonilla y Hojarasca hundieron sus narices en el pelaje de Arcilloso, con los ojos cerrados.

Con un última bocanada de aire, el gato marrón se quedó completamente quieto. Mientras los otros retrocedían, con las caras llenas de dolor, Ala de Mariposa suavemente cerró los dorados ojos de Arcilloso con su pata.

—Ahora está con el Clan Estelar —anunció con tristeza, esperando que fuera cierto. Él había creído que así sería.

Soltó un grito ahogado cuando el pensar en el Clan Estelar la invadió de pánico. ¿Cómo cuidaría de su Clan, si ni siquiera sabía si el Clan Estelar era real?

Ala de Mariposa estaba segura de que podía cuidar de la salud de su Clan, pero Arcilloso había sido la conexión del Clan del Río con el Clan Estelar. Ahora el Clan se giraría hacia Ala de Mariposa para interpretar los deseos del Clan Estelar. ¿Cómo podía hacer eso, toda su *vida*, sin su sabio mentor?

—¡¿Cómo me las arreglaré sin él?! —preguntó. Su maullido sonó fuerte y frenético ante sus propios oídos.

Carbonilla la acarició con el hocico.

—Lo harás bien, Ala de Mariposa. Y habrá tiempo para lamentar su pérdida, pero no será ahora.

Ala de Mariposa miró a los curanderos, reconfortándose por sus miradas serenas y tristes, y respiró profundamente antes de darse la vuelta para anunciar al Clan del Río que Arcilloso estaba muerto.

Mientras los gatos lloriqueaban por el dolor y comenzaban, uno por uno, a atravesar el túnel para mostrar sus respetos a Arcilloso una última vez, Ala de Mariposa se sintió entumecida. Escuchaba lo que estaba pasando, pero era como si estuviese muy lejos de sus compañeros de Clan.

La fría lluvia atravesaba su pelaje, y Ala de Mariposa levantó la mirada hacia el grisáceo cielo de la mañana. ¿El Clan Estelar estaba allí arriba en algún lado? ¿Arcilloso estaba entre ellos?

Ala de Mariposa no podía convencerse de que el espíritu de Arcilloso había ido a algún lado. Estaba muerto. Lo que sea que quedara de él estaba tirado en la guarida de curandería. Los veteranos velarían todo lo que quedaba de él.

Alcotán, con Borrascoso a su lado, se acercaron a Ala de Mariposa. La mirada de su hermano era más suave de lo que había visto en mucho tiempo, y apoyó su hocico en su cabeza, apoyándola en silencio. Ala de Mariposa cerró los ojos, presionó su cara contra su pelaje, y respiró el familiar aroma de Alcotán. «*Él es todo lo que me queda*», pensó.

Hojarasca vino a hablar con ella, pero Ala de Mariposa apenas escuchó a su amiga. Cuando levantó la cabeza, encontró a Hojarasca y Carbonilla juntando los suministros de hierbas que le quedaban, asegurándose de no dejar nada.

—Puedo hacer eso —Ala de Mariposa se ofreció débilmente—. Quiero ayudar.

Después de todo, incluso en medio del dolor, todos los gatos estaban haciendo su parte para prepararse para el viaje, limpiando guaridas y juntando los restos de presas. Necesitaba prepararse también. Pero Carbonilla y Hojarasca le devolvieron la mirada con simpatía.

—Ya has hecho mucho —la gata gris le maulló—. Déjanos ayudar.

Después de un largo momento, la curandera dorada asintió agradecida. Se dio cuenta entonces de que estaba equivocada. Alcotán no era todo lo que le quedaba. Nadie reemplazaría a Arcilloso jamás, pero podía pedir ayuda a estas curanderas, eran de otro Clan, pero eran sanadoras, que era más importante. Sintió el peso en ella aliviarse.

Pronto, cada gato se reunió en lo que había sido el centro del campamento mientras Estrella Leopardina les hablaba. Anunció que Tripón y Sombra Oscura, como también las veteranas del Clan del Trueno, habían decidido quedarse atrás antes que viajar a un territorio desconocido. Se sentarían a velar por Arcilloso mientras el Clan del Río se iba con los otros Clanes.

«*Por lo menos no estará solo*», Ala de Mariposa pensó. Luego, mirando desde su hermano a sus compañeras curanderas, añadió en silencio: «*Y yo tampoco lo estaré*».

* * *

—¿Está todo el mundo preparado para partir? —Estrella Leopardina preguntó al Clan.

Ala de Mariposa abrió los ojos y se puso de pie. A su alrededor, el Clan del Río se estaba preparando, con las colas altas y los ojos determinados, listos para partir. Entre ellos, vio a varios a los que Arcilloso había tratado y a los que había restaurado la salud. Pero Arcilloso se había ido, y necesitarían a Ala de Mariposa para que los cuidara de las heridas y enfermedades en su viaje y en su nuevo hogar. «*Ahora soy responsable del Clan del Río*».

—Tengo hierbas de viaje para todos nosotros, Estrella Leopardina —le dijo, su maullido fue tranquilo, y se giró hacia su guarida.

Alcotán se quedó cerca de Ala de Mariposa, caminando a su lado mientras dejaban el territorio del Clan del Río por última vez. El Clan del Trueno y el Clan de la Sombra los estaban esperando al borde del bosque. Se encontrarían con el Clan del Viento en el páramo antes de abandonar los territorios de los Clanes por completo. «*Lo que quedan de ellos*», pensó Ala de Mariposa, mirando hacia donde había estado el campamento del Clan del Trueno. Los enormes monstruos amarillos de los Dos Patas habían cavado profundos surcos en la tierra y masacrado muchos árboles, dejando zonas escandalosamente desnudas. Más allá de donde podía ver, sabía que los Cuatro Árboles habían desaparecido y que la Gran Roca había sido arrancada de la tierra.

Su pelaje rozó el de Alcotán, y se giró hacia él para encontrarlo mirando hacia el campamento del Clan del Río, con una expresión de anhelo. Este había sido el primer lugar en el que habían estado seguros. El lugar en el que un Clan los había acogido y les había enseñado a no ser proscritos. A depender de alguien más que en sí mismos. «*A donde sea que vayamos, nunca olvidaré este hogar*», se prometió a sí misma.

Mientras cruzaban lo que quedaba del bosque, divisó un pelaje leonado entre los árboles. Un momento después, Sasha apareció y se deslizó hacia el camino de los Clanes, con la cola en alto. El corazón de Ala de Mariposa se elevó por primera vez desde que Arcilloso había muerto. «*No podíamos irnos sin despedirnos*», se dio cuenta. Corrió a toda velocidad hacia Sasha y se restregó contra sus piernas, rodando en el suelo como una cachorra. Alcotán la siguió más despacio y miró a Sasha, moviendo las orejas.

—Me alegra verte —maulló tranquilamente—. El Clan del Río se irá, no sé si nos volveremos a encontrar.

Los ojos azules de Sasha se perturbaron.

—No vayan con ellos —suplicó.

Ala de Mariposa se calmó y se puso de pie para mirarla a los ojos.

—Pero este es nuestro Clan —discutió—. Nos trajiste con ellos para que pudiéramos ser guerreros.

Sasha negó con la cabeza.

—Los traje aquí para que pudieran estar a salvo —protestó—. Pero ya no es seguro. Vi lo que pasó aquí. Vengan conmigo y estaremos juntos otra vez.

El dolor atravesó a Ala de Mariposa. No quería perder a Sasha. Pero… pertenecía en el Clan del Río.

Alcotán retrocedió.

—Ahora soy un gato del Clan del Río —maulló—. Algún día seré líder.

Los brillantes ojos de Sasha se atenuaron.

—No —insistió—. No lo serás.

Pasando a su lado, caminó hacia los gatos expectantes. Alcotán y Ala de Mariposa la siguieron, su vientre se revolvió.

Había hostilidad en los ojos de los gatos del Clan de la Sombra y del Clan del Trueno, varios de ellos sisearon suavemente cuando Sasha pasó cerca de ellos. Pero Estrella Leopardina inclinó la cabeza a modo de saludo.

—No pensaba que volvería a verte —maulló ella.

—Ni yo a ti —Sasha contestó con tranquilidad—. He venido a pedirles a Alcotán y a Ala de Mariposa que dejen el Clan del Río y vengan conmigo. He visto lo que los Dos Patas están haciendo con sus hogares. Ya no es seguro que mis hijos vivan con ustedes.

El corazón de Ala de Mariposa latió aun más rápido. Estrella Leopardina no los dejaría ir así sin más, ¿no? Pero fue Hojarasca, su compañera aprendiza de curandera, quien se abrió paso entre la multitud hacia ella, con la mirada indignada.

—Tú no nos abandonarías, ¿verdad? —le preguntó.

Ala de Mariposa parpadeó. Sasha se giró para encararla, y pudo ver dolor en los ojos de su madre.

—N-no lo sé… —maulló.

—¡Tu Clan te *necesita* más que nunca! —siseó Hojarasca, y se volvió hacia Alcotán—. Tú no abandonarías a tus compañeros de Clan, ¿verdad que no?

Los ojos de Alcotán se entrecerraron; no le gustaba ser cuestionado por una gata del Clan del Trueno. Antes de que pudiera responder, Estrella de Fuego habló, interrumpiendo el enojo de Hojarasca.

—La decisión es suya. Pero yo también creo que deberían permanecer con su Clan.

Las orejas de Sasha se achataron, y Ala de Mariposa supo lo que iba a decir.

—¿Tú quieres que se queden? —rugió—¿Incluso a pesar de que sean hijos de Estrella de Tigre?

Hubo un momento de silencio por parte de los gatos reunidos. Los gatos del Clan del Río estaban mirando fijamente a Ala de Mariposa y Alcotán, con los ojos bien abiertos. Todo lo que la gata pudo escuchar fue el constante chapoteo de la lluvia. Se preparó. ¿Los otros gatos los harían pedazos? ¿O solo los expulsarían de sus Clanes?

Estrella de Fuego contestó, con la voz tranquila.

—Quiero que se queden *porque* son hijos de Estrella de Tigre —maulló, y el manto de Ala de Mariposa se erizó de sorpresa—. Estrella de Tigre fue un gran guerrero —prosiguió—, y estos gatos han demostrado que han heredado su valor.

Estaba mirando a Zarzoso, se dio cuenta Ala de Mariposa, y recordó que el guerrero del Clan del Trueno, el gato que todos esperaban que sería el próximo lugarteniente de Estrella de Fuego, también era hijo de Estrella de Tigre. Y Trigueña, la hija de Estrella de Tigre, era una guerrera respetada del Clan de la Sombra. «*Por supuesto, ellos nacieron en los Clanes* —pensó—. *Su madre es una gata del Clan del Trueno. Las cosas son diferentes para ellos*».

—Su Clan los necesita ahora más que nunca —continuó Estrella de Fuego—. Los hijos de Estrella de Tigre se han ganado muchas veces su lugar en sus respectivos Clanes.

Los ojos de Zarzoso estaban bien abiertos. Ala de Mariposa sabía que Estrella de Fuego no estaba hablando de ella y Alcotán, no realmente, pero se sintió un poco cálida de esperanza, quizá el hecho de su parentesco no pondría a los Clanes en contra de ellos, después de todo. Levantó la mirada hacia las caras de sus compañeros de Clan, esperando su aprobación.

Estrella Leopardina le mantuvo la mirada.

—El Clan del Río necesita a todos sus guerreros —maulló— y, sin duda alguna, necesita a su curandera.

—Pero ¡son hijos de Estrella de Tigre! —siseó Flor Albina. Su cola gris claro estaba erizada de horror.

Ala de Mariposa levantó la barbilla y miró fijamente a la gata. «*Te di nébeda para tu tos* —pensó—. *Cuando a tu hijita Palometa se le infectó un corte en la pata, la curé*».

—Alcotán es uno de nuestros mejores guerreros —intervino Borrascoso, con el pelaje del manto erizado. Miró al resto de su Clan—. ¿Alguno de ustedes ha dudado alguna vez de su lealtad?

—Jamás —Vaharina contestó firmemente, y otros guerreros asintieron su acuerdo.

—¿Se quedarán con nosotros? —Estrella Leopardina preguntó, mirando a Ala de Mariposa y Alcotán.

—Por supuesto —le dijo Alcotán. Ni siquiera miró a Sasha.

Ala de Mariposa sí lo hizo. Con la cola caída y la lluvia pegándole el pelaje a los costados, Sasha se veía triste y totalmente sola.

—Yo también quiero quedarme con mi Clan —explicó—. Ahora soy su curandera. Me necesitan. —Miró a su madre, suplicante. «*Por favor entiende. Perdóname*».

Sasha asintió una vez, entonces levantó la cola.

—Muy bien —contestó—. Estrella de Fuego tiene razón. Veo a su padre en los dos. —Flor Albina gruñó, y Sasha la fulminó con la mirada—. Estrella de Tigre nunca supo de estos hijos suyos —continuó—, pero se habría sentido orgulloso de ellos. —Miró a los gatos del Clan del Río—. Son afortunados al tenerlos a su lado. —Se volvió de nuevo hacia Ala de Mariposa y Alcotán y se les acercó.

Ala de Mariposa se tensó. ¿Se iría sin decir una palabra? ¿O les daría una última pizca de sabiduría maternal? Los azules ojos de Sasha se encontraron con los de ella, pero solo se restregó contra ellos, primero contra Ala de Mariposa, y luego contra Alcotán.

—Les deseo que tengan un buen viaje —les dijo, y luego caminó hacia el bosque.

La curandera se quedó mirándola, con la boca seca y el corazón pesado. «*Nunca la veré de nuevo* —pensó—. *Ni siquiera sabemos a donde vamos*».

—Vamos —Estrella de Fuego maulló con tranquilidad, y los Clanes comenzaron a caminar nuevamente.

Ala de Mariposa miró a Alcotán, pero él estaba mirando hacia adelante, con los ojos entrecerrados.

—Tomamos la decisión correcta, ¿no es así? —le preguntó

Él asintió.

—El Clan del Río es nuestro hogar.

Alcotán tenía razón. Pero Ala de Mariposa se estremeció, mirando el terreno que se extendía por delante de ellos. Eran parte del Clan del Río, y tenía que confiar en que se dirigían a donde pertenecían.

CAPÍTULO 5

Ala de Mariposa se acurrucó más fuertemente en su lecho musgoso, y colocó su nariz entre sus patas, dejando que el sonido de la corriente cercana aliviara el dolor de su corazón. Paso Potente, quien se había convertido en un veterano al final del viaje de los Clanes hacia su nuevo territorio, había muerto el día anterior. «*Desearía haber podido salvarlo*». Ala de Mariposa había sabido como tratarlo. La tos verde era una enfermedad que todos los curanderos temían, porque podía esparcirse por un Clan tan rápido como un río que se desbordaba, y a menudo era mortal. Si le hubiese dado nébeda a Paso Potente a tiempo, se habría recuperado. Había buscado en el territorio alrededor del lago. Había hecho que Estrella Leopardina enviara varias patrullas. Pero ninguna había sido capaz de encontrar nébeda, y Paso Potente había sufrido las consecuencias.

Al menos había podido evitar que la enfermedad se propagara por el Clan del Río. Al primer indicio de que la leve tos blanca del gato se estaba convirtiendo en tos verde, lo había aislado en la guarida de los veteranos. Ningún otro gato presentaba síntomas. Pero eso no hacía que perder a un gato que *podría* haber salvado fuese más fácil.

Blimosa, la nueva aprendiza de Ala de Mariposa, dudó en la entrada de la guarida de curandería.

—¿Debería…? —se cortó.

Ala de Mariposa se sentó y movió las orejas ante la pequeña gata gris, intentando verse reconfortante. Blimosa apenas estaba empezando a aprender las costumbres de los curanderos. Ala de Mariposa tenía que guiarla, sin importar como se sintiera.

—Me gustaría que intentaras encontrar algunas telarañas —le dijo a la gata más joven, tan alegre como pudo—. Si las tenemos aquí en la guarida, estaremos listas si algún gato se lastima. Ni siquiera tienes que dejar el

campamento, probablemente hay algunas entre los juncos detrás de la guarida de los guerreros.

—Está bien —contestó Blimosa.

—Después de eso, te enseñaré más hierbas —la curandera le dijo, y la aprendiza asintió con energía.

—Sí, por favor —maulló. Empezó a dirigirse a la salida, entonces se dio la vuelta—. No fue tu culpa —añadió con tranquilidad—. Vi lo duro que trabajaste para salvar a Paso Potente.

Sorprendida, Ala de Mariposa dudó, y luego inclinó la cabeza.

—Gracias —le dijo.

«*Aunque sí siento que fue mi culpa*», añadió en silencio mientras la joven gata se deslizaba fuera de la guarida de curandería.

La propia Blimosa era otra de las preocupaciones de Ala de Mariposa. La aprendiza gris estaba ansiosa por ayudar a sus compañeros de Clan y era rápida para aprender las hierbas y técnicas que usaría para tratar sus enfermedades y heridas. Ala de Mariposa estaba segura de que podía entrenar muy bien a Blimosa en todo eso. Pero había otra parte de ser un curandero, una parte en la que la gata dorada había fallado una y otra vez. «*No puedo creer en el Clan Estelar. Simplemente no puedo*». Lo había intentado, nunca había visto al Clan Estelar en un sueño, jamás había tenido una visión. Pero eso no significaba que el Clan Estelar no existiera. Alcotán había engañado al Clan para que que aceptaran a Ala de Mariposa como su curandera; quizá el Clan Estelar no quería compartir lenguas con ella.

Los otros curanderos creían. Veían visiones, tenían sueños donde hablaban con los gatos muertos de sus Clanes, y veían señales en todo su entorno. Ala de Mariposa no dudaba de su sinceridad, brillaba en cada palabra que decían. Pero no era *real*. No podía serlo. Cuando soñaban, ella creía que sus mentes debían estar recordando cosas de las que no se habían dado cuenta, haciendo conexiones en las que no habían pensado, y usando memorias de gatos que habían conocido para explicarse esas cosas a sí mismos. Ala de Mariposa no podía hacerlo. Y si no podía enseñarle a Blimosa a hacerlo, su aprendiza jamás sería una curandera completa tampoco.

La gata suspiró, con la cola caída. Era una buena curandera de muchas formas, *sabía* que lo era. Pero últimamente, sentía que estaba fracasando.

La hierba y las enredaderas espinosas que protegían la guarida crujieron, y levantó la mirada para ver a Alcotán abriéndose paso hacia la guarida.

—Auch. —Sacudió el manto—. Esas espinas me tiran del pelo.

—Eres casi demasiado grande para entrar —Ala de Mariposa maulló, mirando a su hermano. Alcotán parecía crecer y volverse más musculoso cada día. Se había convertido en el guerrero más formidable del Clan del Río. Y justo ahora, su mirada era muy decidida como para ser una visita casual—. ¿Qué necesitas? —preguntó.

—Quería hablar contigo —Alcotán le dijo—. Como la curandera del Clan del Río, no solo como mi hermana.

Ala de Mariposa volvió a mirarlo. Su pelaje estaba tan grueso y reluciente como siempre, pero sus ojos estaban cansados, y había un largo arañazo que atravesaba su pecho.

—¿Te sientes bien? ¿Ese arañazo necesita tratamiento?

—Estoy bien. —El gato se lamió la cicatriz rápidamente—. No es nada, es solo un raspón.

—Se ve como si hubiese sido hecha por garras —maulló ella, preocupada. Seguramente habría escuchado si Alcotán hubiese estado peleando.

—Quizá me la hice en un entrenamiento de batalla —Alcotán respondió de forma despectiva. Bajó la voz—. Estoy preocupado por el Clan del Río, no por mí mismo.

—¿Qué pasa? —Las presas corrían bien, y habían tenido pocos conflictos últimamente en la frontera que compartían con el Clan de la Sombra—. ¿Los Dos Patas han venido a nuestro territorio?

Ahora que la estación de la hoja verde estaba aquí, los Dos Patas habían estado montando unos extraños monstruos acuáticos y cruzando el río, pero rara vez llegaban a los bancos de juncos y barro que rodeaban el campamento del Clan del Río.

—No son los Dos Patas. —Alcotán apretó su cola aun más fuerte contra su propio cuerpo—. No me gusta que Borrascoso y Rivera estén aquí.

—¿Borrascoso y Rivera? —preguntó, confundida.

El gato gris oscuro había abandonado el Clan del Río durante su viaje y se había unido a la Tribu de las Aguas Rápidas en las montañas, pero él y su pareja de la Tribu, Rivera donde Nada el Pequeño Pez, se habían reunido al Clan recientemente, con pocas explicaciones.

—Están encajando, ¿no es así? ¿Cazan, patrullan y todo eso? A todos parecen agradarles.

—A todos les agradan demasiado —gruñó Alcotán—. No confío en ellos.

—Borrascoso es uno de los gatos que viajó hacia el lugar donde se ahoga el sol y encontró el camino hacia nuestro nuevo territorio —Ala de Mariposa protestó. El pelaje se le erizó de forma incómoda en la parte de atrás del cuello. ¿A qué quería llegar Alcotán?—. Siempre ha sido un guerrero leal.

—¡No, eso no es cierto! —Alcotán se puso de pie de un salto—. ¡*Abandonó* el Clan del Río! ¡Es un traidor!

«*¿Un traidor?*», Ala de Mariposa se preguntó, dudosa. Borrascoso había abandonado el Clan, pero fue porque se había enamorado. No lo veía como un traidor. Todo el Clan del Río lo había extrañado.

—¡Y Rivera! Ni siquiera es una de nosotros. ¿Se supone que el Clan del Río la deje unirse así sin más?

—Ellos nos dejaron unirnos a *nosotros* —le recordó Ala de Mariposa.

Su hermano la miró.

—Eso no es lo mismo. A nosotros nos tomaron como aprendices. Tuvimos que trabajar para ser aceptados, y nos hemos probado a nosotros mismos una y otra vez. ¡Rivera solamente caminó hasta aquí y ahora pretende ser una guerrera! ¡Ni siquiera puede pelear! —El pelaje entre sus hombros se erizó de enojo.

—Bueno, en la Tribu, ella era una apresadora. Nunca tenía que pelear —Ala de Mariposa soltó de regreso, deseando que su hermano fuese razonable—. ¿Por qué importa, de todos modos? Si Estrella Leopardina está de acuerdo con que se queden aquí, es su decisión, ¿no?

—No sé por qué los deja quedarse. —Alcotán comenzó a pasearse por la guarida, dando azotes al aire con la cola—. No me gusta.

—¿Por qué te importa? —la curandera preguntó, confundida—. Aunque todavía fuesen leales a la Tribu, no son un peligro para el Clan del Río. Siempre es útil tener más cazadores.

Su hermano dejó de caminar y se quedó mirándola, entrecerrando sus claros ojos azul hielo.

—Ahora Estrella Leopardina es la mayor de los líderes de los Clanes —maulló—. Antes de que pasen muchas estaciones, Vaharina se convertirá en la nueva líder del Clan del Río.

—Estrella Leopardina está en perfecto estado de salud —ella replicó a la defensiva. No le gustaba pensar en la muerte de su líder, aunque sabía que se estaba volviendo vieja.

—Quiero ser el próximo lugarteniente del Clan del Río —Alcotán le dijo rotundamente—. Me lo merezco. Soy el guerrero más fuerte del Clan, y siempre he sido leal.

—Eres la opción obvia para ser lugarteniente —Ala de Mariposa coincidió—. Estrella Leopardina ya te hizo lugarteniente temporal una vez, cuando Vaharina desapareció.

—Sí, ¡pero a Vaharina le agrada Borrascoso más que yo! —siseó el atigrado marrón oscuro—. No sé a quien elegiría.

Ala de Mariposa inclinó la cabeza hacia el costado, pensando.

—¿En serio crees que elegiría a Borrascoso? Tienes razón en algo, abandonó el Clan.

Las orejas de Alcotán se movieron.

—Quizá no lo elegiría ahora, pero ¿y dentro de unas lunas? ¿Cuando la memoria del Clan de su deserción no sea tan fresca? Estrella de Tigre los mantuvo prisioneros a ambos, Vaharina y Borrascoso, porque eran gatos mestizos. ¡Planeaba matarlos! ¿No crees que cuando Vaharina se convierta en líder, preferirá a Borrascoso como su lugarteniente, en vez de al hijo de Estrella de Tigre?

La curandera le parpadeó.

—Vaharina siempre nos aceptó. Estoy segura de que no te culparía por lo que hizo Estrella de Tigre.

—No puedo arriesgarme. —Los ojos del guerrero se entrecerraron.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ala de Mariposa.

El pinchazo de inquietud se estaba volviendo más fuerte. Alcotán se había vuelto más irritable, más *frío*, desde que habían viajado al lago. Siempre había querido ser el mejor de los guerreros del Clan del Río, pero ahora parecía resentido con cualquier gato que pudiese tener una ventaja sobre él.

—No puedo arriesgarme a que Vaharina elija a Borrascoso —explicó su hermano—. Y no puedo hacer nada al respecto, pero tú sí.

—¿*Yo*? —contestó—. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Eres la curandera —Alcotán le dijo—. Si *tú* le dices a Estrella Leopardina y Vaharina que Borrascoso y Rivera no pertenecen al Clan del Río, tendrán que escucharte.

—¿Por qué les diría eso? —Ala de Mariposa sintió sus ojos abrirse de par en par—. Están bien aquí.

Alcotán la miró por encima del hombro, entonces se le acercó hasta que sintió su aliento calentar su mejilla.

—¿No estás de acuerdo en que yo sería un buen lugarteniente? —le preguntó suavemente—. ¿No quieres ayudarme? Después de todo lo que hemos hecho por el Clan del Río, merecemos liderarlo. Nadie respeta el código guerrero y lo que significa ser parte de un Clan más que nosotros.

Ala de Mariposa tragó. ¿Alcotán sería un buen líder? «*No estoy segura*». Antes de venir al lago, habría dicho que sí. Pero últimamente había estado muy inquieto, y no estaba segura de que le gustara la mirada sombría en sus ojos. Había visto la misma mirada en los ojos de su medio hermano del Clan del Trueno, Zarzoso. Los dos gatos tenían más en común de lo que creía.

—No puedo simplemente decirle a Estrella Leopardina que se deshaga de Borrascoso —discutió—. No sin una razón.

—Invéntate una, entonces —Alcotán contestó, aun más tranquilo—. Dile que tuviste una visión. —Su cola se movía lentamente de un lado a otro, como si olfateara una presa.

Ala de Mariposa jadeó.

—¡No puedo! —protestó—. No podría mentir sobre eso. Ser una curandera significa que tengo que ser digna de confianza. —Rogó a su hermano que entendiera—. La forma en que ocurrió, que engañaste a Arcilloso para que pensara que había recibido una señal del Clan Estelar sobre mí, siempre me he sentido avergonzada por eso. He tenido miedo de que alguien se entere de que no soy una curandera de verdad. A veces se siente como patas pesadas empujándome hacia abajo, el saber que todo el Clan se pondría en mi contra si se enteraran. No *puedo* mentir otra vez. Ser una curandera es la cosa más importante de mi vida.

Alcotán la miró tranquilo, con los ojos gélidos. Nunca la había mirado de esa forma, y de pronto Ala de Mariposa estuvo segura de que Estrella de Tigre, el padre que nunca había conocido, había mirado a otros gatos con esa misma mirada, clara y pensativa, antes de hacer las cosas horribles que había hecho.

—A veces cuesta una mentira mantener otra mentira en secreto —maulló él con suavidad.

Ala de Mariposa se sobresaltó.

—No les dirías, ¿o sí?

Hubo una larga y silenciosa pausa. Entonces, sin contestar a su pregunta, Alcotán maulló:

—¿Y si el Clan Estelar te enviara un sueño? Un sueño sobre Borrascoso y Rivera.

Mientras trazaba su plan, cavando la tierra con sus largas garras desenvainadas, Ala de Mariposa no podía hablar. Solamente podía mirarlo en silencio, con el corazón latiéndole. Se sentía asustada, y terriblemente triste. ¿Qué le había pasado a su hermano? ¿Qué había cambiado?

* * *

—Espero que estés orgulloso de ti mismo —murmuró la curandera. Lamió con enojo los largos arañazos en el vientre de Alcotán

—¡Auch! —el guerrero protestó, girándose—. Se supone que estás de mi lado. Pertenecemos el uno con el otro, ¿recuerdas?

—Estoy de tu lado —Ala de Mariposa contestó automáticamente, luego se detuvo un momento en el tratamiento de las heridas. ¿Alcotán y ella eran realmente aliados ahora? ¿La habría amenazado con exponerla si así fuera?—. Estoy del lado del Clan del Río —se corrigió—. ¿Qué bien le hace al Clan que provoques a Borrascoso para que te ataque? Cuando Estrella Leopardina lo hizo a él y a Rivera irse, perdimos buenos compañeros de Clan.

—Nos deshicimos de una amenaza —Alcotán la corrigió—. Y no podría haberlo hecho sin ti. Cuando le contaste a la Asamblea sobre ese sueño que inventaste, dos guijarros fuera de lugar, evitando que el río fluya con normalidad, el Clan se empezó a poner en su contra. Si nuestros compañeros de Clan no estuvieran ya cautelosos sobre ellos, habrían visto mi pelea con Borrascoso de una forma distinta.

—Estoy *avergonzada* de haber inventado ese sueño —Ala de Mariposa siseó—. Desearía nunca haberlo hecho.

—¿Así que por eso no me respaldaste esta vez? —Alcotán preguntó, su voz se volvió fría—. “En ocasiones, un sueño no es más que un sueño”. —la imitó con un maullido chirriante—. Estás olvidando en donde reside tu lealtad.

—Mi lealtad reside con el Clan del Río —le dijo ella—. Y la tuya también debería.

—Lo hace. —El guerrero la miró con ojos muy abiertos y sorprendidos—. Cuando sea líder del Clan del Río, seremos el Clan más fuerte de todos. —Empezó a ronronear—. Estarás a mi lado como mi curandera. Algún día nos apoderaremos también del Clan de la Sombra. Y nuestro hermano Zarzoso será el líder del Clan del Trueno, y se apoderará del Clan del Viento. Todos los gatos del bosque, seguros en las patas de nuestra sangre.

Un fuerte escalofrío recorrió a Ala de Mariposa.

—Eso no está bien —maulló—. Tiene que haber cuatro Clanes.

Apoderarse de los Clanes, ¿eso no era lo que Estrella de Tigre había querido? ¿Estaba su hermano (junto con su medio hermano Zarzoso; que sabía que tenía que ser parte de este plan) siguiendo los pasos de su padre?

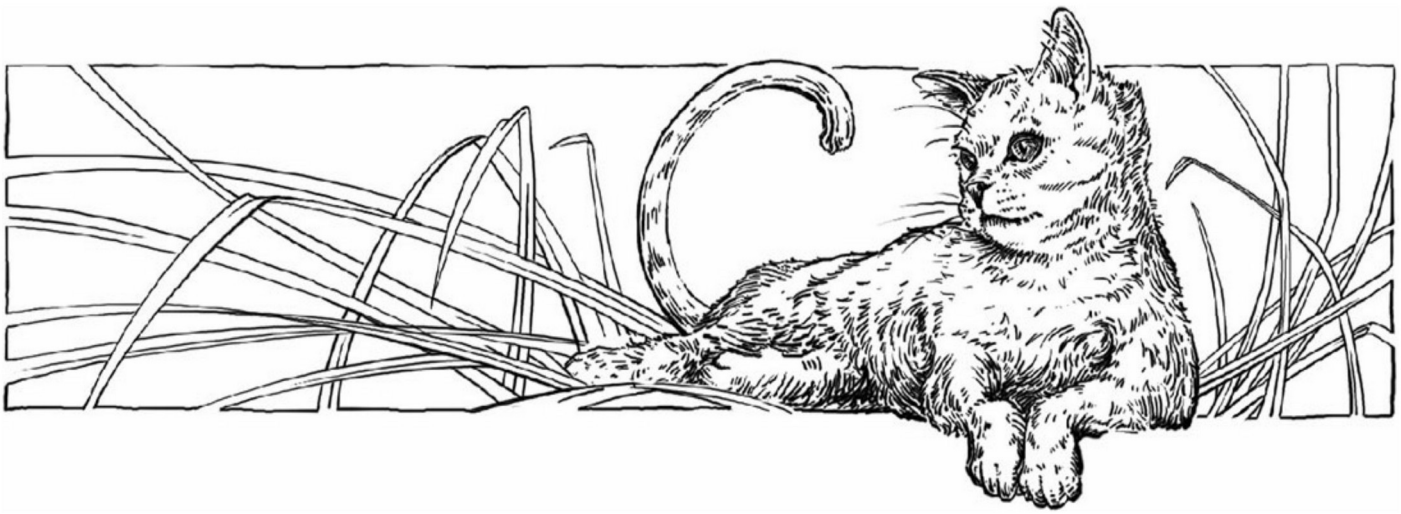
—¿*Tiene* que? —preguntó Alcotán, aun ronroneando—. ¿Quién dice? ¿El Clan Estelar? Pensé que no creías en ellos.

—No. —La cola de la curandera cayó tristemente—. Desearía hacerlo. Pero aun así no está bien. ¿El Clan del Río no es suficiente?

Las orejas de su hermano se movieron.

—Solo mantén tu boca cerrada y limítate a dar hierbas —espetó. Se agachó y apretó su hocico contra el de ella—. Yo cuidaré de ti. Ya lo verás, el Clan del Río nos agradecerá al final. Nuestro hogar siempre será seguro.

Las heridas de Alcotán estaban limpias. Instintivamente, Ala de Mariposa fue a buscar caléndula, para evitar una infección. ¿Quién trataría las heridas de Borrascoso? De pronto se sintió exhausta, los secretos y mentiras que estaba cargando le estaban pesando, empujándola hacia el barro al borde de las corrientes. Su boca estaba agria por la culpa. Quizá el Clan del Río estaría más seguro con Alcotán liderando, como él decía. Pero ella no se sentía segura.



CAPÍTULO 6

—Fue aterrador, pero también fue hermoso —exclamó Blimosa mientras ella y su mentora subían lado a lado por el camino que salía de la hondonada de la Laguna Lunar.

Ala de Mariposa miró afectivamente a su joven aprendiza, cuyos ojos verdes resplandecían de emoción.

—Lo hiciste muy bien —maulló—. ¿Cómo se siente ser oficialmente una aprendiza de curandera?

Ala de Mariposa se había preocupado de que de alguna manera su secreto saldría a la luz cuando presentara a Blimosa ante el Clan Estelar por primera vez. ¿Cómo guiaría a su aprendiza para tener los sueños correctos cuando ella misma no los tenía? Pero parecía que todo había ido perfecto. Blimosa había soñado con el Clan Estelar, y si ella creía que había sido más que un simple sueño, Ala de Mariposa no la iba a desalentar. Además, Hojarasca Acuática había ofrecido guiar a la aprendiza en todas las partes de su entrenamiento en las que Ala de Mariposa no podía: interpretar los sueños y señales que los otros curanderos creían que eran enviados por el Clan Estelar.

El manto de Ala de Mariposa se erizó de incomodidad cuando miró hacia adelante y vio la silueta de Hojarasca Acuática guiándolos sendero arriba. ¿Había hecho bien en decirle a la gata del Clan del Trueno la verdad? Le había dicho todo, desde la falsa señal de Alcotán hasta como su hermano le había hecho mentir para que el Clan se pusiera en contra de Borrascoso. La culpa y el horror le revolvían el interior siempre que pensaba en eso, y medio se había esperado que Hojarasca Acuática la

expusiera ante los otros curanderos y alentara al Clan del Río a exiliarla a ella y a Alcotán. Pero Hojarasca Acuática había sido muy amable. Ala de Mariposa quería confiar en ella. Aun así, la curandera estaba nerviosa. Si Alcotán, su propio hermano de camada, podía ponerse en su contra y usar sus secretos contra ella, cualquier gato podía hacerlo.

Cuando llegaron a la cima del camino, Ala de Mariposa respiró profundamente y dejó que el fresco aire de la noche la acariciara y calmara hasta que un pensamiento se volvió claro: «*Lo hecho, hecho está*».

Hojarasca Acuática le había señalado que Alcotán no se arriesgaría a decirle a nadie como él había hecho la señal del ala de mariposa. Ningún líder lo haría lugarteniente si supieran como había mentido y engañado. Él era tan vulnerable como ella. Pero el pensamiento no le era tan reconfortante como debería. Quería que ambos estuviesen a salvo.

Una sombra cayó sobre la hondonada, y Ala de Mariposa levantó la mirada para ver que una nube se deslizaba por en frente de la luna. «*Un curandero real descifraría un mensaje en esa sombra*», pensó, y sintió un escalofrío cuando una helada brisa voló por su manto.

Con un gesto de la cola, se despidió de Hojarasca Acuática, Cascarón y Cirro, que ya se estaban alejando en dirección hacia sus respectivos territorios. Ala de Mariposa volvió su atención hacia su aprendiza mientras se dirigían hacia el campamento del Clan del Río y la media luna volvía a aparecer desde detrás de la nube.

—No podía contarte sobre mi sueño en frente de los otros, porque Hojarasca Acuática me dijo que no le contamos a los otros curanderos sobre nuestros sueños, a menos que sus Clanes estén involucrados —la aprendiza maulló con seriedad, con sus ojos verdes iluminados por la luz de la luna.

—¿Qué soñaste? —Ala de Mariposa preguntó.

Era solo un sueño, no importaba lo que Blimosa y Hojarasca Acuática creyeran, pero incluso ella podía admitir que los sueños del Clan Estelar a menudo llevaban verdades que las mentes despiertas de los curanderos no veían. Quizá Blimosa había visto algo que su mente no se había dado cuenta de que había notado.

—Estaba en la Laguna Lunar, igual que cuando estaba despierta —explicó la aprendiza—. Pero además de mí solo estaban Hojarasca Acuática y una gata del Clan Estelar, anteriormente del Clan del Trueno, Jaspeada. Tú, Cascarón y Cirro no estaban ahí. Estaba mirando hacia la Laguna Lunar, y al principio solo reflejaba las estrellas. Pero entonces un montón de nubes de tormenta se empezaron a acumular en la laguna, y un

viento frío me azotó tan fuerte que casi me tira. —Blimosa sintió un escalofrío, sus delgados hombros se hundieron contra la tormenta que recordaba, entonces miró a su mentora otra vez—. ¿Qué crees que significa?

«*Yo pienso que simplemente significa que estás preocupada por algo*». Pero eso no era lo que una curandera le diría a su propia aprendiza.

—Bueno —maulló lentamente, pasando su cola por el lomo de Blimosa—, ¿qué crees *tú* que significa?

—¿Quizá se acercan problemas? —la aprendiza sugirió, dudosa—. Y tal vez debido a que solo yo y Hojarasca Acuática lo vimos, ¿vendrán para el Clan del Trueno y para el Clan del Río, y no para todos los Clanes?

—Podría ser —contestó Ala de Mariposa.

Caminaron juntas alrededor del lago hacia el territorio del Clan del Río. Mientras avanzaban, Ala de Mariposa siguió pensando en Alcotán. Se sentía bien haberle contado a Hojarasca Acuática la verdad sobre lo que estaba pasando, pero eso no la había ayudado a decidir qué podía hacer sobre su hermano. «*Ha cambiado. Ahora quiere poder, no solo ser un guerrero leal*». Esa clase de sed era mala para el Clan, estaba segura de ello. Eran la cooperación y los gatos trabajando por el Clan en vez de por sí mismos lo que hacía fuerte al Clan del Río. Alcotán solía saber eso. ¿Qué le había pasado? ¿Qué planeaba hacer?

Cuando llegaron a la corriente que marcaba el límite del campamento del Clan del Río, la luz de la luna se había apagado de nuevo, borrada por otra nube aun más grande sobre sus cabezas. Su sombra caía sobre el campamento, sumergiéndolo en la oscuridad.

El pelaje de Ala de Mariposa rozó el de Blimosa, y pudo sentir a su aprendiza estremecerse.

—¿Crees que sea una señal? —la gata gris preguntó.

—No lo sé —Ala de Mariposa contestó lentamente.

«*No necesito una señal para saber que se acercan problemas*».

Al día siguiente, Ala de Mariposa estaba entrenando a Blimosa en el uso de hierbas.

—¿Qué es esto? —le preguntó, pasando una hoja fragante por debajo de la nariz de su aprendiza.

Disfrutaba enseñarle a Blimosa, pasándole las habilidades que Arcilloso le había enseñado a ella. «*No puedo darle todo lo que un curandero necesita, pero le daré todo lo que sé*».

Blimosa olfateó,

—¿Borraja? —adivinó.

—Muy bien —Ala de Mariposa la elogió—. ¿Y para qué se usa?

—Se la damos a nuevas madres para ayudarlas a que den leche —la aprendiza contestó, más confiada.

—¿Y?

—Emm. —Blimosa olisqueó las hojas otra vez, concentrándose aun más—. Puede ayudar a aliviar la fiebre.

—¡Genial! —ronroneó la curandera—. Ahora, ¿qué más…? —se interrumpió ante un alboroto afuera del espinoso túnel que daba a la guarida de las curanderas.

—¡Rápido! ¡Musgaño fue picado por abejas! —Prieto estaba dándole soporte al pequeño gato marrón mientras cruzaban hacia la guarida.

Claramente, Musgaño había sido picado mucho; su cara ya estaba hinchada en varios lugares, uno de sus ojos estaba cerrado por la hinchazón. El gato gimoteó suavemente.

—No te preocupes, Musgaño, cuidaremos de ti —Ala de Mariposa le aseguró. Le lamió las picaduras, esperando aliviar el dolor un poco, entonces miró a Blimosa—. ¿Qué tenemos que hacer? —preguntó, poniendo a prueba la memoria de su aprendiza.

—¿Qué? —La aprendiza se congeló por un momento, entonces contestó dubitativa—: ¿Hojas de zarzamora? ¡Sí, hojas de zarzamora! La hacemos una cataplasma y ayudará a la hinchazón y al dolor de las picaduras.

—Bien hecho —le dijo Ala de Mariposa, y regresó a lamer las picaduras del guerrero.

Musgaño hizo una mueca.

—Debo haber ofendido al Clan Estelar —gimió, mirando a la curandera lastimeramente—. ¿Por qué sino vendrían tantas abejas por mí?

—Estoy segura de que hay una buena raz… —Ala de Mariposa continuó, pero Musgaño la cortó, su voz era desesperada.

—¿Puedes decirles que lo que sea que haya hecho para merecer esto, lo lamento?

Ala de Mariposa le sostuvo la mirada.

—Estás hablando por el dolor. Estás siendo imprudente. Y de toda formas, siempre puedes decírselos tú mismo, de la misma manera en que les agradeces luego de una buena caza.

Musgaño aulló.

—Sí, pero me haría sentir mejor si alguien que habla directamente con el Clan Estelar pudiera pasarles mi mensaje. *¿Por favor?*

Ala de Mariposa de repente se sintió otra vez como una aprendiza insegura a la que ponían en un aprieto. No quería prometerle a este gato herido que haría algo que en realidad no podía hacer. Pero tampoco quería denegar su pedido, por más tonto que fuese.

—Y-yo… —empezó, incierta.

Levantó la mirada para encontrarse con Blimosa mirándola, con los ojos bien abiertos. Vio descubrimiento reluciendo allí. «*Ya se dio cuenta* —pensó Ala de Mariposa—. *Sabe que no puedo hablar con el Clan Estelar*».

Por un largo momento, la curandera se preocupó de que Blimosa revelaría su secreto en voz alta. Pero en lugar de eso, la joven aprendiza se acercó a Musgaño rápidamente, le lamió las picaduras una vez más y entonces susurró:

—Estoy segura de que el Clan Estelar no está enojado contigo, pero les diré lo que dijiste. No te preocupes. Todo estará bien. —Una vez más, miró a su mentora, quien solo podía asentir agradecida.

—Apresúrate —la instó, ansiosa por dejar atrás el tema del Clan Estelar—. Las hojas.

Blimosa hizo lo que se le pidió y se apresuró a encontrar las hojas en los almacenes.

—¡Oh, no! —gritó luego de un momento, su maullido estaba bordeado de pánico—. Ala de Mariposa, casi no tenemos hojas de zarzamora.

Había zarzamoras creciendo al borde del cercado de los caballos, recordó la curandera.

—Puedo traer algunas —maulló—. Prieto, ¿vienes conmigo?

Le serviría la ayuda del gato para ayudarla a traer las hojas, y para ahuyentar a los gatos del cercado si se acercaban demasiado. Prieto asintió y ayudó a Musgaño a echarse en uno de los lechos de la guarida de las curanderas.

Los ojos de Blimosa se agrandaron, y miró a Ala de Mariposa y luego a Misgaño, cuyos gimoteos se estaban volviendo más fuertes.

—¿Puedo ir yo en tu lugar? —maulló, claramente reacia a que la dejaran sola con el gato herido.

—No. —Ala de Mariposa acarició a la aprendiza de una manera reconfortante—. Yo sé exactamente donde encontrar las hojas. Tú cuida de Musgaño.

Aun nerviosa, la aprendiza inclinó la cabeza en aceptación y se giró hacia el guerrero herido, manteniendo su cabeza estable con una gentil pata.

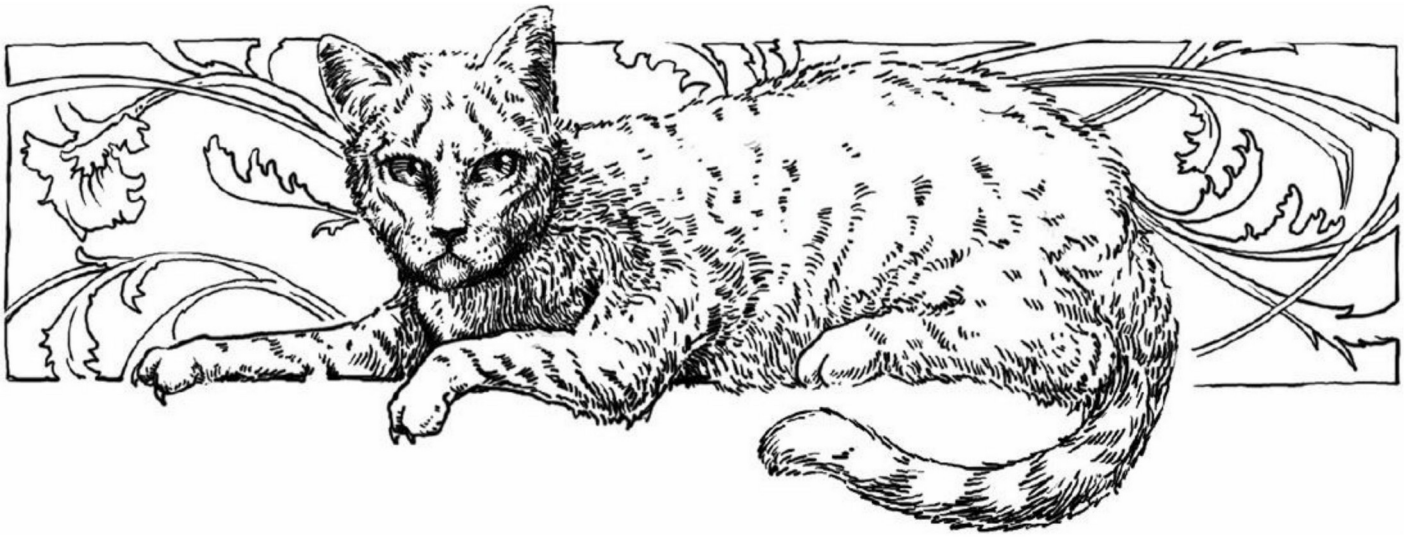
—Te haremos sentir mejor pronto —murmuró, y comenzó a lamerle las picaduras.

«*Estará bien*», pensó Ala de Mariposa. Blimosa era una curandera natural, y sus instintos eran agudos. Sabía cuando tenía que ofrecer algo que Ala de Mariposa no podía, y era lo suficientemente amable como para mantenerlo para sí misma. Lo único que le faltaba era confianza. Le haría bien cuidar de Musgaño por su propia cuenta. «*Quizá también la haga ponerle la cataplasma*».

—Vamos. —Se apresuró a la entrada del campamento, con Prieto detrás, preguntándose cuantas hojas serían capaz de traer de vuelta. Estaría bien tener un buen suministro al alcance, en la estación de la hoja verde, había un montón de abejas zumbando alrededor del lago.

Alcotán estaba sentado en frente al matorral que ocultaba la guarida de los guerreros, su mirada revoloteaba pensativa sobre los gatos en el campamento: los cachorros jugando frente a la maternidad, los guerreros compartiendo presas, los aprendices chismorreando al borde del claro. Apenas habían hablado desde que Ala de Mariposa le había dicho que nunca volvería a mentir por él.

Sus patas se ralentizaron cuando pasó por delante de él, y sacudió la cabeza en un rápido saludo. Su hermano apenas la miró, con su pensativa mirada color azul hielo. Alguna vez habría sido capaz de saber en lo que estaba pensando. «*Ya no sé más que es lo que pasa por la cabeza de Alcotán…*». El pensamiento la asustó, y sintió un escalofrío. Pero habría tiempo suficiente para preocuparse por eso después. Apartó de su mente la mirada inescrutable de Alcotán y se apresuró a buscar las hojas que necesitaba. Tenía un trabajo que hacer.



CAPÍTULO 7

—No hay nada de qué preocuparse —Ala de Mariposa le dijo a Golondrina una luna más tarde—. El corte se está curando, pero seguramente te dolerá un poco si te esfuerzas demasiado.

—Bueno, no iba a dejar que esa trucha se me escapara solo porque me dolía un poco la pierna —ronroneó Golondrina—. Gracias, Ala de Mariposa, tenía miedo de haberlo empeorado.

Antes de que la curandera pudiera contestar, escuchó un gato corriendo por el túnel hacia la guarida y sintió el aroma de Blimosa.

—¿Qué pasa? —empezó a preguntar cuando su aprendiza emergió, pensando en qué hierbas tenían al alcance si algún gato estaba seriamente herido.

Entonces vio la cara de la aprendiza. Su maullido se desvaneció antes de poder hablar. Blimosa se veía aterrorizada, y más que eso, parecía sentir una intensa lástima por su mentora. Ala de Mariposa se quedó mirando a la aprendiza fijamente, con el corazón latiendo, y su boca se quedó seca. No podía hablar.

—¿Ala de Mariposa? —la pequeña aprendiza de pelaje gris dijo tímidamente, y Ala de Mariposa se movió de repente, pasando junto a Blimosa y saliendo al campamento. Algo andaba terriblemente mal.

A la primera gata que vio fue Hojarasca Acuática, y se relajó un poco al ver a su amiga. Quizá las cosas no estaban tan mal como creía. La mirada ámbar de Hojarasca Acuática era seria, pero se veía tranquila. Entonces Ala de Mariposa vio a Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno, hablando con Estrella Leopardina. Detrás de él estaban Zarzoso y Esquiruela. Entre ambos, los dos guerreros llevaban en sus espaldas el

cuerpo sin fuerzas de un gato, uno muy grande con un pelaje marrón oscuro atigrado.

Ala de Mariposa se congeló. Y luego soltó un grito ahogado. «*Alcotán*».

Su hermano estaba muerto.

Cada pelo de su pelaje se endureció, y caminó hacia adelante, un paso a la vez, hacia el cuerpo de su hermano. Esquiruela y Zarzoso bajaron el cuerpo de Alcotán hasta el suelo y retrocedieron, dándole espacio.

«*No está respirando*». Ala de Mariposa estiró una pata y se encontró con que su hermano estaba frío. El pelaje de su pecho estaba cubierto de pegajosos grumos de sangre seca. Había una profunda y redonda herida en su cuello.

Se giró para mirar a los gatos del Clan del Trueno y se dio cuenta de que sus compañeros estaban haciendo lo mismo, con los pelajes erizados de conmoción y hostilidad. Hojarasca Acuática y Esquiruela parecían ilesas, aunque conmocionadas, pero el cuello de Estrella de Fuego estaba muy arañado y Zarzoso tenía marcas de garras en el cuello y el costado.

—¿Qué *pasó*? —preguntó de una vez por todas, con la voz fina.

Su interior se llenó de desconfianza: Zarzoso y Alcotán habían planeado reinar los territorios juntos algún día. ¿Su plan había fracasado? ¿O Zarzoso había decidido eliminar a su rival por poder en vez de trabajar junto a a él? Mientras miraba a Zarzoso, los hombros del atigrado se hundieron y miró más allá de ella, con los ojos oscuros de horror. «*No*», decidió ella. Sea lo que hubiese pasado, el gato del Clan del Trueno no se veía como un vencedor triunfante.

—Creo que a todos nos gustaría saber qué pasó —gruñó Estrella Leopardina, su cola moteada daba azotes en el aire de un lado a otro—. ¿Por qué hay gatos del Clan del Trueno trayéndome el cadáver de uno de los mejores guerreros del Clan del Río? ¡Necesitamos una explicación, Estrella de Fuego!

El gato naranja parpadeó solemne.

—Alcotán murió por una trampa de zorros —comenzó—. Fue un accidente terrible. Lo siento mucho. —Miró a los gatos del Clan del Río a su alrededor, quienes le devolvieron la mirada con una mezcla de hostilidad y dolor—. Sé que muchos gatos, tanto dentro como fuera del Clan del Río, le llorarán.

La sospecha atravesó a Ala de Mariposa, y desenvainó las garras, clavándolas en el suelo del claro. Alcotán estaba *muerto*. Seguramente el Clan del Río se levantaría en contra de estos gatos del Clan del Trueno que

habían traído su cuerpo aquí. La curandera tembló, su cuerpo se sacudió de dolor y rabia.

Pero Estrella Leopardina bajó la cabeza solemnemente.

—Era un gran guerrero y un gato leal al Clan del Río —maulló—. Gracias por traer a Alcotán a casa, pero tendré que pedirles que se retiren ahora para que podamos velar por él.

—Por supuesto. —Estrella de Fuego miró a sus compañeros.

En respuesta, Esquiruela y Zarzoso se movieron hacia la entrada del campamento, pero Hojarasca Acuática se quedó donde estaba.

—Tengo que hablar con Ala de Mariposa —anunció.

Los ojos de Estrella Leopardina se abrieron de par en par por la sorpresa, pero se limitó a responder:

—Esa es decisión de Ala de Mariposa.

La curandera de pelaje dorado caminó hacia la guarida de curandería, haciéndole un gesto con la cola a Hojarasca Acuática para que la siguiera. Sus patas se sentían tan pesadas como piedras. Estaba consciente de que Blimosa se apresuraba tras ellas. Cuando estuvieron a salvo dentro de la guarida de las curanderas, se giró hacia Hojarasca Acuática.

—¿Qué *pasó*? —gruñó otra vez. La gata del Clan del Trueno dudó, y Ala de Mariposa continuó, desesperada—: Por favor no me mientas, Hojarasca Acuática. Mi hermano era un gato peligroso. Pero tengo que saber la verdad.

Hojarasca Acuática tragó. Luego miró a Blimosa.

—Puedes hablar libremente en frente de Blimosa —le dijo. Confiaba en su aprendiza.

La gata gris asintió solemne.

—Jamás traicionaría uno de los secretos de Ala de Mariposa —dijo.

Ala de Mariposa sabía que era cierto. Blimosa había adivinado el mayor secreto de Ala de Mariposa, que no podía hablar con el Clan Estelar. Pero en vez de revelar lo que sabía, su aprendiza simplemente había dado un paso al frente y se había encargado ella misma de ese aspecto de las tareas de una curandera.

Hojarasca Acuática dudó, entonces finalmente habló, su voz casi fue un susurro.

—Alcotán intentó matar a Estrella de Fuego —maulló, y Ala de Mariposa se congeló, horrorizada.

—No lo haría —protestó con voz ronca, pero algo dentro de ella le insistió: «*Sí lo haría*».

—Lo llevó hacia una trampa de zorros y le dijo a Zarzoso que lo matara para que pudiera volverse el líder del Clan del Trueno —continuó la curandera marrón—. Pero Zarzoso no lo hizo. En vez de eso salvó a Estrella de Fuego. Alcotán atacó a Zarzoso, y él le clavó el final del palo de la trampa en el cuello. —Se veía miserable—. Zarzoso solo se estaba defendiendo a sí mismo. Y a Estrella de Fuego.

Ala de Mariposa cerró los ojos con fuerza. Era *cierto*, lo sabía. Recordó la voz de Alcotán, diciendo que algún día él y Zarzoso liderarían los Clanes juntos. No había estado dispuesto a esperar. Ella se sintió enferma.

Hojarasca Acuática le pasó la cola por la espalda.

—Lo siento mucho, Ala de Mariposa —continuó—. Solo unos pocos lo sabemos, y mantendremos en secreto la forma en que murió Alcotán. No hay necesidad de herir al Clan del Río de esa manera.

Blimosa se le acercó por el otro lado, apretándose contra su mentora, consolándola.

—Él no era del todo malo —le maulló con suavidad—. El Clan del Río sabe que había más de Alcotán que su ambición.

«*¿Lo había?*», pensó sombríamente Ala de Mariposa. Recordó el enérgico cachorro que había sido su hermano, y lo devastado que había estado ante la muerte de Renacuajo. Ella y Zarpa de Alcotán se habían aferrado el uno al otro cuando eran aprendices, abandonados por su madre, sin ningún otro gato del que depender. Pero Alcotán había cambiado. *Él* fue quien decidió que se quedarían en el Clan del Río cuando Sasha se había ido. *Él* había fingido la señal que aseguró que Ala de Mariposa fuera elegida para convertirse en curandera. Él había mentido y conspirado, buscando el poder.

Ala de Mariposa gimoteó y se dejó caer al suelo, poniendo su cara entre sus patas. ¿Había una diminuta corriente de *alivio* corriendo a través de ella? Ahora no tenía que preocuparse de lo que haría Alcotán, o qué cosa terrible intentaría forzarla a hacer. Y ahora sabía que ningún gato revelaría su secreto jamás: que nunca había sido elegida por el Clan Estelar, que ni siquiera podía convencerse de creer en ellos. Solo Hojarasca Acuática y Blimosa lo sabían, y confiaba totalmente en ella.

Al darse cuenta de eso, de que confiaba más en estas otras curanderas que de lo que había sido capaz de confiar en su propio hermano –el gato que había pertenecido con ella, y con quien ella había pertenecido– Ala de Mariposa comenzó a lloriquear por la miseria. Hojarasca Acuática y Blimosa se apretaron más contra ella, intentando reconfortarla.

«*Lo amaba.* Sí *que lo amaba. Alcotín, mi hermano, a pesar de todo. ¿Cómo podré no verlo nunca más?*». Pero se habían perdido el uno al otro en algún lugar del camino.

* * *

Habían pasado muchísimas lunas desde la muerte de Alcotán. Estrella Vaharina era la líder del Clan del Río ahora, y Blima se había convertido en una curandera de pleno derecho junto a Ala de Mariposa. Los Clanes habían seguido adelante. Pero siempre había un pequeño punto de dolor dentro de Ala de Mariposa en donde se aferraba a su memoria. «*Mi hermano*».

Y aun así el trabajo de un curandero seguía. Era algo en lo que podía confiar.

—Está bien —le dijo a Vespertina, haciendo a un lado los pensamientos de Alcotán—. Le seguiré dando consuelda a Pequeño Vaina por unos días más, pero su tos debería irse pronto. Estará bien.

El gatito gris y blanco se erizó.

—¡Puaj! ¡Estas hojas saben horribles!

—Aunque te harán más fuerte. —La curandera acarició la espalda del cachorro con su cola—. Sé tan valiente como un guerrero adulto y cómetelas.

Vespertina ronroneó.

—Gracias, Ala de Mariposa.

—De nada —contestó ella—. Ahora, ya escuchaste lo que dijo Estrella Vaharina. Ten cuidado, y si pasa algo, quédate en la maternidad donde tus compañeros de Clan puedan protegerte a ti y a tus cachorros.

La reina dejó de ronronear.

—¿En serio crees que algo va a pasar? —preguntó—. ¿El Bosque Oscuro está en camino?

—No lo sé —Ala de Mariposa le dijo—. Pero debemos tomar precauciones, por si acaso.

Cuando Vespertina y Pequeño Vaina abandonaron la guarida de las curanderas, Ala de Mariposa intercambió una mirada de preocupación con Blima.

—He estado armando los montones —maulló Blima, asintiendo hacia una pila de hierbas envueltas en hojas a sus patas—. Cada uno tiene todas las hierbas necesarias para tratar las heridas, además de telarañas. Estaremos listas.

Ala de Mariposa olfateó los montones de hierbas, sintiendo el agudo aroma de la caléndula y la ortiga.

—Bien pensado —le dijo a su compañera, entonces soltó—: ¿*Tú* de verdad crees que el Bosque Oscuro está en camino?

Blima le sostuvo la mirada, con sus ojos verdes estables.

—Estoy segura de ello.

El Bosque Oscuro era a donde los gatos de Clan creían que sus compañeros de Clan malvados iban al morir. Los gatos que rompían el código guerrero tan mal que no merecían ir al Clan Estelar terminaban en el Bosque Oscuro. Ala de Mariposa siempre había asumido que, al igual que el Clan Estelar, el Bosque Oscuro era solo una historia. Pero habían estado pasando cosas extrañas últimamente. Los curanderos de cada Clan, incluyendo a Blima, le habían dicho a sus compañeros de Clan que el Clan Estelar quería que reforzaran sus fronteras y se mantuvieran lejos de los otros Clanes. Incluso los curanderos habían dejado de encontrarse en la Laguna Lunar. En ese entonces, Ala de Mariposa solo había sacudido la cabeza. ¿Por qué estos gatos inteligentes dejaban que los murmullos imaginarios de los muertos controlaran sus acciones? Luego algunos de sus compañeros de Clan habían empezado a actuar raro: Apareciéndose en la guarida de curandería con heridas de batalla al amanecer, cuando la noche anterior se habían ido en perfecto estado a sus lechos. Viéndose exhaustos luego de una larga noche de siesta. Escabulléndose para conspirar con gatos de otros Clanes, a los que parecían conocer mejor de lo que deberían.

Glayo, el joven curandero ciego del Clan del Trueno, había venido y le había dicho a Ala de Mariposa que estos gatos, de cada Clan, estaban siendo entrenados en el Bosque Oscuro por los gatos más viciosos de todos los Clanes: Estrella de Tigre, Garra de Cardo, Estrella Rota, Arce Sombrío… gatos que habían muerto antes de que ella naciera, pero cuyos nombres se recordaban con un escalofrío. Y Alcotán.

Ahora, incitados por sus curanderos, los Clanes se habían unido para prepararse para una invasión por parte de los gatos del Bosque Oscuro. «No puede *ser verdad*», pensó Ala de Mariposa. Los muertos estaban muertos, se habían ido.

Pero esto no era como los sueños y señales de los otros curanderos, que Ala de Mariposa podía explicar con facilidad. Gatos en los que confiaba afirmaban haber visto a los gatos del Bosque Oscuro. Insectero, un joven guerrero, había desaparecido una noche de su lecho, sin dejar rastro alguno. Los olores de gatos extraños habían empezado a aparecer en

el corazón de los territorios de todos los Clanes. Todos los Clanes se estaban preparando para una invasión. «*No puede ser verdad*», Ala de Mariposa pensó una vez más. Pero era su responsabilidad proteger al Clan. Así que se prepararía como si fuese cierto.

Asintió hacia Blima.

—Traeré algo de musgo para que podamos dar agua a los heridos.

«*No hará daño tener un poco. Solo por si acaso*».

Ala de Mariposa se abrió paso por el túnel y salió al claro en el centro del campamento del Clan del Río. El aire estaba denso de tensión, y todos parecían estar en movimiento. Estrella Vaharina estaba dando órdenes, con Juncal, su lugarteniente, a su lado, asignando gatos para vigilar y haciendo patrullas extra. Boira y Nariz Malva se enfrentaban a Guijarro y Manto Montés, practicando movimientos de batalla. Nívea y Cola Palomina estaban reforzando los costados de zarzas de la guarida de los veteranos y de la maternidad, asegurándose de que ningún gato pudiese atravesar fácilmente. Musgosa, con el pelaje erizado, se paseaba por en frente de la entrada de la maternidad. Incluso los veteranos, Roana y Saltón, se veían feroces y alerta.

Faltaban nueve guerreros del Clan del Río, que habían ido a luchar por los otros Clanes, y gatos del Clan de la Sombra y del Clan del Viento que habían venido a luchar por el Clan del Río, caminaban entre los compañeros de Clan de Ala de Mariposa, con sus olores secos y distintos entre los familiares olores a pescado del Clan del Río.

—¿Dónde están los gatos del Clan del Trueno? —le preguntó a Roana, y la gata gris moteada sacudió las orejas.

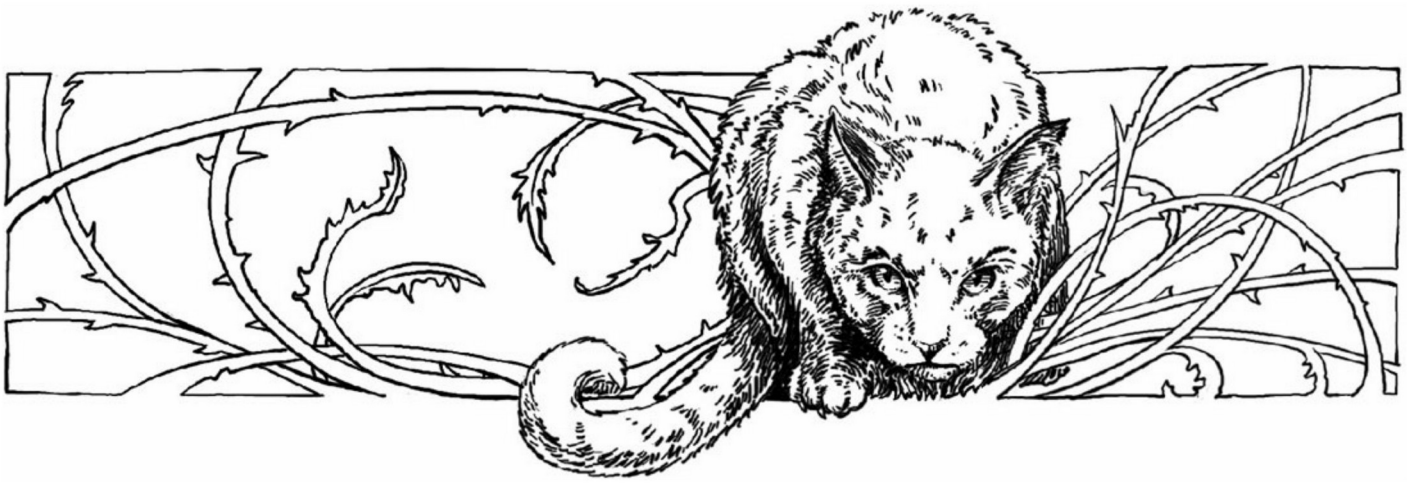
—Llegan tarde —escupió—. Aunque esto de intercambiar guerreros fue idea de Estrella de Fuego. Quien sabe si vendrán siquiera.

Pasos sonaron entre los juncos fuera del campamento, y Ala de Mariposa irguió las orejas.

—Quizá sean ellos —dijo.

Un momento después, Salto de Raposo irrumpió en el campamento, con sus rojizos costados agitados. Paso Tordino y Pétalo de Rosa le pisaban la cola, con los ojos bien abiertos y brillando de pánico.

—¡Ya vienen! —gritó Salto de Raposo—. ¡El Bosque Oscuro está atacando!



Capítulo 8

—Respira lento —aconsejó Ala de Mariposa, intentando ignorar los chillidos y gritos de batalla afuera de la guarida de curandería.

Musgosa gruñó, con los ojos cerrados, y Ala de Mariposa envolvió con telarañas la herida abierta de su pierna, presionando con fuerza para detener la hemorragia.

—Tengo que… proteger a los cachorros —la guerrera carey insistió débilmente.

—Ellos están bien —Ala de Mariposa la reconfortó, esperando desesperadamente que fuese cierto—. Todo guerrero del Clan del Río los protegerá con su vida.

Musgosa no contestó, y la curandera se dio cuenta de que había quedado inconsciente. Aunque su respiración era constante, y una vez que la gata dorada terminó de vendar su herida, agarró otro montón de hierbas y salió al claro.

Mientras se apresuraba por el túnel, los sonidos de la batalla se volvieron ensordecedores. En el campamento, habían tantos gatos peleando que a Ala de Mariposa se le dificultó reconocer a sus compañeros de Clan. Todo parecía ser una gran masa de pelaje, sangre y furia. Estrella Vaharina, con sangre corriéndole por el pecho desde varias heridas, estaba agarrada con un atigrado oscuro de piernas largas que Ala de Mariposa no reconoció, «*¿Un gato del Bosque Oscuro? ¿O un proscrito?*», se preguntó. Roana, Saltón y Vespertina estaban agrupados en la entrada de la maternidad, enfrentándose a un gato de mirada salvaje con manchas de pelo negras, blancas y marrones en el manto. Blima estaba al otro lado del claro, cubriendo con telarañas una herida en la pierna de Trucha del

Arroyo. Pétalo de Rosa, una de los guerreros del Clan del Trueno, estaba sobre ellos, alejando a los atacantes mientras la curandera trabajaba.

Los gatos extraños estaban luchando como guerreros, solo que más ferozmente. Mientras Ala de Mariposa miraba, el gato calico mordió poderosamente el cuello de Vespertina, tirándola al suelo. «*Ese es un ataque de guerrero*». ¿Estos gatos eran realmente del Bosque Oscuro? Y si lo eran, ¿dónde estaba el Clan Estelar? «*Si los otros curanderos tuvieron la razón todo este tiempo, ¿por qué el Clan Estelar no está aquí para protegernos?*».

Un gemido de dolor hizo que Ala de Mariposa volviera a concentrarse. Sin importar si los muertos caminaban o no por el territorio de los Clanes, todavía era una curandera, y tenía que ayudar a sus compañeros de Clan. Cola Palomina yacía tirada cerca de la guarida de los guerreros, con la cara cubierta de sangre, y Ala de Mariposa se abrió paso hacia ella, esquivando a los gatos combatientes.

—Está bien —le maulló suavemente, dejando el montón de hierbas junto a la guerrera.

Sus heridas no se veían tan mal, ahora que las veía de cerca. Un corte largo y poco profundo en su frente largaba la mayor parte de la sangre.

—Ala de Mariposa —lloriqueó Cola Palomina—. Tengo que decirte la verdad. No sabía lo que estaba haciendo.

—No te preocupes —le dijo la curandera automáticamente. Limpió la cara de la gata blanca y gris, aliviada al ver que sus ojos estaban ilesos.

—¡No lo entiendes! —la guerrera gritó, empujando las patas de Ala de Mariposa—. Entrené en el Bosque Oscuro. Revelé nuestros secretos de batalla. Me dijeron que me estaban entrenando para ser una mejor guerrera para mi Clan.

La curandera la miró fijamente, sintiendo frío.

—Me dijeron que me matarían —croó la gata—. Pero nunca habría traicionado al Clan del Río. —Sus ojos ámbar miraron fijamente a Ala de Mariposa, suplicantes.

—¡Traidora!

El grito fue casi un rugido, y Ala de Mariposa se giró para ver a un gato gris del Bosque Oscuro lanzar una pesada pata hacia Cola Palomina. Instintivamente, se agachó, moviendo su cuerpo para proteger a la gata herida. Antes de que el ataque llegara, Nariz Malva rodó hacia su atacante con un gruñido, derribándolo. Intentando acallar su lucha, Ala de Mariposa detuvo rápidamente el flujo de sangre de la herida de la gata y masticó un poco de caléndula para detener la infección.

Su mente estaba dando vueltas. El Bosque Oscuro estaba *aquí*. Gatos que vivían después de la muerte. Eso significaba que el Clan Estelar también debía existir. Pero ¿dónde estaban? ¿No les importaba? ¿Cómo habían permitido que las cosas llegaran tan lejos? Una ira ardiente brotó en su pecho.

Cuando levantó la cabeza de la herida de Cola Palomina, otro gato familiar apareció con rapidez por el túnel.

«*Alcotán*». Ala de Mariposa se puso de pie y se quedó mirándolo fijamente, con la boca seca y el corazón latiendo. Era sin duda alguna su hermano. Se veía tan poderosamente musculoso como siempre, pero ya no era el gato joven y lustroso que había muerto hacía tantas temporadas. Su manto estaba sucio y despeinado, y las costillas le sobresalían por debajo del pelaje. Le corría sangre por la mejilla y tenía un ojo hinchado, y el otro ojo estaba iluminado de furia y odio ardiente, diferente de la fría ambición del Alcotán vivo. Parecía *demente*. Este nuevo Alcotán se paró en el claro por un momento, su ojo bueno se desvió desde un enredo de gatos luchando hacia otro. Entonces, con un rápido movimiento, se giró hacia la maternidad.

Vespertina y los veteranos, sangrando pero todavía de pie, le gruñeron, apretándose más entre sí. Alcotán, siseando, balanceó una enorme pata con las garras extendidas, y acuchilló a Roana en el cuello. La sangre corrió por su pecho y la vieja gata colapsó, con los ojos ya vidriosos por la muerte. Saltón y Vespertina gritaron de horror.

—*¡Alcotán!* —chilló Ala de Mariposa.

Su hermano se dio la vuelta y la miró fijamente, sus ojos azules se detuvieron en los de ella durante un largo latido.

—No lo hagas —suplicó—. Por favor.

La cara de Alcotán era ilegible. ¿El dulce y valiente cachorro que recordaba estaba ahí en alguna parte? Después de un largo momento, se giró y dio un paso hacia la maternidad.

—*¡No!* —ella gritó. Saltó por encima de Cola Palomina, todavía lloriqueando, y se dirigió hacia él.

Pero luego se detuvo en confusión. Gatos habían empezado a fluir a través de los juncales que bordeaban el campamento del Clan del Río. Algunos de ellos le eran familiares pero cambiados, con estrellas brillando en sus pelajes. Estrella Leopardina, con la cara sombría. Flor Albina, con su grisácea cola erizada. Musgaño, Prieto, Paso Potente, y otros gatos, de antes de que Ala de Mariposa llegara a los Clanes. Ante su avance, Alcotán retrocedió. Estrella Leopardina, con las orejas chatas por la furia,

merodeaba hacia él, flanqueada a ambos lados por guerreros de pelaje estrellado. Alcotán gruñó, pero entonces su nervio se rompió. Se dio la vuelta y huyó, con los otros guerreros del Bosque Oscuro detrás, apresurándose a salir del campamento tras él.

Ala de Mariposa se sentía tan vacía como una cáscara seca. «*¿Ganamos?*». Su mente estaba dando vueltas. Siempre había creído que los muertos se habían ido para siempre. Pero hoy habían vuelto. «*Alcotán*», el hermano que había amado, había regresado. Pero había traído a un ejército para luchar contra los vivos, había intentado destruir al Clan que alguna vez había protegido tan ferozmente.

Todo a su alrededor, sus compañeros de Clan estaban avanzando para saludar a sus viejos amigos en el Clan Estelar. Estrella Vaharina corrió, ronroneando a pesar de sus heridas, y presionó su hocico contra el de Estrella Leopardina. Pizarro inclinó la cabeza ante Paso Potente, que en vida había sido su mentor. Incluso Cola Palomina luchó hasta ponerse de pie, con la sangre bajando por su cara otra vez, y entrelazó su cola con la de su madre, Flor Albina. A donde sea que mirase, los muertos y los vivos se saludaban los unos a los otros con felicidad. Pero a su alrededor yacían gatos heridos, algunos gruñendo, otros quietos y callados. Su sangre manchaba la tierra del claro. El cuerpo de Roana yacía a la mitad de la entrada a la maternidad, con sus vacíos ojos azules fijos en la nada. Ala de Mariposa se inclinó para agarrar su montón de hierbas.

—Ala de Mariposa.

Levantando la cabeza, vio a Arcilloso parado frente a ella. Su pelaje, lleno de estrellas, ahora era de un color marrón lustroso, en vez de uno moteado de gris. Sus ojos dorados eran cálidos. Por un momento, el afecto la atravesó, y dio un paso adelante para presionar su nariz contra su hombro, respirando su olor familiar y reconfortante.

—Te he extrañado —susurró.

—Lo has hecho muy bien —Arcilloso le dijo—. Estoy orgulloso de ti.

Ala de Mariposa retrocedió, su ira volvió cuando vio a los muertos y heridos en el suelo.

—¿Dónde *estaban*? ¿Dónde estaba el Clan Estelar?

Arcilloso inclinó la cabeza a un lado.

—¿A qué te refieres?

Haciendo un gesto con la cola hacia los gatos heridos, Ala de Mariposa dijo:

—¡Cuando el Bosque Oscuro nos atacó! O antes, ¡cuando estaban planeando invadir! Si el Clan Estelar existe, ¿por qué no evitaron que todo

esto pasara? —Pensó en Alcotán, furioso y con una mirada salvaje. Habría sido mejor para él también no haber regresado nunca al Clan del Río—. ¡Le dijeron a los curanderos que los Clanes debían separarse, cuando lo que necesitábamos era unirnos!

Arcilloso inclinó la cabeza.

—No siempre podemos ver el futuro —le dijo—. Y cuando lo hacemos, a veces no podemos actuar. El Clan Estelar podía ayudar en esta batalla, pero eran los Clanes vivos los que debían unirse para derrotar al Bosque Oscuro. Lo que ocurrió hoy determinará el futuro de los Clanes, su unidad y armonía, durante muchas lunas.

—¿Gatos tuvieron que morir para tener unidad y armonía? —Ala de Mariposa se erizó—. Todo lo que veo son los números del Clan Estelar incrementando.

—Ningún gato *tiene* que morir para que las cosas mejoren —el antiguo curandero respondió con tristeza—. Pero a veces parece ser la única manera de que los Clanes vean realmente su camino.

Con un gruñido de frustración, Ala de Mariposa le dio la espalda. Pero aun podía oír la voz de Arcilloso.

—Después de todo este tiempo sin haber sido capaz de llegar al Clan Estelar, ¿nos vas a dar la espalda?

Ala de Mariposa se volvió a dar la vuelta, con la cola erizada por el enojo.

—Sabes que lo peor para un curandero es ver a tantos de sus compañeros de Clan sufrir. ¿Por qué el Clan Estelar no puede resolver las batallas entre los Clanes sin la necesidad de derramar toda esta sangre? Es como si todo lo que hago fuese *inútil*.

Arcilloso le acarició la espalda con la cola.

—No pienses así. Eres una buena curandera.

Ala de Mariposa se burló.

—¡Ni siquiera debería ser una curandera! —Apuntó sus palabras como garras hacia Arcilloso y los otros gatos del Clan Estelar—. Alcotán te engañó. Él puso el ala de mariposa afuera de tu guarida.

Arcilloso la miró, sin cambiar su expresión tranquila.

—¿Eso no te molesta? Cometiste un error. Yo no era la aprendiza que querías.

La mirada del gato estrellado se suavizó.

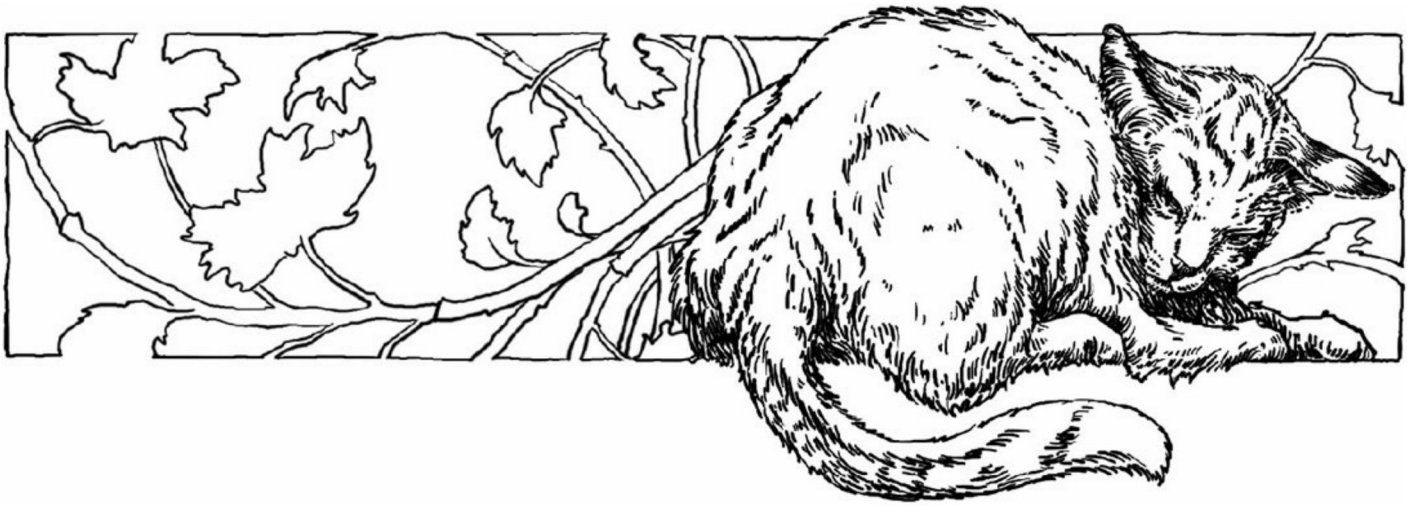
—Quizá fui engañado en ese entonces, pero el Clan Estelar no lo fue —le aseguró—. Si tuve que ser engañado para tomarte como aprendiza,

me alegra que así haya sido. Has hecho tu deber por tu Clan. El Clan Estelar no comete errores.

Alejándose de ella, Arcilloso comenzó a desvanecerse. Estrella Leopardina, cuyo manto resplandecía, dirigió al resto de gatos del Clan Estelar fuera del campamento. Desde el cuerpo de Roana, surgió una pálida forma –la propia Roana, joven otra vez– y los siguió.

Cuando los gatos a su alrededor se pusieron a hablar y preguntar, Ala de Mariposa volvió a mirar a los heridos que yacían en el suelo. «*¿El Clan Estelar no comete errores?*». Todos los gatos que habían muerto, cachorros ahogados como Renacuajo, veteranos enfermos, los gatos que habían muerto en el viaje a su nuevo territorio o durante la larga sequía, todos los que habían muerto en accidentes o en batalla, ¿se *suponía* que murieran?

En el pasado, se había preguntado como los otros gatos podían creer en el Clan Estelar. Ahora veía que la vida después de la muerte era real. Pero el Clan Estelar no era la fuerza del bien que todo lo veía que los otros curanderos parecían creer que era. «*No podemos depender de nuestros ancestros. Solo podemos depender los unos de los otros*». Eso era lo que había aprendido hoy. Inclinándose otra vez para agarrar el montón de hierbas, Ala de Mariposa se llenó de un nuevo sentido de resolución. El Clan Estelar no importaba. Tenía compañeros de Clan a los que cuidar.



Capítulo 9

Ala de Mariposa caminó junto al borde del lago, con las orejas erguidas mientras oía los sonidos de los Dos Patas jugando en sus monstruos acuáticos y los llamados de unas gaviotas de cabeza negra por encima de ella. En la boca llevaba un suministro fresco de nébeda, que recogió cerca del Poblado de los Dos Patas, y el sol le calentaba agradablemente el pelaje de la espalda. Era un buen día. La estación de la hoja nueva había llegado, y, a excepción de algunas pequeñas peleas por las fronteras, los Clanes habían estado en paz desde su gran batalla contra el Bosque Oscuro. Tal vez siguieran así ahora que habían sido aliados en una lucha tan desesperada por sobrevivir. Pero Ala de Mariposa lo dudaba. A los guerreros les encantaba luchar, y la rivalidad de los Clanes entre sí unía más a los compañeros de Clan. Aun así, disfrutaría de la paz mientras pudiera. Alcotán no había vuelto a ser visto en el territorio de los Clanes, y tampoco los demás gatos del Bosque Oscuro. Tenía que asumir que habían regresado al Bosque Oscuro y que no volverían.

El sol comenzaba a descender por el cielo cuando cruzó el arroyo que protegía el campamento del Clan del Río.

—¡Rápido! ¡Llévenla dentro!

Un grito desesperado rompió la calma, y Ala de Mariposa irguió las orejas, alarmada. La voz y un murmullo de voces más suaves y preocupadas que escuchaba ahora, provenían de la entrada al campamento. Dejó caer la nébeda y empezó a correr.

Una patrulla estaba amontonada en el centro cel campamento, sus voces eran altas por el pánico.

—¡Salió de la nada!

—Ten *cuidado* con ella.

—Necesitamos una curandera. ¿Dónde está Ala de Mariposa? ¿Dónde está Blima?

—Déjenme pasar. —Ala de Mariposa se abrió paso por entre el nudo de guerreros.

A través del claro, vio a Blima salir rápidamente de la guarida de curandería. En el centro del grupo, apoyada entre Nívea y Nariz Malva, Pelaje de Pétalos colgaba de manera frágil, su pelaje estaba empapado de sangre.

—Bájenla —maulló ella.

No había tiempo de llevar a Pelaje de Pétalos a la guarida de curandería; tenían que tratarla ahora. Tenía *demasiadas* heridas. Algunas eran poco más que rasguños, pero de su vientre brotaba una sangre roja oscura de unos pinchazos preocupantemente profundos, eran marcas de mordiscos.

—Fue un perro. —La voz de Nariz Malva tembló mientras bajaba suavemente a su pareja hasta el suelo—. Salió de la *nada*. Todos luchamos contra él y lo echamos, pero agarró a Pelaje de Pétalos… —su voz se apagó, y sus ojos se nublaron de miedo—. Tienes que salvarla.

—Estará bien —Ala de Mariposa lo consoló, intentando detectar cuales de las heridas de la guerrera eran las más serias.

Los ojos de la gata estaban abiertos pero aturdidos, y no parecía estar escuchando lo que se decía a su alrededor.

—Blima, trae telarañas.

La curandera gris fue rápida, y ambas trabajaron juntas, presionando las telarañas contra los mordiscos. Lo más importante era detener la hemorragia. Pero al presionar, más sangre brotó de las heridas de Pelaje de Pétalos, caliente y espesa, empapando las patas de Ala de Mariposa. La guerrera empezó a jadear, soltando sonidos ahogados de pánico, y a forcejear, intentando levantarse.

—Nariz Malva, sujétala —Ala de Mariposa ordenó. Pelaje de Pétalos estaba sufriendo mucho dolor como para entender que estaban intentando ayudarla.

—El Clan Estelar está cuidando de ti —Blima susurró reconfortante al oído de la guerrera malherida—. Ellos guiarán nuestras patas, y te mantendremos a salvo.

Ala de Mariposa suspiró para sí misma, ¿por qué el Clan Estelar los ayudaría ahora, cuando dejaban morir a tantos gatos cada estación? Pero

Pelaje de Pétalos se quedó quieta, como si las palabras de Blima la hubieran tranquilizado. «*Si creer que el Clan Estelar nos ayudará hace que Blima y Pelaje de Pétalos se sientan mejor, está bien* —pensó—. *Pero yo sé que estamos por nuestra cuenta*».

Era difícil de creer que una gata pequeña tuviera tanta sangre dentro. Las telarañas estaban empapadas y la presión que ejercían no parecía ayudar en absoluto. Blima miró a Ala de Mariposa, con sus ojos verdes desesperados.

—Está perdiendo demasiada sangre —maulló.

El corazón de Ala de Mariposa revoloteaba en su pecho como un ave atrapada, pero respiró profundamente. «*He sido una curandera por mucho tiempo. Arcilloso me entrenó bien, y he tratado a muchos gatos desde entonces*». Todas esas lunas atrás, había suplicado convertirse en una curandera, y nunca se había arrepentido. Este era su propósito.

—Probemos con cola de caballo —decidió—. Corre y trae todo lo que tengamos. Tenemos que parar este sangrado.

Se concentró en intentar mantener unidos los bordes de las heridas de Pelaje de Pétalos, esperando ralentizar la salida de la sangre, hasta que Blima volvió. Entonces comenzó a masticar la planta de tallo erizado para hacerla una cataplasma mientras Blima sacaba las telarañas de las mordidas. Puso la cataplasma con fuerza, untándola en las heridas hasta cubrirlas por completo con la espesa pasta verde. Poco a poco, la hemorragia se convirtió en un hilillo.

—Ahora las telarañas —añadió, y ambas curanderas colocaron las telarañas cuidadosamente sobre la cataplasma.

Pelaje de Pétalos estaba quieta ahora, y parpadeó, intentando concentrarse en las caras preocupadas a su alrededor.

—¿Qué está pasando? —preguntó con la voz débil—. ¿Nariz Malva?

—Aquí estoy —su pareja maulló rápidamente.

—Vamos a llevarla a la guarida de curandería —Blima ordenó—. Si me ayudas, Nariz Malva, podemos llevarla sin reabrir las heridas.

Ala de Mariposa miró mientras levantaban suavemente a la guerrera herida para ponerla de pie y la llevaban a la guarida.

El círculo de gatos a su alrededor finalmente suspiró de alivio.

—Gracias al Clan Estelar —Estrella Vaharina maulló suavemente.

Ala de Mariposa se detuvo a sí misma de mover la cola con irritación. El Clan Estelar no había guiado sus patas, o le había dicho qué hierba usar. Fueron las habilidades y entrenamiento de Ala de Mariposa y Blima lo que había salvado a Pelaje de Pétalos. Por un momento, el resentimiento le

arañó el corazón como una garra. Luego sacudió el manto y dejó que su enojo se desvaneciera. Con ayuda del Clan Estelar o no, Pelaje de Pétalos se curaría, y eso era lo que importaba. Con tranquilidad, siguió a su paciente hacia la guarida de curandería.

Había sido la decisión correcta quedarse con Alcotán en el Clan del Río, tantas lunas atrás. Le había traído la unidad de un Clan. Y había sido la elección correcta pedirle a Arcilloso que la entrenara. «Aquí es exactamente donde debo estar. Pertenezco en la guarida de curandería, y pertenezco en el Clan del Río». Ala de Mariposa tenía un Clan, y salvaría a todos los gatos que pudiese.

LOS GATOS GUERREROS

LAS CACHORRAS DE GUIJARRO BRILLANTE

DEDICATORIA

Gracias especiales a Cherith Baldry.

Título original: “Pebbleshine’s Kits”
Traducción: ***Monki_Donki***.

FILIACIONES

CLAN DEL CIELO

LÍDER — **ESTRELLA DE HOJAS —** gata atigrada marrón y crema, con hermosos ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE — **BIGOTES DE AVISPA —** gato gris y blanco.

CURANDE-ROS — **CANCIÓN DE ECO —** gata atigrada gris plateado con ojos verde esmeralda.

APRENDIZ, ZARPA INQUIETA (gato blanco y negro).

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

MANTO DE GORRIÓN — gato atigrado marrón oscuro.
ALA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

APRENDIZA, ZARPA RIZADA (gata gris de pelo largo).

MACGYVER — gato blanco y negro.
CORAZÓN FLORECIENTE — gata naranja y blanca.
ALA DE AVE — gata negra.
NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.
HOJA BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.
CHARCO RILEY — gato atigrado gris claro con rayas gris oscuro y ojos azules.
NARIZ DE SALVIA — gato gris claro.
SALTO DE CONEJO — gato marrón.
SEMILLA DE PEREJIL — gato atigrado marrón oscuro.
HELECHO DE FUEGO — gata rojiza.
ARROYO HARRY — gato gris.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

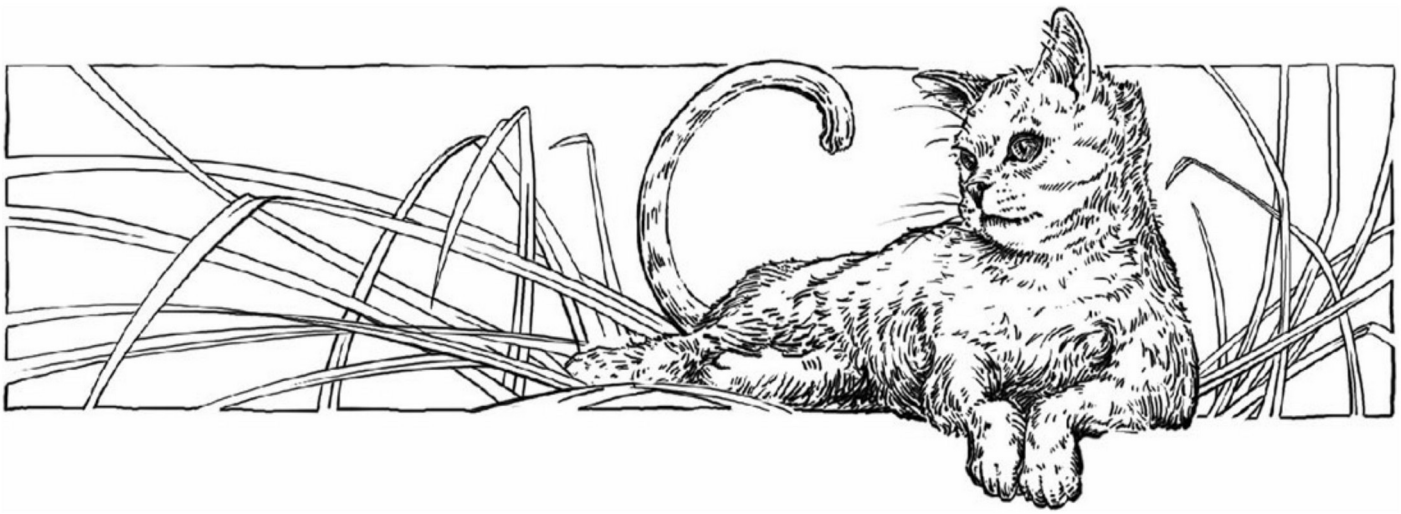
GUIJARRO BRILLANTE — gata blanca con pequeñas manchas marrones, de ojos verdes.

SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

COLA DE TRÉBOL — gata marrón claro con el vientre y las patas blancas.



Capítulo 1

Las espinas arañaron la espalda de Guijarro Brillante mientras se abría paso entre la hilera de arbustos, pero el dolor del hambre en su estómago la empujó hacia adelante hasta que emergió al otro lado. Habían pasado casi dos lunas desde que el Clan del Cielo había dejado su hogar en el desfiladero, y todos los guerreros estaban hambrientos y cansados. Guijarro Brillante se sintió aun más que los demás, ya que estaba cargada de cachorros. Sabía que sus compañeros de Clan al otro lado de los arbustos estaban casi listos para abandonar la caza. Mirando hacia abajo, se congeló en estado de parálisis, clavando sus garras en la tierra.

Frente a ella había una amplia extensión de terreno, cubierta con la misma materia dura y negra que un Sendero Atronador. Varios monstruos de Dos Patas estaban agazapados allí, y más allá de ellos se elevaban las paredes grises de una vivienda de Dos Patas. A través de un hueco en la pared, un estrecho Sendero Atronador se alejaba en la distancia.

Guijarro Brillante comenzó a regresar al refugio de los arbustos. Todos sus instintos le advirtieron que se perdiera de vista antes de que los monstruos la vieran. Pero antes de que hubiera movido más de un par de pasos con la pata, se dio cuenta de un delicioso aroma que flotaba entre sus mandíbulas. Se detuvo, probando el aire para identificar de dónde venía el olor. Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando se dio cuenta de que estaba saliendo de uno de los monstruos de Dos Patas.

«*¡Es una presa! Hay una presa atrapada en la espalda de ese monstruo ¡Imagina lo que podré traer a mis compañeros de Clan!*». Guijarro Brillante pudo ver que ninguna de las enormes criaturas se movía.

Tal vez estaban todos dormidos. Su corazón empezó a latir más rápido al pensar en el riesgo que ella y sus compañeros de Clan tendrían que correr para robar presas de las mismas fauces de un monstruo. Entonces su vientre gruñó, recordándole lo hambrienta que estaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella y sus compañeros del Clan del Cielo habían tomado una bocanada de presas hasta estar llenos?

—¡Aprovechemos nuestra oportunidad! —murmuró para sí misma.

Guijarro Brillante dejó que el lugarteniente del Clan, Bigotes de Avispa, tomara la iniciativa mientras se aventuraban a investigar al monstruo que olía a presa. Su compañero, Ala de Halcón, caminó a su lado, mientras Zarpa Rizada y Corazón Floreciente, los miembros restantes de la patrulla, cerraban la marcha.

A medida que ella y sus compañeros de Clan se acercaban, Guijarro Brillante comenzó a escuchar cloqueos provenientes de la parte posterior del monstruo, desde el interior de cajas brillantes que parecían lechos extraños.

—¡Hay pájaros ahí dentro! —exclamó Ala de Halcón.

—Y están atrapados —agregó Guijarro Brillante—. Deben ser una especie de presa para los Dos Patas.

Bigotes de Avispa asintió.

—Eso es exactamente lo que son. Se llaman gallinas. Unos Dos Patas cerca del desfiladero solían tenerlas.

Guijarro Brillante se quedó mirando los lechos brillantes, lo suficientemente cerca ahora para ver la masa de plumas presionadas contra los lados, y algunas cabeza que sobresalían con picos afilados y ojos pequeños y brillantes. El tentador olor era aun más fuerte aquí, y el hambre le atravesó el vientre como las garras de un tejón.

Guijarro Brillante movió las orejas con impaciencia cuando Ala de Halcón y Bigotes de Avispa comenzaron a debatir si valía la pena correr el riesgo.

—Sabes —maulló Guijarro Brillante, mirando con cautela a su alrededor—, el monstruo está dormido y no hay ningún Dos Patas alrededor. —Volvió la mirada hacia el lugarteniente, suplicándole en silencio que lo viera a su manera. «*Podemos hacer esto. ¡Sé que podemos!*».

Finalmente, Bigotes de Avispa asintió.

—Vamos a por ello. Ala de Halcón, tú y Zarpa Rizada vigilen. El resto de ustedes, síganme.

—Yo también puedo escalar —maulló Ala de Halcón.

—No, puedo ver que te sigue doliendo la pierna —respondió Bigotes de Avispa—. Eres más útil aquí en el suelo.

Guijarro Brillante miró a su compañero con simpatía. Sabía que estaba frustrado por los efectos persistentes de la lesión en la pierna que había sufrido una luna antes, al caerse de un árbol mientras cazaba una ardilla.

Ala de Halcón miró deliberadamente su vientre en expansión.

—Entonces Guijarro Brillante también debería quedarse aquí —intervino Ala de Halcón.

—Sí, Guijarro Brillante, tienes que tener cuidado —estuvo de acuerdo Corazón Floreciente.

Bigotes de Avispa asintió.

Guijarro Brillante miró a sus compañeros de Clan con creciente exasperación. Sabía que estaban preocupados por ella porque llevaba los cachorros de Ala de Halcón, pero no tenían que tratarla como si estuviera enferma.

—Todavía no soy lo suficientemente grande como para que haga alguna diferencia —protestó, moviendo la cola—. Todavía puedo correr tan rápido como el resto de ustedes. Y fue *mi* idea.

Bigotes de Avispa entrecerró los ojos y luego se relajó con un suspiro.

—De acuerdo. Sigamos adelante antes de que todos muramos de hambre.

Antes de acercarse al monstruo, Guijarro Brillante se detuvo al ver la mirada preocupada de Ala de Halcón y le pasó la cola por el costado. Luego, junto con Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente, trepó a la espalda del monstruo, sorprendida por la sensación desconocida de sus garras raspando contra su dura piel.

Llegaron a una repisa en la parte superior de la parte trasera del monstruo donde podían mirar hacia abajo y ver las innumerables guaridas diminutas llenas de pájaros. Los tres gatos saltaron del lomo del monstruo, se detuvieron y miraron. «*¡Hay tantos lechos!* —pensó Guijarro Brillante —. *Y hay un pollo en cada uno de ellos*». Llamó emocionada a Ala de Halcón y a Zarpa Rizada, haciéndoles saber lo que estaba viendo.

Como Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente avanzaron, el cloqueo de las gallinas se convirtió en graznidos de pánico. Con sus instintos de caza activos, Guijarro Brillante siguió a sus compañeros de Clan, merodeando hacia sus lechos. Guijarro Brillante se deslizó a través de uno

de los agujeros en el enrejado brillante, tratando de enganchar a un pollo con sus garras, pero el ave batía las alas con furia y ella no podía agarrarlo. Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente también estaban teniendo problemas: Corazón Floreciente tiró su pata hacia atrás con un siseo de frustración cuando su pollo la apuñaló con su pico romo, mientras que Bigotes de Avispa solo logró arrebatarle un puñado de plumas.

El agua inundó la boca de Guijarro Brillante mientras el delicioso olor a presa la envolvía. Era enloquecedor estar tan cerca de la presa que necesitaban tan desesperadamente y, sin embargo, ser incapaz de matar.

«*Incluso si logramos atrapar a una de las estúpidas criaturas, no hay forma de que podamos sacarla a través de estos pequeños agujeros*», se dio cuenta Guijarro Brillante. La duda cruzó por su mente mientras se preguntaba si se había equivocado al sugerir esta patrulla en primer lugar. Con determinación, lo empujó lejos. «*Debe haber una forma de abrir los lechos*».

Guijarro Brillante retrocedió un paso y estudió los zarcillos entretejidos que formaban el lecho. Ella y sus compañeros de Clan tejían ramas y enredaderas para hacer guaridas todo el tiempo, pero estos zarcillos eran brillantes, duros y espaciados uniformemente, y no se doblaban al tocarlos. Intentó morderlos, pero eso solo le lastimó los dientes. «*¿Qué se supone que debo hacer aquí? Seguramente los Dos Patas tienen una forma de abrirlos*». Por unos segundos ella estaba completamente desconcertada. Entonces notó una especie de ramita brillante que descansaba en una fronda rizada en una esquina del lecho.

Lo golpeó con la pata y se movió ligeramente. Empujándolo suavemente por un lado, hizo que se moviera aun más y, de repente, Guijarro Brillante entendió cómo se suponía que debía funcionar. «*Si puedo empujar ese extremo hacia abajo* —pensó—, *el otro extremo debería moverse hacia arriba y todo el lado debería abrirse*»

Golpeó con una pata la ramita, pero estaba rígida y no se movió. Silbando furiosamente entre dientes, Guijarro Brillante presionó aun más, usando toda su fuerza.

—¡Muévete, por el bien del Clan Estelar! —murmuró.

Estaba tan concentrada en su tarea que solo fue vagamente consciente de los aullidos provenientes de Ala de Halcón y Zarpa Rizada, que vigilaban el suelo debajo. Entonces escuchó la voz de Bigotes de Avispa:

—¡Estiércol de zorro!

Guijarro Brillante miró por encima del hombro para ver a Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente con sus patas delanteras apoyadas en la cornisa desde la que habían saltado.

—¡El Dos Patas! —exclamó Bigotes de Avispa— ¡Vamos!

Corazón Floreciente y él treparon por la pared con las patas traseras, permanecieron en equilibrio durante un latido del corazón en la parte superior y luego desaparecieron.

—¡*Vamos*, Guijarro Brillante! —Bigotes de Avispa aulló mientras saltaba.

—Ya voy! —Guijarro Brillante respondió, pero en lugar de seguir a sus compañeros de Clan, se volvió hacia el lecho. «*Ya casi lo tengo…*».

Una vez más empujó la ramita hacia abajo, y esta vez cedió, saltando hacia arriba y saliendo de la fronda rizada que la sostenía. El costado del lecho se abrió, tal como Guijarro Brillante había imaginado que sucedería

—¡Sí! —ella maulló.

Luego, el pollo se volvió hacia ella, sus ojos pequeños y brillantes enloquecidos por el miedo, y se dio cuenta de que abrir el lecho podría haber sido la parte fácil. Esta era una presa desconocida. Se agachó y siseó a la criatura antes de zambullirse dentro y agarrar al pollo con dientes y garras.

En el mismo momento, escuchó la voz de Ala de Halcón.

—¿Dónde está Guijarro Brillante?

—¡Todavía estoy aquí! —respondió, soltando un bocado de plumas para hacerse oír—. He logrado abrir uno de los lechos. ¡Tengo un pollo!

—¡Entonces baja aquí, rápido! —Ala de Halcón aulló.

Guijarro Brillante trató de arrastrar a su presa hacia un lado de la plataforma, pero el pollo, que chillaba frenéticamente, la golpeaba con las alas y la golpeaba con las patas con garras. Era casi tan grande como ella, y sus plumas eran tan gruesas y suaves que casi la ahogan. Trozos de carne roja brotaron desde la parte superior de su cabeza y colgaba debajo de su barbilla; incluso mientras luchaba con él, Guijarro Brillante no pudo evitar pensar en lo ridículo que se veía. Por unos momentos temió que fuera demasiado fuerte para ella. «*¡Pero no estoy dispuesta a rendirme!*», se dijo a sí misma, luchando por apretar los dientes en el cuello del pollo.

El chillido de Bigotes de Avispa vino desde abajo.

—¡Guijarro Brillante, *ahora*!

—¡Ya voy! —repitió Guijarro Brillante, dejando salir toda su frustración en su aullido—. ¡Pero este estúpido pájaro está peleando!

—¡Entonces déjalo ir! —La voz de Ala de Halcón estaba aterrorizada.

—¡Pero el Clan lo necesita! —Guijarro Brillante protestó.

Un gruñido profundo y gutural vino del monstruo, y debajo las patas de Guijarro Brillante, su espalda comenzó a vibrar. «*¡Estiércol de zorro! Se está despertando*», pensó Guijarro Brillante, furiosa ante la idea de que el monstruo podría notarla antes de que pudiera escapar con su presa.

Con un último esfuerzo desesperado, se lanzó hacia adelante y clavó los dientes en la garganta del pollo. Su graznido se interrumpió abruptamente, y Guijarro Brillante sintió el cálido chorro de sangre sobre sus mandíbulas. El cuerpo del pájaro se convulsionó una vez y luego se quedó inmóvil.

Sintió una oleada muy fuerte de triunfo y orgullo, Guijarro Brillante se puso de puntillas y arrastró al pollo hacia un lado de la plataforma. Pero antes de que lo alcanzara, el monstruo comenzó a moverse, retrocediendo con un ronroneo firme y decidido.

Repentinamente asustada, Guijarro Brillante dejó caer el pollo y saltó para descansar sus patas en el costado del cuerpo del monstruo.

—¡Salta, Guijarro Brillante! ¡Salta! —Corazón Floreciente chilló, retrocediendo cuando el monstruo se abalanzó sobre ella y a sus compañeros de Clan.

A medida que se acercaba, la patrulla se dispersó para evitar las enormes patas negras del monstruo. Solo Ala de Halcón se mantuvo firme, empujando a Zarpa Rizada fuera del camino y luego corriendo *hacia* el monstruo.

«*¡Ala de Halcón, no!*». Guijarro Brillante abrió las fauces para chillar una advertencia, pero en ese momento el monstruo se detuvo, apenas a la cola de su pareja. Se dejó caer en cuclillas, preparándose para saltar a su lado.

—¡No! ¡Ya voy! —Guijarro Brillante jadeó, sin estar segura de haberla oído, escarbando frenéticamente para llegar a la parte superior de la pared y saltar hacia el suelo.

Pero antes de que cualquiera de los gatos pudiera saltar, el monstruo se puso en movimiento de nuevo, rugiendo aun más fuerte y vomitando una nube apestosa de sus cuartos traseros. Avanzó, en dirección a la brecha en la pared del campamento de monstruos. Más allá de la pared, Guijarro Brillante vislumbró más monstruos que pasaban a toda velocidad a lo largo de un Sendero Atronador más amplio. Su corazón latía con fuerza. Se sentía como si todo su cuerpo estuviera atrapado en hielo. Intentó saltar, pero sus piernas no se movían; su mente estaba llena de una visión de sí misma aplastada bajo esas aplastantes patas negras.

—¡Guijarro Brillante! —Ala de Halcón chilló.

Guijarro Brillante lo vio impulsarse con un gran salto, estirando las patas delanteras para agarrar la espalda del monstruo. Pero llegó demasiado tarde, se quedó corto y aterrizó con un golpe en la superficie dura. Guijarro Brillante hizo una mueca, sabiendo cómo la caída debe haber sacudido su pierna herida.

Hizo un último y desesperado esfuerzo para trepar por el muro, perdió el equilibrio cuando el monstruo se tambaleó de nuevo y aceleró. En el momento en que logró volver a ponerse de pie, se movía demasiado rápido para que ella pudiera saltar con seguridad.

Guijarro Brillante vio que los árboles comenzaban a desdibujarse mientras el monstruo aceleraba. Se sintió enferma y no estaba segura de si era el movimiento o el miedo que amenazaba con apoderarse de ella. «*¿Y si nunca…? No puedo pensar de esa manera* —se detuvo—. *Pase lo que pase después, tengo que creer que volveré a encontrar a mi Clan. Porque soy una guerrera del Clan del Cielo… ¡y lo haré!*»

Descansando sus patas contra su costado, miró fijamente a Ala de Halcón.

—¡Encontraré mi camino de regreso a ti! —aulló.

Ala de Halcón se lanzó hacia adelante, corriendo tras el monstruo, pero Guijarro Brillante se dio cuenta de que su intento era inútil. El monstruo estaba emitiendo un rugido a pleno pulmón, acelerando aun más cuando se unió al Sendero Atronador más ancho.

Guijarro Brillante se quedó helada de incredulidad. Todo lo que podía hacer era mantener la mirada fija en la robusta figura gris de Ala de Halcón mientras se reducía a un pequeño punto y se perdía de vista.

Cuando ya no pudo ver a su compañero, Guijarro Brillante se dejó caer en la plataforma. Quería llorar como un cachorro abandonado, pero sabía que eso no serviría de nada. Tendría que mantener su fuerza y estar alerta si quería volver con Ala de Halcón y el resto de su Clan.

«*¿Qué me va a pasar cuando el monstruo se detenga?*», se preguntó a sí misma. ¿Intentaría convertirla en su presa? «*¡No!* —pensó, sacudiendo su piel con determinación—. *Mis cachorros y yo no vamos a terminar como comida para monstruos*».

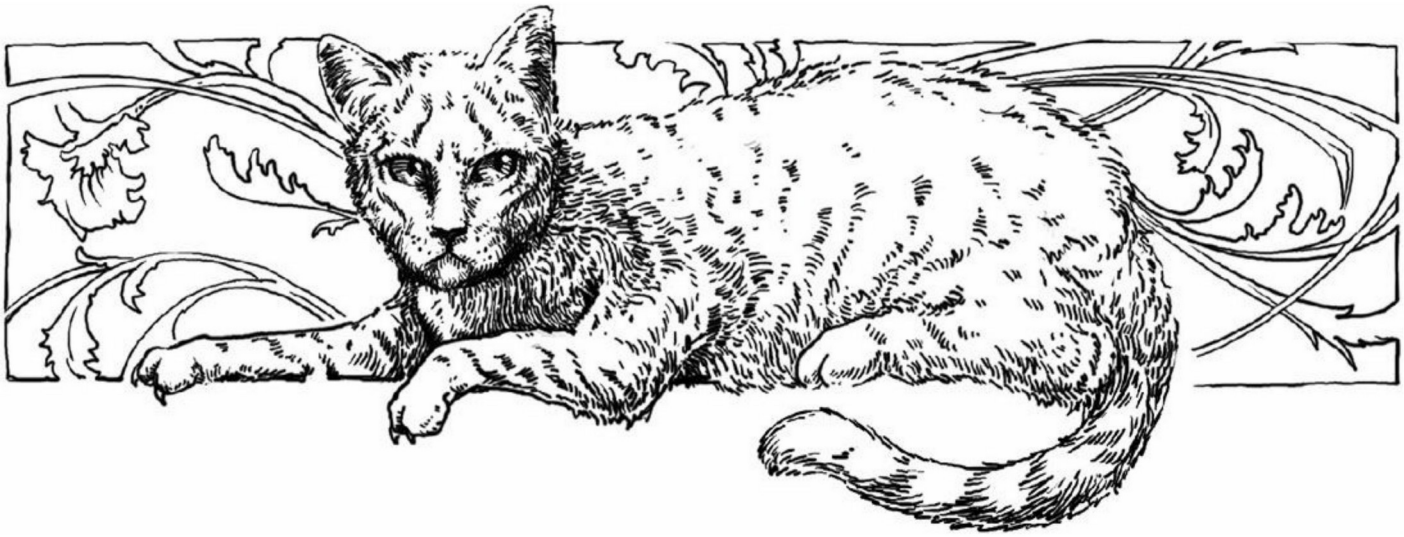
Al menos ella tenía su propia presa. Agachándose junto al pollo que había matado, le arrancó las plumas y empezó a comer. La carne era tan deliciosa como le había prometido Bigotes de Avispa, pero no podía disfrutarla; bien podría haber estado comiendo hojas podridas. Para hacer las cosas aun más incómodas, los pollos vivos parecían mirarla desde sus

lechos, cloqueando como víctimas. «*No estoy segura de que me gusten las gallinas*», pensó.

Al mismo tiempo, trató de mirar por encima de la pared a su lado, observando cuidadosamente hacia dónde se dirigía el monstruo, buscando puntos de referencia que pudieran ayudarla a encontrar el camino de regreso. «*Un árbol muerto allí… y tres madrigueras de Dos Patas juntas… y aquí el Sendero Atronador cruza un arroyo…*».

Pero a medida que el monstruo aceleraba más y más, alejando a Guijarro Brillante más de su Clan, su cerebro comenzó a dar vueltas por el esfuerzo de observar. Le dolían los músculos por su lucha con el pollo, y su vientre estaba lleno de carne.

Durante un rato, Guijarro Brillante luchó contra el agotamiento, pero al final tuvo que rendirse y dejó escapar un largo suspiro cuando el cloqueo de las gallinas la llevó a una nube de suave oscuridad.



CAPÍTULO 2

El monstruo se había detenido. Guijarro Brillante parpadeó y levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Un momento después, la vibración debajo de sus patas y vientre se detuvo y el gruñido gutural del monstruo se cortó abruptamente. Con los músculos tensos, Guijarro Brillante se sacudió los últimos vestigios del sueño y se preparó. Miró a los pollos, buscando señales de pánico. «*¿Qué pasa ahora?* —les preguntó en silencio—. *¿Es aquí donde los Dos Patas intentan comernos? ¿O nos dan de comer al monstruo?*». Flexionó las piernas, preparándose para correr.

Un golpe en la parte delantera del monstruo hizo saltar a Guijarro Brillante. Agachándose de nuevo, sin atreverse siquiera a mover un bigote, vislumbró la cabeza del Dos Patas, luego escuchó el golpeteo de sus enormes patas desvaneciéndose en el silencio. El monstruo no se movió en absoluto y, gradualmente, Guijarro Brillante comenzó a relajarse mientras suponía que debía haberse quedado dormido nuevamente. «*¡Gracias al Clan Estelar! Tendré otra oportunidad de escapar*».

Las gallinas cloqueaban tranquilamente en sus lechos relucientes. Guijarro Brillante arrancó unos últimos bocados de la que había matado. Luego se levantó y apoyó las patas en el costado de la plataforma mientras miraba a su alrededor.

El monstruo se había detenido en un estrecho Sendero Atronador que atravesaba amplias extensiones de hierba alta y amplia. No muy lejos, una gran madriguera de Dos Patas se elevaba entre un grupo de madrigueras más pequeñas. El sol estaba bajo en el cielo, proyectando largas sombras; Guijarro Brillante pudo ver que debía haber estado viajando a lomos del monstruo la mayor parte del día.

Con una última mirada cautelosa a su alrededor, Guijarro Brillante saltó del monstruo. Casi esperaba que cobrara vida y la persiguiera, pero no se movió. Dejó escapar un suspiro de alivio y comenzó a alejarse, sigilosamente al principio pero luego a paso rápido.

El Sendero Atronador estaba hecho de tierra, y las enormes patas negras del monstruo habían batido la superficie en profundas huellas. La esperanza revoloteó en el pecho de Guijarro Brillante; tal vez todo lo que tenía que hacer era seguir las huellas hacia atrás hasta que encontrara a Ala de Halcón y a su Clan nuevamente.

Durante un rato caminó junto a las huellas de los monstruos, intentando localizar algunos de los puntos de referencia que había observado en su viaje de ida. Entonces se dio cuenta de que la última parte había estado dormida; cualquier cosa que pudiera reconocer estaría más lejos. Ella comenzó a desanimarse cuando no había visto nada familiar cuando el Sendero Atronador llegó a su fin, fundiéndose en uno más amplio. Monstruos relucientes zumbaban de un lado a otro a lo largo de la superficie dura y negra. Donde la tierra se encontraba con el borde de este Sendero Atronador, las huellas del monstruo cazador de pollos se desvanecieron.

Medio atragantada por el hedor acre de los monstruos que pasaban, Guijarro Brillante se alejó del borde del Sendero Atronador y se sentó a pensar. Ya no había esperanza de seguir el rastro del monstruo. Podía decir la dirección general en la que debía viajar, desde la posición del sol, pero sabía que eso no era suficiente para reunirla con su Clan. El monstruo la había llevado demasiado lejos. Ni siquiera había ningún olor familiar que ella pudiera seguir.

«*Y una vez que oscurezca, ni siquiera tendré el sol para ayudarme*» .

Cuando miró a su alrededor en busca de algún tipo de orientación, Guijarro Brillante vio una madriguera de Dos Patas en la distancia, rodeada por un bosquecillo de árboles dispersos; le recordó al granero de Centeno, donde su Clan se había detenido hacía una luna para descansar y darse un festín con los ratones que vivían allí entre el heno.

—Tal vez haya gatos amistosos en este granero —murmuró esperanzada para sí misma.

Mientras se dirigía a la vivienda lejana, Guijarro Brillante se permitió esperar que los gatos pudieran señalarle el camino al campamento de monstruos donde había perdido a sus compañeros de Clan, o tal vez incluso al lago donde vivían los otros Clanes. El pensamiento aceleró los

pasos de sus patas. «*¡Qué divertido sería eso! ¡Estaría allí para saludar a Ala de Halcón cuando él y los demás lleguen!*».

Entonces Guijarro Brillante se dio cuenta de que no sería nada divertido. Sacudió la cabeza al pensar en lo preocupado que estaría Ala de Halcón, a través de cada paso del largo y agotador viaje. «*¡Primero encontraré al Clan del Cielo!*». Se decidió, ya que se dio cuenta de que el romanticismo la estaba allanando.

El sol había desaparecido, dejando solo unos últimos rayos rojos en el cielo, cuando Guijarro Brillante llegó al granero. Se apresuró a través del crepúsculo, con las mandíbulas aguadas al anticipar hundir los dientes en un jugoso ratón, como los del granero de Centeno.

Guijarro Brillante estaba bordeando los árboles, saltando a través del último tramo de terreno abierto, cuando una ráfaga repentina de ladridos estalló detrás de ella. Dándose la vuelta, vio a un enorme perro marrón que corría hacia ella, con la lengua colgando y agitando la cola plumosa.

Por un segundo, Guijarro Brillante se congeló. El perro estaba entre ella y los árboles. ¿Debería tratar de esquivarlo y esperar trepar a un lugar seguro en las ramas, o debería dirigirse al granero? Al final ella no hizo ninguna de las dos cosas, sino que se agachó y su pelaje se erizó mientras soltaba un siseo desafiante.

—¡Oye, déjalo ya, idiota!

Un fuerte maullido sonó desde la dirección del granero. Para sorpresa de Guijarro Brillante, el perro patinó hasta detenerse y se sentó sobre sus cuartos traseros, jadeando y moviendo las orejas en lo que parecía vergüenza. Una pequeña gata negra salió de detrás de Guijarro Brillante, mirando de ella al perro y viceversa con divertidos ojos verdes.

—Hola. Mi nombre es Bicho —anunció la recién llegada—. No te preocupes por Conejito. Es inofensivo.

Por un momento, todo lo que Guijarro Brillante pudo hacer fue mirar con asombro. «*¿Los perros tienen nombres? ¿Y acabo de ver a uno llamado Conejito?*».

—Soy Guijarro Brillante —maúllo algo avergonzada.

—Vaya, que nombre más raro —comentó Bicho—. ¿Tus amos no te llaman un nombre más normal?

«*¡Es un nombre de guerrera!* —Guijarro Brillante pensó, con su pelaje comenzando a erizarse—. *¡Estoy orgullosa de ello!*». Pero luego se dio cuenta de algo horrible. ¿Había viajado tan lejos del territorio del Clan que estos gatos nunca habían escuchado un nombre de Clan? «*Será mejor que no me ofenda* —pensó—. *No cuando necesito su ayuda*».

—No tengo ningún Dos Patas, quiero decir amos —respondió suavemente.

Bicho parpadeó sorprendida pero no dijo nada más. En cambio, se acercó a Conejito y le dio un empujón amistoso con una pata. Su cola golpeó el suelo, pero se quedó sentado.

«*Parece que Bicho y este perro son amigos. No puedo imaginarme a ningún gato queriendo eso. ¿Qué está pasando aquí?*».

Guijarro Brillante todavía no confiaba en él, pero comenzó a alisar el pelaje con el frío en las venas

—¿Quieres entrar al granero? —Bicho maulló a Guijarro Brillante con un movimiento de bienvenida con la cola.

Guijarro Brillante apartó la mirada para no cruzarla con «Conejito» y asintió agradecida.

—Gracias

—¿Está bien si dejo que Conejito se levante? —preguntó Bicho—. Te prometo que no te hará daño.

Durante unos segundos, Guijarro Brillante vaciló. El perro era lo suficientemente grande como para tragarse a ella y a Bicho de un solo bocado, y solo tenía la palabra de una gata extraña de que no era peligroso. «*No parece que vaya a atacar…*», pensó con cautela. Recordó los ojos locos, las mandíbulas babeantes y los feroces gruñidos de los perros que había encontrado antes. En contraste, Conejito simplemente parecía tonto. Aun así, todos los músculos de Guijarro Brillante estaban tensos y estaba lista para huir a la primera señal de amenaza.

Por fin asintió levemente y de mala gana. Bicho se giró y miró a los ojos marrones líquidos de Conejito.

—Está bien, puedes levantarte —maulló—. Pero mantente fuera del granero por un tiempo, ¿de acuerdo?

Conejito dejó escapar un ladrido corto, luego se levantó sobre sus patas y se deslizó hacia los árboles.

Guijarro Brillante la miró con asombro.

—¿Cómo sabe tu idioma? —le preguntó a Bicho.

La pequeña gata negra se encogió de hombros.

—Oh, ambos hemos vivido en esta granja desde que nacimos —respondió ella—. Simplemente nos entendemos. Vamos. —Dio media vuelta y se dirigió hacia el granero.

Guijarro Brillante la siguió, todavía desconcertada. «*Yo tenía razón. Ellos son amigos… ¡Espera a que se lo diga a Ala de Halcón!*». Luego, un

lugar vacío se abrió dentro de ella cuando recordó que no podía decirle nada a Ala de Halcón, tal vez no por mucho tiempo.

Su desconcierto se desvaneció cuando se deslizó dentro del granero a través de la puerta entreabierta y aspiró el suculento olor a ratón que surgía de montones de hierba de olor dulce. Guijarro Brillante casi saltó hacia adelante para cazar antes de recordar que no tenía permiso. Se detuvo, acicalándose en el lomo muy avergonzada.

—Sírvete —la invitó Bicho—. Hay muchos ratones aquí, y son muy gordos.

Había poca luz en el granero mientras la oscuridad caía afuera, pero Guijarro Brillante pudo distinguir montones de heno como en el granero de Centeno. Chirridos agudos llenaron el aire. Guijarro Brillante avanzó sigilosamente hasta que vio briznas de hierba retorciéndose en el borde del montón y escuchó el forcejeo de diminutas garras. Se lanzó hacia delante y golpeó con la pata a un ratón regordete.

Fue la captura más fácil que jamás había hecho.

Bicho se acomodó para hacerle compañía a Guijarro Brillante mientras comía.

—No te he visto nunca por aquí —comentó.

Guijarro Brillante negó con la cabeza, mientras tragaba apresuradamente un trozo de ratón.

—No, vengo de muy lejos —le dijo a la gata negra—. Estoy buscando a mi Clan, los gatos con los que vivo. La última vez que los vi fue en un gran campamento de monstruos en medio de unas guaridas de Dos Patas. ¿Conoces algún lugar así?

Bicho miraba a Guijarro Brillante como si no tuviera idea de por qué estaba maullando.

—¿Un campamento de monstruos? —le preguntó— ¿Qué es eso?

El corazón de Guijarro Brillante se hundió.

—Conoces a los monstruos, ¿verdad? —preguntó esperanzada—. ¿Grandes cosas ruidosas con un hedor para vomitar y patas negras redondas?

—¡Oh, ellos! —Bicho asintió—. Yo sé lo que quieres decir. ¿Pero un campamento…?

—Muchos de ellos durmiendo juntos —explicó Guijarro Brillante, tratando de no dejar que su cola temblara de impaciencia.

Lentamente, Bicho negó con la cabeza.

—Nunca he visto más de uno o dos monstruos juntos. No creo que este «campamento» tuyo pueda estar cerca de aquí —añadió con una ceja alzada.

Un miedo frío se deslizó a través de Guijarro Brillante. ¿Hasta dónde había llegado desde que perdió a Ala de Halcón y a los demás? «*Sentí que había viajado un largo camino en el monstruo, pero debe ser incluso más lejos de lo que pensaba si esta gata casi nunca ha visto monstruos*».

—Entonces, ¿conoces otros Clanes? Me refiero a grupos de gatos —preguntó, luchando por mantener su voz firme—. Viven junto a una gran extensión de agua.

Esta vez la negación de Bicho fue más certera.

—No he visto ningún Clan tuyo por aquí —afirmó—. No veo muchos otros gatos, y los que he visto han sido otros gatos de granja o domésticos. Y no hay grandes extensiones de agua cerca.

Guijarro Brillante clavó sus garras con fuerza en el suelo.

—¡Tengo que encontrar a mi Clan, y a mi pareja y familiares! —chilló.

Bicho pasó la punta de su cola por el costado de Guijarro Brillante, un gesto reconfortante.

—Termina tu presa —sugirió—. y luego duerme bien. Te sentirás mejor por la mañana y podrás empezar de nuevo.

Guijarro Brillante dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias. Eso es amable de tu parte, Bicho.

Después de comer y asearse, Guijarro Brillante hizo un lecho en el fragante heno y se acurrucó en él. Bicho se acomodó a su lado. Guijarro Brillante creyó que sus ansiedades la mantendrían despierta, pero estaba tan cansada que sus ojos se cerraron de inmediato.

«*Nunca solía cansarme tanto, antes de esperar cachorros*», pensó confusa, mientras se sumergía en un sueño en el que buscaba a Ala de Halcón en un bosque, pero no encontraba nada excepto un leve rastro de su olor, o un atisbo de una cola que se agitaba entre la maleza.

Lo siguiente que supo fue que la luz entraba oblicuamente en el granero desde la puerta abierta y desde los huecos en lo alto de las paredes. Los ladridos ansiosos del exterior la habían despertado. Guijarro Brillante saltó sobre sus patas, sacudiendo las semillas de heno de su piel mientras miraba a su alrededor. No habían señales de que Bicho estuviera en el entorno. Después de caminar hasta la puerta y asomar la cabeza, Guijarro

Brillante vio a la gata negra luchando con Conejito. El enorme perro la tenía inmovilizada debajo de una enorme pata, mientras que las piernas de Bicho se agitaban impotentes.

Guijarro Brillante dejó escapar un siseo, tensando sus músculos para acudir al rescate de su nueva amiga. «*¡Hice bien en no confiar en ese perro!* —se dijo a sí misma—. *¡Los perros y los gatos no pueden ser amigos!*».

Pero antes de que Guijarro Brillante pudiera moverse, Bicho salió de debajo de la pata de Conejito. El canino inclinó la cabeza y los dos se acariciaron como cachorros antes de que Bicho se arrojara sobre el lomo del perro. Conejito se dejó relajar, rodando, y Bicho saltó lejos antes de ser aplastada.

«*¿Están, jugando a pelear?… Eso… eso es extraño*», pensó Guijarro Brillante, sacudiendo la cabeza. Tal vez algunos perros y gatos pudieran ser amigos, pero de todos modos, ella no tenía intención de acercarse a Conejito.

Al ver a Guijarro Brillante, Bicho dejó al perro y corrió hacia ella.

—Hola —maulló con cautela—. ¿Estás bien? ¿Quieres volver a cazar? Podríamos hacerlo juntas.

—Gracias. Es una gran idea.

Con Bicho a su lado, Guijarro Brillante volvió a sumergirse en el heno. Con una señal de la gata negra, Guijarro Brillante comenzó a dar vueltas, moviéndose rápidamente hacia el borde del heno. Bicho dio vueltas en la dirección opuesta. Trabajando juntas sacaron velozmente el refugio de las presas; no pasó mucho tiempo antes de que chillidos asustados y correteos se alzaran por el aire. Finalmente, casi en el mismo latido del corazón, dos ratones aparecieron al aire libre. Guijarro Brillante se abalanzó sobre el más cercano, mientras que Bicho despachó al otro con un golpe de pata.

—¡Gran captura! —exclamó Bicho.

Una punzada de pérdida atravesó a Guijarro Brillante cuando se agachó para comer junto a la gata negra; por un momento casi se había sentido como si estuviera cazando con su Clan otra vez.

—Estoy realmente agradecida contigo por dejarme pasar la noche aquí —suspiró cuando había tragado el último bocado de su presa—. Pero debo irme, el tiempo no es infinito.

—Tal vez deberías quedarte —sugirió Bicho, con preocupación en sus ojos verdes—. Eres bienvenida todo el tiempo que quieras. Puedo ver que estás esperando cachorros y me preocupa pensar en ti viajando sola.

Guijarro Brillante se sorprendió al oír que aquella gata había descubierto que ella estaba embarazada con solo una mirada. Luego, Guijarro Brillante se avergonzó al haber ideado el hecho de subirse a un monstruo solo por un par de gallinas frescas.

«*Tal vez corrí un riesgo que no debería».*

Por un instante estuvo vacilando, en un refugio, con comida y la amistad de Bicho, un lugar donde sus cachorros pudieran nacer a salvo. Pero ella sabía lo imposible que era eso. «*No puedo dar a luz a nuestros cachorros sin Ala de Halcón allí. ¡No cuando todavía tengo suficiente tiempo y energía para encontrarlo a él y a mi Clan!*». Eso era más importante que cualquier otra cosa.

—No, tengo que irme —repitió—. Gracias, Bicho, pero mis cachorros son la razón por la que no puedo demorarme más. Estoy decidida a que mis cachorros sean gatos de Clan y vengan al mundo rodeados de su familia. Tengo un plan —agregó—. Tengo que encontrar mi camino de regreso a mi pareja. Estoy segura de que me estará buscando.

Bicho caminó junto a Guijarro Brillante mientras se dirigían de regreso al Sendero Atronador, con Conejito trotando detrás de ellas a la distancia.

—Adiós —maulló Bicho cuando estuvieron cerca del borde de la superficie negra y maloliente—. Espero que encuentres a tu Clan.

—Adiós —respondió Guijarro Brillante—. Gracias por todo, Bicho. Y que el Clan Estelar ilumine tu camino.

Bicho pareció confundida por la frase de Guijarro Brillante, pero ignoro aquella confusión y chocaron narices. «*¡Llevaría demasiado tiempo para explicar!*».

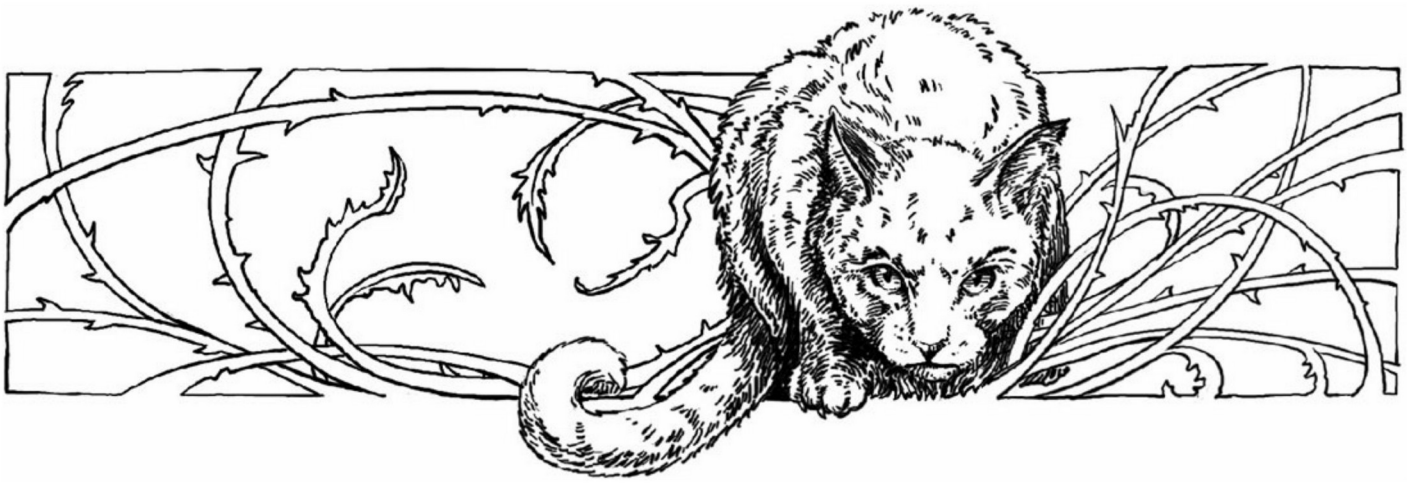
Comprobando la posición del sol para asegurarse de que viajaría en la dirección correcta, Guijarro Brillante partió. Miró hacia atrás una vez, agitando la cola a modo de despedida, para ver la pulcra forma negra de Bicho sentada junto al Sendero Atronador, con la enorme figura de Conejito asomándose a su lado.

Un monstruo paso corriendo a la velocidad de la luz al frente de Guijarro Brillante, por un momento se quedó paralizada, «*¡Casi me mata!*». Con un bufido, Guijarro Brillante salió corriendo justo después de que aquel monstruo pasara.

Guijarro Brillante comenzaba a darse cuenta de la gran tarea que tenía por delante. Podría tomarle lunas caminar de regreso al lugar donde había dejado a su Clan, incluso si se estaba moviendo en la dirección correcta.

Eso significaba que solo había una forma de que ella regresara al Clan del Cielo a tiempo para que sus cachorros nacieran con ellos.

«*Tendré que subirme a otro monstruo*».



CAPÍTULO 3

Guijarro Brillante caminó a lo largo del Sendero Atronador, con los hombros encorvados y el pelaje erizado contra una lluvia fina y llovizna. Agradeció en silencio por tener unas patas perteneciese del Clan del Cielo, endurecidas por saltar arriba y debajo de las rocas del desfiladero. Sus músculos eran más fuertes ahora, pensó felizmente; de hecho, todo el Clan se había fortalecido. Habían perdido mucho cuando los expulsaron del desfiladero, pero también habían ganado.

«*Y he ganado más que fuerza* —se dijo, pensando en los cachorros que llevaba—. *Sauce de Ciruela también. Ella debe estar cerca del parto por ahora*». Guijarro Brillante estaba segura de que sus cachorros eran la promesa del Clan Estelar de que el Clan del Cielo sobreviviría.

La comprensión hizo que Guijarro Brillante estuviera más decidida que nunca a regresar a su Clan antes de que nacieran sus crías. «*Tengo que subirme a otro monstruo. Pero ¿cómo podría?*».

Los monstruos pasaron corriendo junto a ella en el Sendero Atronador, algunos de ellos iban en la dirección correcta, pero todos se movían demasiado rápido para que ella pudiera saltar. Todo a su alrededor era territorio abierto, sin más campamentos de monstruos ni madrigueras donde pudieran dormir.

Guijarro Brillante estaba empezando a desesperarse cuando distinguió un grupo de madrigueras de Dos Patas en la distancia. Nueva energía fluyó a sus patas, y aceleró el paso hasta que llegó a las afueras de la madriguera de Dos Patas.

Caminando a lo largo de las guaridas, Guijarro Brillante pasó junto a varios monstruos, pero todos estaban dormidos, algunos escondidos en

pequeños lechos junto a las guaridas de sus Dos Patas. Cada uno de ellos estaba cerrado, sin forma que ella pudiera ver de escalar adentro.

—Cagarrutas de ratón —murmuró—. Estos monstruos son un grupo de vagos. ¡No hacen nada más que dormir!

Finalmente, Guijarro Brillante vio a un monstruo sentado al lado del Sendero Atronador, señalando la dirección en la que quería ir. No se parecía en nada a aquel en el que ella había viajado, con las gallinas, pero su espalda estaba abierta al aire.

Cuando Guijarro Brillante miró a su alrededor, no pudo ver a ningún Dos Patas dentro del monstruo o cerca de la guarida. Con cautela, se dirigió hacia él. Con la esperanza de que el monstruo estuviera dormido, Guijarro Brillante se acercó sigilosamente y, con una última mirada cautelosa a su alrededor, saltó suavemente a su vientre.

En el interior, el monstruo estaba lleno de extrañas formas y olores: enormes rocas de formas extrañas y restos de escombros de Dos Patas de colores brillantes. Guijarro Brillante se metió en un espacio debajo de una de las rocas y se acurrucó, acicalándose la piel mojada con rápidos movimientos de lengua. Esperaba que cuando llegaran el Dos Patas del monstruo, no la notaran.

Todo su cuerpo se estremeció con aprensión, pero al mismo tiempo sintió un rastro de la misma emoción que había sentido cuando saltó sobre el otro monstruo para cazar pollos.

«*¡Estamos en camino, cachorros!* —pensó, y luego agregó—: *Realmente espero que esto funcione*».

Los músculos de Guijarro Brillante se tensaron cuando escuchó el golpe de las patas de Dos Patas fuera del monstruo. De repente, una sombra apareció en su espalda y la abertura se cerró de golpe. Casi se delató con un chillido de alarma, pero logró ahogar el sonido.

«*¡Estoy atrapada dentro de un monstruo!*».

Su miedo se transformó en pánico cuando dos Dos Patas adultos y un cachorro de Dos Patas treparon al monstruo, maullando entre sí. El cachorro se sentó encima de la roca donde se escondía Guijarro Brillante, tan cerca que si Guijarro Brillante hubiera estirado una pata, podría haberla tocado.

El monstruo se despertó con una tos y un estruendo y comenzó a moverse. Guijarro Brillante se apretó lo más bajo que pudo y se quedó quieta, sin siquiera mover un bigote. Al menos, por lo que ella podía decir, se estaban moviendo en la dirección correcta.

Pero después de unos momentos, el cachorro de los Dos Patas dejó escapar un fuerte ruido. Guijarro Brillante se sobresaltó, pero se obligó a permanecer en silencio. Por un momento no pudo entender cuál era el sonido, hasta que el cachorro lo hizo de nuevo y se dio cuenta de que estaba estornudando. «*Pobrecito, debe estar enfermo* —pensó Guijarro Brillante—. *Tal vez necesita ver a un curandero de Dos Patas*».

Un latido después, ella se deslizó, sus garras arañaron el suelo duro cuando el monstruo de repente se desvió y comenzó a acelerar en una dirección diferente. «*¡No! ¡Déjame salir!* —Guijarro Brillante quería maullar las palabras en voz alta, pero sabía que los Dos Patas no la entenderían—. *Solo tendré más problemas si me encuentran aquí. Solo tengo que encontrar una manera de escapar*».

Pero el monstruo siguió y siguió. No había ninguna abertura por la que pudiera pasar Guijarro Brillante, e incluso si hubiera encontrado una, habría sido demasiado peligroso saltar.

El cachorro seguía estornudando y el Dos Patas macho se dio la vuelta para hablarle. Guijarro Brillante no entendió lo que estaba diciendo, pero sonaba desconcertado. La única respuesta del cachorro fue otro estornudo, y ahora parecía que no podía parar.

Los Dos Patas adultos comenzaron a hablar entre ellos, sus voces agitadas. Entonces el monstruo se estremeció y se detuvo. Los Dos Patas abrieron aberturas en el flanco del monstruo y salieron. La hembra Dos Patas miró debajo de la roca de Guijarro Brillante; el Dos Patas estaba bloqueando su ruta de escape, por lo que Guijarro Brillante trató de encorvarse en un espacio aun más pequeño, pero fue inútil. La hembra dejó escapar un graznido de sorpresa, señalándola. Guijarro Brillante miró hacia la otra abertura que tenía el cachorro de Dos Patas.

«*¡Oh, Clan Estelar, no! Me han visto… ¡y estoy atrapada!*».

El macho Dos Patas caminó hacia la parte trasera del monstruo. Guijarro Brillante supuso que iba a abrirlo. Sintió que cada pelo de su pelaje se erizaba de miedo, pero apretó los músculos, lista para saltar. No tenía ni idea de lo que le harían los Dos Patas si la atrapaban, pero estaba segura de que no sería nada bueno.

La parte trasera del monstruo se levantó; el Dos Patas macho alcanzó a Guijarro Brillante, pero ella era demasiado rápida para él. Saltó por encima de él, sintiendo que su pata extendida rozaba su pelaje, y huyó.

Guijarro Brillante tenía las piernas acalambradas de tanto tiempo acurrucada, pero se obligó a correr, alejándose del Sendero Atronador y adentrándose en las viviendas desconocidas de los Dos Patas que lo

bordeaban. Estaba segura de que el Dos Patas la perseguía, pero cuando por fin tuvo que detenerse, jadeando, no había rastro de él.

Temblando de alivio, Guijarro Brillante trató de averiguar dónde estaba. Entonces, de alguna manera, encontraría el camino hacia donde quería estar. Estaba en una extensión de hierba fuera de una vivienda de los Dos Patas, con otras viviendas de Dos Patas a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista. Ni las vistas ni los olores le resultaban familiares.

«*¿Qué es este lugar?*».

Guijarro Brillante se dio cuenta de que ni siquiera estaba segura de cómo volver al Sendero Atronador, y mucho menos de la dirección que debía tomar para reunirse con su Clan. La lluvia había cesado, pero las nubes seguían cubriendo el cielo, por lo que no podía calcular una ruta a partir de la posición del sol. Por un momento, la desesperación amenazó con abrumarla. No reconocía nada aquí.

«*¿Y si solo he empeorado las cosas? ¿Y si ese monstruo me ha llevado aun más lejos?*». Sintió que se hundía. Ahora parecía claro que nunca podría volver al Clan del Cielo montando a un monstruo, porque no había forma de predecir adónde irían. «*Pero entonces, ¿cómo voy a volver?*».

Guijarro Brillante se armó de valor, decidida a no ceder a esos oscuros temores. «*No pasa nada. Puedo lograrlo. ¡Soy una guerrera!*». Con el pecho aún agitado tras su frenética carrera hacia la seguridad, se sentó en la hierba a pensar.

Ya habían pasado un par de días desde que se la habían llevado lejos de Ala de Halcón y sus compañeros de Clan. Guijarro Brillante sabía que estarían esperando su regreso, pero también sabía que no podían esperar eternamente. Tenían que seguir buscando el lugar junto al agua donde vivían los otros Clanes. Era la única esperanza de supervivencia del Clan del Cielo.

«*Mis cachorros tienen que nacer en un Clan*», pensó Guijarro Brillante con un gruñido de frustración. En ese momento, un silbido furioso salió de la vivienda de Dos Patas más cercana. Guijarro Brillante giró la cabeza y vio a una esponjosa gata gris salir de una pequeña abertura cerca del suelo y dirigirse hacia ella, con las piernas rígidas y gruñendo.

—Este es mi sitio —siseó. Era una gata grande y su pelaje erizado la hacía parecer aún más grande—. No perteneces a este lugar. Muévete o si no…

Guijarro Brillante se puso de pie. Normalmente, luchaba junto a sus compañeros de Clan, pero sabía que podía enfrentarse a una Minina

Doméstica sola, por muy feroz que fuera. Aun así, tan cansada y preocupada como estaba, una pelea era lo último que necesitaba.

—Solo estoy de paso —maulló, dándose la vuelta y empezando a alejarse.

—Sí, sigue andando, cobarde —le espetó la gatita gris.

Guijarro Brillante se dio la vuelta y su decisión de no luchar se le fue de la cabeza. «*¡Soy una guerrera del Clan del Cielo! ¡Ninguna Minina Casera me va a hablar así!*».

Soltando un gruñido desde lo más profundo de su garganta, Guijarro Brillante acechó a la gatita. Sacó las garras y dejó que el pelaje de su cuello se erizara desafiante. «*Le enseñaré lo que es un guerrera… ¡y cómo lucha un guerrera!*».

Los ojos de la gatita se abrieron de repente, alarmada, y retrocedió un paso, como si no hubiera esperado que Guijarro Brillante se defendiera. Guijarro Brillante estaba casi a punto de darle un golpe cuando otra voz irrumpió.

—¡Déjala en paz, Coco! ¿No ves que está esperando cachorros?

Guijarro Brillante miró por encima de su hombro para ver a dos jóvenes gatitos; una gata blanca y negra y un gato naranja que corrían por la hierba y se interponían entre Guijarro Brillante y Coco, regañando a la gata gris mientras se acercaban.

—¿Qué te pasa?

—¿No puedes ser amable para variar?

Coco soltó un siseo furioso.

—¡Como si yo quisiera ser amiga de ustedes, pulgosos! —exclamó. Retrocedió unos pasos, se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia su vivienda de Dos Patas, desapareciendo de nuevo por la pequeña puerta.

La gata blanca y negra agachó la cabeza hacia Guijarro Brillante.

—Lo sentimos —maulló.

—Sí —añadió el gato naranja—. Esperamos que Coco no te haya asustado. Yo soy Milo, por cierto, y ella es Oliva.

Guijarro Brillante ahogó la risa al pensar que los dos gatitos trataban de protegerla a ella, una guerrera del Clan totalmente entrenada. Pero ella pensaba que eran bastante lindos, apenas más que gatitos y no quería herir sus sentimientos.

—Soy Guijarro Brillante —respondió, inclinando la cabeza cortésmente—. Gracias por tu ayuda, pero estoy bien, de verdad. ¿Cuál es el problema de esa gata?

—¡Oh, Coco! —Oliva movió las orejas desdeñosamente—. Siempre tiene la cola enredada. ¿Segura que estás bien? —añadió, rozando con su cola el costado de Guijarro Brillante—. ¿Tienes hambre? Podrías venir a comer con nosotros.

—En nuestra casa hay de sobra —aceptó Milo—. También agua. Y no está lejos.

Guijarro Brillante negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. No quiero ir a una madriguera de Dos Patas.

Oliva y Milo intercambiaron una mirada desconcertada, como si no pudieran imaginar por qué Guijarro Brillante se opondría a entrar en su guarida.

—¿Dos Patas? —Oliva sonaba desconcertada—. ¿Te refieres a la gente de casa? ¿No tienes tu propia guarida?

«*Una vez tuve una… una hermosa guarida, en el desfiladero*». Guijarro Brillante dejó a un lado la punzada de nostalgia y se obligó a no pensar en el pasado. En cualquier caso, Oliva no se había referido a eso.

—No —respondió—. Soy una gata del Clan. No vivimos con Dos Patas.

Los dos gatitos volvieron a mirarse, claramente confundidos. Guijarro Brillante volvió a sentir el mismo temor: «*¿Hasta dónde debo llegar, si ningún gato parece saber lo que es un Clan?*».

Al final, Milo se encogió de hombros.

—Vale —maulló—. ¿Quieres que al menos te enseñemos dónde puedes conseguir agua aquí fuera?

Ante su pregunta, Guijarro Brillante se dio cuenta de repente de lo sedienta que estaba, como si tuviera la boca llena de arena. «*Si tengo que estar rodeada de gatitos que ni siquiera conocen los Clanes* —pensó—, *¡al menos pueden ser útiles!*».

—¡Oh, sí, por favor!

—Síguenos —le dijo Oliva.

Las dos mascotas cruzaron la hierba, caminaron un poco por el Sendero Atronador y se metieron bajo una valla de los Dos Patas. Guijarro Brillante se encontró en el borde de una zona más salvaje, donde la hierba era más larga y áspera y los estrechos senderos serpenteaban entre matorrales. Las nubes se disipaban y la débil luz del sol brillaba sobre el húmedo follaje. A lo lejos, Guijarro Brillante podía oír los gritos de los cachorros Dos Patas jugando.

—Por aquí. —Milo tomó la delantera por una pendiente hasta donde un pequeño arroyo se deslizaba entre las piedras. Con un grito de alivio, Guijarro Brillante se agachó junto a él y lamió agradecida el agua fresca.

—Gracias —maulló al fin, sentándose y sacudiéndose las gotas de agua de los bigotes—. Era exactamente lo que necesitaba.

—¿Hay algo más que podamos hacer para ayudarte? —preguntó Oliva, con los ojos azules muy abiertos por la ansiedad.

—No, yo… —Guijarro Brillante se interrumpió. Se sentía desesperada al darse cuenta de lo lejos que se había alejado de su Clan, tanto que ya no estaba segura de la dirección. Pero esos gatitos conocían bien el camino. «*Probablemente nunca se alejan tanto de sus guaridas*». Recordó la reacción de Bicho cuando le preguntó por el campamento de monstruos. «*Probablemente estos Mininos Domésticos tampoco lo sepan. Pero tiene que valer la pena preguntar*».

—Estoy buscando un campamento de monstruos —empezó—. Un gran espacio cubierto de esa cosa negra del Sendero Atronador. Hay madrigueras de Dos Patas alrededor de parte de él, y arbustos a lo largo de un lado. ¿Hay algún sitio así por aquí?

—¡Eh, conocemos un sitio así! —exclamó Milo.

Oliva asintió enérgicamente.

—No está lejos de la casa de los Rebanadores; allí es donde nos llevan nuestros amos de casa cuando estamos enfermos —le explicó a Guijarro Brillante—. Y para… bueno, para otras cosas.

Guijarro Brillante se sobresaltó como si le hubiera caído una piedra en la cabeza desde un cielo despejado.

—¿En serio? —respondió, con el corazón en vilo. «*Quizá pronto vuelva a ver a Ala de Halcón*»—. ¿Puedes decirme cómo llegar?

Los dos jóvenes gatos intercambiaron una mirada dubitativa.

—Podría ser más fácil mostrártelo —maulló Oliva—. Pero es un largo camino. Tendríamos que estar fuera toda la noche.

Milo buscó en la hierba con sus patas delanteras.

—Nuestra familia se asustará mucho si desaparecemos.

—*Por favor* —suplicó Guijarro Brillante—. Es muy importante para mí volver allí. Mis compañeros de Clan, es decir, mis amigos, me estarán esperando.

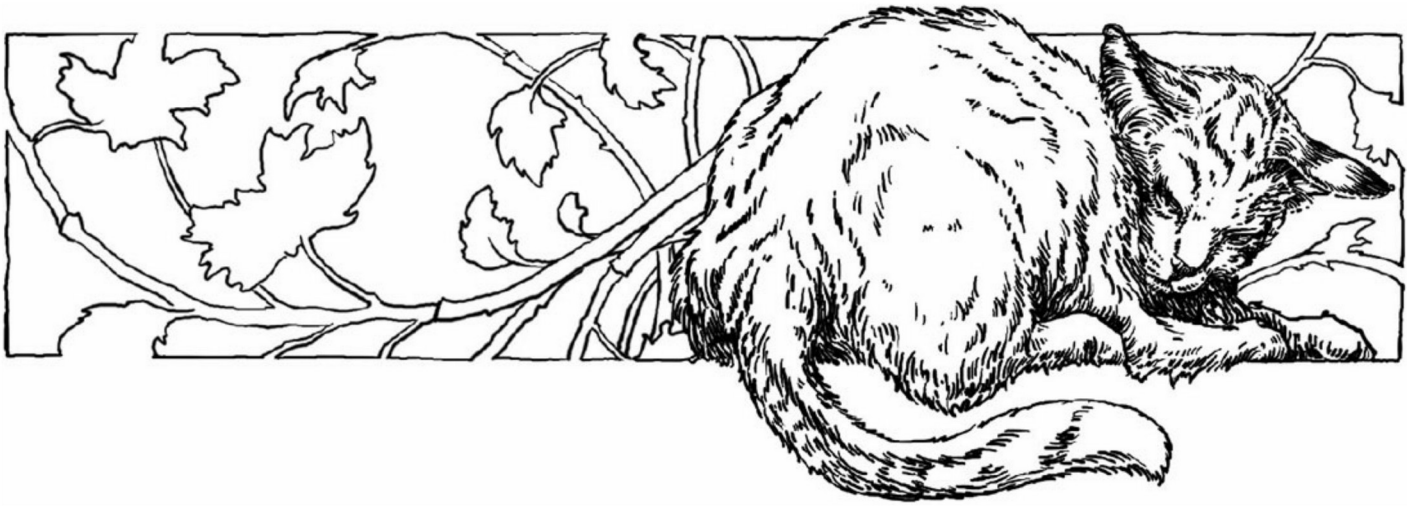
—Bueno… nuestros compañeros probablemente podrían sobrevivir una noche sin nosotros —respondió Oliva, mirando esperanzada a Milo—. Al menos nosotros tenemos gente que nos protege. Tú no tienes a *nadie*… ¡y estás esperando cachorros!

«*¿Gracias…?* —pensó Guijarro Brillante, sin saber qué pensar de eso —. *Preferiría tener compañeros de Clan que amigos en casa*». Pero la gatita parecía decidida a ayudarla, así que Guijarro Brillante trató de parecer alentadora.

—Vamos, Milo —maulló Oliva a su amigo—. ¡Ayudar a Guijarro Brillante es lo menos que podemos hacer! Además, ¡será una aventura!

El macho naranja dudó un momento más. Luego sus ojos se abrieron de par en par y dejó escapar un ronroneo emocionado.

—De acuerdo. Iremos contigo —prometió.



CAPÍTULO 4

—Deberíamos comer primero —maulló Oliva—. Todo lo que podamos, para no pasar demasiada hambre por el camino.

—¡Siempre estoy dispuesto a eso! —ronroneó Milo, pasándose la lengua por las mandíbulas—. Y también deberíamos despedirnos de nuestra familia.

—¿Segura que no quieres comer con nosotros? —preguntó Oliva a Guijarro Brillante, moviendo los bigotes con ansiedad—. ¿Cómo te las arreglarás durante la noche, si no lo haces?

Guijarro Brillante ocultó su diversión ante el intento de la gata más joven de cuidar de ella.

—No, gracias. Cazaré por el camino —respondió.

—¿En serio? —Milo sonaba impresionado, pero había una mirada de duda en sus ojos—. ¿Estás segura?

—Bastante segura.

Aunque todavía parecían reacios a aceptar la decisión de Guijarro Brillante, los dos Mininos Caseros subieron la pendiente y se escurrieron bajo la valla. Guijarro Brillante los siguió más despacio, a tiempo de verlos desaparecer en la madriguera más cercana, a través de una pequeña abertura como la de Coco.

Se acomodó bajo un arbusto para esperar, pero estaba tan emocionada que no pudo quedarse quieta más de un par de latidos. Se paseaba de un lado a otro por el borde de la hierba, preguntándose si realmente estaba a punto de volver a encontrar a sus compañeros de Clan. «*Por fin tengo una*

idea de a dónde ir. Solo espero que estos gatitos sepan realmente dónde está el campamento de los monstruos».

Cuando los Mininos Caseros regresaron, el sol ya se estaba ocultando en el cielo. Guijarro Brillante se sentía como si hubiera estado esperando una eternidad; había empezado a preguntarse si habrían cambiado de opinión. Por fin se abrió la puerta principal de la vivienda de los Dos Patas; Milo y Oliva aparecieron con una Dos Patas hembra. Guijarro Brillante se escondió rápidamente al abrigo de los arbustos y observó mientras la Dos Patas cruzaba el jardín y empezaba a coger algunas de las flores de colores brillantes que crecían alrededor del borde de la hierba. «*Tal vez sean hierbas de Dos Patas* —pensó Guijarro Brillante, interesada —. *¿Podría ser un tipo de medicina al estilo Dos Patas?*».

Milo y Oliva se enroscaron cariñosamente alrededor de las patas de la Dos Patas hasta que ella se inclinó y les dio una caricia a cada uno. Escalofríos recorrieron a Guijarro Brillante al verlos. «*Nunca querría acercarme tanto a un Dos Patas. No si puedo evitarlo*».

Finalmente, la Dos Patas volvió a entrar en la guarida. Los dos Mininos Caseros esperaron a que se fuera y corrieron por el jardín para reunirse con Guijarro Brillante bajo los arbustos.

—Bien, ya estamos listos —maulló Milo. Miró a su alrededor, pensativo, y luego señaló con la cola—. Es por aquí.

Comenzó a tejer un camino a través de los arbustos, pero Oliva no lo siguió.

—¿Estás seguro? —preguntó, con una mirada dubitativa en la otra dirección.

Milo se detuvo y dejó escapar un suspiro exagerado.

—¡Es el camino que nos lleva al Rebanador, peluda!

Oliva dudó un momento y luego agitó las orejas.

—De acuerdo, como quieras.

Guijarro Brillante sintió que su corazón se hundía. «*¿Realmente saben adónde ir si ni siquiera pueden ponerse de acuerdo entre ellos?*». Pero seguir a los Mininos Caseros era la única opción que tenía, así que trató de aplastar sus dudas. «*Tiene que merecer la pena intentarlo*».

Una vez que decidieron una dirección, los Mininos Caseros se dirigieron con confianza a través de la larga hierba en el borde del Sendero Atronador que serpenteaba a través de la vivienda de Dos Patas. La nariz de Guijarro Brillante se arrugó ante el olor acre de los monstruos.

—¿Tenemos que seguir el Sendero Atronador durante todo el camino? —preguntó.

—Lo siento, sí —respondió Milo—. Casi, al menos. Este es el único camino que conocemos, porque nuestros Dos Patas nos llevan por aquí hasta el Rebanador.

Guijarro Brillante asintió, aceptando su explicación. Al menos, pensó, los Mininos Caseros eran jóvenes y fuertes, y mantenían un ritmo constante sin asustarse por estar lejos de su guarida, ni exigir un descanso por estar cansados».

«*No todos los Mininos Caseros son débiles*», se recordó a sí misma, pensando en los guerreros diurnos del Clan del Cielo. Pero seguía sorprendida de que los gatos sin entrenamiento del Clan tuvieran tanta resistencia. Incluso se relajaron lo suficiente como para perseguir mariposas y tener una refriega amistosa por el camino, Oliva revolcándose con Milo entre las raíces de un árbol. El ánimo de Guijarro Brillante se levantó al ver sus bromas y diversión.

—¿Así que vives en el… campamento de monstruos, no? —le preguntó Oliva a Guijarro Brillante después de un rato, sacudiéndose los restos de su pelaje—. Suena un poco aterrador.

—Los monstruos pueden dar miedo, pero yo no vivo en su campamento. —Guijarro Brillante suspiró, luchando con otra punzada de nostalgia por su lecho entre las rocas—. Mis compañeros de Clan y yo estamos viajando. Yo vivía en un desfiladero, junto a un arroyo, con el resto de mi Clan.

—¿Qué es un Clan? —preguntó Milo.

Guijarro Brillante le explicó cómo vivían juntos ella y sus compañeros de Clan, cómo se entrenaban para luchar y cazar, y cómo se cuidaban unos a otros.

—Mi Clan es nombrado el Clan del Cielo —terminó.

—Suena muy bien —exclamó Milo.

—¿Y el padre de tus cachorros? —preguntó Oliva—. ¿También es parte de tu Clan?

Guijarro Brillante asintió.

—Sí, y en parte por eso es tan importante que vuelva con ellos

—¿Cómo se llama? ¿Cómo es? —Las preguntas de Oliva salían a borbotones.

—Su nombre es Ala de Halcón —respondió Guijarro Brillante. Su voz se volvió cálida con el recuerdo, aunque el dolor de echar de menos a su compañero se sentía como espinas atravesando su corazón—. Es el mejor gato que conocí en el Clan del Cielo.

—¿Es su líder? —preguntó Milo.

—Todavía no —le dijo Guijarro Brillante—. Tal vez algún día.

Oliva parpadeó, un poco melancólica.

Ojalá pudiéramos formar parte de un Clan.

—No siempre es fácil. De hecho, recientemente, el Clan del Cielo lo ha pasado muy mal. —Guijarro Brillante hizo una pausa, sintiendo una punzada en el corazón al recordar los problemas con Cola Oscura, y la salida del desfiladero.

—Siento oír eso. ¿Qué ha pasado? —preguntó Milo, con las orejas inclinadas hacia ella con curiosidad.

—Vino un gato muy malo haciéndose pasar por nuestro amigo, pero nos robó nuestro hogar —comenzó Guijarro Brillante lentamente. No quería entrar en detalles que estos Mininos Domésticos no entenderían… y tampoco quería pensar demasiado en ello. Los recuerdos de la vida en el desfiladero aún le dolían demasiado—. Fue difícil, y tuvimos que dejar atrás a algunos compañeros de Clan. Ahora buscamos un nuevo hogar.

Los ojos de Oliva se llenaron de simpatía.

—¿No tenéis dónde ir? Tal vez podríais venir a vivir con nosotros. Hay una señora unas casas más abajo que tiene muchos gatos. Apuesto a que te acogería…

Guijarro Brillante la miró cariñosamente.

—Eres muy amable, Oliva, pero los gatos del Clan no suelen vivir con Dos Patas. Nos gusta estar a cargo de nosotros mismos. A veces puede ser una vida dura —le advirtió Guijarro Brillante—. Pero creo que tú y Milo serían buenos guerreros.

—Pero no podríamos dejar a nuestra gente de casa —insistió Milo— . ¿Qué harían sin nosotros?

—Cuando vivíamos en el desfiladero —maulló Guijarro Brillante—. algunos miembros de nuestro Clan eran guerreros diurnos. Vivían en el desfiladero durante el día, y cazaban y entrenaban con el resto de nosotros, pero por la noche volvían con sus Dos Patas.

Milo agitó la cola con entusiasmo.

—¡Eso sería perfecto!

—¿A dónde va el Clan del Cielo ahora? —preguntó Oliva—. Quiero decir, si no pueden volver al desfiladero.

—Bueno, nos dirigimos a un lago —explicó Guijarro Brillante, luchando por pensar en una manera de explicar la visión de Canción de Eco de una manera que estos Mininos Caseros entendieran—. Tenemos gatos en el Clan que son muy sabios, que se comunican con nuestros

antepasados. Una de esas gatas tuvo una visión que le dijo que debíamos vivir junto a un lago.

Ella esperaba más preguntas, pero Oliva y Milo parecían satisfechos.

Oliva la miró con seriedad.

—Espero que lo encuentres —dijo en voz baja.

—Gracias —Guijarro Brillante asintió—. Yo también. —«*Más de lo que crees*».

Mientras hablaban, los gatos siguieron viajando y Guijarro Brillante se dio cuenta de que el sol se había ocultado bajo el horizonte, proyectando largas sombras sobre su ruta.

—¿Queda mucho? —preguntó.

Al mismo tiempo, Milo exclamó:

—¡Ya casi hemos llegado!

Un estrecho sendero ascendía entre dos guaridas de Dos Patas. Milo corrió por él, mientras Guijarro Brillante y Oliva lo seguían.

—Está justo al otro lado de esta colina —jadeó Oliva.

Dejando atrás las guaridas de los Dos Patas, los gatos irrumpieron en una ladera abierta y cubierta de hierba, que conducía a una cresta perfilada contra el cielo. El corazón de Guijarro Brillante latía tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho. «*Tal vez mi Clan todavía me esté esperando. Tal vez vuelva a ver a Ala de Halcón, ¡ahora mismo!*».

Guijarro Brillante corrió ladera arriba, adelantándose a los dos Mininos Caseros. Al llegar a la cima, se detuvo como si hubiera chocado contra una pared de roca.

Estaba mirando el campamento de los monstruos, pero no era el correcto. Era más grande que aquel en el que había perdido a su Clan, los muros que lo rodeaban eran rojos, no grises, y donde debería haber estado la línea de arbustos había una maraña de zarzas y unos cuantos árboles achaparrados. Se sentía más lejos que nunca de su Clan.

—¿Están aquí? —jadeó Oliva mientras subía la colina para pararse junto a Guijarro Brillante—. ¿Están tus amigos aquí?

Guijarro Brillante negó con la cabeza. Quería llorar su desolación, pero hizo que su voz se mantuviera firme mientras respondía.

—No. Este no es el lugar adecuado después de todo.

—¿Hablas en serio? —exclamó Milo, llegando a la cima a tiempo para escuchar las palabras de Guijarro Brillante—. ¡Pero sonaba tan parecido a lo que describiste! Echa un buen vistazo. ¿Estás segura?

Guijarro Brillante volvió a mirar hacia abajo y luego le miró a los ojos.

—Estoy segura, Milo. Es lo que te describí. Solo que no es donde dejé a mis amigos.

Milo miró al suelo, pero Oliva saltó hacia Guijarro Brillante, inclinándose para acariciarle la mejilla con simpatía.

—¡Lo siento mucho, Guijarro Brillante!

—No es culpa tuya —respondió Guijarro Brillante—. Te pedí que me enseñaras un campamento de monstruos, y eso es lo que has hecho. No es culpa tuya que no sea el adecuado.

Milo dio un paso adelante, y los dos jóvenes gatos se apretaron contra Guijarro Brillante, uno a cada lado, intentando consolarla. Guijarro Brillante se sentía vacía. No tenía ni idea de lo que debía hacer a continuación.

—Tal vez deberíamos dormir —sugirió Oliva después de unos latidos —. Pronto oscurecerá. Probablemente las cosas se verán mejor por la mañana.

Guijarro Brillante murmuró que estaba de acuerdo. «*Podría dormir durante lunas y nada se vería más brillante, pero no quiero molestar a Oliva*».

—Ojalá mi familia estuviera aquí para darnos algo de comer ahora mismo —maulló Milo—. ¡Me gruñe tanto la barriga!

—Yo cazaré por ti —se ofreció inmediatamente Guijarro Brillante.

—Oh, no, no tienes que hacerlo —objetó Oliva—. Has tenido un momento horrible y necesitas descansar.

—Cazar me distraerá de mis preocupaciones —insistió Guijarro Brillante. No estaba segura de que eso fuera cierto, pero sabía que tenía que alejarse por un tiempo para aceptar que todo ese esfuerzo había sido en vano. Corría el riesgo de derrumbarse delante de dos Mininos Caseros.

«*Y eso es lo último que quiero, cuando se han tomado tantas molestias para ayudarme. No pueden entender lo desesperada que me siento ahora*».

La pendiente que conducía al campamento de los monstruos era menos profunda que la que ya habían subido, salpicada de arbustos y de algún que otro saliente de roca. Guijarro Brillante dejó a los gatitos en un lugar resguardado junto a un matorral de aulagas y salió a merodear en busca de presas.

El sol se había puesto y empezaba a anochecer. Al principio, lo único que Guijarro Brillante podía oler era el acre aroma de los monstruos, pero a medida que avanzaba hacia las zarzas y los árboles que bordeaban el campamento, empezó a percibir rastros claros de ratones y ardillas.

También se dio cuenta de que la disciplina de la caza la ayudaba a disipar la niebla de miseria que la rodeaba. Sintió el cosquilleo familiar en las patas cuando vio una ardilla regordeta revolviéndose entre los escombros al borde de un zarzal y se puso en cuclillas de cazadora, concentrándose en su presa mientras se acercaba sigilosamente. Una brisa se levantó cuando Guijarro Brillante estaba casi a distancia de abalanzarse, llevando su olor hacia la ardilla. Guijarro Brillante se lanzó hacia ella, pero sus patas delanteras extendidas se estrellaron contra el suelo vacío.

La ardilla se alejó corriendo hacia el árbol más cercano. Guijarro Brillante se lanzó tras ella, pero no pudo atraparla antes de que trepara por el tronco y se agazapara en una rama baja, chillándole enfadada como si la desafiara a pelear.

«*¡Buena suerte con eso!* —pensó Guijarro Brillante—. *¡Soy una gata del Clan del Cielo!*».

Lanzándose hacia arriba en un tremendo salto, enganchó sus garras en la cola de la ardilla y la arrastró hacia debajo de la rama. La ardilla luchó brevemente, hasta que Guijarro Brillante la mató con un rápido mordisco en el cuello.

Respirando con dificultad, se puso de pie sobre el cuerpo inerte.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló. Pero entonces el pensamiento la golpeó: «*¿Pueden siquiera oírme?*». Estaba tan lejos de casa, tan lejos del Clan del Cielo; ni siquiera sabía dónde estaba. «*¿Lo sabe el Clan Estelar?*».

Se estremeció. Durante unos latidos había olvidado sus problemas, pero ahora volvían con toda su fuerza. En el desfiladero habría llevado la ardilla a la pila de carne fresca, pero ya no había campamento en el desfiladero, y se comería su presa sola, sin saber cuán lejos estaba de sus compañeros de Clan.

«*Ojalá Ala de Halcón hubiera visto esa presa, y pudiera compartirla con él*».

Haciendo a un lado su pena, Guijarro Brillante se dirigió a donde había dejado a los Mininos Caseros. Sus ojos brillaron en la oscuridad cuando vieron la presa que llevaba.

—¡Vaya, es enorme! —exclamó Milo—. ¿De verdad acabas de cazar eso?

—Debes de ser una cazadora brillante —añadió Oliva.

«*No está mal*», pensó Guijarro Brillante, un poco avergonzada de sí misma por disfrutar de los elogios de los Mininos Caseros.

—Compartámoslo —maulló, dejando caer su presa a las patas de sus amigos.

Tanto Oliva como Milo olfatearon la ardilla con recelo; Guijarro Brillante tuvo que animarlos arrancándoles un bocado de la carne.

—Pruébala, está muy buena —murmuró mientras engullía la presa. «*Imagínate, ¡no querer comer carne fresca!*».

Primero Milo, y luego Oliva, probaron la ardilla y le dieron unos mordisquitos.

—Está… eh… muy buena —murmuró Oliva amablemente.

—No creo que te guste —respondió Guijarro Brillante, ocultando su sorpresa. Nunca había conocido a un gato al que no le gustara una ardilla jugosa. De repente volvió a sentirse muy sola… igual que se había sentido mientras cazaba. Ella era la única gata del Clan aquí. Posiblemente ella era la única gata del Clan en cualquier lugar por aquí—. Lo siento.

—Nosotros también lo sentimos —le dijo Milo—. Especialmente después de que te tomaste la molestia de atraparlo. Pero realmente preferimos las bolitas de comida que nos dan nuestros amos. No son tan… peludos.

Cuando habían comido lo que pudieron, los dos gatitos se acurrucaron juntos al manto de los arbustos y se durmieron. Guijarro Brillante permaneció despierta mucho tiempo, mirando a los guerreros del Clan Estelar que brillaban sobre ella. «*Si yo puedo verlos, ellos pueden verme*», decidió. Eran las mismas estrellas que siempre había conocido, desde que era una cachorra en el desfiladero.

«*Mientras estén ahí, no estoy sola. Seguro que el Clan Estelar me ayudará a mí y a mis cachorros a encontrar el Clan del Cielo de nuevo*».

Guijarro Brillante durmió al fin, y despertó al amanecer para encontrar a Oliva y Milo acicalándose a su lado.

—Tenemos que volver a casa —maulló Milo—. Puedes venir con nosotros si quieres.

—Estoy segura de que nuestros amos te darían la bienvenida —añadió Oliva.

Guijarro Brillante negó con la cabeza.

—Gracias, pero… no. Tengo que seguir buscando a mi Clan.

—Entonces ven un ratito —la instó Oliva, acercando la punta de la cola al hombro de Guijarro Brillante—. Así tus cachorros nacerán en un lugar seguro.

Por un momento Guijarro Brillante se sintió tentada. Oliva y Milo serían buenos guerreros diurnos algún día. Tal vez podría quedarse con ellos, solo hasta que nacieran sus cachorros, como dijeron, y luego podría buscar al Clan del Cielo… «*Incluso podrían venir conmigo*». Pero entonces se dio cuenta de lo imposible que sería. Estaba tan lejos de los Clanes. Milo y Oliva nunca dejarían a su familia para viajar tan lejos. Y sus cachorros, si nacían como Mininos Caseros, no querrían irse. Si es que le permitían quedarse con sus cachorros. Recordaba las historias que le habían contado los guerreros diurnos, en las que Dos Patas se llevaban a los cachorros de sus madres, que nunca volvían a verlos.

«*No. Mis cachorros serán gatos del Clan*», juró.

—No puedo —maulló con firmeza—. Eres muy amable, pero necesito que mis cachorros nazcan en un Clan. Estoy más agradecida de lo que puedo expresar por todo lo que has hecho.

Los dos jóvenes gatos eran claramente reacios a dejarla, pero finalmente se despidieron, invitándola a visitarlos si alguna vez volvía por aquí. Guijarro Brillante se quedó de pie en la cresta de la colina, viéndolos correr ladera abajo. Al llegar al límite de la vivienda de Dos Patas, dieron media vuelta, agitaron la cola en señal de despedida y desaparecieron entre las guaridas de Dos Paras. Guijarro Brillante soltó un pequeño suspiro al verlos partir.

Cuando se fueron, Guijarro Brillante terminó de comer los restos de la ardilla y se sentó un rato mientras el sol salía por encima de la vivienda de Dos Patas. Sabía que tendría que seguir adelante, pero primero tenía que decidir adónde ir. Mientras estaba allí sentada, sintió una extraña agitación en el vientre y respiró con asombro al darse cuenta de que sus cachorros se movían por primera vez. De la nada, un fuerte sentimiento la invadió: la certeza de que sus cachorros estarían bien. «*Ellos son el futuro del Clan del Cielo. Tienen un destino, y el Clan Estelar se asegurará de que encuentren el camino a su Clan*».

Pero Guijarro Brillante se dio cuenta de que sus posibilidades de encontrar al Clan del Cielo ahora eran casi nulas. Incluso si de alguna manera pudiera encontrar el camino de vuelta al lugar donde los había perdido, ellos no seguirían allí. Estrella de Hojas habría tomado la decisión de seguir adelante, por el bien de todo el Clan.

Guijarro Brillante sabía que solo tenía una opción. No sabía dónde estaba el Clan del Cielo ahora, pero sabía dónde iban a estar.

«*Tengo que encontrar el lago, el lugar donde viven los otros Clanes*».

El agotamiento la abrumó ante ese pensamiento. Pero mientras se ponía de pie, miró al cielo, sabiendo que sus ancestros aún estaban allí, observándola desde detrás del brillo de la luz del día.

«*He llegado hasta aquí sola* —pensó—. *Soy más fuerte de lo que creía. ¡Y los encontraré!*».

CAPÍTULO 5

Guijarro Brillante se detuvo y abrió las mandíbulas para probar el aire. Estaba en un bosquecillo de árboles delgados, al borde de otras Guaridas de Dos Patas, y aunque sus sentidos estaban casi inundados por los olores de Dos Patas y monstruos, apenas podía distinguir el olor de los pájaros cercanos.

Había pasado casi una luna desde que Guijarro Brillante se despidió de Oliva y Milo, y su vientre estaba cargado con sus cachorros. Su peso hacía que la caza fuera más difícil, pero al mismo tiempo había adquirido más práctica cazando sola.

Decidida, se puso en cuclillas de cazadora y empezó a escabullirse en la dirección del olor. Pronto vio una paloma regordeta sentada en el extremo de una rama, aparentemente inconsciente de que Guijarro Brillante se acercaba sigilosamente. Guijarro Brillante se detuvo para probar la brisa y se dio cuenta de que soplaba en la dirección correcta, manteniéndola a sotavento de la paloma.

«*Si lo hago en el momento justo y no hago ruido, mis cachorros y yo tendremos una buena comida*». La ardilla que había cazado cerca del segundo campamento de monstruos había sido la última vez que Guijarro Brillante se había sentido bien alimentada. Desde entonces había seguido comiendo ratones y musarañas, pero necesitaba desesperadamente algo más sustancioso.

«*Si todavía estuviera con el Clan del Cielo, Ala de Halcón y los otros guerreros se asegurarían de que tuviera suficiente para comer. Pero no están aquí, así que tengo que depender de mí misma. ¡Puedo hacerlo!*».

Guijarro Brillante llegó al pie del árbol sin alertar a la paloma. Sabía que sus días de saltos increíbles habían terminado hasta que nacieran sus cachorros. En su lugar, comenzó a trepar por el tronco del árbol, teniendo

cuidado de permanecer en el lado opuesto a la paloma. Cuando llegó al nivel de la rama donde estaba sentada la paloma, se dio cuenta de que podría ser demasiado delgada. Si aterrizaba sobre ella, lastrada como estaba por su equipaje, la rama podría romperse fácilmente antes de que ella tuviera la oportunidad de abalanzarse.

Mirando hacia arriba, Guijarro Brillante vio una rama más robusta. Trepó y se aventuró sobre ella, planeando saltar para atacar a su presa. Pero justo cuando llegaba al punto por encima de su presa, la rama se hundió bajo su peso, y las sombras de las hojas pasaron por encima de la paloma.

Con un grito de alarma, la paloma desplegó las alas. Guijarro Brillante saltó instintivamente detrás de ella, mientras levantaba el vuelo y sobrevolaba el tejado de una pequeña vivienda de Dos Patas cercana. Sus garras rozaron las plumas de las alas de la paloma, pero antes de que pudiera agarrarla, ella y el pájaro cayeron juntos sobre el tejado. El impacto dejó a Guijarro Brillante sin aliento. Rodó sobre sí misma, aferrándose a su presa, solo para sentir que el tejado cedía bajo su peso. Soltó un aullido de consternación, agitando las patas, mientras se estrellaba contra el endeble revestimiento y caía.

Durante unos instantes, Guijarro Brillante estuvo demasiado aturdida para saber qué había pasado o dónde había ido a parar. Se agachó donde había caído, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Al final, aún temblorosa por la conmoción, abrió los ojos y vio que había caído sobre un montón de heno y una especie de suave piel de Dos Patas. Su corazón latía con fuerza temiendo por sus cachorros, y se acurrucó alrededor de su vientre hinchado hasta que sintió que se movían dentro de ella. Dejando escapar un largo suspiro de alivio, susurró:

—Gracias, Clan Estelar.

Decidida a recobrar la compostura, Guijarro Brillante se puso en pie y miró a su alrededor. La paloma se había ido. La luz que entraba por el agujero del tejado mostraba sus paredes hechas de tiras de madera con una pequeña ventana. Había formas desconocidas apiladas alrededor de las paredes: algún tipo de material de Dos Patas almacenado allí, supuso Guijarro Brillante.

«*Bien… ¿Cómo salgo de aquí?*».

Guijarro Brillante se acercó a la puerta y se levantó para presionarla con las patas delanteras, pero no cedió. El agujero del tejado era demasiado alto para saltar y escapar por ahí. Intentó dos o tres veces saltar a la ventana, pero su pesada barriga la hacía torpe y sus saltos tenían

menos fuerza de la que estaba acostumbrada. No pudo romper la piedra aunque tenía una grieta. Y no había otra salida, ni siquiera una ratonera.

La pequeña madriguera estaba llena de polvo y telarañas, lo que le decía a Guijarro Brillante que los Dos Patas no la visitaban muy a menudo. Cuando alguien viniera a dejarla salir, ya sería demasiado tarde. Un escalofrío recorrió a Guijarro Brillante desde las orejas hasta la punta de la cola al pensar que podría dar a luz a sus cachorros mientras estaba atrapada aquí, y todos morirían de hambre juntos.

Estaba sola. Ni siquiera podía ver al Clan Estelar desde aquí, o sentir su guía. De repente se sintió más desesperanzada que nunca.

«*Si Ala de Halcón o alguno de mis compañeros de Clan estuvieran aquí, sabrían que he desaparecido y vendrían a buscarme* —pensó Guijarro Brillante, completamente desdichada—. *No estaría en este lío. Pero mientras esté sola, no hay oportunidad para mí, ni para mis cachorros»*. Cansada y desanimada, Guijarro Brillante se acurrucó en el heno y se quedó dormida. No pasó mucho tiempo hasta que sintió una cálida sensación que la despertó: un gato le estaba lamiendo las orejas. Sobresaltada, abrió los ojos y vio a Ala de Halcón junto a ella. «*Pero no puede… no puede ser real, ¿verdad?*».

—Tienes que levantarte —maulló, dándole un codazo para ayudarla a ponerse de pie.

«*Si puedo sentirlo, debe de ser…*». Guijarro Brillante se apretó contra su compañero, enroscando la cola con la suya y ronroneando tan fuerte que pensó que nunca pararía. Durante unos latidos, Ala de Halcón se inclinó más cerca de ella y su olor la envolvió, de modo que sintió que le empapaba el pelaje, llevándole consigo un torrente de fuerza.

«*¿Está muerto y se comunica conmigo desde el Clan Estelar?*». El terrible pensamiento le oprimió el pecho. «*Pero no está brillando con la luz de las estrellas. ¡Está igual que cuando lo dejé! ¿Qué está pasando?*».

Ala de Halcón se apartó.

—Guijarro Brillante, hay cosas que debes hacer —le dijo.

Guijarro Brillante miró a su alrededor y se sintió aliviada al ver que también había otros de su Clan: el lugarteniente, Bigotes de Avispa; Canción de Eco, la gata curandera; Nube Diminuta y Macgyver; y más detrás de ellos, que se desvanecían en un borrón. A la cabeza estaba la líder del Clan, Estrella de Hojas, mirando a Guijarro Brillante con alegría y afecto en sus ojos ámbar. Una extraña luz los rodeaba, fluyendo de los gatos hasta llenar todos los rincones de la guarida.

—Estoy soñando, ¿verdad? —preguntó Guijarro Brillante, con la voz quebrada por la decepción. Incluso el tacto y el olor de Ala de Halcón debían de formar parte del sueño. Por un momento había creído que Ala de Halcón y su Clan habían venido realmente a rescatarla.

Ala de Halcón asintió, enroscando la cola alrededor de sus hombros.

—Lo siento —maulló—. Ojalá pudiera estar contigo de verdad.

—¡He estado intentando volver contigo, desde que me llevaron a lomos de ese monstruo! —Las palabras brotaron de Guijarro Brillante, llenas de todos sus miedos y amargo arrepentimiento por su inútil esfuerzo —. Pero no puedo hacerlo sola, ¡no puedo!

—Sí puedes. —La voz de Ala de Halcón era fuerte y alentadora—. Guijarro Brillante, debes hacerlo. Nuestros cachorros tienen destinos importantes, y ahora mismo están en tus manos. Puedes hacer lo que hay que hacer.

—¿Pero cómo? —se lamentó Guijarro Brillante.

—Debes mantener la calma —maulló Ala de Halcón—. Piensa bien el problema, y recuerda que el Clan Estelar siempre está contigo. — Inclinando la cabeza, le dio otro lametón en las orejas—. Camina hacia el sol poniente —murmuró—. Vuelve a mí.

Entonces la luz comenzó a desvanecerse.

—¡No, no me dejes! —jadeó Guijarro Brillante—. ¡Aún no!

Pero fue inútil. El sueño se le escapó a Guijarro Brillante como si tratara de atrapar la niebla entre sus patas. Ala de Halcón y el resto del Clan se habían ido. Guijarro Brillante despertó y se encontró aún sola en la polvorienta madriguera.

Le dolía el corazón por la nueva pérdida. «*¿Qué era aquello?*».

«*¿Una comunicación? ¿Una visión?*». Guijarro Brillante sabía que no tenía esos poderes; no era una gata curandera. Además, pensó sombríamente, algo realmente terrible tendría que haber ocurrido para que todos los gatos que había visto estuvieran ahora en el Clan Estelar.

«*Era solo un sueño*».

Sin embargo, las palabras de Ala de Halcón sobre el destino de sus cachorros resonaban en su mente. «*Quiero creer que mis cachorros serán importantes para el Clan… ¿Es por eso que soñé que Ala de Halcón lo decía?*».

No importa, decidió. Lo que importaba era que antes de su sueño, estaba segura de que iba a morir… pero ahora creía que podía encontrar la salida por sí misma. «*Tengo que hacerlo. Por mis pequeños… y por mí. Tiene que haber una forma de escapar. Y puedo descubrirlo yo sola*».

Mirando con más cuidado alrededor de la guarida, Guijarro Brillante vio un palo largo apoyado contra la pared. Un segundo palo con muchos dientes sobresalientes estaba clavado en un extremo. Guijarro Brillante no tenía ni idea de para qué lo usarían los Dos Patas, pero parecía que era justo lo que necesitaba. Empezó a empujarlo con cuidado a lo largo de la pared hasta que el extremo superior quedó apoyado contra la ventana agrietada.

Guijarro Brillante se agachó y se quedó mirando el palo mientras pensaba qué hacer. Probó a abalanzarse sobre la parte inferior del palo, donde estaban los dientes; cuando lo hizo, el otro extremo se levantó un poco de la ventana y, cuando lo soltó, cayó hacia atrás, golpeando la dura piedra clara.

«*¡Sí!*».

Al principio, Guijarro Brillante solo podía hacer que el palo golpeara ligeramente, pero a medida que lo intentaba con golpes cada vez más fuertes. Finalmente, un golpe hizo una pequeña grieta. Y cuando golpeó una y otra vez, agotándose, la grieta se hizo más y más grande, extendiéndose en todas direcciones. Finalmente, cuando estaba segura de que no podría seguir mucho más, cayó un pequeño fragmento de material transparente. Se abalanzó una vez más, y esta vez, cuando el palo golpeó la ventana, parte del material transparente se desprendió para hacer un agujero lo bastante grande como para que ella cupiera por él.

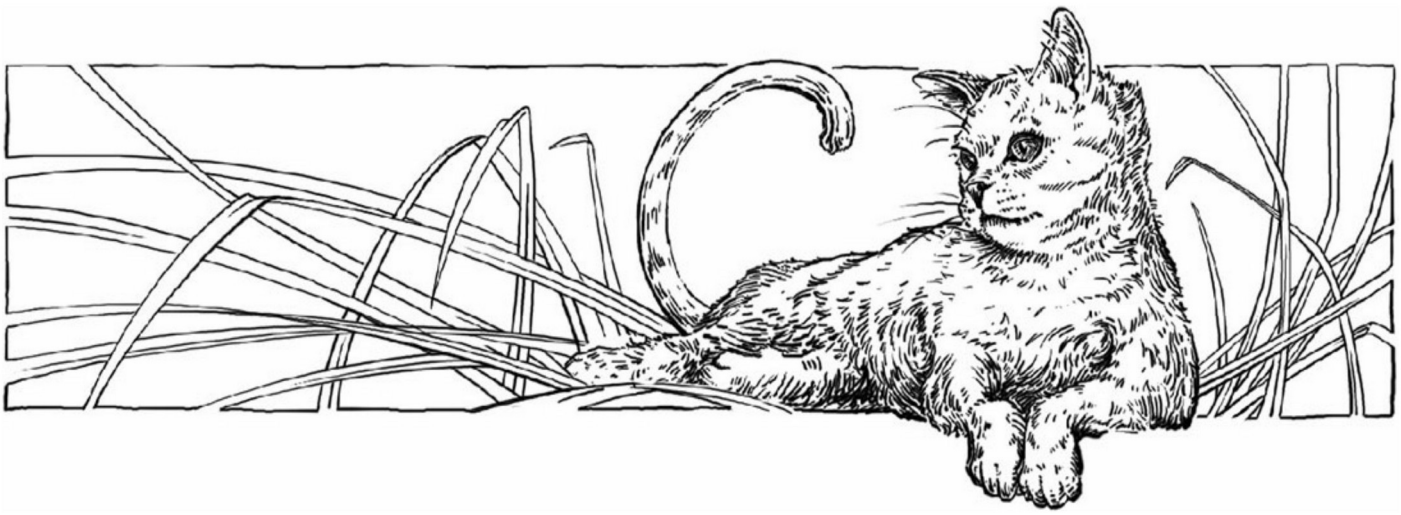
—¡Lo he conseguido! —aulló en voz alta.

Y lo que era mejor, el palo largo seguía apoyado en la ventana, por lo que Guijarro Brillante podía trepar por él como si fuera la rama de un árbol. Cuando llegó a la ventana, se coló con cuidado por el hueco, evitando los fragmentos afilados que aún se aferraban a los lados. Más fragmentos brillantes yacían en el suelo; Guijarro Brillante tuvo que fortalecer los músculos e impulsarse con un fuerte salto que la llevó más allá de ellos.

Cuando aterrizó a salvo en la suave hierba, la confianza fluyó a través de ella como un trago de agua fresca y clara.

—Mis cachorros y yo vamos a lograrlo —maulló—. Puedo hacerlo sola. ¡Soy lo suficientemente fuerte!

«*Gracias, Ala de Halcón de mi sueño, por recordarme que debo creer en mí misma* —añadió en silencio—. *Ahora sé que encontraré a mi Clan de nuevo*».



CAPÍTULO 6

Guijarro Brillante se arrastró hasta la cima de una colina y se tumbó en la larga hierba para descansar. Habían pasado varios días desde que escapó de la pequeña madriguera de Dos Patas, y había estado viajando desde entonces.

Relajándose en un rayo de sol, Guijarro Brillante dejó que sus pensamientos se remontara al día anterior, cuando conoció a un extraño gato amarillo llamado Árbol.

Como estaba esperando cachorros, Árbol se había quedado cerca de ella durante la noche, ayudándola a vigilar a los depredadores. Y fue bueno que lo hiciera: un zorro cazador los había molestado, y había necesitado toda su fuerza y habilidad de lucha para ahuyentarlo.

Esa mañana, Guijarro Brillante había invitado a Árbol a venir con ella y buscar al Clan del Cielo, asegurándole que sería bienvenido. Pero Árbol se había negado. Había insistido en que era un solitario, y por mucho que Guijarro Brillante había intentado convencerle de que era bueno tener otros gatos en los que confiar, Árbol no cambiaría de opinión.

Lamentándolo mucho, Guijarro Brillante se había despedido de Árbol, pero no podía quitarse de encima la sensación de que, de algún modo, sus destinos estaban entrelazados.

—Tal vez vuelva a verlo —maulló en voz baja para sí misma—. Pero eso está en manos del Clan Estelar.

Desde el sueño, Guijarro Brillante había estado siguiendo el sol poniente, tal como Ala de Halcón le había dicho en su sueño. Todavía no estaba segura de dónde había venido exactamente su mensaje, pero la

había sacado de aquella pequeña guarida, y por eso confiaba en él. Había avanzado mucho desde aquel día, pero ahora que su vientre pesaba más, se sentía torpe y lenta, y se cansaba rápidamente.

«*No puede pasar mucho tiempo antes de que lleguen mis cachorros*», pensó.

No era la primera vez que Guijarro Brillante deseaba que Canción de Eco y Pelaje de Pecas estuvieran con ella, para que le dijeran si iba en la dirección correcta y lo cerca que estaba de tener crías. Una fría garra de miedo la invadió cuando pensó en dar a luz sin una gata curandera. Todo lo que podía hacer era tener fe en que ver a Ala de Halcón y a los otros no había sido solo un sueño, y que el Clan Estelar realmente la estaba ayudando.

Dispuesta a continuar, Guijarro Brillante levantó la cabeza y miró a su alrededor. Desde su posición privilegiada en la colina, el paisaje se extendía ante ella. Guijarro Brillante lanzó un grito de emoción cuando, a lo lejos, divisó un destello de agua. Sintió un extraño revoloteo en el estómago, pero trató de no ser demasiado optimista. No era la primera vez que veía agua en su viaje, pero aún no había encontrado ningún Clan.

Entonces se levantó una brisa que soplaba hacia Guijarro Brillante desde la dirección del agua. Al sentir el aire, percibió el leve olor de un gato. Parpadeó, desconcertada. No era el olor del Clan del Cielo, y estaba demasiado lejos del agua como para percibir el olor de un gato desde allí.

Además, este olor era diferente. Era helado, el olor de los gatos que caminaban con el viento nocturno y las estrellas. «*¡Las estrellas!*».

—Clan Estelar, ¿eres tú? —preguntó Guijarro Brillante, con voz temblorosa. Estaba tan lejos de su Clan, y sabía que no era una gata curandera. Pero tal vez, ahora y con su sueño, ¿el Clan Estelar estaba encontrando nuevas formas de enviarle mensajes?—. ¿De verdad estás aquí?

No hubo respuesta, ni visión de un guerrero estrellado.

El extraño aroma la envolvió un momento más y luego se desvaneció. Pero Guijarro Brillante no tenía ninguna duda sobre lo que debía hacer ahora.

Guijarro Brillante se levantó y bajó la colina en dirección al agua. Aunque pronto la perdió de vista, mantuvo la dirección fija en su mente. Sus patas la impulsaban, tan rápido como podía con el peso de sus cachorros, pero finalmente tuvo que detenerse y cazar.

«*Tengo que mantenerme fuerte por mis cachorros*», pensó, aunque se sentía inquieta. Quería llegar al agua lo antes posible.

Se había detenido junto a uno de los arbustos de tojo que salpicaban la ladera. Dirigiendo sus oídos hacia él, Guijarro Brillante captó el débil sonido de un roce, junto con un fuerte olor a ratón. Se pasó la lengua por las mandíbulas en espera de la jugosa presa.

Avanzando cautelosamente, recordando que un ratón sentiría la vibración de los pasos de sus patas antes de oírla u olerla, Guijarro Brillante se agachó bajo las ramas exteriores del arbusto y vio a su presa mordisqueando una semilla. Se impulsó con las patas traseras en un salto largo y bajo y golpeó con fuerza al ratón con ambas patas delanteras. Ni siquiera tuvo tiempo de chillar.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —murmuró Guijarro Brillante en voz alta antes de agachar la cabeza para darle un mordisco. «*Y gracias por guiarme en mi camino*», añadió en silencio.

Al reemprender la marcha, Guijarro Brillante sintió un repentino dolor en el vientre. Tuvo que detenerse y recuperar el aliento antes de volver a caminar, más despacio. Pero el dolor volvió una y otra vez, y finalmente Guijarro Brillante comprendió lo que significaba.

«*¡Vienen mis cachorros!*».

Todo en Guijarro Brillante luchaba contra el conocimiento. Había estado tan desesperada por llegar a casa y a Ala de Halcón antes de que nacieran sus cachorros. Y ahora que el Clan Estelar le había enviado una señal y la había dirigido hacia el lugar donde encontraría a los otros Clanes, lo único que quería era seguir avanzando hasta llegar al agua.

«*Pero parece que mis cachorros tienen otras ideas*», pensó secamente.

Guijarro Brillante siguió remando todo lo que pudo, pero los dolores se acercaban cada vez más, y al final tuvo que aceptar que no podía ir más lejos. Tenía que encontrar un lugar seguro para sus cachorros.

Se dirigía hacia un Sendero Atronador, y por unos instantes los rugidos y el áspero sabor de los monstruos, su velocidad y sus brillantes colores, la desconcertaron hasta el punto de que no pudo pensar qué hacer a continuación.

«*¡Oh, Clan Estelar, esto no puede ser lo que querías decir!*». Entonces Guijarro Brillante se dio cuenta de que el Sendero Atronador se alzaba sobre una ladera muy inclinada, unos cuantos metros por encima de su entorno, y que no muy lejos de donde ella se encontraba se abría un agujero oscuro al pie de la ladera. Una hondonada en la hierba conducía a él. Al acercarse cautelosamente, Guijarro Brillante pudo ver que era la boca de una especie de túnel. Un olor húmedo y mohoso salía a su encuentro, pero no había olor de otras criaturas en el interior. Unas barras

de duro material de Dos Patas cubrían la abertura, aunque estaban lo suficientemente separadas como para que ella pudiera deslizarse entre ellas.

—¿De verdad quiero entrar ahí? —se preguntó Guijarro Brillante.

En ese mismo momento le sobrevino otra oleada de dolor, tan abrumadora que Guijarro Brillante se dio cuenta de que no tenía elección. No le quedaba tiempo para buscar otro sitio. Al menos podía esperar que el túnel fuera seguro y protegido.

Guijarro Brillante bajó al fondo de la orilla y se deslizó entre los barrotes de la entrada del túnel. El olor a humedad la rodeaba y las piedras del suelo del túnel estaban resbaladizas por el agua. Un frío húmedo recorrió las patas de Guijarro Brillante mientras se adentraba en el túnel.

Empezaba a desesperar por no encontrar un lugar seguro para sus cachorros cuando, en la penumbra, distinguió una zona elevada a un lado del túnel y consiguió arrastrarse hasta ella. Las piedras eran desiguales y estaban cubiertas de escombros, pero al menos estaban secas.

—¡Eso es! —jadeó mientras se dejaba caer sobre un lado—. Cachorros, hasta aquí hemos llegado.

Un dolor tras otro recorrieron el vientre de Guijarro Brillante. Podía sentir cómo sus músculos se contraían y se estiraban mientras su cuerpo intentaba empujar a los cachorros hacia el mundo, pero no ocurría nada. Perdió la cuenta del tiempo que llevaba tumbada en el túnel, pero la tenue luz que se filtraba desde la entrada acabó por desvanecerse, dejándola a oscuras. Y sus cachorros seguían sin llegar.

—¡Oh, Clan Estelar, dame fuerzas! —ahogó entre dientes apretados.

—Toma —Guijarro Brillante sintió una pata en su hombro, y levantó la vista para ver a un gato amarillo pálido de pie junto a ella, empujando un palo hacia ella—. Muerde el palo cuando te duela — maulló.

—Pero quién… —Guijarro Brillante empezó, pero entonces el dolor la invadió de nuevo y la abrumó, y mordió con fuerza el palo hasta que la agonía desapareció—. ¿Quién eres? —preguntó cuando pudo volver a hablar. Parpadeó mirando al gato amarillo, que le acariciaba el costado con la punta de su larga cola—. No puedes ser un gato curandero, no aquí.

—Eso no importa —respondió el gato. Su voz era cálida y suave—. Vamos ahora, empuja duro, y pronto tendrás a tus cachorros aquí contigo.

—Hago lo que puedo… —La voz de Guijarro Brillante se entrecortó mientras se preguntaba por primera vez cómo podía ver al gato amarillo cuando el túnel estaba tan oscuro. Entonces se fijó en el brillo escarchado de las patas y las puntas de los bigotes del gato—. Oh… —El dolor volvió,

tan intenso que Guijarro Brillante pensó que se le reventaría el vientre. Agarró el palo con las mandíbulas y, en medio del caos, volvió a oír la voz del gato—. ¡Bien hecho, Guijarro Brillante! Una pequeña gatita. —Orgullo y amor inundaron a Guijarro Brillante cuando el gato empujó el bulto hacia ella. Inclinó la cabeza para lamer el pelaje húmedo de la gatita, cuando el dolor volvió a latir en su interior y sintió que una segunda gatita se le escapaba y caía al suelo arenoso del túnel.

—Otra gatita —anunció el gato—. Y eso es todo. Lo has conseguido, Guijarro Brillante.

—Son tan hermosas… —susurró Guijarro Brillante.

Tiró de las dos cachorras hacia la curva de su vientre y las lamió vigorosamente hasta que su pelaje estuvo suave y esponjoso. Una de ellas era blanca y negra, mientras que la otra tenía un pelaje gris como la de Ala de Halcón.

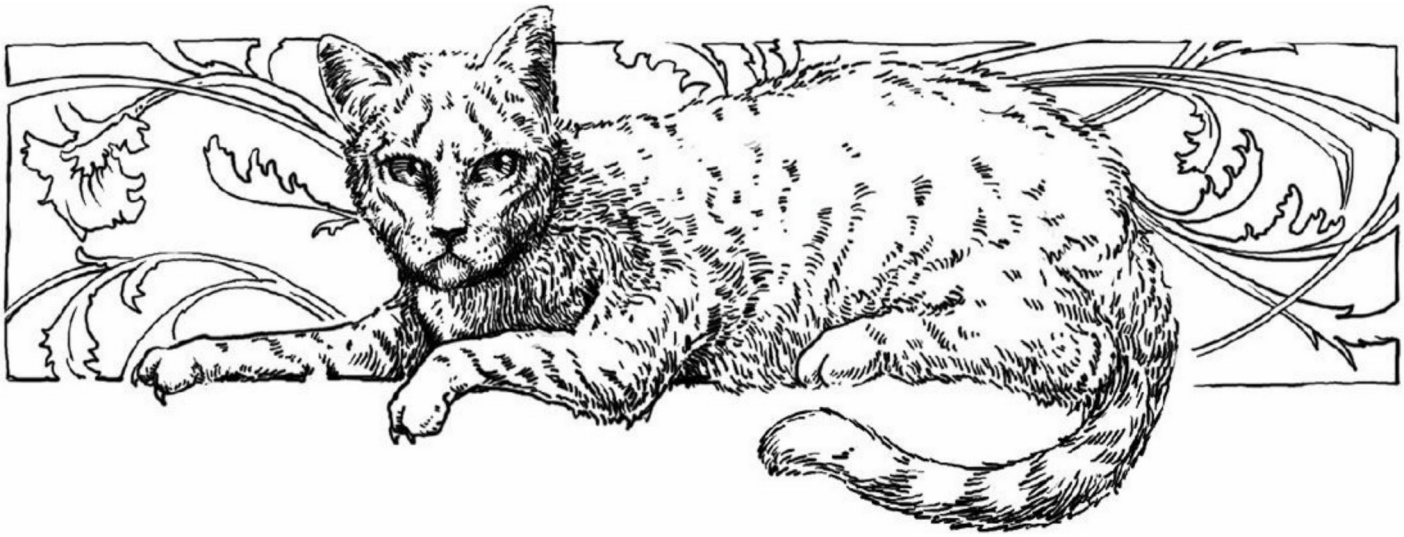
—Gracias por… —empezó, levantando la cabeza para hablar con el gato, solo para darse cuenta de que el misterioso gato la había abandonado. «*Tal vez me lo imaginaba*», pensó, aunque en el fondo sabía que había sido demasiado real, y ella lo había necesitado demasiado, para eso.

Pero Guijarro Brillante estaba demasiado absorta en sus cachorras como para pensar durante mucho tiempo en el gato del Clan Estelar que había venido a ayudarla. Estaba agotada, y todavía dolorida, pero estaba tan llena de alegría y amor que sentía que se derramaría de ella como un estanque inundado en la estación de la Hoja Nueva.

Las cachorras se retorcieron más cerca del vientre de Guijarro Brillante y empezaron a chupar con fuerza. Emitieron pequeños chillidos mientras la azotaban con sus suaves patas.

Guijarro Brillante sintió que su corazón iba a estallar, estaba tan lleno de amor. Sabía que daría de buena gana su vida por estas dos preciosas criaturitas.

—Ojalá su padre pudiera estar aquí, cachorritas —murmuró Guijarro Brillante—. Pero sé que cuando Ala de Halcón las vea, las querrá tanto como yo.



CAPÍTULO 7

Guijarro Brillante agachó la cabeza y lamió suavemente a sus dos hijas mientras mamaban de su vientre. Había pasado casi un día desde que dio a luz; seguían en el túnel, pero ella se había aventurado a salir mientras sus cachorras dormían y había recogido suficiente musgo y hojas para hacer un lecho acogedor.

«*Son tan hermosas…*». Guijarro Brillante se maravilló de que, después de todos los peligros y sinsabores que había sufrido, sus cachorras hubieran nacido fuertes y sanas. «*Les prometo que las llevaré al Clan del Cielo* —se dijo a sí misma en silencio—. *Crecerán como gatas del Clan. No sé cómo lo haré, pero de alguna manera, haré que suceda*».

Guijarro Brillante no recordaba cuándo había comido por última vez, y su vientre rugía de hambre. Sabía que tenía que mantener sus fuerzas para cuidar de sus cachorras y darles suficiente leche. Así que cuando las cachorras estuvieron bien alimentadas y se durmieron, acurrucadas una alrededor de la otra en un bulto peludo, se levantó con cuidado de no molestarlas. Odiaba dejarlas, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras caminaba de mala gana hacia la entrada del túnel.

—Ese es otro problema de ser una solitaria —murmuró para sí misma —. Tienes que cazar tu propia presa, incluso cuando tienes pequeños cachorros.

Cuando Guijarro Brillante salió del túnel, vio que el cielo seguía teñido de escarlata donde el sol acababa de ponerse. El crepúsculo ya se acumulaba en las hondonadas bajo el Sendero Atronador. De vez en cuando, la luz deslumbrante de los ojos de un monstruo se cernía sobre Guijarro Brillante, que estaba al pie de la orilla saboreando el aire.

Pronto Guijarro Brillante percibió el olor una musaraña.

Probó el aire y la localizó en una mata de hierba larga a unos metros de distancia. Acechó hasta que divisó a la pequeña criatura; entonces, de un salto y un golpe con una de sus patas delanteras, la mató y la devoró de dos grandes tragos.

La musaraña era demasiado pequeña para saciar su hambre, pero Guijarro Brillante no quería pasar más tiempo lejos de sus cachorras. Esperaría una presa más saciante más tarde.

Pero mientras regresaba al túnel, Guijarro Brillante percibió otro olor, lo bastante fuerte como para anegar incluso el áspero aroma del Camino del Trueno.

«*¡Tejón!*».

Guijarro Brillante se quedó inmóvil, moviendo solo la cabeza mientras intentaba descubrir al intruso. El olor era fresco; la criatura debía de estar cerca. Finalmente distinguió el torpe cuerpo oscuro, la raya blanca de la cabeza del tejón parecía brillar en el crepúsculo.

El tejón se acercaba hacia ella, torpemente, junto a la orilla, clavando el hocico en las matas de hierba a medida que se acercaba. Guijarro Brillante supuso que cazaba babosas o escarabajos, pero no levantaba el hocico ante presas más grandes. Se agachó, tratando de hacerse lo más pequeña posible, sin dejar de mantener la mirada fija en la feroz criatura.

Al principio pensó que el tejón ignoraría la entrada del túnel y seguiría su camino sin hacer daño. Pero cuando el tejón pasaba por el túnel, uno de los cachorros que había dentro lanzó un delgado chillido.

Guijarro Brillante sintió que su corazón empezaba a palpitar de terror. «*¡Oh, no! ¡Mis cachorras! ¿Por qué han tenido que despertarse ahora?*». Sabía lo fuertes y despiadados que eran los tejones; si entraba y encontraba el lecho, atacaría a sus cachorras y probablemente se las comería.

El tejón se detuvo y se volvió, levantando la cabeza para olfatear el aire. Era demasiado grande para colarse entre los barrotes de la entrada del túnel. Guijarro Brillante esperó un momento, con la esperanza de que fueran lo suficientemente fuertes como para mantenerlo fuera. Pero cuando los lamentos estallaron de nuevo, más fuertes ahora, el tejón se lanzó hacia delante, golpeando contra los barrotes. Guijarro Brillante oyó un crujido, como si la barrera estuviera a punto de ceder.

—¡No! —gritó.

Corrió hacia el tejón y se abalanzó sobre él, clavándole las garras en el costado y alejándose a toda velocidad. El tejón se volvió hacia ella, asustado, y Guijarro Brillante saltó de nuevo hacia él y le arañó el hombro.

El tejón soltó un gruñido furioso. Pareció olvidar a la cachorra que lloraba en el túnel y se acercó a Guijarro Brillante. Dejó que se acercara lo suficiente como para golpearla con sus garras contundentes y poderosas, luego se dio la vuelta y se alejó corriendo, subiendo por la orilla hasta el borde del Sendero Atronador.

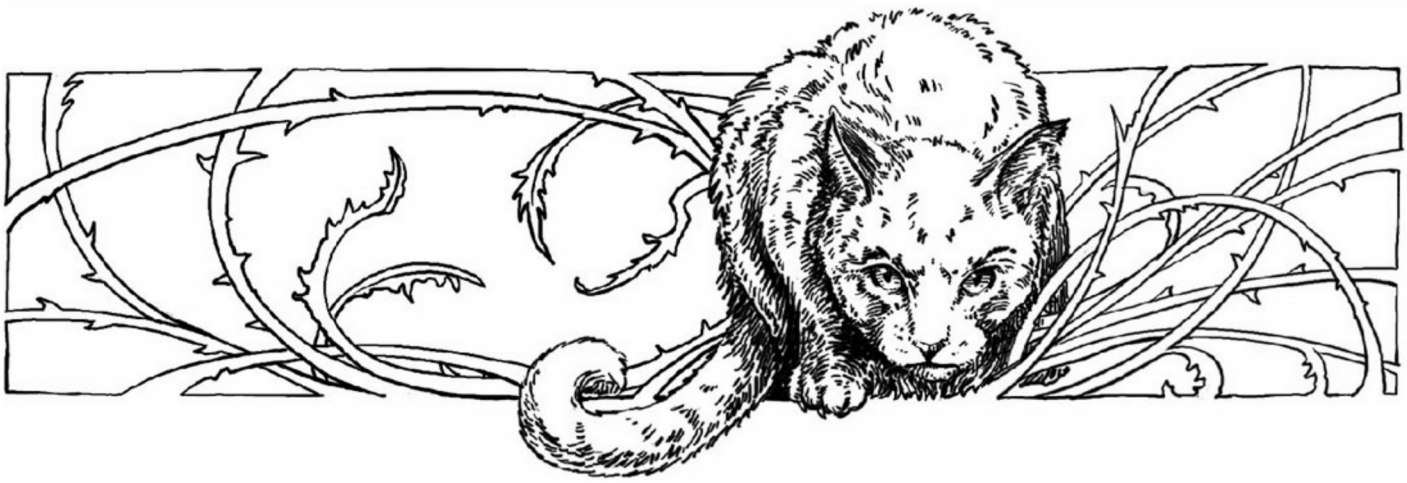
Su corazón latía con una mezcla de miedo y alegría mientras esperaba a que el tejón la siguiera.

Se regocijaba en su propia fuerza y velocidad, en las habilidades guerreras que le habían dado el poder para salvar a sus hijas.

«*Está tan ansioso por atraparme que no pensará más en mis cachorras*».

Guijarro Brillante miró por encima de su hombro mientras corría por el Sendero Atronador. La enorme bestia estaba dura sobre sus patas, con las fauces abiertas para mostrar una boca llena de fuertes dientes.

—Vamos, topo lento —se burló—. No puedes… —Guijarro Brillante se interrumpió cuando un destello de luz la envolvió. Sus oídos se llenaron de rugidos. Recibió un fuerte golpe en el costado y se sintió volar por los aires. Apenas tuvo tiempo de soltar un grito ahogado antes de que el mundo entero se volviera negro.



Capítulo 8

Guijarro Brillante abrió los ojos y se encontró tendida sobre la dura superficie del Sendero Atronador. La rodeaba una luz intensa y podía oír el sonido de un monstruo, cuyo rugido se había reducido a un ronroneo gutural. Cuando intentó levantar la cabeza, cada músculo de su cuerpo chilló de agonía.

Voces de Dos Patas sonaban en algún lugar cercano; Guijarro Brillante quiso levantarse y salir corriendo, pero sus piernas no le obedecían. Al momento siguiente, un Dos Patas estaba de pie junto a ella. Guijarro Brillante reanudó sus débiles forcejeos, pero no pudo resistirse cuando el Dos Patas se agachó y la levantó con suavidad, luego la envolvió en algo blando y la llevó hacia el monstruo cercano.

—¡No! —Guijarro Brillante aulló desesperadamente—. ¡Tengo que volver con mis cachorras! ¡Bájame! Tengo que volver con mis cachorras.

Pero el Dos Patas no entendía nada.

Guijarro Brillante quiso arañar las zarpas del Dos, pero estaba atrapada en el suave envoltorio y no podía controlar sus patas. El Dos Patas la llevó al vientre del monstruo; Guijarro Brillante hizo un último y enorme esfuerzo por luchar, pero el dolor volvió a invadirla y tuvo que ceder ante la oscuridad. «*Toda esta aventura empezó con un monstruo que me llevaba* —se dio cuenta—. *Luego, me alejó de Ala de Halcón y de mi Clan; ahora, de mis cachorras*».

Su última sensación fue que el monstruo comenzaba a alejarse.

* * *

Guijarro Brillante sintió el calor del sol en su pelaje. Su nariz se agitó ante los olores de las cosas frescas que crecían a su alrededor. Ya no sentía dolor. Debería haber sido un alivio, pero no pudo evitar sentirse alarmada.

«*Esto no está bien… ¿Qué me ha pasado?*».

Al abrir los ojos, Guijarro Brillante se sintió deslumbrada por la luz del sol. Cuando su visión se aclaró, descubrió que estaba tumbada en la frondosa hierba de un prado. Un gato se inclinaba sobre ella; Guijarro Brillante soltó un grito al reconocer al gato amarillo pálido que la había ayudado a dar a luz a sus cachorros.

—¡Eres tú! —exclamó—. Pensé que te había imaginado.

La diversión brilló en los ojos del gato.

—No, soy real —respondió—. Me llamo Micah. Fui el primer gato curandero del Clan del Cielo. Me alegro de haber podido ayudarte cuando lo necesitabas.

«*El primero…* —Guijarro Brillante se quedó sin aliento, asombrada— *Vino de hace tanto tiempo… ¿por mí?*».

—Hay algunos amigos esperando para recibirte —le dijo Micah.

Se hizo a un lado. Guijarro Brillante se incorporó y vio a un grupo de gatos a unos cuantos metros de ella. Un guapo gato pelirrojo y blanco se adelantó e inclinó la cabeza.

—Bienvenida, Guijarro Brillante —maulló.

—¡Tormenta Billy! —Guijarro Brillante gritó su nombre mientras se levantaba de un salto. Su antiguo mentor parecía fuerte y sano, no destrozado por las garras de un tejón como la última vez que lo había visto —Pero estás…

—Muerto, sí —Tormenta Billy dejó escapar un ronroneo afectuoso—. Este es el territorio del Clan Estelar.

Por primera vez Guijarro Brillante se fijó en el brillo helado del manto de Tormenta Billy, y en los mantos de los otros gatos que aún esperaban para saludarla.

—Entonces, ¿yo también estoy muerta? —preguntó. Mirándose las patas, no pudo ver ni rastro del brillo de las estrellas.

—Sí —respondió un gato de pelaje pelirrojo oscuro, con sus agudos ojos verdes fijos en Guijarro Brillante—. Pero aún no has entrado en el Clan Estelar. Hemos venido a darte la bienvenida.

—¡Garra Afilada! —susurró Guijarro Brillante al reconocer al lugarteniente del Clan del Cielo que había muerto luchando contra Cola Oscura y sus pícaros en el desfiladero—. Y Zarpa del Anochecer, tú también estás aquí —añadió, dirigiéndose a un joven gato atigrado

pelirrojo—. ¡Oh, Zarpa del Anochecer, estás genial! Siento mucho que no pudiéramos rescatarte del fuego. Y Brinco de Fuego, y Pequeña Menuda… ¡Pensé que los había perdido a todos para siempre!

Durante unos latidos, Guijarro Brillante no sintió más que alegría al ver a sus compañeros de Clan muertos, a salvo y felices ahora en el Clan Estelar. Pero entonces las terribles imágenes y sonidos se agolparon de nuevo en su mente: las garras romas y destructivas del tejón; la luz dura y los olores acre de los monstruos en el Sendero Atronador; lo peor de todo, los lamentos desgarradores de sus cachorras abandonadas. La ansiedad le roía el vientre, afilada como los colmillos de un zorro.

Se volvió hacia Micah.

—¡Mis cachorras! —exclamó—. Tengo que volver con mis cachorras. No están a salvo solas.

—Tus cachorras estarán bien —la tranquilizó Micah—. Ven aquí, y te mostraré

—Pero…

Micah la interrumpió con un movimiento de su cola.

—Ven.

Guijarro Brillante, que no estaba segura de si creía las palabras tranquilizadoras del gato, siguió a Micah por la hierba hasta que llegaron a un estanque. Micah saltó hasta el borde del agua y agitó la cola una vez más, haciendo señas a Guijarro Brillante para que se uniera a él.

—Mira dentro del agua —le dijo a Guijarro Brillante cuando llegó a su lado.

Guijarro Brillante contempló las profundidades del estanque. Al principio solo veía las algas y los destellos plateados de los pececillos que iban y venían entre las frondas. Luego se le nubló la vista y, cuando pudo volver a ver con claridad, se dio cuenta de que estaba contemplando el Sendero Atronador y la entrada del túnel donde había dejado a sus cachorras.

El sol brillaba. Cada pelo de la piel de Guijarro Brillante se erizó de aprensión al pensar que sus cachorras habían estado solas al menos una noche, y tal vez más.

Por un momento pensó que podría saltar al estanque y volver con sus cachorras, pero Micah extendió la cola sobre su pecho, bloqueándola.

—No —maulló suavemente—. Mira.

Mientras Guijarro Brillante miraba el agua, vio movimiento en la ladera cubierta de hierba que llevaba al Sendero Atronador. Dos gatos jóvenes bajaban lentamente: uno de ellos era un gato pelirrojo oscuro, y la

otra una gata de pelaje gris plateado. Guijarro Brillante respiró aliviada al reconocer los cuerpos delgados y musculosos y los familiares movimientos de patrulla de los gatos del Clan. Por su edad, supuso que debían de ser aprendices.

—¿Quiénes son? No son del Clan del Cielo, pero son gatos del Clan, ¿no?

Micah asintió.

—Sí, lo son. Encontrarán a tus cachorras y las llevarán a los Clanes. Un día, tus hijas podrán volver a unirse al Clan del Cielo, y conocerán a su padre, Ala de Halcón.

Guijarro Brillante se alegró al oír eso, aunque sintió que su corazón se rompería al darse cuenta por primera vez de que nunca lograría volver con Ala de Halcón.

Intentó consolarse con la idea de que sus cachorras conocerían a su padre, pero aún no estaba segura de creer que Micah tuviera razón.

—Todavía tengo que velar por ellas —protestó—. Tienen un destino especial, me lo dijeron en un sueño. Y son mis cachorras. No estoy dispuesta a confiar en gatos extraños para que los cuiden.

Micah la miró, con ojos profundos de comprensión.

—Hay una forma de volver —le dijo al fin.

—¿Cómo? —Guijarro Brillante sintió que su pelaje se erizaba de impaciencia. Durante unos latidos, el gato curandero pareció reacio a hablar—. ¡Dime qué tengo que hacer! Me arriesgaré a lo que sea.

Micah parpadeó, todavía indeciso.

—Solo serás una observadora —maulló al fin—. Tus cachorras no podrán verte ni saber que estás cerca de ellas. Y tampoco ningún otro gato que te importe. Es una forma solitaria de estar. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Guijarro Brillante sintió una repentina punzada de desolación al pensar que nunca podría volver a amamantar a sus cachorras, nunca lamer su suave pelaje ni enseñarles el código del guerrero. Y se estremeció al pensar que, aunque viera a sus cachorras en peligro, no podría ayudarlas. Pero eso no fue suficiente para hacerla cambiar de opinión.

—¡Claro que estoy segura! —insistió, clavando las garras en el suelo con impaciencia. «*Quizá pueda ayudarles de alguna manera, como Micah cuando me trajo aquel palo*»—. ¡Adelante!

—Si te vas ahora, quizá no puedas volver al Clan Estelar en mucho tiempo —le advirtió Micah—. Tal vez deberías hacer lo que todos tus

antepasados guerreros han hecho, y velar por tus cachorras en el Clan Estelar.

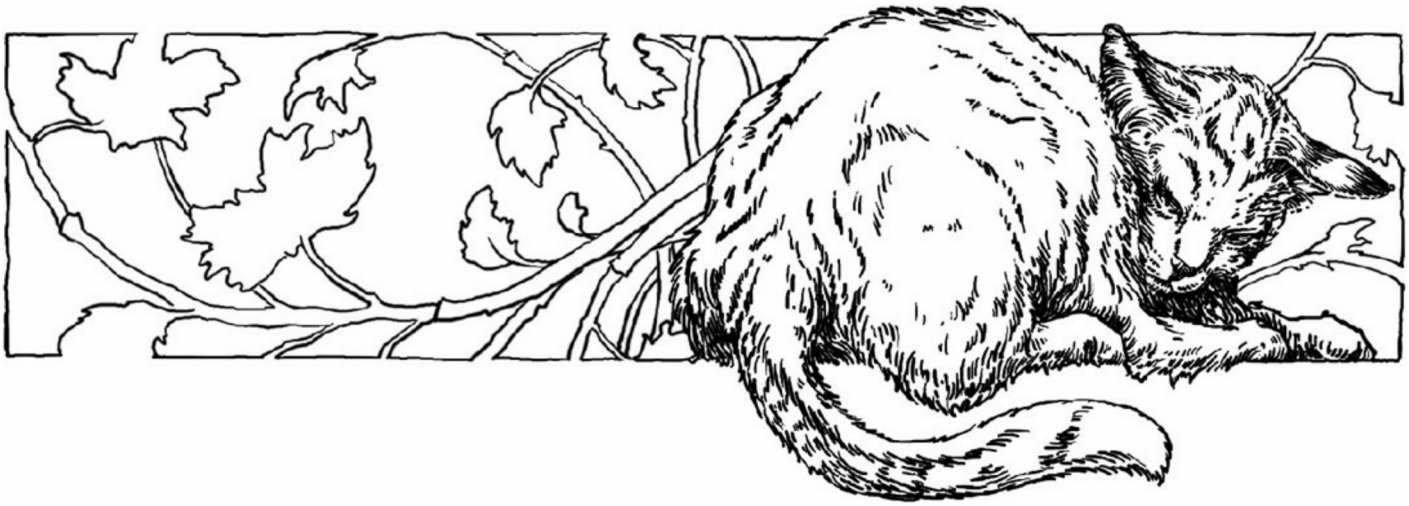
—Estoy segura —repitió Guijarro Brillante—. Llevo muchos días viviendo como una solitaria. Puedo aguantar el tiempo que haga falta para cuidar de mis hijas. Y no necesito estar en el Clan Estelar para velar por ellas. Además —añadió— mis antepasados guerreros sabían que sus seres queridos estarían a salvo en su Clan, en el Clan del Cielo. Pero los otros Clanes expulsaron al Clan del Cielo del bosque. ¿Por qué debería confiar en esos Clanes ahora? Espero que traten a mis cachorras con justicia, pero no hay forma de que pueda saberlo. Quiero quedarme al menos hasta que el Clan del Cielo las encuentre, hasta que lleguen al final de su viaje al lago.

Micah suspiró, luego asintió, aceptando por fin su decisión.

—Eres una gata valiente, Guijarro Brillante —maulló.

Guijarro Brillante bajó la cabeza en agradecimiento por su elogio. Recordó ver a Milo y a Oliva alejarse, y luego salir por su cuenta… recordó golpear la ventana una y otra vez en la pequeña guarida, y la satisfacción que sintió cuando sus patas volvieron a tocar la hierba.

—Si he aprendido algo en este viaje, es que puedo confiar en mí misma para hacer lo que hay que hacer. Espero que mis hijas también aprendan esa lección, ya sea por sí mismas o porque yo las vigilaré. Formar parte de un Clan es algo maravilloso, pero también lo es saber que puedes depender de ti mismo. —Se enderezó, con la cabeza y la cola erguida—. Entonces, Micah, ¿qué tengo que hacer?



CAPÍTULO 9

Micah rozó su mejilla con la de Guijarro Brillante.

Desde detrás de él, Tormenta Billy gritó:

—¡Buena suerte!

El resto de los antiguos compañeros de Clan de Guijarro Brillante se hicieron eco de sus buenos deseos, mientras Zarpa del Anochecer saltaba hacia delante para enroscar brevemente su cola con la de ella y darle un afectuoso lametón en la oreja.

—Al final volverás aquí —le aseguró—. Sé que lo harás.

La promesa de su amigo calentó el corazón de Guijarro Brillante, convenciéndola de que no estaba condenada a la soledad entre la vida y la muerte para siempre.

—Gracias, Zarpa del Anochecer —murmuró.

Mientras Zarpa del Anochecer se retiraba para reunirse con sus compañeros de Clan, Micah hizo un gesto con la cola.

—Un paso adelante hacia la charca —maulló.

Con determinación, Guijarro Brillante se deslizó desde la orilla cubierta de hierba. Por un instante se estremeció al sentir el agua fría salpicando alrededor de sus patas, y luego comenzó a nadar a través de un remolino de verde y plata. Los colores se desvanecieron antes de que Guijarro Brillante pudiera perder el conocimiento, divisó una salida y empezó a nadar hacia ella. Dejó atrás un cielo azul cubierto por una fina nube. Al momento llegó a tierra firme y se subió a ella. Cuando salió, se dio cuenta de que sus patas ni siquiera estaban mojadas.

Parpadeando, Guijarro Brillante miró a su alrededor. Estaba de pie en una ladera cubierta de hierba cerca del Sendero Atronador, y a no muchos metros de distancia podía ver la orilla que contenía la oscura brecha de la entrada del túnel.

Le picaban las patas para bajar la ladera y entrar en el túnel en busca de sus cachorros, pero antes de que pudiera moverse, empezó a oír las voces de dos gatos en algún lugar detrás de ella, más arriba en la ladera. Estaban demasiado lejos para que Guijarro Brillante pudiera distinguir las palabras, pero sonaban como si estuvieran discutiendo.

«*Ojalá uno de ellos fuera Ala de Halcón* —pensó— *Tal vez mis compañeros de Clan me hayan encontrado después de todo*».

Guijarro Brillante se volvió y se tragó un grito de decepción al reconocer al gato pelirrojo y a la gata gris plateada que Micah le había mostrado en el estanque. Bajaban por la ladera hacia ella.

Comenzó a agacharse detrás de una espesa mata de hierba antes de recordar que los gatos vivos no podían verla. Los dos aprendices desconocidos se detuvieron tan cerca de ella que si hubiera estirado la cola podría haberlos tocado. A Guijarro Brillante le costaba creer que estuviera tan cerca de ellos y, sin embargo, no tuvieran ni idea de que estaba allí.

—Cerebro de ratón —murmuró para sí misma, y aguzó las orejas para escuchar lo que decían los gatos.

—No creo que Tormenta de Arena se refiriera a un camino diferente *literal* —maullaba el gato pelirrojo—. Solo… —La emoción brotó dentro de Guijarro Brillante al oír el nombre Tormenta de Arena. «*¡Es un nombre de guerrero! ¡Realmente son gatos del Clan!*».

Preocupada por el descubrimiento, se perdió las siguientes palabras del gato pelirrojo, aunque se dio cuenta de que los dos gatos aún parecían estar en medio de algún tipo de riña. Guijarro Brillante pudo darse cuenta de que la discusión no era seria. Parecían amigos, así que seguramente actuarían juntos para rescatar a sus cachorras.

Guijarro Brillante dejó escapar un ronroneo al pensar que la ayuda para sus hijas estaba tan cerca. Un latido más tarde, cada pelo de su pelaje se estremeció de asombro cuando la gata gris se volvió hacia ella, con una mirada desconcertada.

«*¿Puede oírme?* —se preguntó Guijarro Brillante—. *Eso no es lo que dijo Micah*».

Guijarro Brillante se acercó a la gata gris plateada.

—Por aquí —le susurró al oído—. Abajo, en la hondonada cubierta de hierba, donde puedes ver ese agujero oscuro.

Al principio la gata no reaccionó. «*¡Tengo que llamar su atención!* —pensó Guijarro Brillante, agonizante—. *De alguna manera tengo que guiarla hacia mis cachorras. Tal vez si pienso lo suficiente…*». Se concentró en el túnel, imaginándose a sí misma deslizándose a través de los barrotes y avanzando en la penumbra hasta encontrar el lecho. Se le vino a la mente la imagen de dos pequeños cachorros, uno gris y otro blanco y negro, acurrucados y pidiendo ayuda.

«*¡Vamos!* —Guijarro Brillante dirigió sus pensamientos hacia la gata gris—. *¡Te necesitan!*».

La gata sacudió su pelaje, tan incómoda como si sintiera hormigas arrastrándose por su piel. No podía ver a Guijarro Brillante, pero era evidente que estaba captando algo. Sus patas se movieron y miró hacia la ladera.

—¡Mira! —aulló. Sin esperar a que su compañero respondiera, se lanzó hacia abajo, donde la entrada del túnel se abría en la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —gritó tras ella el gato pelirrojo, erizando su pelaje con irritación mientras seguía los pasos de ella—. Eso parece peligroso.

Guijarro Brillante observó cómo la gata gris se daba la vuelta, poniendo los ojos en blanco hacia su amigo.

—¿Tienes abejas en el cerebro. o qué? —preguntó—. Mira, pasamos *sobre* el Sendero Atronador, y ahora hay un «camino diferente» que lleva *por debajo*. ¡Además, todo está en las sombras! ¡Podemos ir por este camino!

El gato pelirrojo aún parecía reacio. Guijarro Brillante quiso darle un empujón, pero sabía que no sentiría nada si lo intentaba. El miedo le acalambró el vientre al preguntarse si sería capaz de persuadir a su amiga para que no entrara en el túnel.

Pero aunque el gato seguía discutiendo, la gata no escuchaba. La esperanza surgió en el interior de Guijarro Brillante cuando, con un movimiento de la cola, la gata gris plateada se escurrió entre los barrotes de la entrada del túnel y desapareció. El gato pelirrojo vaciló, dejando escapar un suspiro, y luego la siguió.

Guijarro Brillante corrió ladera abajo y entró en el túnel tras ellos. Al principio no pudo oír nada, excepto las voces de los dos gatos del Clan, y un nuevo miedo se apoderó de ella.

«*¿El tiempo pasa de otra manera en el Clan Estelar? ¿Cuánto tiempo he estado fuera?*».

Guijarro Brillante sabía que sus cachorras eran demasiado jóvenes para sobrevivir mucho tiempo sin su madre. Podrían estar muertas en su lecho en ese mismo momento, y toda su lucha habría sido en vano.

Entonces sintió un gran alivio cuando, desde algún lugar más adelante, Guijarro Brillante oyó el suave llanto de una cachorra. La gata se había apresurado a pasar sin darse cuenta del lecho, y fue el gato quien oyó el grito; se detuvo con las orejas aguzadas. Luego se puso de nuevo en marcha, avanzando a grandes zancadas hasta llegar a los gatitos.

—¡Oh, queridas! ¡Están vivas! —susurró Guijarro Brillante. Pero al mirar por encima del hombro del gato, vio lo delgadas y frágiles que parecían sus dos hijas.

Aunque aún no habían abierto los ojos, parecían sentir la presencia del gato y estiraron el cuello hacia él, lanzando pequeños chillidos de angustia.

La gata regresó saltando por el túnel para reunirse con su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estás…? —Se interrumpió y se detuvo al ver el lecho—. ¡Son *cachorros*! —exclamó.

—¿Dónde está su madre?

Guijarro Brillante se estremeció.

—Estoy aquí —maulló—. No las abandonaría.

La gata gris miró a su alrededor, y por un instante Guijarro Brillante pensó que la había oído.

Pero la mirada de la gata pasó por encima de ella.

—Sus ojos ni siquiera están abiertos todavía —continuó—. Solo pueden tener unos pocos días.

—Y están tan delgados —agregó el gato—. Puedo darme cuenta de que no han comido en un tiempo.

—Iré a buscar a su madre. —La gata gris se alejó por el túnel y salió por la entrada del otro extremo. Guijarro Brillante pudo oírla llamando fuera.

Una vez que se había ido, el gato pelirrojo se inclinó sobre los dos cachorros y los examinó más de cerca, dejando que sus patas recorrieran sus pequeños cuerpos e inclinando la cabeza para olerlos a fondo. Sus patas eran suaves y parecían moverse con conocimiento de causa.

«*Es demasiado joven para ser un gato curandero* —pensó Guijarro Brillante—. *Pero parece experimentado... Tal vez sea un aprendiz de gato curandero*».

Finalmente el gato se enderezó.

—¡Oye, Zarpa de Acícula! —aulló—. Olvida a su madre por ahora. Estas cachorras necesitan comer. ¡Atrapa algo, de inmediato!

«*¡Gracias al Clan Estelar!*», Guijarro Brillante se sintió aliviado de que el joven gato fuera lo suficientemente inteligente como para ver lo que necesitaban sus cachorras y ocuparse de ellas de inmediato. Había autoridad en su voz cuando llamó a su amiga. «*Mis cachorras necesitan otra gata que los amamante, pero no pueden tenerla hasta que lleguen a los Clanes. Algunas presas masticadas las mantendrán hasta entonces. Tal vez todo salga bien*».

Guijarro Brillante pasó junto al gato y se acurrucó alrededor de sus cachorras en el lecho. Aunque sabía que no podían sentirla ni olerla, parecían sentir su presencia de algún modo, porque dejaron de llorar y se calmaron. Guijarro Brillante agachó la cabeza y las acarició suavemente.

«*Si Ala de Halcón estuviera aquí para darles calor…*». Por debajo de su ansiedad por sus cachorros, a Guijarro Brillante le dolía el corazón al pensar que nunca volvería con él, que nunca volvería a estar cerca de él, que nunca compartiría lenguas con él ni sentiría el calor de su pelaje.

Incluso ahora podía imaginarse a Ala de Halcón todavía cerca del campamento de monstruos, esperando en vano que ella regresara con sus cachorras, o buscando frenéticamente en grandes extensiones de territorio, a través de Poblados de Dos Patas y a lo largo de Senderos Atronadores, todavía con la esperanza de encontrarla.

Siempre había creído que ella y Ala de Halcón envejecerían juntos, viendo con orgullo a sus cachorras crecer y criar a sus propios hijos. Ahora tenía que abandonar ese sueño, o parte de él. Nunca volvería a estar con Ala de Halcón como deseaba, pero nada le impediría velar por sus cachorras. Recordó lo que había dicho Micah, que no estaba siguiendo el camino de sus antepasados guerreros… no, estaba emprendiendo su propio camino, igual que había hecho en el viaje que comenzó con el aquel monstruo de gallinas. Pero ahora, como entonces, sabía que estaba en el camino correcto: cerca de sus cachorras, y cerca de estos dos jóvenes gatos que debían estar profundamente conectados a su destino y al destino de su Clan.

«*Puede que nunca vuelva a ver mi antiguo hogar. Nunca viviré en el desfiladero, y nunca dormiré rodeada de mis compañeros de Clan* —pensó —. *Y sin embargo… estoy en casa. Este es mi hogar ahora, dondequiera que estén*».

—Estoy aquí —susurró de nuevo a sus cachorras—. Lo prometo, me quedaré con ustedes.

LOS GATOS GUERREROS

LAS RAÍCES DE ÁRBOL

DEDICATORIA

Gracias especiales a Clarissa Hutton.

Título original: "Tree's Roots"
Traducción: ***Pichu06***.

FILIACIONES

LAS HERMANAS

LÍDER

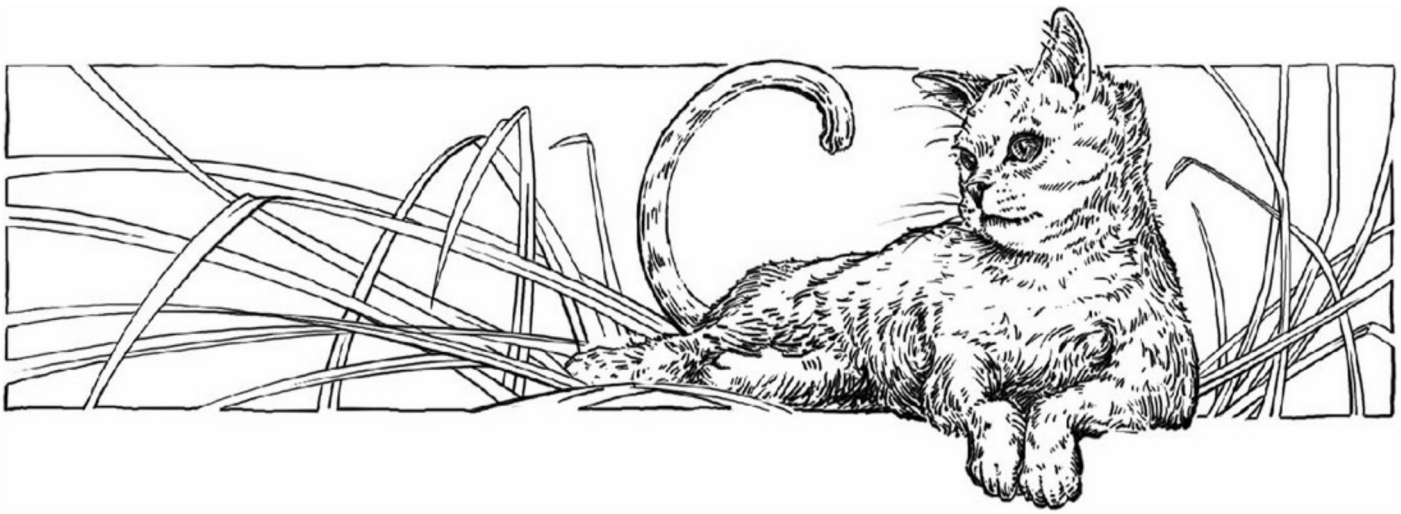
LUZ DE LUNA — gran gata de largo pelaje gris.

HERMANAS

NIEVE — enorme gata blanca de ojos azules.
TOJO — gata grande y rojiza.
HALCÓN — enorme gata marrón rojiza de ojos dorados.
PÉTALO — madre de Torrente.
GORRIÓN — joven gata rojiza y blanca.
TEMPESTAD — gran gata atigrada.
HELADA — gatita de ojos verdes.
AMANECER — cachorra grande y amarilla.
BRUMA — gatita gris claro.

MACHOS

TIERRA — gato amarillo.
CARACOL — gato gris.
CASTAÑO — gato de pelo oscuro.
TORRENTE — gato atigrado de ojos azules.



Capítulo 1

Tierra cerró bien los ojos e intentó volverse uno con el pasto. Respirando lentamente, trató de centrarse en sí mismo justo como su madre, Luz de Luna, le había dicho, para poder sentir con claridad el mundo que lo rodeaba. «*Esto no debería ser tan difícil*», pensó.

Le empezó a picar la oreja. Tierra se la rascó impacientemente con su pata trasera de seis dedos. Su estómago gruñó, y apartó los pensamientos de cuánto tiempo había pasado desde el amanecer, cuando había comido por última vez. «*Concéntrate*», se dijo severamente a sí mismo, mientras recordaba las instrucciones de Luz de Luna. «Sé uno con el pasto, con la tierra bajo tus patas». ¿Podría sentir lo que se sentía tener diminutas raíces que se extendían a través del suelo? Se concentró. «*¿Puedo escuchar al pasto hablándome?*».

«*No, no puedo*». Todavía le picaba la oreja, y ahora le picaba la nariz también. Tierra estornudó y abrió los ojos. A su lado, su amigo Torrente se movía inquieto, con los ojos entrecerrados.

—No me puedo concentrar —se quejó Tierra—. Tengo hambre.

Torrente movió su cola atigrada, abriendo bien los ojos para mirar a Tierra.

—Yo tampoco me puedo concentrar —confesó, y entonces añadió—: Probablemente es porque tu pelaje es de un amarillo tan brillante como el sol… ¡No puedo ver! —Entrecerró exageradamente los ojos ante Tierra, hasta que, con un ronroneo de risa, el gato amarillo le saltó a la espalda, derribándolo.

Los dos cachorros rodaron en el pasto, apuntándose golpes juguetones el uno al otro. Finalmente, Torrente empujó a Tierra sobre su espalda y este lo pateó con sus patas traseras, apartando al gatito atigrado y dando por terminada la pelea de juego.

—Eres bastante fuerte para tu tamaño —observó Torrente, poniéndose de pie y sacudiéndose la tierra del pelaje.

Tierra le frunció el ceño.

—No soy *pequeño* —maulló—. Solamente soy… más pequeño que la mayoría de las Hermanas.

Estaba incómodamente consciente de que, a pesar de que tenía cuatro lunas de edad, justo como Torrente, era mucho más pequeño que el atigrado de piernas largas y que sus propias hermanas. «*Mi padre, quienquiera que fuese, debía ser pequeño*», pensó Tierra. Bajó la mirada hacia sus propias patas de pelaje brillante. «*Y amarillo*».

—Tienes razón —Torrente maulló a modo de disculpa—. Eres mucho más grande que aquellos gatos de guarida que vimos en el Poblado de los Dos Zarpas hace una luna, y dijeron que ya tenían seis lunas.

—Supongo —dijo Tierra.

Suavizó su pelaje con su lengua y se sentó junto a Torrente, mirando hacia el valle que tenían por debajo. Estaba soleado y cálido, y aquí y allá entre el pasto crecían dientes de león y ranúnculos. Podía oler presas, y el aroma familiar de las Hermanas. Cuesta abajo, cerca del bajo y grueso arbusto en el que estaba la maternidad, vio a su madre, Luz de Luna, hablando seriamente con dos de las otras Hermanas. Una de ellas, Pétalo, la madre de Torrente, asintió obedientemente en respuesta a algo que Luz de Luna había dicho, y luego se alejó.

Tierra suspiró. Deseaba que Luz de Luna se tomara más tiempo para enseñarle a él y a Torrente a como se suponía que debían usar la meditación para hablar con el pasto y la tierra debajo de ellos. Quizá si les hubiese dicho exactamente como sonaban aquellas cosas, sabría como oírlas. Pero ella siempre estaba muy ocupada. «*Es una gran responsabilidad liderar a las Hermanas*», se dijo a sí mismo.

Una suave brisa le alborotó el pelaje, y respiró profundamente, oliendo los cedros y pinos de los bosques más allá del valle, y el suave aroma del río cercano.

—Me gusta aquí —le dijo a Torrente—. Es mejor que aquel jardín en el Poblado de los Dos Zarpas.

Tanto él como Torrente habían nacido y vivido sus dos primeras lunas en un jardín de Dos Zarpas cubierto de maleza junto a un viejo granero de

piedra en ruinas. Había habido mucho refugio allí, pero el rosal que protegía la maternidad le pinchaba las patas. Y las gatas no paraban de regañar a los cachorros y de decirles que se quedaran quietos para evitar atraer la atención de los Dos Zarpas. Aquel valle rodeado de colinas llenas de pasto era mejor.

—A mí también me gusta —Torrente le dijo—. Aunque no tiene sentido encariñarse. En dos lunas, comenzaremos nuestro viaje. Y las Hermanas también se irán.

Tierra sintió un pequeño escalofrío, la brisa de repente se sintió más fría. Los gatos machos nacidos de las Hermanas solo se quedaban con sus madres y hermanas las primeras seis lunas de sus vidas. Se suponía que los gatos recorrieran el mundo y encontraran sus propios caminos mientras las gatas se quedaban juntas. Las cosas simplemente eran así. Dos de los otros machos jóvenes serían enviados a su viaje aquella noche. Tierra no podía dejar de pensar en que algún día él sería el que dejara todo lo que conocía atrás.

El mundo parecía un gran lugar para recorrer. Tierra sabía que iba más allá del jardín en el que había nacido, por Senderos Atronadores y ríos, más lejos de lo que cualquier gato podía ver, incluso desde la cima de la colina más alta.

—Quizá podríamos volver aquí —le sugirió a Torrente—. Después de que las Hermanas se vayan. Podríamos vivir aquí. —Miró a su alrededor otra vez, al cielo azul y a los abiertos pastos y flores—. Este sería un buen hogar.

Los azules ojos de Torrente se abrieron de par en par.

—¡Tierra! —aulló—. Eso es lo *opuesto* de recorrer. ¡Eso no es lo que hacen los gatos!

—Supongo. —Tierra acercó su cola a su cuerpo—. Pero es un buen territorio. Y si, cuando viajemos, ¿terminamos en un lugar peor? Me gusta aquí.

—Eso es porque no hemos estado en muchos otros lugares —le dijo Torrente—. Solo espera. Cuando estemos por nuestra propia cuenta, vamos a viajar por todos lados. Será divertido.

—Probablemente tengas razón —Tierra coincidió, sintiéndose un poco más feliz. Al menos no iba a estar solo en su viaje. Torrente estaría con él. Quizá sí sería divertido, mientras estuviesen juntos—. Intentemos meditar otra vez —sugirió—. Luz de Luna quiere que seamos capaces de hablar con la tierra.

—Está bien —coincidió Torrente, sentándose más cómodamente sobre sus ancas—. Aunque no estoy seguro de lo que significa eso.

—Yo tampoco —Tierra dijo—. Quizá si nos concentramos mucho, ¿simplemente pasará?

—Intentemos. —Torrente respiró profundamente y cerró los ojos.

Tierra cerró los suyos propios y se recordó a sí mismo lo que Luz de Luna les había dicho. «Concéntrense. Sean uno con la tierra y el pasto, con las rocas y los árboles». Los gatos eran los guardianes de la tierra, mientras que las gatas hablaban a los cielos. Era muy importante que lo hiciera bien. Tierra hundió las garras en el suelo por debajo de él y se esforzó por oír, sus orejas temblaron cuando las aguzó. Nada. «*Concéntrate*».

«*Espera*». Aguzó las orejas, mientras la emoción lo recorría desde las orejas hasta la cola. ¿Aquello que oía era una voz? Distante, pero allí estaba. ¿Estaba escuchando la voz del pasto creciente? Se esforzó, le dolían las orejas por el deseo de simplemente *escuchar*…

—…una ardilla rayada, pero era del tamaño de…

Tierra suspiró, desplomándose por la decepción. Era la voz de su hermana, Helada. Sin abrir los ojos, supo que la brisa le había llevado débilmente su voz desde el valle que tenían debajo. No había escuchado al pasto después de todo. «*Esto es absurdo*», pensó, y abrió los ojos otra vez.

Se giró hacia Torrente para maullarle su enojo, pero se detuvo con la boca medio abierta. Su amigo estaba sentado perfectamente quieto, con la cara tranquila pero con la boca en movimiento. Murmuraba suavemente para sí mismo, un bajo ronroneo de palabras que Tierra no alcanzaba a reconocer. Se detenía de vez en cuando como si escuchara una respuesta. «*No* —pensó Tierra, asombrado—. *No está murmurando para sí mismo. Está murmurando al pasto y al suelo. Está hablando con la* tierra*, justo como se supone que hagamos*».

Tierra cerró los ojos una vez más, tenso y determinado. Aguzó las orejas, pero, más allá del susurro del viento en los árboles y los maullidos de las Hermanas en la distancia, no podía oír nada. «*¿Qué hay de malo conmigo, como para que él pueda pero yo no?*».

Abrió los ojos y esperó, moviendo inquietamente la cola, hasta que Torrente finalmente lo miró, con los ojos grandes y pacíficos.

—Ya estoy listo —le dijo el otro cachorro.

Regresando al campamento, Tierra miró a Torrente por el rabillo del ojo. El otro cachorro no se *veía* diferente. Quería desesperadamente preguntarle qué había pasado. ¿Realmente había hablado con el pasto? «*¿Cómo? ¿Cómo se* sintió*? ¿Qué dijo el pasto?*».

Tierra vaciló. No quería sonar estúpido. Torrente había logrado meditar correctamente, había hablado con el suelo y las plantas debajo de sus patas… y Tierra no. Aunque realmente lo había intentado, lo había hecho mal. ¿Quería decirle eso a Torrente? «*Pensará que hay algo malo conmigo. Pero es mi mejor amigo…*».

Tierra todavía estaba preocupándose sobre si decirle a Torrente la verdad cuando llegaron al campamento. Las Hermanas estaban ocupadas pero tranquilas: Tempestad y Tojo acababan de volver de una patrulla de caza, de sus bocas colgaban gordos campañoles mientras se dirigían al hueco de presas. Pétalo y Halcón estaban compartiendo lenguas a la luz del sol mientras Nieve, Luz de Luna y Bruma hablaban tranquilamente cerca del arbusto que era la guarida de Luz de Luna.

—¡Tierra! ¡Torrente! —Su hermana Amanecer salió disparada de la maternidad y corrió hacia él, con Helada justo detrás—. ¿Lo hicieron? —jadeó cuando se detuvo de golpe frente a ellos—. ¿Hablaron con la tierra? ¿Cómo sonaba?

—Um. —Árbol se dio un rápido y avergonzado lametón en el pelaje de su pecho—. Estuvo bien.

—Ajá. —Los verdes ojos de Helada se entrecerraron mientras se paseaba por detrás de Amanecer—. No escuchaste nada, ¿verdad?

—¡Bueno, es difícil! —Tierra dijo a la defensiva.

—Sí que es difícil —coincidió Torrente—. Deberías intentarlo tú misma antes de molestar a Tierra.

Amanecer movió la cola.

—Las Hermanas no hablan con la tierra —dijo—. Nosotras cantamos a las estrellas.

Helada se sentó y colocó sus patas por debajo de sí misma.

—Es muy importante que lo hagas bien, Tierra —dijo ella, burlándose en serio—. ¿Hiciste algo para ofender a la tierra? ¿Es por eso que no te habla? —Bajó la voz y miró a su alrededor—. Acaso… ¿hiciste tus necesidades en donde no debías, quizá?

—¡Será mejor que vuelvas a poner a la tierra de tu lado antes de tu viaje! —añadió Amanecer, uniéndose a la burla—. ¿Y si te quedas dormido en un charco de barro y simplemente te traga?

—Oh, ja, ja —Tierra respondió con tanta dignidad como pudo reunir, mientras las dos gatas ronroneaban de risa. No iba a dejar que sus hermanas lo molestaran.

«*Estaré bien* —se dijo a sí mismo—. *La tierra no está enojada conmigo.* ¿Verdad?». Se sacudió el manto, sintiendo como si estuviera sacudiéndose sus preocupaciones.

—Tengo hambre.

El hueco de presas estaba lleno. Se le hizo agua la boca cuando captó el olor de un conejo, y comenzó a atravesar el campamento hacia allí.

—Espera —maulló Amanecer, por una vez en serio, y le bloqueó el camino—. Castaño y Caracol tienen la primera elección hoy.

«*Es verdad*». El apetito de Tierra desapareció, y su estómago cayó. Castaño y Caracol comenzarían su viaje aquella noche. Apenas eran un par de lunas mayor que él, y ya iban a abandonar a las Hermanas y encontrar su propio camino. «*Pronto será mi turno. ¿Estaré listo para entonces?*».

Las estrellas colgaban bajo en el cielo, las Garras Estelares apuntaban hacia la puesta del sol. Las estrellas guiarían a los jóvenes gatos en su primer viaje. Las sombras se volvieron más profundas, y la luna llena se elevó, fría y pálida. Por fin, Luz de Luna se puso de pie y caminó silenciosamente a través del campamento hacia las colinas. Las otras gatas, las madres y hermanas de las Hermanas, la siguieron. Castaño y Caracol caminaban junto a su madre, Halcón, pero sus colas estaban altas y sus pasos eran ligeros, como si estuviesen emocionados de empezar su viaje. Tierra y Torrente se miraron entre sí, y luego caminaron detrás del resto.

En la cima de la colina, Castaño y Caracol se detuvieron, sus oscuros pelajes se veían sombríos a la luz de la luna. Las Hermanas se reunieron a su alrededor, y Luz de Luna se adelantó para tocar suavemente la oreja de Caracol con su nariz, y luego la de Castaño.

—Les deseo felicidad —les dijo con suavidad, y luego retrocedió para que otra Hermana restregara su hocico con el de ellos.

Una por una, las gatas de las Hermanas se despidieron de Caracol y Castaño.

—No los olvidaremos —una murmuró.

—Cuídense entre ustedes —maulló otra.

Halcón apretó fuertemente su cara contra la de ellos, y cerró los ojos como si estuviera memorizando los olores de sus hijos.

Por fin, fue el turno de Tierra. Su pecho estaba apretado de ansiedad. Castaño y Caracol siempre habían sido parte de su grupo, tan solo un poco mayores que Torrente y que Tierra y sus hermanas. Habían organizado los

mejores juegos de bola de musgo cuando todos eran más jóvenes y habían dirigido atrevidas y escurridizas invasiones al hueco de presas. ¿Cómo podían estar abandonando a las Hermanas para siempre?

—Buena suerte —Tierra les dijo incómodamente, entrechocando mejillas con Caracol cuando el gato más grande se agachó. Se giró hacia Castaño y le tocó la mejilla a él también—. Quizá nos veamos en nuestros viajes algún día.

—Quizá —dijo Castaño ligeramente. Sus ojos brillaban, y ya estaba mirando más allá de Tierra, colina abajo. El gato amarillo observó como intercambiaba una mirada emocionada con su hermano. Era como si no pudieran esperar para comenzar su viaje.

Tierra se preguntó como se sentía.

Finalmente, con las despedidas dichas, Luz de Luna inclinó la cabeza a los dos gatos.

—Este es el comienzo de su aventura —maulló, con la voz cálida—. Nuestro amor los acompañará en su interminable viaje. Ahora son guardianes de la tierra. Deben escuchar lo que les dice. Sean gatos honorables, y la tierra guiará sus patas.

Caracol y Castaño asintieron seriamente.

—Escucharemos.

Luz de Luna los miró de manera aprobadora.

—Caminen a través de la noche sin mirar atrás —les dijo—. Al amanecer habrán dejado atrás su infancia y se habrán convertido en verdaderos gatos. Que los ancestros que recorren la tierra los encuentren y los guíen.

Castaño inclinó la cabeza otra vez.

—Gracias —respondió, y Caracol repitió lo mismo.

Tierra se estremeció, bajando la cola, y luego miró a su alrededor para ver si alguien lo había notado. Las Hermanas regularmente hablaban con sus ancestros *fantasmas*, y todas creían que aquellos mismos ancestros encontrarían a los gatos en sus viajes. Se suponía que los espíritus los guiaran, para aconsejarlos. Pero Tierra jamás había visto un fantasma, y tampoco quería hacerlo. Sonaba *espeluznante*. ¿Cómo se vería un fantasma? Castaño y Caracol probablemente ya lo sabían. No había duda de que podían ver espíritus y hablar con la tierra. Estaban listos para ello. Tierra observó mientras los dos gatos caminaban colina abajo y desaparecían de su vista. No miraron hacia atrás. Tenían prisa, ansiosos por lo que sea que pasara a continuación.

Un repentino y frío viento atravesó el pelaje de Tierra y le acható las orejas. Se estremeció otra vez y levantó la mirada. Nubes oscuras atravesaban el cielo con velocidad, ocultando a las Garras Estelares. Las ramas de los árboles a lo largo de la colina se agitaban salvajemente.

—Vamos a refugiarnos —exclamó Luz de Luna, haciendo una seña con la cola a las Hermanas para que la siguieran.

Tierra miró en la dirección a la que habían ido Castaño y Caracol. No había ni rastro de ellos ahora. Habían desaparecido en la noche.

Torrente se estremeció junto a él.

—Vamos —maulló.

—Espero que Caracol y Castaño encuentren un lugar seco en el que dormir —le dijo Tierra—. Va a llover.

—Tienen que cuidar de sí mismos ahora —Torrente respondió—. ¡Vamos!

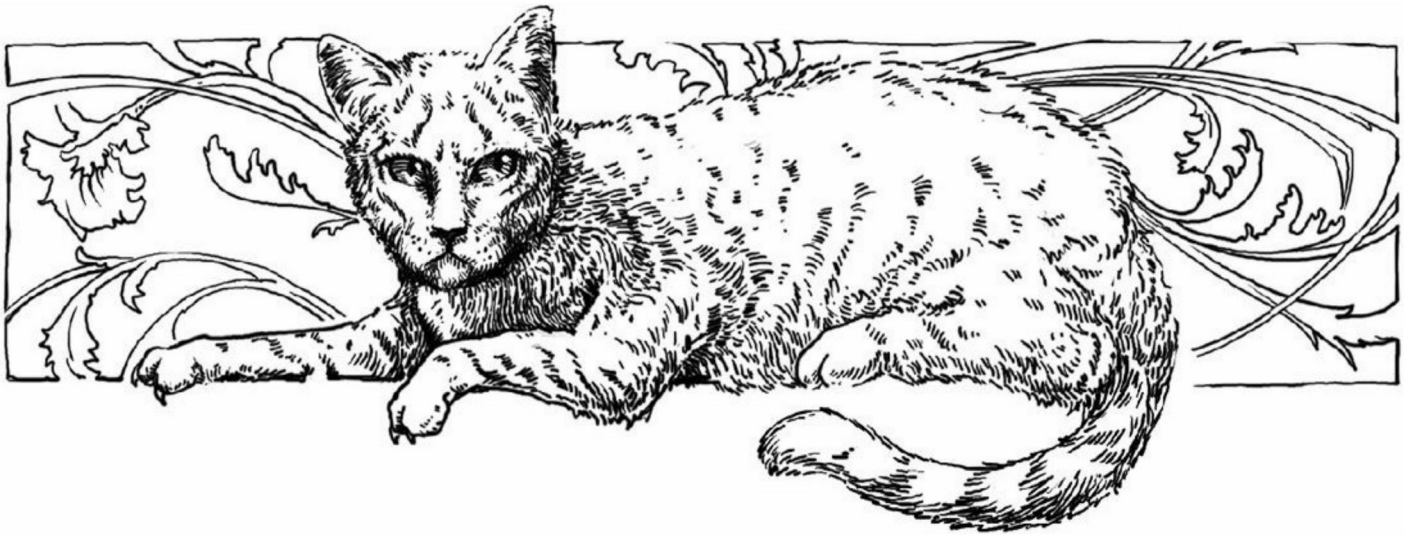
Con una última mirada hacia los gatos mayores, Tierra siguió a Torrente de regreso al campamento y hacia la maternidad, en donde se acurrucó, agradecido por el calor de Torrente por un lado y el de Amanecer por el otro. Dejó que sus ojos se cerraran. «*Castaño y Caracol estarán bien* —pensó—. *Cuidarán el uno del otro*».

Tierra no supo cuánto había dormido, pero se despertó con un sobresalto. La maternidad estaba a oscuras, no había ni un rayito de luz de luna brillando a través de las ramas. A través del espino goteaba fría agua y chorreaba a través de su pelaje. Estaba lloviendo fuerte.

—*¡Mrrrroooooooooow!*

Tierra se sentó de repente, con cada pelaje en el manto temblando. El aullido aterrorizado había venido de afuera, atravesando el ritmo constante de la lluvia.

Había sido su madre.



Capítulo 2

—¡Luz de Luna! —Tierra se puso de pie de un salto. Nunca antes había escuchado a su madre sonar así.

—¿Qué está pasando?

—Todavía no es de mañana.

Los otros cachorros estaban inquietos y maullando quejas, pero Tierra los ignoró y se abrió paso fuera de la maternidad.

—¡Luz de Luna, ¿dónde estás?!

La lluvia caía con tanta fuerza que Tierra la sentía como garras que le atravesaban el pelaje. Un frío viento le tiró agua a los ojos y le azotó las orejas y bigotes. Podía escuchar gatas llamándose entre sí a través del campamento, pero no podía ver a ninguna de ellas.

Torrente salió de la maternidad detrás de él, y su pelaje brevemente rozó el de Tierra.

—Buscaré por aquí —aulló, señalando con la cola hacia la colina por la que habían visto partir a Castaño y Caracol.

—¡Espera! —Tierra le dijo—. Deberíamos…

«Quedarnos juntos», había empezado a decir, pero un relámpago, seguido rápidamente por el rugido de un trueno, ahogó sus palabras. Cuando parpadeó para deshacerse del resplandor del rayo de sus ojos, Torrente se había ido.

—¡A mí! ¡Hermanas, a mí! —Luz de Luna de repente estaba allí, llamando a través de la lluvia. Estaba casi encima de él antes de que lo viera—. Tierra —maulló—, ¿por qué estás fuera de la maternidad? ¿En dónde están los otros cachorros? —Antes de que pudiera responder, ella

pasó junto a él y metió la cabeza en la maternidad—. ¡Helada! ¡Amanecer! ¡Bruma! ¡Vengan conmigo!

Las tres cachorritas salieron tambaleándose de la maternidad y la siguieron, manteniéndose juntas y encorvando los hombros contra la lluvia.

—¿Dónde está Torrente? —Luz de Luna preguntó bruscamente.

—No lo sé —respondió Tierra—. Se fue… —Apuntó con la cola hacia la colina—. Intenté detenerlo.

—Está bien —maulló la gata gris. Cuando otro relámpago iluminó el claro, miró más allá de Tierra, buscando el campamento con una mirada preocupada—. Por aquí. —Pasó la cola por el lomo de los cachorros, guiándolos hacia el otro extremo del claro.

La lluvia golpeaba la cara de Tierra mientras seguía a su madre. Otras voces llamaban a través del campamento, con pánico. Entrecerró los ojos hasta hacerlos rendijas cuando el cielo fue nuevamente iluminado por un relámpago. Junto a él, Amanecer saltó cuando sonó el crujido de un trueno.

Luz de Luna los guió a una gran piedra en el borde del claro.

—Quédense aquí —ordenó firmemente—. Tengo que ayudar a las demás.

—¡Podemos ayudar! —Tierra se ofreció. Las otras gatitas aullaron de acuerdo.

—Pueden ayudar quedándose quietos —replicó Luz de Luna, ya dándose la vuelta—. Tengo que reunir a las Hermanas. —Desapareció en la oscuridad.

La piedra ofrecía un poco de refugio de la lluvia. Tierra se apretó contra ella, mientras el frío de la roca se le metía en la piel húmeda. Su corazón latía tan salvajemente que parecía una frenética ave atrapada en su pecho. Podía oír a Luz de Luna llamando a las Hermanas, organizándolas en posición para sobrevivir a la tormenta. Dio un azote irritado con la cola: ¿*Por qué* era tan pequeño como para servir de algo?

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! —Un tenue aullido les llegó en el viento.

—¡Ese es Torrente! —Tierra salió del refugio de la piedra, con las orejas aguzadas para captar el grito de su amigo.

Amanecer lo siguió hacia la lluvia.

—No creo que Luz de Luna pueda oírlo —maulló preocupada—. Aún está reuniendo a las Hermanas.

—¡Ayuda! —Torrente sonó incluso más frenético esta vez.

Sin detenerse a pensar, Tierra comenzó a correr hacia la voz de su amigo. Se resbaló en el barro y se puso de pie nuevamente para seguir corriendo.

—¡Tierra! ¡Luz de Luna dijo que nos quedemos *aquí*! —Amanecer lloriqueó detrás de él, pero Tierra no se dio la vuelta.

El agua le recorría por ambos lados mientras intentaba orientarse: en la oscuridad y la lluvia, el familiar campamento estaba repentinamente lleno de formas no identificables y era imposible de navegar. Dio algunos pasos tentativos más, con las patas hundiéndose en el barro. Tropezando contra un arbusto —«*La guarida donde estaban durmiendo Tojo y Tempestad, quizá*»—, siseó cuando las espinas le arañaron el manto.

—¡Ayuda! —Torrente aulló otra vez, y Tierra cambió de dirección para dirigirse directo hacia él.

El gatito amarillo ahora se movía cuesta arriba, y eso lo ralentizó. Intentó correr más rápido.

—¡Ahí voy! —aulló, pero el viento se llevó las palabras de modo que apenas pudo oír su propia voz.

Sus patas resbalaron en el barro, haciéndolo deslizarse hacia atrás. El espeso barro le salpicó el pelaje. Se volvió a caer y le costó levantarse, debido al barro que se le pegaba y tiraba de él hacia atrás. «*La tierra me está impidiendo llegar a Torrente* —pensó—. *No pude hablar con ella, y ahora me odia*». ¿Cómo había hecho para hacer enojar tanto a la tierra?

Apretando la mandíbula, Tierra palpó con cuidado el barro que tenía delante. Había rocas bajo la superficie de la colina, y extendió las garras para agarrarse a sus bordes, subiendo lentamente. Volvió a resbalar una y otra vez, con el barro pegado a su pelaje y arrastrándolo hacia abajo. Le dolían las garras, pero gradualmente avanzaba. La subida parecía una pesadilla: barro y oscuridad, músculos doloridos y rocas tirando de sus garras.

Cuando por fin llegó a la cima de la colina, el viento arremetió de nuevo contra Tierra, lanzándole lluvia a la cara. Se encorvó automáticamente, parpadeando, cuando un relámpago deslumbrante, acompañado de un trueno, iluminó la cima de la colina.

Torrente estaba justo delante de él, con el pelaje pegado a los costados y los ojos desorbitados por el pánico. Tenía la boca entreabierta en un aullido.

Todo volvió a oscurecerse y Torrente apretó su costado frío y tembloroso contra el de Tierra.

—No debería haber salido corriendo —jadeó Torrente—. No podía bajar, estaba muy oscuro. No sabía por dónde ir. —Su maullido era tembloroso. Tierra nunca había oído a su amigo sonar tan asustado.

—No pasa nada —Tierra le dijo Él también estaba asustado, pero uno de los dos tenía que ser valiente—. Bajaremos juntos.

Otro relámpago iluminó el campamento en el valle por debajo de ellos. Fangosas corrientes de agua corrían por el claro e inundaban las guaridas. Las Hermanas vadeaban el barro, corriendo para salvarse a sí mismas y a las demás, el claro era más caótico que cualquier cosa que Tierra hubiera visto jamás.

A medida que el mundo se oscurecía, Torrente se apretaba más a Tierra.

—Esto es malo.

—Sí. —Tierra respiró hondo—. Podemos bajar y ayudar. Hay rocas bajo el barro. Si clavamos nuestras garras, podemos bajar sin caernos.

«*Eso espero*».

Él fue primero, tanteando cuidadosamente con una pata, luego con la otra. Resbaló varias colas de distancia antes de poder detenerse, con las piernas y las garras doloridas. Podía oír a Torrente detrás de él, agitándose en el barro. Se giró para gritarle aliento.

—No falta…

El mundo se iluminó de un blanco brillante, con el estruendo simultáneo de un trueno. Su pelaje se erizó y pudo oler el penetrante aroma del relámpago. Luego el mundo volvió a oscurecerse. A Tierra le zumbaban los oídos. Algo cayó junto a él en la oscuridad, deslizándose y rodando. «*Solo fue una roca*», se dijo Tierra, pero se le hizo un nudo en el estómago. Una pequeña parte de él sabía que no había sido una roca. Era…

—¡Torrente! —aulló, e intentó correr.

Perdiendo el equilibrio, se deslizó y resbaló colina abajo, rodando finalmente y aterrizando en el valle, con el pelaje apelmazado por el barro húmedo.

—Torrente —volvió a llamar, pero la lluvia arreciaba y ahogaba su maullido.

Avanzando a trompicones, sus patas chocaron con algo blando y cálido.

—¿Torrente? —preguntó Tierra, inclinándose para olfatear la forma acurrucada.

Era Torrente, pero con algo extraño bajo su olor. Su cuerpo estaba caliente como el fuego. Su suave pelaje apuntaba en todas direcciones. Tierra se puso rígido, con el estómago lleno de miedo. Torrente olía a quemado. Olía a fuego y dolor.

Tierra jadeó y retrocedió un paso, con el barro aplastándole las patas.

Torrente estaba muerto.

Dos días después, aún quedaba evidencia de la destrucción de la tormenta por todas partes. Tierra y las Hermanas restantes estaban acurrucadas entre las raíces de un haya. Tojo tenía arañazos y cortes en todo el cuerpo por haber sido arrastrada por un espino cuando el río inundó su campamento. Tempestad tenía una pierna torcida por haber sacado a Helada de una corriente de barro, evitando que fuera arrastrada. Todas las Hermanas tenían raspones y moretones, y sus miradas eran sombrías.

Torrente no era el único gato que había muerto. Bruma, media luna más joven que ellos, amiga cercana de la hermana de Tierra, Amanecer, se había ahogado justo delante de las Hermanas mientras luchaban por alcanzarla. Tierra pensó que el dolor por los dos cachorros perdidos golpeaba a las Hermanas como otra tormenta, empapándolas de tristeza.

Amanecer estaba acurrucada junto a la madre de Bruma, Nieve, con la cola entrelazada con la de la gata blanca. Parecían consolarse mutuamente. Un poco más allá de ellas, la madre de Torrente, Pétalo, estaba sentada sola, con el rostro sombrío.

Luz de Luna se levantó y rozó con su cola el lomo de Nieve.

—Cantaremos por ella —maulló suavemente—. Nuestras Hermanas nunca están realmente perdidas.

Nieve asintió, sus ojos se cerraron por un momento. Luz de Luna se dirigió hacia el claro, rozando también con su cola la espalda de Pétalo a su paso, pero limitándose a decir:

—Voy a recoger más hierbas para curar heridas. Lo hemos perdido todo.

Pétalo no dijo nada.

Tierra observó a su madre alejarse; luego, con una repentina oleada de enojo, se levantó de un salto y la siguió.

—Madre —exclamó cuando salieron del alcance de las demás gatas.

Luz de Luna se volvió hacia él.

—¿Vas a ayudarme a encontrar hierbas? —le preguntó—. Podemos buscar tanaceto y perifollo más lejos del río.

Tierra flexionó sus doloridas garras con enojo.

—¿Por qué cantaremos por Bruma y no por Torrente? —preguntó enfadado—. Torrente también era un cachorro de las Hermanas.

—Torrente era un macho —respondió Luz de Luna suavemente.

—¿Y qué? —Tierra espetó—. Eso no es justo.

Luz de Luna suspiró.

—No es una cuestión de justicia —le dijo—. Como gato macho, Torrente siempre estuvo destinado a volver a la tierra. No necesitamos cantar por él. Tal vez veamos su espíritu antes de que entre en su propia otra vida; tal vez no. La tierra cuida de los suyos. —Su mirada se volvió severa—. Aunque, cuando volví a la piedra y ya no estabas, me llené de pena. Eres demasiado joven para que acepte que la tierra te lleve. La juventud de Torrente es la causa del dolor de Pétalo. No debes desobedecerme así.

El pelaje se erizó incómodamente a lo largo del manto de Tierra.

—¿Quieres decir que no llorarás por mí si muero cuando sea adulto?

No podía imaginar que su madre no lo quisiera.

La mirada de Luz de Luna se suavizó y se inclinó para rozar su hocico contra el de él.

—Claro que sí —le dijo—. Nunca dejará de importarme lo que te pase. Pero dentro de poco, dejarás a las Hermanas para ir a tu viaje. Puede que nunca volvamos a vernos. Si la tierra te lleva, puede que nunca lo sepa. —Suspiró de nuevo—. Las madres de los gatos machos tienen que consolarse sabiendo que esos gatos serán llevados por la tierra que cuidan durante sus vidas. Hay honor en la muerte de un gato.

Tierra se quedó en silencio, sin saber qué decir. Su madre entrechocó narices con él una vez más, y luego se dio la vuelta.

—Voy a buscar hierbas. Volveré pronto.

Tierra la vio irse, con paso firme y decidido. Sabía que Luz de Luna había tenido otras camadas, hijos mayores que habían salido a recorrer el mundo antes de que él naciera. Pero nunca había pensado en el hecho de que se habían ido y ella nunca los había vuelto a ver. ¿Creer que la muerte de un gato era honorable, que moriría guardando la tierra, era algo que una gata madre *necesitaba*? Se sentó y se rascó la oreja pensativamente. Decidió que era una pregunta demasiado importante para él. ¿Cómo podía saber lo que sentía una madre?

Otro pensamiento le llegó y bajó la pata, con el pecho oprimido. Torrente se había ido, pero Tierra aún tenía cuatro lunas. Dentro de dos lunas, ¿aún sería enviado a su viaje?

«*¿Yo solo?*».

Al ponerse el sol y salir las estrellas, las Hermanas se reunieron de nuevo, esta vez en los restos de su campamento. Mirando a su alrededor, Tierra vio que los arbustos que habían sido la maternidad y las guaridas de las Hermanas habían sido destrozados y aplastados por las corrientes de barro y agua que habían atravesado el campamento. Uno de los arbustos —la guarida de Luz de Luna, pensó— había sido arrancado por completo y arrastrado hasta el borde del bosque. Su cola se inclinó ante la devastación que rodeaba el campamento. «*No nos quedaremos aquí*», pensó. Había sido un buen campamento. Los huesos de Torrente yacerían allí, a salvo gracias a la tierra, pero Tierra y las Hermanas se habrían ido.

Las gatas se reunieron alrededor de Luz de Luna, y Tierra se quedó al margen del grupo. No se había sentido tan *separado* de las Hermanas cuando eran cuatro machos en el grupo. Ahora era raro ser el único.

—Esta noche cantamos a nuestra hermana Bruma, para que llegue al cielo —Luz de Luna comenzó—. Era una buena Hermana, y la perdimos demasiado joven. Debería haber crecido para tener sus propios cachorros y viajar por el camino de las Hermanas durante muchas temporadas del resurgir de las hojas. Le mostraremos el camino a su otra vida. Si quiere hablar antes con alguna de nosotras, será bienvenida. —Miró brevemente a Tierra y añadió—: Y si Torrente, o cualquiera de nuestros antepasados, desea visitarnos, estaremos encantadas de volver a hablar con ellos.

Luego levantó la cabeza y miró al cielo. Luz de Luna cantó primero, una nota aguda y lúgubre, y las Hermanas se unieron a ella, mezclando sus voces con la de ella mientras se elevaban hacia el cielo.

«*Adiós, Bruma*», pensó Tierra. Esperaba que la gatita más joven encontrara la felicidad en la otra vida. ¿Los visitaría primero? ¿Lo haría Torrente? Su pelaje se erizó inquieto. Nunca había visto a un espíritu, ni quería hacerlo. Pero quería ver a *Torrente*, ¿no? Y no podía imaginar que su mejor amigo no quisiera verlo. Miró a su alrededor, con una nerviosa esperanza creciendo en su interior. «*Sí quiero verlo*».

Poco a poco, el canto se fue apagando y las Hermanas esperaron con la mirada fija en las estrellas. Tierra también esperó, mirando a su

alrededor con impaciencia, con los ojos puestos en los árboles más abajo de la colina. «*Vendrá de la tierra, ¿verdad?*».

Amanecer lanzó un chillido de alegría y se puso de pie de un salto.

—¡Bruma! ¿Estás bien? —Hizo una pausa, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando, y luego continuó—: Me alegra. Me asusté mucho cuando el agua te llevó.

Una tras otra, las otras gatas se levantaron, sus rostros acogedores se volvieron hacia gatos que Tierra no podía ver.

—Ha pasado tanto tiempo…

—Hace unas lunas, pasamos por ese Poblado de Dos Zarpas donde te perdimos…

—Hay nuevos cachorros en tu familia desde la última vez que hablamos…

Por último, Pétalo dio un ronroneo cálido.

—Torrente, mi pequeño, ¿estás bien? —Luego escuchó, con los ojos brillantes por primera vez desde que había amanecido sobre el cuerpo roto de Torrente dos días antes.

Tierra miró fijamente, parpadeó con fuerza, volvió a mirar. Esforzó los ojos y los oídos, con la esperanza de ver siquiera la más leve silueta de un gato, de oír el más débil susurro del maullido de Torrente.

No vio nada.

El cielo empezaba a clarear cuando las Hermanas se despidieron de los muertos. Amanecer corrió hacia Luz de Luna y apretó la cara contra el pelaje de su madre.

—Se ha ido —se lamentó.

Tierra observó, sintiéndose frío y vacío, cómo Luz de Luna consolaba a su hermana de camada. Estaba rondando justo fuera del grupo: cuando se había dado cuenta de que era el único gato que no podía ver a los muertos caminando entre ellos, había retrocedido, avergonzado.

Cuando Amanecer se calmó, ella y Helada empezaron a hablar en voz baja, con las cabezas juntas, y Luz de Luna caminó hacia Tierra.

—Así que —maulló ella cuando lo alcanzó—, Torrente estuvo aquí. ¿Cómo te sentiste? —Sus ojos estaban agudos y fijos en él.

«*¿Sabe que no pude verlo?*», se preguntó Tierra. Por un momento, pensó en mentir, pero ¿de qué serviría? Era un gato de las Hermanas, un

macho de las Hermanas, y necesitaría que los espíritus de sus antepasados le ayudaran en su camino.

—No lo vi —dijo con desgana—. No vi a ninguno de ellos.

La preocupación apareció en el rostro de Luz de Luna y luego ronroneó tranquilizadora:

—A algunos gatos les lleva más tiempo que a otros. Seguro que lo conseguirás.

—¿De verdad? ¿No crees que hay algo malo conmigo? —le preguntó Tierra.

—Por supuesto que no. —Luz de Luna bajó la cabeza para lamerle el hombro.

Tierra quería creerle y sentirse reconfortado. Pero recordó a otros dos jóvenes gatos que habían sido enviados lejos antes de ver espíritus.

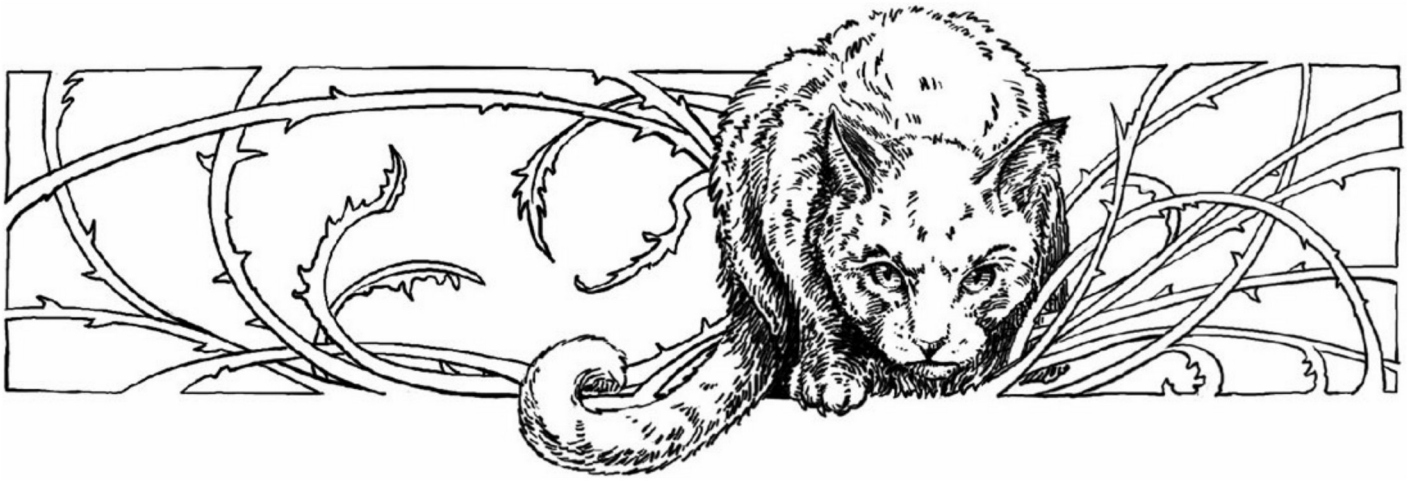
—¿Qué hay de Barro y Araña? ¿Crees que alguna vez vieron espíritus? ¿Nuestros antepasados llegaron a ellos?

Luz de Luna suspiró.

—Tengo que creer que sí —le dijo—. Pero se fueron a recorrer el mundo, así que nunca podremos saberlo con seguridad.

A Tierra se le secó la boca de espanto. «*Nunca voy a ver a mis antepasados*», supo de repente. Si se suponía que los viese algún día, habría visto a Torrente.

Si Torrente hubiera vivido, *él* habría podido hablar con los muertos. Si Tierra y él hubieran seguido su viaje juntos, como habían planeado, Torrente habría escuchado la guía de sus antepasados para ambos. Pero Torrente ya no estaba. Una vez que Tierra dejara las Hermanas, ningún espíritu vendría a él. Una vez que se fuera, estaría solo.



CAPÍTULO 3

Malhumorado, Tierra olfateó las raíces de un pino y arrugó la nariz ante su penetrante aroma. «*Odio este lugar*». Se suponía que estaba practicando cacería, pero no captó ninguna de las musarañas o ratones que Halcón, su maestra del día, le había dicho que buscara. «*Extraño a Torrente*». Aprender a cazar había sido más divertido junto con su amigo.

Estaban en plena temporada de las hojas brillantes, el sol calentaba los lechos de acículas de pino y brillaba en un pequeño estanque cercano. Una parte de Tierra tenía que admitir que aquel, su segundo territorio nuevo en las últimas dos lunas, era un buen lugar para las Hermanas. «*No es como que me importe. No estaré aquí mucho tiempo*». Renunciando a su poco entusiasta esfuerzo por cazar, Tierra apartó una ramita de su camino mientras serpenteaba bajo los árboles.

Desde que habían abandonado el campamento donde Torrente y Bruma habían muerto, a Tierra le había parecido que las Hermanas siempre estaban de viaje. Y él siempre las seguía, solo, siendo el único macho excepto por uno de los cachorros recién nacidos de Tojo, que era demasiado joven para contar. Las Garras Estelares se alinearían para enviarlo a su viaje en pocos días. Las había estado observando, lleno de temor, mientras se acercaban más y más a donde estarían cuando él tuviera que irse. El estómago de Tierra se apretó ansiosamente al pensarlo.

Si Torrente hubiera seguido vivo, se habrían ido juntos. Se habrían cuidado mutuamente, se habrían dado valor. Los ancestros habrían acudido a ellos y guiado los pasos de sus patas. Si Tierra viera a los espíritus de los ancestros por su cuenta, podría correr por su vida como un ratón cazado, pensó con desánimo. ¿Y qué pasaría si los espíritus ancestrales intentaban

hablarle, pero él no podía verlos? ¿Se enojarían? Tierra tragó saliva y apartó otra ramita de su camino.

—¿Llamas a esto cazar?

Tierra saltó ante el agudo maullido de Halcón. Había estado pensando tanto que ni siquiera la había oído acercarse por detrás.

—¡Halcón! —dijo—. Lo siento, estaba… —Le costó encontrarse con la mirada severa de la alta gata marrón rojiza, así que miró al suelo—. Me distraje.

Halcón suspiró.

—Tierra, no has estado prestando atención cuando trato de enseñarte, o cuando Tojo lo hace, o Nieve, o cualquiera de nosotras. Intentamos enseñarte habilidades que necesitas saber.

Tierra sintió que sus hombros se hundían aún más. Sabía que no lo estaba haciendo bien. Nada de lo que las Hermanas le habían enseñado desde la tormenta le había servido. «*Torrente era mejor en todo esto*».

—Lo siento —repitió, con el manto erizado de miseria y vergüenza.

Los ojos dorados de Halcón parecieron ablandarse.

—Sé que lo sientes, Tierra —maulló—. Pero necesitas aprender a mantenerte alerta. En pocos días, comenzarás tu viaje. Tendrás que cuidar de ti mismo.

El pecho de Tierra se agitó de pánico.

—Pero no estoy *listo* —protestó él—. Uno de los cachorros de Tojo también es macho. Tal vez debería esperar hasta que sea lo suficientemente grande como para viajar, y entonces podríamos ir juntos. Nos cuidaremos mutuamente.

La cola de Halcón se movió desdeñosamente.

—No seas tonto —le dijo—. El hijo de Tojo no estará listo para viajar por varias lunas. Apenas ayer abrió los ojos. —Tocándolo con el hombro, añadió—: Ya tienes seis lunas y eres un gato inteligente, Tierra. Estarás bien.

—Supongo. —Tierra movió las patas con inquietud. Tal vez Halcón tenía razón, pero lo dudaba.

—Vamos —maulló Halcón, mirando a su alrededor—. Salgamos al pasto largo. Podemos cazar juntos.

Un poco más allá del bosque de pinos había una larga extensión de terreno abierto donde la hierba ondulaba con la brisa. Tierra olió el aire y su corazón se aligeró un poco.

Halcón también saboreó el aire, con la boca abierta.

—Este claro está lleno de campañoles y ratones. Yo iré por ahí —ella decidió, haciendo un gesto con la cola—, y tú elige un rastro de olor para seguir. Si ves un campañol, intenta llevarlo hacia mí.

Mientras ella desaparecía entre el pasto, Tierra se agachó, con el estómago pegado al suelo. Obedientemente, olfateó a su alrededor. «*Probablemente no atrape nada*». Había un fuerte olor a campañol y lo rastreó, escuchando a ver si podía oír el latido de un pequeño corazón. Había una maraña de pasto muerto y seco cerca de las raíces de las plantas en crecimiento, el lugar perfecto para que se escondiera una presa. Se arrastró hacia adelante, un paso lento tras otro.

Su nariz se agitó. Había otro olor, cada vez más fuerte. «*Gatos* —se dio cuenta—. *Extraños*».

Tierra levantó la cabeza. «*¡Proscritos!*».

Un delgado gato gris se acercaba hacia él. Tierra se tensó, luego captó otro olor. Una gata atigrada marrón estaba agazapada al otro lado de Tierra, con la cola agitándose furiosamente.

—Este es nuestro territorio —gruñó el gato—. Fuera de aquí.

Tierra se quedó helado. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Luz de Luna siempre decía que los gatos que reclamaban territorio eran tontos: la tierra pertenecía a todos los gatos. Pero Luz de Luna no estaba allí.

—Solo estamos de paso —murmuró, apretando la cola con fuerza alrededor de sus patas.

El gato se acercó, gruñendo.

—No queremos extraños en nuestro territorio.

—Te enseñaremos a mantenerte lejos —añadió la gata, acercándose a su otro lado.

Tierra giró la cabeza para mirarla y un dolor agudo y caliente le atravesó las orejas. El gato lo había arañado. A Tierra le temblaron las piernas. No podía correr, no podía luchar. La gata siseó y le asestó un golpe punzante en el hombro. Tierra gimió de terror.

—¡Hey! —Halcón corrió a través del pasto y saltó sobre la gata, derribándola—. ¡Déjenlo en paz!

Tierra jadeó de alivio. Halcón lo salvaría. La Hermana y la gata atigrada forcejearon en el suelo, rodando una y otra vez. Con un aullido de furia, el gato gris se lanzó a la lucha. Horrorizado, Tierra vio cómo clavaba sus garras en el costado de Halcón mientras la atigrada marrón la pateaba y arañaba desde abajo. Halcón era más grande que cualquiera de ellos, y era una buena luchadora, pero también lo eran aquellos dos gatos, y la superaban en número.

Tierra intentó recordar lo que había aprendido sobre pelear. Desde que Torrente y Bruma habían muerto, las Hermanas habían estado muy ocupadas, pero Tempestad y Nieve le habían enseñado técnicas para luchar contra otro gato. «*¿Salto? ¿O es mejor ir por debajo?*». No recordaba nada. No podía moverse.

De un tirón, la gata marrón salió rodando de debajo de Halcón, y esta cayó pesadamente de costado, aullando de dolor.

Tierra hizo un gran esfuerzo y se liberó de su quietud. Cerrando los ojos, se lanzó hacia adelante. Tenía que ayudarla. Su cabeza chocó contra el costado del proscrito gris, oyó un gruñido y al otro felino caer hacia atrás. Tierra abrió los ojos cuando Halcón se levantó de un salto.

—¡Corre! —gritó ella, y Tierra echó a correr.

Podía oír a Halcón detrás de él, y luego estaba a su lado, ralentizando su larga zancada para que corrieran juntos. Los proscritos gruñían amenazas y advertencias detrás de ellos.

—¡No vuelvan aquí! —aulló el gato.

La atigrada añadió:

—¡Hay más de nosotros! ¡No se acerquen a nuestro territorio!

Cuando llegaron a la vista del campamento actual de las Hermanas, Tierra jadeaba. Halcón aminoró la marcha.

—¿Estás bien? —preguntó

—Estoy bien. —Tierra notó que corría sangre por la pata trasera de Halcón—. ¿Estás herida?

Halcón hizo una mueca y se inclinó para darse un rápido lametón en la pata.

—Esa atigrada tenía las garras afiladas —maulló.

Tierra se encogió.

—Lo siento, debería haber ayudado antes. Me quedé… congelado.

—No te preocupes —le dijo Halcón.

Guiando el camino hacia el campamento, ella se dirigió directamente al hueco donde habían almacenado algunas hierbas curativas. Tierra se sintió culpable al notar que cojeaba.

La siguió.

—¿Puedo ayudarte?

—No, creo que puedo yo sola. —Halcón se sentó y empezó a masticar un poco de perifollo para ponérselo en la herida.

Tierra observaba, sintiéndose inútil.

Luz de Luna se acercó, con mirada preocupada.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Halcón, con la boca llena de perifollo, se encogió de hombros, y Luz de Luna se volvió hacia Tierra. El gato amarillo se miró las patas, con todo el cuerpo ardiendo de culpa ahora.

—Estábamos cazando, y dos proscritos nos atacaron —maulló en voz baja—. Me quedé paralizado, no podía luchar, y Halcón tuvo que enfrentarse a ellos sola. Ella me protegió.

Erizándose, Luz de Luna se puso seria.

—Tienes seis lunas; deberías ser capaz de protegerte a ti mismo. Una buena Hermana podría haber muerto cuidando de ti.

—Lo *siento* —Tierra susurró.

Cuando se encontró con los ojos de Luz de Luna, sintió como si estuviera mirando directamente a sus pensamientos.

—Comenzarás tu viaje en unos días —le dijo—. Tendrás que cuidar de ti mismo. *Vas* a cuidar de ti mismo.

«¿En serio *crees que estoy listo?*». Tierra clavó sus garras en el suelo. ¿Cómo podían las Hermanas creer que estaba listo para comenzar su viaje?

Quería sisearle, hacerle ver lo poco listo que estaba. Pero tenía la boca demasiado seca para hablar. En vez de eso, la vio alejarse.

—Ella está trabajando para proteger a todos —Halcón le maulló suavemente, levantando la mirada del perifollo en la herida de su pierna—. No pretende ser cruel.

«*Luz de Luna quiere proteger a todos* —pensó Tierra—. *Yo ni siquiera pude protegerme a mí mismo*». Al menos ya no sería un peligro para las Hermanas, una vez que se hubiera ido.

Cuando el sol se levantó la mañana del día en que Tierra comenzaría su viaje, Helada lloriqueaba en la enfermería. Desde fuera de la guarida, Tierra escuchó el gemido de dolor de su hermana, con el corazón apretado.

—¿Va a estar bien? —le preguntó a Luz de Luna mientras salía de la guarida.

—Eso espero —su madre le dijo, con el rostro tenso por la preocupación—. Creo que solo ha comido una presa en mal estado. Pero si no se siente mejor pronto, podría llevarla a una guarida de Dos Zarpas para ver si podemos hacer que la ayuden.

Tierra movió sus patas nerviosamente.

—¿Dos Zarpas? ¿En serio?

—Algunos de ellos son de corazón blando, y tienen sus usos —Luz de Luna maulló nítidamente—. Nunca olvides que los antepasados de las Hermanas vivieron una vez con los Dos Zarpas. —Sacudió ligeramente su manto, como si se deshiciera de la idea—. Pero espero que no sea necesario. ¿Puedes traer musgo fresco para el lecho de Helada? Lo que realmente necesita es dormir.

—Por supuesto —respondió Tierra.

Sabía dónde crecía el musgo más suave, en las orillas de la pequeña corriente al borde del campamento. Mientras raspaba con cuidado el musgo de las rocas junto a la corriente, eligiendo los trozos más frescos y gruesos, su pelaje hormigueaba de ansiedad. Había intentado no pensar en ello, pero *hoy* era el día. Hoy dejaría a las Hermanas para siempre.

Helada había estado tan enferma últimamente que la preocupación por ella había relegado la idea de marcharse al fondo de la mente de Tierra. Desde que había empezado a tener arcadas miserables en la maternidad, había estado febril y con náuseas, confusa y con los ojos vidriosos y llamando a su madre. Luz de Luna se había quedado a su lado, y las otras Hermanas se habían hecho cargo de las tareas de Luz de Luna, haciendo todo lo que ella solía hacer para que el campamento funcionara sin problemas.

Con Luz de Luna preocupada por Helada, y Halcón descansando su pierna herida, ninguna gata se había hecho cargo del entrenamiento de Tierra. «*No estoy listo*», pensó. Sabía que volvería a congelarse si tenía que luchar. Su caza estaba bien, supuso, si podía concentrarse, pero tampoco se sentía seguro al respecto.

No podía ver espíritus. «*¿Cómo puedo viajar sin espíritus que guíen mis pasos?*».

Seguía intentando meditar, intentando hablar con la tierra como le habían dicho las Hermanas, pero no había conexión. No oía nada. «*¿Cómo puedo proteger la tierra sin una conexión con ella?*».

Recogiendo el musgo para llevárselo a Luz de Luna, Tierra tomó una decisión. Hablaría, calmada y razonablemente, con su madre. Ella vería que no podía irse todavía.

—Gracias, Tierra —maulló Luz de Luna cuando llegó hasta ella—. Eso hará que el lecho de Helada sea agradable y cómodo.

Tierra dejó caer el musgo delante de ella y, mientras se inclinaba para recogerlo, se aclaró la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó Luz de Luna, levantando la mirada.

Tierra tragó con dificultad.

—Creo que no estoy listo para comenzar mi viaje —soltó—. No puedo…

—*Estás* listo —lo interrumpió su madre—. Tienes que estarlo.

—No soy un buen luchador —argumentó el gato amarillo—. No he visto espíritus. —Dudó—. ¿Tal vez no debería irme todavía? Si pudiera quedarme con las Hermanas solo una luna más…

Luz de Luna se sentó, viéndose seria.

—Las cosas no son así —le dijo—. Hemos aprendido que da mala suerte que un gato macho se quede más allá de su sexta luna, malo para las Hermanas y malo para el gato.

—Pero… —Tierra comenzó a objetar.

—Una vez, cuando era joven, a un gato que tenía miedo de dejar a las Hermanas se le permitió quedarse unas lunas más —continuó Luz de Luna, con los ojos brillantes de tristeza—. Nubosa, quien nos guiaba entonces, pensó que no haría daño. Pero aquella temporada gélida fue la más dura a la que las Hermanas se habían enfrentado jamás. Una nieve feroz empapaba nuestro pelaje. La tierra helada rompía nuestras garras. No había presas, y murieron Hermanas. Y para la temporada del resurgir de las hojas, cuando el gato se fue, estaba débil y vulnerable, demasiado acostumbrado a que las Hermanas lo protegieran. Acabó eligiendo ir con los Dos Zarpas para ser su gato de guarida.

Un escalofrío recorrió el lomo de Tierra.

—No quiero que eso me pase a mí —maulló.

Sabía que los gatos a veces elegían vivir en guaridas de los Dos Zarpas, hacía mucho tiempo, todos los ancestros de las Hermanas lo habían hecho, pero a él simplemente le parecía *mal*. No quería que lo tocaran con sus largas zarpas sin pelo.

—No —asintió Luz de Luna con un ronroneo reconfortante. Se inclinó para presionar su mejilla contra la de él—. No te pasará a ti. Eres un gato inteligente e ingenioso. Pero *debes* salir al mundo y convertirte en el gato que estás destinado a ser.

—Supongo —Tierra concedió, mientras Luz de Luna se alejaba de nuevo—. Pero no me gusta la idea de estar solo. Mira lo que pasó cuando Halcón y yo nos encontramos con esos proscritos. ¿Qué pasa si me meto en territorio de otro gato otra vez? ¿Cuando esté solo?

La cola de Luz de Luna se crispó.

—Tienes que darte más crédito —le dijo—. Vas a ser un gato fuerte y capaz, puedo verlo. Te pareces mucho a tu padre, ¿sabes? Y él era un gato bien adaptado al mundo.

Tierra sintió una punzada de interés. Luz de Luna nunca había hablado mucho de su padre. Pero ahora necesitaba hacerle ver cómo se sentía.

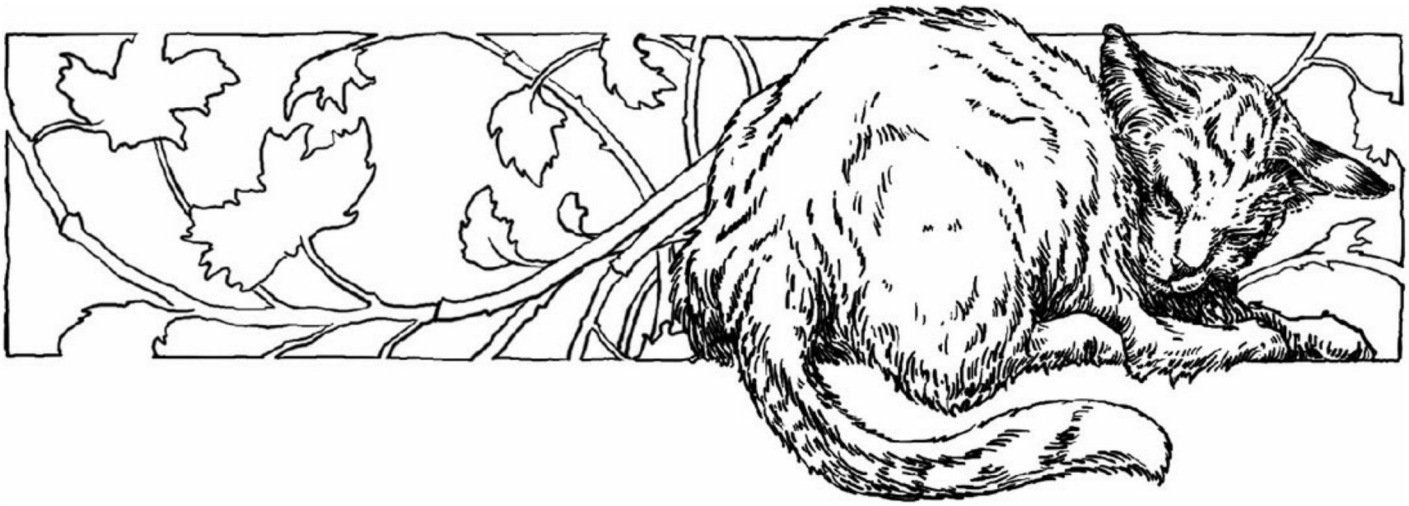
—No siento que vaya a ser ese tipo de gato —admitió.

Un maullido débil y preocupado vino de la enfermería detrás de ellos, y Luz de Luna se puso de pie.

—Tierra, todo va a salir bien. Pero no tengo tiempo para hablar de qué clase de gato *podrías* ser en el futuro. No cuando tengo una gata que cuidar *ahora mismo*.

—De acuerdo —murmuró Tierra.

La observó regresar a la enfermería, con un terrible dolor en el pecho. «*Desearía que me amara tanto como ama a mis hermanas*», pensó con amargura. Luz de Luna parecía demasiado dispuesta a que se marchara. «*Fuerte y capaz*», pensó, mirando sus pequeñas patas amarillas. No importaba lo que Luz de Luna dijera, él no se sentía fuerte y capaz en absoluto.



CAPÍTULO 4

Las Garras Estelares apuntaban hacia el sol poniente. Era hora.

Tierra siguió a Luz de Luna hacia una colina baja al borde del pinar, desde donde podían ver el cielo. Sentía las patas pesadas y rígidas, y un dolor angustioso en el vientre. «*No quiero hacer esto*».

Cuando se detuvieron, las gatas se reunieron alrededor de Tierra, al igual que habían hecho con Castaño y Caracol dos lunas antes. Todas menos Helada, que seguía en la enfermería.

Tierra miró con nostalgia por encima de su hombro hacia el campamento. «*Debería haber dicho adiós*». ¿Iba a volver a ver a su hermana algún día? ¿Y si ella moría de aquella enfermedad y él nunca lo sabía? Temblando al pensarlo, Tierra quiso volver corriendo al campamento, para compartir lenguas con Helada por última vez. Pero ya era demasiado tarde.

Luz de Luna apretó suavemente su nariz contra la mejilla de Tierra.

—Te extrañaré, hijo mío —maulló suavemente—. Te deseo felicidad.

Tierra cerró los ojos y respiró el familiar aroma de su madre. «*No me obligues a irme*». Quería gritarlo, pero ¿quién lo escucharía?

Amanecer le rozó la mejilla con la nariz, y su maullido fue áspero de pena.

—No quiero que te vayas —susurró, y Tierra apretó la cara contra la suya, incapaz de hablar por un momento.

—Dile adiós a Helada de mi parte —le susurró al fin.

Su hermana se apartó y, una a una, cada una de las Hermanas se le acercó, entrechocó narices o mejillas con él y le murmuró unas últimas palabras.

—Estarás bien —murmuró Halcón de forma tranquilizadora—. Sigue los olores y encontrarás muchas presas.

Pétalo le acarició suavemente la oreja con la nariz.

—Creo que Torrente irá contigo —susurró, con voz temblorosa.

El dolor recorrió el pecho de Tierra; no podía responderle. «*Todo sería diferente si Torrente estuviera conmigo*».

Cuando todas se hubieron despedido, Luz de Luna se acercó de nuevo e inclinó la cabeza ante Tierra.

—Este es el comienzo de tu aventura —maulló—. Nuestro amor te acompañará en tu interminable viaje. Sé un gato honorable, y la tierra guiará tus patas. Ahora eres guardián de la tierra. Debes escuchar lo que te dice.

Tierra sabía lo que debía decir, «Lo haré», pero las palabras parecían atascadas. Abrió la boca, pero no pudo maullar. «*¿Cómo puedo escuchar lo que me dice la tierra? ¡No puedo* oírla*!*».

Hubo una larga pausa. Todas lo miraban. Tojo y Nieve se miraron entre sí, preocupadas.

Luz de Luna se acercó para murmurarle al oído:

—Sé fuerte. No te preocupes, si tu valor flaquea, un ancestro te ayudará a ponerte a salvo.

«*A mí no. No me ayudarán*». Tierra tenía la boca seca. Todavía no había visto un espíritu. Y, a pesar de todo lo que Luz de Luna le había dicho, la idea de que un gato muerto lo observara le parecía aterradora.

Finalmente, se aclaró la garganta.

—Estoy listo —graznó, con voz pequeña y seca. Sonó completamente poco convincente a sus propios oídos, pero Luz de Luna ronroneó en señal de aprobación.

—Camina a través de la noche sin mirar atrás —continuó—. Al amanecer habrás dejado atrás tu infancia y te habrás convertido en un verdadero gato. Que los ancestros que recorren la tierra te encuentren y te guíen.

Tierra asintió con la cabeza, se volvió hacia donde las Garras Estelares colgaban en el cielo, y comenzó a caminar. Sus patas se sintieron pesadas al principio, pero hizo un esfuerzo y caminó más rápido, sintiendo los ojos de las Hermanas en su espalda.

Recordando lo emocionados y orgullosos que habían estado Castaño y Caracol cuando se marcharon, levantó la cola, intentando parecer tranquilo. No quería ser recordado como un cobarde. ¿Lo observarían hasta que estuviese fuera de su vista? Deseaba desesperadamente darse la vuelta y mirar hacia atrás, para ver si las Madres y las Hermanas seguían observándole, para ver si les daba pena verle marchar. Se armó de valor y siguió caminando.

Pero estaba muy oscuro. El sol ya se había puesto. La maleza crepitó cerca y Tierra miró a su alrededor, con el manto erizado de aprensión. «*¿Un espíritu?*». No vio nada.

Ya debía de estar fuera de la vista de las Hermanas. Tierra se detuvo un momento. Los grillos cantaban sin cesar en los arbustos que lo rodeaban y oyó el profundo croar de una rana a lo lejos. Una brisa agitó su pelaje. No sintió ninguna amenaza cerca, pero de repente su corazón latía tan fuerte como el de un conejo y se agachó hasta el suelo, como si quisiera esconderse. «*Es solo que nunca había salido a solas de noche* —se tranquilizó—. *No pasa nada*».

El mundo parecía más grande y vacío que nunca, y Tierra estaba solo. Empezó a caminar de nuevo, una pata tras otra. ¿Dónde se suponía que iba a parar para acampar? ¿Cómo iba a saber si era un buen lugar? Los campamentos de las Hermanas siempre los había elegido Luz de Luna. «*Esto es tan estúpido* —pensó—. *¿Por qué los gatos tienen que empezar a viajar de noche? ¿A quién se le ocurrió esa estúpida regla? La noche lo hace todo más difícil*».

Tierra pensó en volverse —las cosas estarían mejor cerca del campamento, ¿no?—, pero recordó lo que Luz de Luna había dicho. «Camina a través de la noche sin mirar atrás». Apretando los dientes, siguió adelante.

Un repentino estruendo lo hizo saltar; y luego una luz brillante resplandeció en sus ojos. «*¡Un relámpago!*». Tierra aulló aterrorizado. Pero la luz pasó de largo y algo enorme y oscuro gruñó mientras se alejaba a toda prisa. «*Un monstruo*». Tierra intentó recuperar el aliento y calmar su palpitante corazón. «*Debo de estar junto a un Sendero Atronador*». Se quedó inmóvil, con las patas hundidas en el barro. Podía haber cualquier cosa ahí fuera, y él no sabía qué debía hacer.

Después de respirar hondo, se decidió y se escondió bajo un arbusto. «*Me quedaré aquí esta noche*». ¿Y qué si todavía estaba cerca del campamento de las Hermanas? Ninguna Hermana podría decir que estaba viajando mal, porque ¿quién de ellas sabía realmente lo que hacía un gato

en su viaje? Puede que no hubiese caminado durante *toda* la noche, pero no había vuelto atrás.

Tierra se hizo un ovillo y cerró los ojos. Extrañaba el calor de sus dos hermanas a su lado. Extrañaba los sonidos de las Hermanas.

—Espíritus ancestrales, si están ahí fuera, cuídenme —susurró—. Lamento no poder verlos, pero espero no estar solo.

Escuchó, aguzando el oído, pero no hubo respuesta.

Cuando amaneció en el bosque, Tierra se estiró y sacudió el manto, frío y rígido por haber dormido solo. Ahora podía ver el Sendero Atronador a través de los árboles, así que le dio la espalda y se adentró en el bosque. «*Supongo que lo primero que debo hacer es cazar*», pensó. Si iba a viajar solo, necesitaba cuidarse. Olfateó cuidadosamente el suelo: un rastro de campañol, un ligero olor a musaraña… y su propio olor de la noche anterior, que le llevaba directamente al campamento de las Hermanas.

Dudó un momento. ¿Realmente tenía que estar solo por *completo*? Seguramente, podría cuidar de sí mismo más cerca de todas los gatas que conocía. La tierra por la que viajaba podía estar cerca de las Hermanas, supuso, con la misma facilidad con la que podía estar lejos de ellas. Decidido, siguió su propio olor, sintiendo sus patas más ligeras. Había caminado más de lo que pensaba la noche anterior; el sol estaba alto en el cielo cuando pudo oír las voces de las Hermanas.

—¡Pétalo, no olvides cubrir el arenero!

—Solo voy a extender los lechos viejos.

«*Se van*», se dio cuenta Tierra. Reconoció lo que estaban haciendo, destruyendo los signos de que habían vivido allí para que ningún depredador las rastreara a un nuevo campamento.

Trepando a un pino cercano, miró a través de sus gruesas acículas hacia el claro que tenía más abajo. Había acertado: las Hermanas se movían de un lado a otro, enterrando los restos del hueco de presas y asegurándose de que no quedara rastro de ellas en las guaridas donde habían dormido.

«*Es como si no hubiesen podido esperar a deshacerse de mí*», pensó Tierra. Sabía que no era cierto, pero sentía el estómago hueco de tristeza. ¿No podían haber esperado unos días para asegurarse de que él estaba bien?

Terminadas sus tareas, las Hermanas se reunieron en torno a Luz de Luna. Con una oleada de alivio, Tierra vio a Helada entre ellas. Parecía delgada y frágil, apoyada en su madre, pero se sostenía sobre sus propias patas. Quiso correr hacia ella, hablarle por última vez, pero podía imaginar la mirada de desaprobación en el rostro de Luz de Luna, y se quedó donde estaba. «*Adiós, Helada* —pensó—. *Espero que te mejores*».

Luz de Luna se inclinó para acariciar suavemente a Helada, luego se enderezó y condujo a las Hermanas fuera del campamento y hacia el bosque, alejándose de Tierra. Las observó hasta que ya no pudo verlas. «*Adiós* —pensó de nuevo—. *Adiós a todas*». Sintió como si algo con garras afiladas le desgarrara el pecho. «*Supongo que ahora estoy realmente solo*».

Capítulo 5

Cuando Tierra regresó a su nueva guarida, con una musaraña colgando de la boca, estaba cayendo la tarde. Su hogar actual estaba a la vista del antiguo campamento de las Hermanas. «*No he dejado atrás mi infancia en absoluto*», pensó, encorvando los hombros con culpa. Había hecho lo contrario de lo que se suponía que hiciera un gato macho. «*Al menos me las arreglo bien como cazador*», pensó, agachándose a la entrada de su guarida. Recordar las lecciones de Halcón había sido más fácil de lo que había imaginado. Cuando cazaba solo, cada sonido que hacían las presas era prácticamente ensordecedor. Mordió la musaraña, tratando de disfrutar del crujido de sus huesos.

Sin compañía, sin embargo, su comida parecía insípida. Y no estaba acostumbrado a comerse una presa entera él solo. Con las Hermanas, siempre había tenido alguien con quien compartirla. Mientras daba otro bocado a regañadientes, miró hacia el campamento, imaginando a Amanecer y Helada jugando a las peleas junto a la maternidad; a Nieve paseándose por los bordes del campamento, atenta por si aparecían depredadores; a Halcón y Pétalo, trayendo presas; a Luz de Luna construyendo un nuevo lecho para su guarida; a Torrente tomando una siesta a la luz del sol…

«*Torrente*». Se le quitó el apetito de golpe. Tierra dejó caer la musaraña en la tierra y la apartó.

El cielo comenzaba a oscurecerse y empezaban a aparecer estrellas pálidas. Una ráfaga de viento hizo crujir las ramas de los pinos sobre la cabeza de Tierra, quien se estremeció. Seguía sin dormir bien. Por la noche se quedaba despierto en su guarida, escuchando tenso cada chasquido de rama o el ulular de un búho que volaba bajo.

No se había encontrado con ningún proscrito y ningún espíritu ancestral había venido a guiarle. A estas alturas, estaba tan cansado de sentirse solo que casi habría dado la bienvenida a cualquiera de ellos. «*Debería ser capaz de ver espíritus*», pensó Tierra, moviéndose sobre sus ancas. Una bola de resentimiento ardía cada vez más en su interior. Si las Hermanas no lo hubieran echado tan pronto, sería capaz de verlos. Y no tendría miedo, no si estuviera listo para ver espíritus, listo para estar solo. ¿Por qué Luz de Luna tenía que apegarse tanto a la tradición? Ella le había hablado de *un* gato que conocía que había tenido mala suerte. ¿Qué prueba era esa? Ella no habría echado a Helada o a Amanecer por algo que había sucedido en el pasado distante. ¿Por qué las reglas tenían que ser diferentes para los gatos machos?

Tierra resopló y miró el bosque que se oscurecía a su alrededor. Todo había cambiado porque Torrente había muerto. Y ahora ni siquiera podía ver el espíritu de su amigo, porque Luz de Luna lo había hecho irse antes de que aprendiera a ver fantasmas.

Hubo otro crujido en las ramas por encima de él, y Tierra se estremeció. «*Si tan solo Torrente estuviera conmigo…*».

Tal vez debería intentarlo de nuevo. Tal vez no había deseado lo suficiente ver el espíritu de Torrente en el campamento, porque estaba demasiado asustado. Pero ahora…

Tierra miró a su alrededor, al bosque vacío.

—Torrente —llamó. ¿Qué había dicho Luz de Luna cuando llamó a los espíritus? Pensó, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Torrente, si deseas visitarme, estaré encantado de volver a hablar contigo. —No le pareció suficiente—. Torrente —continuó—, lo siento mucho. No quería que murieras. Fue una tormenta terrible, pero pensé que sobreviviríamos juntos. Pero yo viví y tú moriste. Ojalá no hubiera ocurrido.

El viento volvió a soplar entre las ramas. Una piña, atrapada por la repentina ráfaga, pasó rodando junto a la guarida de Tierra. Le recordó cuando bateaba piñas por todo el campamento con Torrente, Amanecer, Helada y Bruma.

—Te extraño —añadió, con su maullido ronco—. Siento mucho que hayas muerto, y si quieres venir y hacerme compañía, o simplemente saludarme, lo apreciaría mucho.

Tierra esperó, con los ojos muy abiertos y los oídos aguzados en busca de cualquier señal de Torrente. Pero el silencio se extendió por su pequeño sector de bosque. Ya ni siquiera oía soplar el viento. Escuchó, tenso, esperando que algo sucediera en cualquier momento.

Algo se movió en el árbol sobre su cabeza y Tierra miró hacia arriba, con el corazón latiéndole con fuerza. «*Solo una ardilla*». Demasiado arriba para perseguirla, la ardilla corrió por su rama y saltó a otro árbol, más lejos de Tierra. El gato amarillo dejó caer la cabeza sobre sus patas. No podía hacerlo. Nunca se encontraría con un espíritu ancestral, nunca volvería a ver a Torrente. O… ¿Y si el viento que crepitaba entre los pinos o el cono que rodaba junto a su guarida habían sido *enviados* por Torrente? ¿Señales de su amigo de que realmente *no* se había ido? El manto de Tierra se erizó de emoción mientras apartaba sus sentimientos de fracaso. «*Tal vez solo me comunico con los espíritus de forma diferente a como lo hacen las Hermanas*», pensó. Después de todo, ¿quién dijo que los fantasmas se aparecían de la misma manera a todos los gatos?

Volvió a escuchar con más atención y entrecerró los ojos para ver en la oscuridad, con la esperanza de volver a ver la piña.

—Torrente, envíame una señal —susurró.

Pero no ocurrió nada.

Con la esperanza disminuyendo, Tierra suspiró y, agachando la cabeza, se metió en la guarida improvisada que había hecho bajo los helechos. Necesitaba dormir si quería volver a cazar el día siguiente. Tal vez pudiera llegar a Torrente otro día. Si las Hermanas tenían razón, lo haría.

«*Tal vez*».

A la mañana siguiente, Tierra caminó entre la maleza al otro lado del antiguo campamento de las Hermanas, con la boca abierta para saborear el aire. Se oyó un susurro entre los arbustos y percibió el olor de un campañol. Tenso, bajó el vientre, acercándolo al suelo, y empezó a arrastrarse hacia adelante, escuchando el rápido latido del corazón del campañol.

«*Espera*». Captando un nuevo olor, Tierra se enderezó bruscamente, ya sin estar interesado en el campañol. «*Son gatos*». Miró a su alrededor con recelo, pensando en proscritos, antes de darse cuenta de lo familiares que eran los olores y olfatear con más fuerza. «*Amanecer. Tojo. Halcón. Tempestad. Luz de Luna. Helada*». A Tierra le dolió el pecho. Había encontrado los olores que las Hermanas habían dejado al trasladar el campamento. Habían pasado varios días, pero no había llovido en ese tiempo, y su rastro seguía siendo claro. «*Se dirigían hacia la colina*»,

pensó Tierra, con la nariz pegada al suelo. Él lo sabía, por supuesto; las había visto partir. Siguiendo el rastro, el gato amarillo se dirigió cuesta arriba. En la cima, se dio cuenta de que se habían detenido un rato. «*Debían de estar dejando que Helada descansara*», pensó. Sí, había un lugar donde su olor era más fuerte. Probablemente se había echado allí, creyó, olfateando. Pero luego continuaron cuesta abajo, Helada caminaba cerca del centro del grupo. «*Al menos estaba lo bastante fuerte como para seguir*». Siguió adelante, rastreando el olor.

El sol había pasado su punto medio cuando Tierra finalmente admitió a sí mismo: «*Las estoy siguiendo, y voy a encontrarlas*». Sabía que era una idea terrible. Si alcanzaba a las Hermanas, podrían enojarse. Incluso podrían atacarle. «*Me enviaron a viajar. Se supone que los gatos machos no deben estar con las Hermanas una vez que sean adultos*». Pero él no era un adulto, ¿verdad? Luz de Luna había sido tan terca, que no había sido capaz de admitir que él no estaba listo para estar solo. Ahora había intentado vivir solo por un tiempo, y había sido horrible. Tenía miedo todo el tiempo, y frío, y no había sido capaz de alejarse del territorio que le era familiar. Se sentía muy solo. Tal vez si hablaba con Luz de Luna ahora, ella vería la verdad. No podía ver ningún espíritu, así que no tenía ningún gato que lo guiara; necesitaba más entrenamiento. Tal vez podría convencerlas de que lo aceptaran, solo por un tiempo. Seguramente, lo habían extrañado. Eran sus parientes. Y él tenía muchas, muchas ganas de volver a verlas a todas.

Siguió caminando, siguiendo el rastro de las Hermanas.

Hubo gruñidos en la distancia y, cuando Tierra se acercó, también un fuerte olor a monstruo. «*Un Sendero Atronador*». El rastro del olor de las Hermanas conducía directamente hacia él.

Al salir de la maleza hacia el corto pasto que bordeaba el Sendero Atronador, el estómago de Tierra se hundió de consternación. Los monstruos pasaban a toda velocidad como si se persiguieran unos a otros, gruñendo sin cesar, con los ojos vacíos pasándole por encima al tomar una curva. Nunca había visto tantos monstruos a la vez. Su fétido olor era asfixiante, y Tierra se agachó más cerca del suelo, respirando con dificultad, esperando que los monstruos estuvieran demasiado concentrados entre sí como para fijarse en él.

Olfateó el suelo con cuidado. Tal vez Luz de Luna se había dado la vuelta y había alejado a las Hermanas de aquel terrible lugar. Era difícil distinguir el olor de las Hermanas entre la espesura. Pero cuando por fin encontró el rastro, se dirigía directamente hacia el Sendero Atronador. Su

corazón se hundió. «*Puedo hacerlo*». Tierra apretó los dientes y miró a los monstruos. Ya había cruzado Senderos Atronadores antes, unas cuantas veces, con el resto de las Hermanas. Podía hacerlo de nuevo.

Nunca había cruzado uno tan lleno de monstruos. Pero la idea general debía ser la misma. Tierra esperó a que hubiese un espacio entre los monstruos, intentando recordar exactamente qué había hecho Luz de Luna cuando habían cruzado. Por fin, hubo un momento sin monstruos a la vista, aunque aún podía oírlos gruñir, no muy lejos.

—Todo recto, tan rápido como puedan —murmuró Tierra—. No se detengan por nada.

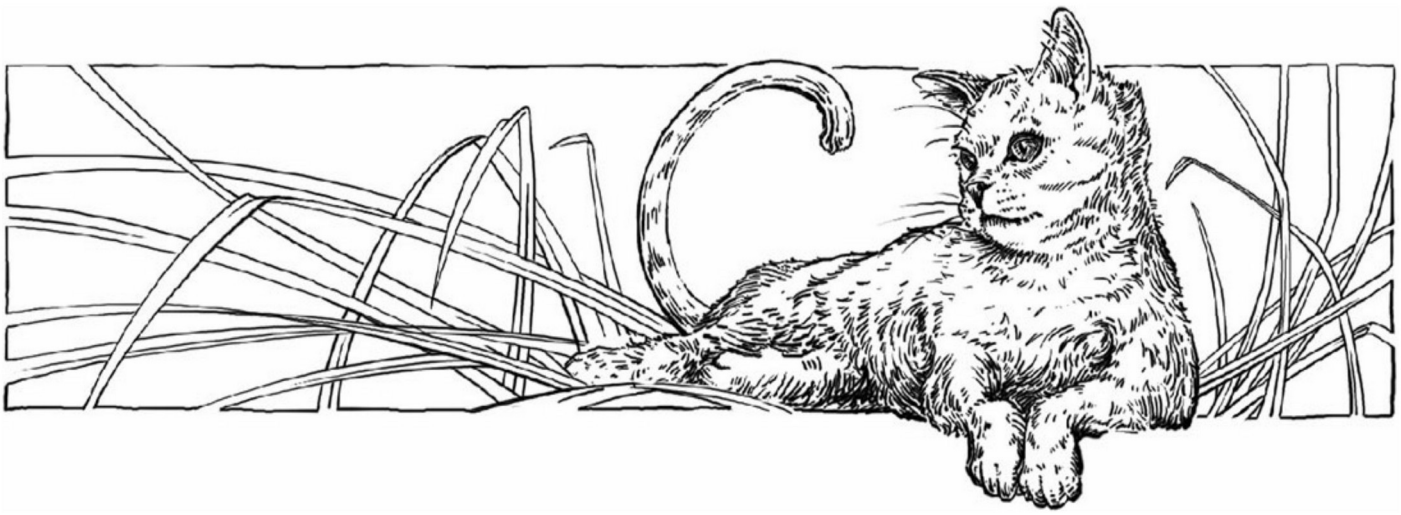
Eso era lo que Luz de Luna les había dicho. Con las orejas gachas y el cuerpo pegado al suelo, Tierra echó a correr. Estaba a medio camino cuando los gruñidos se hicieron cada vez más fuertes, cada vez más cercanos. Levantó la mirada y recuperó el aliento, mientras sus patas patinaban sobre la áspera superficie negra del Sendero Atronador. Un monstruo se le echaba encima.

El monstruo aulló, soltando un ruido fuerte y profundo que se elevaba por encima de su gruñido constante, y Tierra le devolvió el aullido, presa del pánico, y corrió más rápido de lo que nunca se había imaginado. El mundo estaba borroso a su alrededor, y no podía pensar, no podía sentir nada más que el latido de su corazón y el golpeteo de sus patas.

Sus patas chocaron contra el corto pasto, mucho más blando que el Sendero Atronador, y se tambaleó unos pasos antes de desplomarse. El monstruo aulló de nuevo, una vez, y durante un latido Tierra vio la extraña forma sin pelo de un Dos Zarpas en su interior mientras el monstruo pasaba corriendo a su lado. Una ráfaga de aire le erizó el pelaje.

Tierra intentó no pensar en lo cerca que había estado de ser aplastado por las gordas patas negras del monstruo. Se echó en el pasto, exhausto, y jadeó.

Al cabo de un rato, se incorporó lentamente y empezó a buscar el olor de las Hermanas. Finalmente, lo encontró: se dirigía en línea recta lejos del Sendero Atronador. Tierra respiró aliviado. Iba a encontrarlas. Y tal vez, solo tal vez, no lo echarían de nuevo. Esperaba que no. No cuando ya había pasado por tanto.



CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, los olores que Tierra seguía habían cambiado. Las señales de las Hermanas eran más frescas, y al olfatear más allá de un gran roble, Tierra se dio cuenta de que allí los rastros de olor iban en todas direcciones, cruzándose y volviéndose a cruzar. Justo cuando se dio cuenta de ello, salió de los árboles y salió a un páramo abierto. Largo pasto cubría el terreno llano, interrumpido aquí y allá solo por arbustos bajos y matorrales. El olor de las Hermanas era aún más fuerte allí. Ya no seguía el camino de las Hermanas; había encontrado su nuevo campamento.

Instintivamente, las orejas de Tierra se aplanaron y se agachó. «*No quiero que me vean*». Hubiera sido mejor que su campamento estuviera entre los árboles, para poder esconderse entre las ramas y observarlas sin ser visto antes de decidir si acercarse o no. «*¿Y si creen que las estoy atacando? ¿Y si ellas me atacan a* mí*?*». Nunca había oído hablar de un gato que volviera de su viaje.

Deslizando sus garras, Tierra rasgó el suelo con frustración. Había venido hasta aquí, y ahora tenía miedo de enfrentarse a las Hermanas de nuevo. ¿Por qué no lo querían? ¿Solo porque era macho? ¡Eran sus parientes!

Con un azote de la cola, Tierra se apartó del páramo y retrocedió unos pasos bajo los árboles. ¿De qué le servía buscar a su familia si solo iban a echarlo de nuevo, o tal vez incluso ahuyentarlo con garras y dientes? Se iría por su cuenta antes de que tuvieran la oportunidad de decirle que se fuera.

Dio otro paso y se volvió hacia el páramo. «*He llegado demasiado lejos para marcharme ahora*». Podrían decirle que se fuera, pero no podía estar tan cerca y no intentar hablar con ellas. Tal vez no le dejarían quedarse, tal vez se enojarían, pero al menos, durante un rato, no estaría solo.

Con la cabeza alta, Tierra salió al páramo. Conocía el tipo de campamento que Luz de Luna siempre escogía, y estaba seguro de que las Hermanas debían de haber hecho sus guaridas bajo alguno de los pequeños arbustos espinosos que crecían aquí y allá entre la hierba. Al divisar un probable grupo de arbustos, varios de los cuales crecían muy juntos, se dirigió hacia ellos.

—¡Hey! —Un aullido feroz vino de detrás de él, y Tierra se giró.

Helada le miraba con el pelaje erizado a lo largo de la espalda. Cuando vio su cara, su expresión cambió de enojo a sorpresa.

—¿Tierra? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Qué haces aquí?

Tierra aspiró su propio aliento. Helada parecía saludable, con el pelaje brillante y los ojos relucientes. Pasara lo que pasara ahora, se alegraba de verla bien.

—Estás bien —ronroneó.

Helada parecía contenta.

—Estaba tan enferma cuando te fuiste que no pude despedirme —le maulló—. ¿Por eso estás aquí? ¿Para volver a verme?

—Algo así. —Tierra se sentó en el pasto con un suspiro—. Quería verte. Quería verlas a todas.

Hubo un tirón de esperanza en su pecho. Era bueno que se hubiera encontrado con Helada, sola, primero. Al menos ella lo escucharía. Incluso podría hablar con Luz de Luna por él.

—¿Qué pasa? —Helada miró a su alrededor como si comprobara que estaban solos, y luego se sentó a su lado. Enroscó la cola sobre sus patas, con el rostro serio—. Sabes que se supone que tienes que estar viajando. Madre me dijo que si te volvíamos a ver, sería por casualidad y probablemente no en mucho, mucho tiempo. ¡Ni siquiera ha pasado una luna!

—No puedo hacerlo. —Las palabras brotaron de Tierra como si las hubiera estado guardando todo el tiempo que llevaba deambulando—. Lo intenté, pero estoy tan solo. Me da miedo estar solo, y nada se siente bien. —Agachó la cabeza.

Los ojos de Helada estaban llenos de simpatía.

—Lo siento mucho, Tierra —le dijo—. ¿Quizá deberías intentar viajar en otra dirección? Podrías encontrarte con otros gatos. Todos deben estar por ahí en alguna parte.

—¿Cómo lo sabes? —Tierra maulló agudamente—. Las Hermanas no saben qué pasa con los gatos cuando se van. Podrían estar todos muertos, o ser gatos de guarida. Y a las Hermanas no les *importa*.

—Sí nos importa —protestó Helada, bajando la mirada al suelo—. Pero así son las cosas.

—No entiendo por qué. —Tierra encorvó los hombros y su voz salió como un susurro—. Quiero volver con las Hermanas. —Todo su cuerpo estaba tenso. Tal vez Helada le ayudaría. Tal vez podría volver.

Pero Helada sacudía la cabeza con tristeza.

—Tierra, conoces las reglas. Ningún gato puede vivir con las Hermanas. Tienes que viajar y proteger la tierra.

—Lo sé. —Tierra se sintió pequeño y miserable.

Él lo *había* sabido, ¿no? Si incluso su propia hermana de camada se sentía así, ninguna de las Hermanas querría que se quedara. Las Hermanas nunca le permitirían volver a ser uno de ellas.

—¿En serio es tan horrible? —Helada preguntó tentativamente—. Tal vez podría… —vaciló.

—No puedes hacer nada —le dijo Tierra.

Una parte de él quería rogarle que hablara con Luz de Luna, pero sabía que nada iba a cambiar. Si Helada pasaba su tiempo tratando de arreglar las cosas para él, no estaría trabajando para las Hermanas. La necesitaban para cazar, patrullar y enseñar a los cachorros más jóvenes, como hacían todas las Hermanas. Si en vez de eso se preocupaba por él, perjudicaría a todas y a cada una de las Hermanas.

Tragó saliva y continuó.

—No pasa nada. Tienes razón, ya no pertenezco aquí. Pero quería verte.

—Me alegra que lo hicieras. —Helada se inclinó hacia delante como si fuera a acariciarle la mejilla y luego se echó hacia atrás.

«*No quiere que las otras Hermanas me huelan en ella*», se dio cuenta Tierra, con la cola caída.

—Estarás bien, de verdad, ¿no? —preguntó esperanzada.

—Claro que lo estaré. —Tierra sabía que mentía. Se puso de pie, levantando la cabeza—. Supongo que no volveremos a vernos —maulló.

Empezó a darse la vuelta mientras Helada respondía:

—Espero que no sea verdad. —Le temblaba la voz.

Tierra no se atrevió a responder. Miró al frente y se alejó rápidamente. A medida que se alejaba de Helada, empezó a correr.

«*Nunca podré volver*».

Para cuando el sol se puso, Tierra estaba muy lejos del campamento de las Hermanas. Había corrido y corrido después de dejar a Helada, corrió hasta quedarse sin aliento y con las patas doloridas. Cuando finalmente se detuvo, no tuvo tiempo de encontrar una buena guarida para pasar la noche. En lugar de eso, ahora se retorcía y giraba, con raíces clavándose en los costados mientras intentaba dormir en un estrecho hueco al pie de un aliso.

«*¿Qué voy a hacer mañana? ¿Y el resto de mi vida?*».

Le rugió el estómago. No había tenido el corazón como para buscar presas después de ver a Helada. «*Tal vez esto es lo que le pasa a los gatos que abandonan a las Hermanas* —pensó—. *Se mueren de hambre porque están demasiado solos para cazar*».

No podía imaginarse seguir así. Tierra rodó para tratar de encontrar una posición más cómoda, gruñendo cuando golpeó otra raíz, y miró las luces de un Poblado de Dos Zarpas en la distancia. Tal vez debería ir allí el día siguiente. Eso era lo que les pasaba a los gatos que no sabían cuidar de sí mismos, ¿no? ¿Se convertían en el gato de guarida de algún Dos Zarpas? Algo dentro de él se estremeció al pensarlo: nunca había querido eso. ¿Pero para qué más servía? No podía viajar solo para siempre.

Un repentino sonido áspero, no muy lejos, sacó a Tierra de sus pensamientos. «*¿Eso fue un ladrido?*». Ahora podía oler algo en la brisa: un aroma espeso y carnoso que hizo que su pelaje se erizara a lo largo de su manto. «*¿Un perro?*». Había oído hablar de perros y los había visto a lo lejos, pero nunca se había acercado a uno. Luz de Luna le había dicho lo peligrosos que eran. Poniéndose de pie, Tierra miró hacia la oscuridad, tratando de ver de dónde venía el olor.

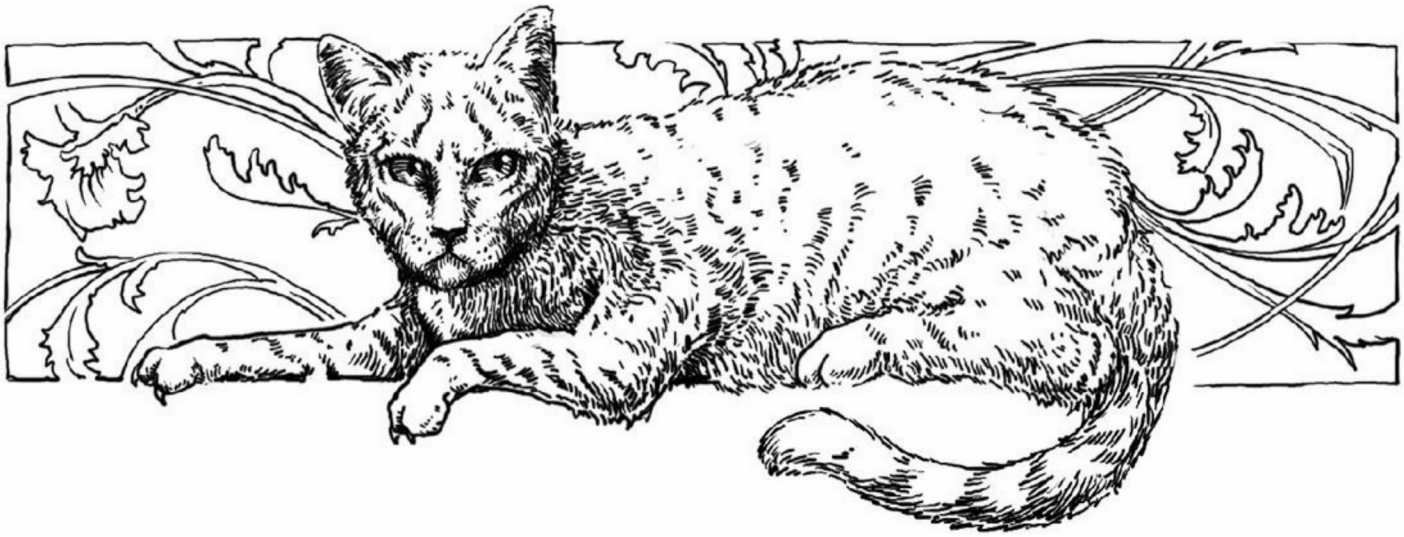
Se oyó un crujido a su derecha, y Tierra empezó a retroceder en silencio alrededor del tronco del árbol, colocando las patas con cuidado para no hacer ruido. Pero entonces otro ruido, un extraño tintineo, llegó a su otro lado, seguido de un gruñido justo detrás de él «*No es un perro. ¡Son varios!*». Tierra se congeló, su corazón latía con fuerza. Lo tenían rodeado. Tres perros se acercaban a él. Ahora podía verlos: un gran perro negro de ojos dorados, con la lengua fuera mientras jadeaba. Otro más

pequeño, marrón, que enseñaba los dientes. Y uno de largo pelaje blanco y negro, que lo miraba como si fuera una presa. Se acercaban a él lentamente, como si estuvieran seguros de que no podría escapar.

Tierra no podía moverse. Apenas podía respirar. «*Este es el fin*».

De repente, se oyó un aullido agudo y un gato pasó a su lado en la oscuridad, dirigiéndose *hacia* los perros. Con un destello de garras a la luz de la luna, el extraño arañó al perro negro en la nariz mientras maullaba de vuelta a Tierra.

—¡Corre!



Capítulo 7

Tierra corrió solo unas cuantas colas de distancia, hacia una maraña de helechos. Entonces se volvió y observó, asombrado. A la luz de la luna, pudo ver que el extraño gato era de pelaje claro y no muy grande, pero se movía rápida y suavemente, esquivando los dientes de los perros con facilidad. Atravesó con sus garras el hombro del perro marrón y luego saltó con un aullido para aterrizar sobre el lomo del perro de pelo largo, con la cola erizada. El perro chilló y salió corriendo hacia la oscuridad, con los otros perros pisándole los talones. El extraño gato seguía sobre su lomo, agitando la cola para mantener el equilibrio mientras arañaba al perro. Tierra se quedó con la boca abierta al verlos desaparecer en el bosque. ¿Debía huir? ¿O debía ir tras los perros para ayudar al extraño? El otro gato era increíblemente valiente, pero al final los perros dejarían de correr.

Antes de que Tierra pudiera decidirse, el extraño gato apareció de nuevo, con la cabeza alta. Sus ojos brillaban con lo que parecía diversión.

—¿Estás herido, gatito? —preguntó.

Ahora que estaban más cerca, Tierra pudo ver que su pelaje era tan amarillo como el suyo propio. Sus ojos verdes brillaban de emoción.

—Estoy bien —Tierra respondió. Se sintió repentinamente tímido, nunca había hablado con un gato adulto sin una de las Hermanas a su lado. Y este era tan valiente, y lo había salvado—. Eso fue increíble. Ahuyentaste a los tres.

—Solo tienes que mantener la mente firme —maulló el gato. Miró a Tierra—. Eres un poco joven para estar por tu cuenta, ¿no?

—¡No, no lo soy! —protestó Tierra, indignado, poniéndose de pie—. Tengo casi siete lunas.

«*Bueno, seis y un poco*».

Los bigotes del gato se movieron.

—No intento insultarte —maulló—. Soy Raíz. Me alegro de haberte ayudado.

—Sí. Gracias —le dijo Tierra, sintiéndose un poco mal. Este gato lo había *salvado*; debería ser educado—. Soy Tierra.

Hubo un brillo de diversión en los ojos de Raíz.

—Es un gran nombre. Estoy seguro de que crecerás hasta que encaje contigo. —Saludó a Tierra amistosamente—. Bueno, cuídate. Ten cuidado con los perros extraños. Puede que la próxima vez estés solo.

—Lo haré —Tierra prometió, pero estaba confundido. ¿Raíz ya se iba? ¿Y si volvían los perros?

Con un movimiento de la cola, Raíz se dio la vuelta y empezó a alejarse. Tierra lo observó y luego miró a su alrededor, a la maleza oscura y vacía. «*No quiero quedarme aquí solo*». En silencio, siguió al otro gato.

Al cabo de unos pasos, Raíz se detuvo y sus orejas se inclinaron hacia Tierra.

—¿Estás perdido? —preguntó—. ¿Necesitas ayuda?

—Bueno. —Tierra bajó la cola—. No estoy realmente *perdido*, pero no conozco este lugar. No sé a dónde ir que sea seguro. —Dudó, pensando en la segunda pregunta de Raíz. «*¿Necesito ayuda?*».

Raíz se dio la vuelta y miró a Tierra de arriba abajo. Vaciló, como si estuviera decidiendo algo.

—Vamos —maulló al fin—. Conozco un lugar donde podemos dormir esta noche.

—*¿En serio?* —Encantado, Tierra corrió al lado de Raíz, rozando su pelaje con el suyo—. ¿Puedo quedarme contigo?

Raíz agitó la cola con desdén.

—Por una noche —respondió—. Mañana caminaré contigo por aquí y te ayudaré a encontrar un buen lugar para hacer tu propio campamento. Yo solo estoy de paso.

—Yo también —le aseguró Tierra.

Comenzaron a caminar lado a lado, las patas de Tierra se sentían livianas de felicidad. Por supuesto, sería aun mejor si Raíz quisiera que se quedaran juntos —«*Tal vez sí quiera una vez que me conozca*», pensó—, pero se sentía tan *bien* estar con otro gato por un tiempo, aunque fuera solo por una noche.

Se quedó muy cerca de Raíz, acompasando su paso al del gato mayor. Raíz no dejaba de mirar a su alrededor y olfatear el aire, con las orejas apuntando a un lado y a otro.

—Tienes que estar alerta todo el tiempo —le dijo a Tierra—. El bosque está lleno de peligros para un solitario.

Asintiendo, Tierra caminó aún más cerca de él, con el pelaje erizado al pensar en los peligros del bosque.

Por fin, Raíz se detuvo junto a un alto roble.

—Este parece uno bueno —maulló alegremente.

—¿Un buen qué? —Tierra siguió la mirada de Raíz hacia las ramas que se extendían sobre ellos—. Espera —le maulló, parpadeando—. ¿Quieres dormir en un árbol?

—Un árbol es el mejor sitio —le dijo Raíz con confianza—. Nada podrá alcanzarnos. Y cuando nos despertemos, será fácil orientarnos.

—Sí, pero… —empezó Tierra.

«*¿Y si nos caemos?*». Se había subido a árboles para mirar a su alrededor, o perseguir ardillas, pero la idea de estar dormido tan alto le producía un cosquilleo incómodo en el manto.

Pero Raíz ya estaba trepando por el tronco del árbol.

—¡Vamos! —exclamó con un maullido alegre.

Tierra no quería quedarse atrás y le siguió.

En lo alto del árbol, Raíz señaló con la cabeza el espacio donde una rama ancha se unía al tronco.

—Ese es un lugar bueno y seguro —maulló. Se echó en la siguiente rama, dejó colgar la cola y cerró los ojos.

Tierra se dio la vuelta con cautela y se acurrucó en la rama, pegado al tronco. Una brisa agitó su pelaje, pero la rama le pareció sólida y espaciosa.

Levantó la mirada hacia las estrellas y se sintió más cómodo que nunca desde que había dejado a las Hermanas. Raíz tenía razón: nada podría atraparlo allí arriba. Y si algo lo intentaba, Raíz estaba con él. Las hojas del árbol emitieron un suave susurro cuando el viento recorrió sus ramas.

Repentinamente somnoliento, Tierra cerró los ojos. Al escuchar la respiración constante de Raíz, que le recordaba que no estaba solo, se quedó profundamente dormido.

* * *

El sol naciente despertó a Tierra temprano a la mañana siguiente, y él bostezó y se estiró, sintiéndose más descansado de lo que había estado en una luna.

La rama junto a la suya estaba vacía. Tierra miró a su alrededor, primero en el árbol y luego en el suelo, pero no había rastro de Raíz. «*No se habría ido sin despedirse, ¿verdad?*». Tierra no estaba seguro: el gato mayor había sido amistoso, pero había dejado muy claro que no buscaba compañía. Tal vez había decidido no ayudar a Tierra a hacer un campamento. «*Después de todo, las Hermanas me abandonaron* —pensó Tierra—. *Y son mis parientes*».

Bajó del árbol y, tras olfatear a su alrededor para ver si Raíz estaba cerca y darse cuenta de que no, se lavó cuidadosamente las patas y las orejas. «*¿Debería quedarme o irme?*», se preguntó. Si Raíz no iba a volver, no había razón para quedarse allí; podía continuar su viaje, buscando un territorio mejor. Pero quería volver a ver al otro gato. Tierra decidió que esperaría al menos hasta el mediodía.

Una brisa fresca agitó su pelaje, y Tierra encorvó los hombros, sintiendo frío sin ningún gato con el que acurrucarse. Haber tenido a otro gato a su lado, aunque fuera por una noche, haría aun más difícil volver a estar solo.

Tierra suspiró y pensó en Torrente. ¿Había contactado realmente con su amigo aquella noche en el bosque? ¿Fue Torrente quien había enviado la piña rodando junto a su guarida?

Cerrando los ojos, intentó concentrarse en Torrente, como había hecho entonces.

—Torrente —maulló—. Si quieres venir a verme, me encantaría verte y volver a hablar contigo.

Agudizó los sentidos, agitando las orejas y los bigotes, esperando captar algún indicio de su amigo. «*Nada*».

—Por favor, ven —continuó, con la voz temblorosa—. Lo intento, lo he estado intentado. Odio estar solo. Incluso volví a las Hermanas —confesó, bajando la voz—. Sé que no debería haberlo hecho, pero me sentía tan solo. Nunca me dejarán volver a ser uno de ellas. —Le invadió una oleada de rabia—. No es *justo* —maulló—. Torrente, querían echarnos cuando éramos demasiado jóvenes, solo porque éramos machos. No sé cuidar de mí mismo, y a ellas no les importa. A veces desearía no haber nacido, si las Hermanas iban a deshacerse de mí. —Tierra apretó aún más los ojos y añadió, con amargura—: *Nunca* las perdonaré.

Haciendo una pausa para respirar, oyó un pequeño ruido, como un paso cerca. «*¿Torrente?*». Con una oleada de esperanza, Tierra abrió los ojos.

El espíritu de Torrente no estaba allí. Pero Raíz sí, con una regordeta ardilla colgando de la boca mientras miraba fijamente a Tierra. Acalorado por la vergüenza, Tierra le devolvió la mirada sin saber qué decir. ¿Cuánto tiempo llevaba Raíz allí de pie, mirando cómo Tierra hablaba consigo mismo con los ojos cerrados?

Raíz soltó la ardilla. Encogido, Tierra esperó a que hiciera algún comentario, pero cuando Raíz habló, no fue lo que Tierra esperaba en absoluto. En vez de eso, Raíz dijo con voz vacilante:

—¿Conoces un grupo solo de gatas? ¿Gatas grandes y de pelo largo?

—¿Conoces a las Hermanas? —Tierra preguntó, asombrado.

Pero la expresión de Raíz se ensombreció.

—Sí que las conozco —respondió enojado—. Pasé un tiempo con ellas.

Los ojos de Tierra se abrieron de par en par. ¿Era Raíz un gato en su viaje, un gato mayor nacido de las Hermanas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Cuándo?

—Fui pareja de una de las Hermanas —le dijo Raíz—. Estuve con ella un tiempo y me parecieron geniales, fuertes y feroces. Mi pareja esperaba a mis cachorros. Pero entonces Luz de Luna y las demás se fueron sin mí. Me dijo que los gatos no viajan con ellas y que no se quedan en un sitio, así que tuvo que dejarme atrás. —Dio un azote con la cola, enojado—. Me dejó sin pensárselo dos veces.

Tierra se quedó mirando a Raíz, entumecido por la sorpresa. «*¿Luz de Luna?*». El pelaje de Raíz era tan amarillo como el de Tierra, y una de sus patas, se dio cuenta de repente, tenía seis dedos, como la de él. «*¿Podría ser mi padre?*».

Se lamió nerviosamente el pelo del pecho y luego dijo en voz baja:

—A mí también me dejaron. Soy uno de sus cachorros, pero los gatos machos no pueden quedarse con las Hermanas después de las seis lunas.

—¿Ves? —Raíz maulló furiosamente—. Son frías, las Hermanas. Siguen sus reglas, no sus corazones. —Su voz era tan baja que casi parecía que hablaba consigo mismo.

Tierra dio un paso más hacia él, con el corazón latiéndole desbocado.

—Luz de Luna era mi madre —maulló, esperando que Raíz entendiera a lo que quería llegar.

Raíz lo miró fijamente, con los ojos verdes muy abiertos.

—Dijiste que tenías seis lunas. —Rodeó al gato joven con la mirada, como si estuviera clasificando todas las cosas que Tierra había notado que tenían en común: su tamaño, sus patas, su pelaje amarillo.

—Casi siete —le recordó Tierra.

Raíz seguía mirándolo.

—Eres mi hijo —se dio cuenta, sonando sorprendido—. Debes serlo.

—Supongo que sí —Tierra susurró, apartando la mirada. De repente, se sintió demasiado tímido para mirar a Raíz a los ojos.

Tras un segundo de silencio, Raíz gruñó. A Tierra se le encogió el corazón: «*Mi padre también me odia*».

—¿Te echaron? —enfureció Raíz—. ¡No tienes edad para cuidar de ti mismo! Mira lo que pasó. ¡Esos perros podrían haberte matado!

Los ojos de Tierra se abrieron de par en par. A pesar de la ira de Raíz, Tierra sintió una sensación de calidez en el pecho. Raíz estaba enojado con las Hermanas por obligar a Tierra a marcharse. ¡Estaba de acuerdo en que Tierra era demasiado joven!

—Son tan *frías* —Raíz volvió a gruñir—. Su propio hijo, y te abandonó, justo como me abandonó a mí.

—Pero ahora nos encontramos —le dijo Tierra con entusiasmo, rápidamente acercándosele unos pasos más, hasta que estuvo justo en frente de Raíz—. Luz de Luna y las Hermanas nos abandonaron a ambos, pero ahora podemos cuidar el uno del otro. Es perfecto.

Raíz no dijo nada, sus ojos se entrecerraron, y Tierra tragó saliva.

—¿No?

El gato mayor apartó la mirada.

—Te dije que era un solitario —maulló en voz baja.

—Pero… pero estás tan enojado porque Luz de Luna me abandonó —argumentó Tierra—. ¿Tú también vas a abandonarme?

—No es lo mismo —Raíz murmuró.

—Lo es —insistió Tierra. Soltó las garras y rasgó la tierra que tenía debajo. Se había sentido tan *feliz*, solo por un latido.

—Mira —le dijo Raíz, sonando culpable—, nos quedaremos juntos por una luna o dos. Te enseñaré a cuidarte como es debido. Te lo prometo, te ayudaré hasta que estés preparado, no te echaré como hicieron las Hermanas.

—¿Lo harás? —preguntó Tierra, con finos zarcillos de esperanza empezando a extenderse por él.

—Sí —Raíz prometió—. Te enseñaré todo lo que necesitas saber. Pero estoy acostumbrado a estar solo. Correr con un amigo, o un pariente,

implica ser responsable de ellos. Es demasiado duro depender de otro gato. Si los pierdes, eso te destroza. Es mejor no contar con ningún gato. Luz de Luna me lo enseñó —añadió con amargura.

—Está bien —aceptó Tierra.

Era mejor que nada: tendría a Raíz durante una luna, quizá dos. Aprendería a cuidar de sí mismo: Raíz era inteligente y fuerte, y podría enseñarle mucho. ¿Y quién lo iba a decir? Un par de lunas era mucho tiempo. «*Quizá Raíz cambie de opinión y quiera que sigamos juntos*».

—Está bien —repitió, más alegre—. ¿Cuál es mi primera lección?

—Bueno —maulló Raíz, con su tono más cálido en respuesta al de Tierra—, está tu nombre.

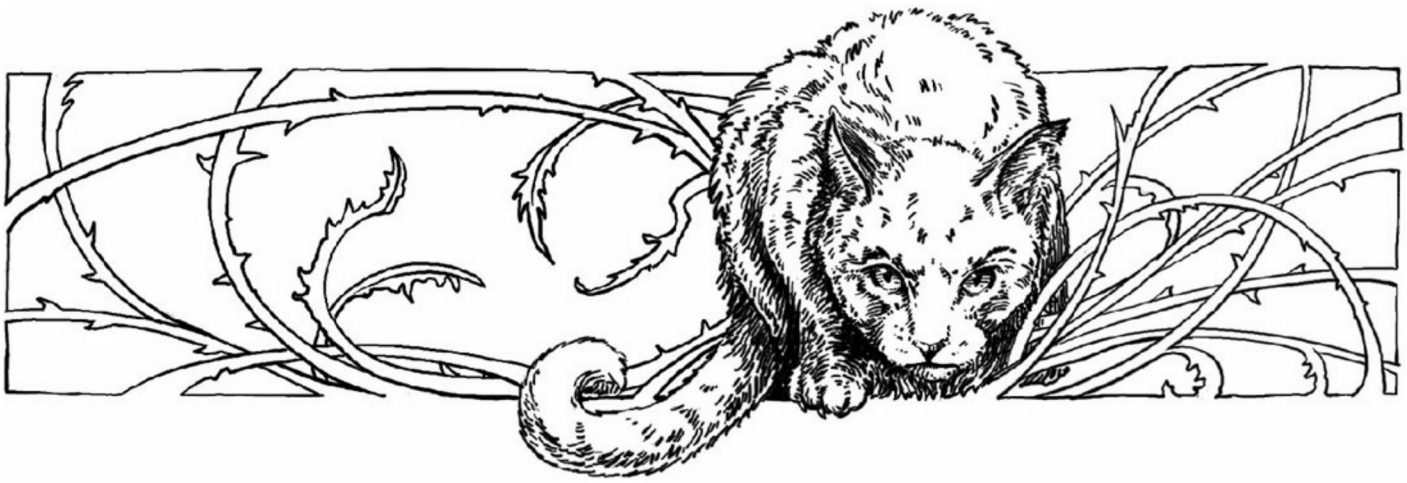
—¿Mi nombre? —preguntó Tierra, desconcertado.

Una luz burlona empezó a brillar en los ojos de Raíz.

—Como dije, es un nombre grande para un gatito de tu tamaño. Y es el nombre que te pusieron las Hermanas. Ya no eres uno de ellas, ¿verdad? Puedes elegir quién quieres ser.

Tierra pensó. ¿Todavía quería el nombre que Luz de Luna le había dado? ¿Quería algo de ella siquiera? Miró a su alrededor. Sobre él, el roble donde Raíz y él habían dormido extendía sus ramas. Era sólido y reconfortante. Los había cuidado durante la noche. No se iba a ir a ninguna parte.

—Tienes razón —le dijo a Raíz—. Ya no quiero ser Tierra. A partir de ahora, llámame Árbol.



Capítulo 8

—Te digo que es la mejor manera —maulló Raíz, sacudiéndose las hojas de su manto mientras se ponía de pie. Se agachó y usó la boca para recoger el ratón que acababa de matar.

—No estoy convencido de que echarse hasta que las presas decidan que eres un arbusto en vez de un gato sea realmente la mejor forma de cazar —replicó Árbol dubitativo.

Raíz ladeó la cabeza y movió el ratón de un lado a otro, como diciendo: «Y sin embargo, ¿ves este ratón?», hasta que Árbol ronroneó de risa.

—Está bien, entiendo tu punto —Árbol admitió—. Lo llevaré al campamento, a menos que tengas hambre ahora.

—Genial —Raíz maulló, dejando caer el ratón a las patas de Árbol—. Yo seguiré cazando. —Se acostó de nuevo, colocando algunas hojas en su propia espalda para hacer efecto.

Meneando la cabeza con diversión, Árbol llevó el ratón al pie del árbol donde habían estado durmiendo y raspó un poco de tierra sobre él para enterrarlo y guardarlo.

En las dos lunas que él y su padre habían pasado juntos, Árbol había aprendido mucho. Raíz no siempre cazaba como lo hacían las Hermanas: creía en cuidar de sí mismo a la vez que gastaba la menor energía posible. Así que no solo tenía técnicas de caza únicas, sino que también había enseñado a Árbol a encontrar comida en la basura de los Dos Zarpas y en los cuencos desatendidos de los gatos de guarida. Le había enseñado a Árbol a elegir los lugares más seguros para descansar. Y le había enseñado técnicas de lucha, pero también lo que él decía que era más útil: cómo

arquear la espalda y gruñir para asustar a proscritos y perros, y así no tener que luchar siquiera.

«*Lo habría pasado tan mal sin Raíz*», pensó Árbol mientras pasaba unas hojas secas por donde había enterrado al ratón.

Otra hoja cayó del roble y Árbol bajó la cola. Se acercaba la temporada gélida. Raíz siempre había dicho que no estarían juntos más de una o dos lunas, y ya habían pasado dos. Árbol sabía lo mucho que le debía a Raíz. Pero aun así… estaría a la deriva y solo cuando se separaran. Si no podía quedarse con su padre para siempre, Árbol deseaba ser como el resto de las Hermanas. Si pudiera hablar con la tierra, y si pudiera ver espíritus, nunca estaría solo. ¿Podría hacerlo alguna vez? Luz de Luna le había dicho que algún día lo lograría, pero él lo había intentado con todas sus fuerzas y no había conseguido nada…

Se enderezó, sorprendido por una nueva idea. Tal vez, solo *tal vez*, algo había cambiado desde que era un gatito. Ahora era más grande, más inteligente y más capaz; ¿era posible que la tierra le hablara de una forma que se había negado a hacerlo cuando era más joven?

Árbol miró a su alrededor con cierta culpabilidad, asegurándose de que Raíz no estaba a la vista. Al gato mayor no le gustaba pensar en Luz de Luna y en el resto de las Hermanas. No le gustaba ver a Árbol actuando como ellas. Sin embargo, Raíz no estaba cerca, así que Árbol se acomodó entre las hojas suaves y secas e intentó recordar lo que Luz de Luna le había enseñado. «*Ah, sí*». Debía intentar volverse uno con el pasto. Cerrando los ojos con fuerza, Árbol escuchó con atención. Si podía hacerlo bien, oiría al pasto, a las hojas, a los árboles, a todo hablándole. Esforzando los oídos, aguantó la respiración, escuchando. No oía nada. ¿Qué era lo que estaba mal con él, que no podía hacerlo?

Oyó el suave crujido de una hoja seca bajo una pata y abrió los ojos. Raíz había salido de la maleza y lo estaba observando.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Árbol se sintió acalorado por la vergüenza. Dudó incómodo, moviendo las patas.

—Estoy… intentando hablar con el pasto —maulló en voz baja—. Como gato macho, se supone que debería poder hacerlo, y nunca lo he hecho.

Raíz se acercó y se sentó a su lado.

—¿De verdad el pasto tiene mucho que decir? —preguntó. No se reía, pero le temblaban los bigotes.

Árbol lo miró fijamente.

—Los gatos son los guardianes de la tierra —le dijo—. ¿Cómo se supone que voy a hacer lo que necesito si ni siquiera puedo hablar con el mundo que me rodea? —Dejó caer la cabeza sobre sus patas—. Sigo *fracasando*.

Raíz dudó un instante y luego rozó suavemente la espalda de Árbol con la cola.

—Mira —le maulló, con los ojos cálidos de simpatía—. No todos los gatos creen lo mismo que las Hermanas. Un gato no *tiene* que cuidar del mundo. El mundo seguirá adelante.

—Luz de Luna nos dijo… —comenzó Árbol.

—Ya no vives con Luz de Luna y las Hermanas —lo interrumpió—. No tienes que vivir según sus reglas. Cambiaste tu nombre, y tampoco tienes que quedarte con nada de lo que te dieron, a menos que quieras. Sé quien *tú* quieras ser.

«*¿Quién quiero ser? ¿Quién es ese gato?*». Árbol no lo sabía, pero se sentía un poco más ligero. Tal vez no querer viajar y cuidar la tierra estaba bien. Las Hermanas lo habían obligado a irse, pero tal vez él también podía *elegir* irse.

La idea era asombrosa… pero muy solitaria.

—Quería volver a intentar hablar con la tierra —le dijo a Raíz—, porque necesitaré algún gato con el que hablar.

Raíz parecía desconcertado, y Árbol se apresuró a explicar, sus palabras cayeron una sobre otra en un apuro.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —dijo—. Si no me hubieras dejado quedarme contigo, probablemente ya estaría muerto, o me habría rendido y convertido en el gato de guarida de algún Dos Zarpas. No he olvidado que eres un solitario y que no puedo quedarme contigo para siempre. Incluso un par de lunas ha sido genial. Pero sé que tiene que terminar.

Raíz ladeó una de sus patas traseras para rascarse la oreja.

—Em —comenzó despacio, mirando al cielo—. Ahora eres un buen cazador, pero aún tengo mucho que enseñarte. Necesitarás saber cómo establecer un territorio para ti. Tal vez deberíamos permanecer juntos un poco más.

Confundido, Árbol abrió la boca para objetar, había vivido en suficientes territorios diferentes con las Hermanas como para estar seguro de poder hacerlo, y luego la volvió a cerrar. Los ojos de Raíz brillaban avergonzados. «*No quiere que me vaya* —se dio cuenta Árbol—. *También me extrañará*». Quizá Raíz no era tan solitario como creía.

Árbol sintió calidez en el pecho y parpadeó cariñosamente hacia su padre. «*Raíz tiene razón* —pensó—. *Ahora puedo ser el gato que quiera ser. Y tal vez quien quiero ser es la familia de Raíz*».

—Creía que solo querías que las presas vinieran a ti —maulló Árbol unos días después, siguiendo a Raíz por el bosque.

Raíz agitó la cola con desdén.

—Eso está bien cuando cazas ratones —él respondió—. Pero hoy tengo ganas de conejo, y los conejos son cosa de dos gatos.

Árbol agitó la cola alegremente mientras caminaban. Hacía un poco de frío en el aire, pero aún faltaban un par de lunas para que llegara la temporada gélida. Las presas serían sabrosas, aún gordas por el tiempo más cálido. A Árbol se le hizo la boca agua al pensar en un conejo.

—Mira —Raíz señaló en voz baja.

Habían llegado al borde de un claro soleado, donde dos conejos mordisqueaban largos tallos de pasto, levantándose periódicamente sobre sus patas traseras para comprobar si había depredadores.

—Uno para cada uno —exhaló Árbol, pero Raíz negó con la cabeza.

—Si vamos tras los dos, no atraparemos ninguno. Vamos a por el grande. Rodéalo y tráelo hacia mí.

Árbol inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y comenzó a moverse silenciosamente por el borde del claro, vigilando atentamente a los conejos. De repente, el más pequeño levantó la cabeza, agitando las orejas, y él se quedó helado mientras olfateaba el aire. Cuando por fin empezó a comer de nuevo, Árbol se dirigió directamente hacia los conejos, agachándose tanto que su vientre casi rozaba el suelo y estaba completamente oculto por el largo pasto.

No fue hasta que casi había alcanzado a los conejos cuando éstos se pusieron rígidos de repente. Con golpes de sus grandes patas traseras, comenzaron a correr, alejándose el uno del otro en zigzag, y Árbol vio que Raíz había tenido razón. Si no hubiera estado seguro de a cuál perseguir, habría perdido a los dos. En lugar de eso, se lanzó tras el más grande, un gordo marrón con cola blanca, saltando casi sobre sus talones, conduciéndolo hacia donde sabía que Raíz estaba agazapado.

El conejo era más rápido que él, pero no importaba: solo se había alejado unas zancadas cuando Raíz salió del pasto y lo derribó. Con un rápido mordisco en la garganta, el conejo se quedó quieto.

—¡Buen trabajo, Árbol! —exclamó Raíz feliz, levantando la mirada con la sangre del conejo todavía salpicada en su pecho.

—Lo mismo digo —Árbol maulló. El conejo tenía un aspecto delicioso—. ¿Quieres comer aquí o lo llevamos al árbol?

—Me sentiría más seguro en nuestro propio territorio —le respondió Raíz—. Ven, ayúdame a llevarlo.

Llevando el conejo entre ambos, los dos gatos se adentraron de nuevo en el bosque. Árbol disfrutaba del peso de la presa en la boca y de su olor cálido y fresco. Le rugió el estómago y soltó el conejo para decir:

—Me *muero* de hambre. Quizá deberíamos comérnoslo aquí.

Raíz también dejó caer su parte del conejo y empezó a decir algo, ronroneando de risa, cuando de repente se detuvo y olfateó el aire.

—¿Hueles eso?

Árbol probó el aire, también, tratando de oler algo por encima del insistente olor a conejo. Había algo. Algo carnoso y rancio que le hizo estremecer el manto.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un zorro. Será mejor que nos demos prisa —le dijo Raíz.

Comenzó a inclinarse para recoger el conejo de nuevo, luego se enderezó, el pelo a lo largo de su manto se erizó. Árbol siguió su mirada justo a tiempo para ver cómo una criatura roja y delgada salía del bosque y se dirigía hacia ellos, enseñando los dientes.

—¡Corre! —aulló Raíz, pero Árbol gruñó y apretó el costado contra el de su padre. No lo iba a abandonar.

Y entonces el zorro estaba sobre ellos. Tenía los dientes más afilados que los de un perro y se abalanzó sobre Árbol mientras éste lo esquivaba, rozándole dolorosamente el hombro con su mordisco. Pero Raíz le había enseñado a luchar. Se tiró al suelo y se deslizó bajo el zorro, arañándole el vientre, mientras Raíz saltó a un lado, cortando el hombro del zorro con sus garras. Lucharon juntos, Raíz atacando los cuartos traseros del zorro mientras Árbol le golpeaba el hocico. Árbol hundía los dientes en la pata del zorro mientras Raíz le daba arañazos en el costado.

«*Estamos ganando*», pensó Árbol, sintiéndose a la vez jubiloso y aterrorizado, mientras el zorro emitía un extraño aullido agudo y se retorcía hacia él. Árbol esquivó de nuevo, pero su pata resbaló en un montón de hojas embarradas y cayó, golpeándose el costado contra el suelo con fuerza y quedándose sin aliento. «*Tengo que moverme*», se dio cuenta, pero estaba congelado. Lo único que pudo ver fue un destello de dientes cuando el zorro fue a por él. Todo parecía ir más despacio y Árbol

no podía moverse. «*Igual que cuando atacaron los proscritos*», pensó aturdido, recordando a Halcón.

Y entonces hubo un destello de pelaje amarillo. Raíz se lanzó entre Árbol y los dientes del zorro, y todo volvió a acelerarse.

—¡Raíz! —Árbol aulló.

Se puso de pie justo cuando Raíz gruñó y clavó sus garras en los ojos del zorro. Con un aullido de dolor, el zorro retrocedió, giró la cola y echó a correr.

—¡Eso fue increíble! —exclamó Árbol sin aliento.

Se volvió hacia Raíz, pero el gato mayor se balanceaba sobre sus patas, con los ojos vidriosos. Justo al caer, Árbol se dio cuenta de que la sangre corría por el costado del otro gato.

—¡Raíz! —Árbol jadeó y corrió hacia él, husmeando entre su pelaje amarillo para encontrar la herida. Tenía un mordisco profundo en el costado, del que brotaba sangre roja oscura que se acumulaba en el suelo.

Tras un aterrado momento de silencio, Árbol empezó a pensar de nuevo.

—Luz de Luna me enseñó a vendar heridas —maulló rápidamente—. Traeré telarañas para ayudar a la hemorragia y, emm —la cabeza le daba vueltas mientras intentaba recordar—, la consuelda ayudará a aliviar la herida. —Empezó a levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Raíz puso su cola sobre la espalda de Árbol.

—No te vayas —exhaló débilmente—. No servirá de nada. Me estoy muriendo y no quiero estar solo. —Miró a Árbol, con la mirada desenfocada—. Quiero que mi hijo esté conmigo cuando muera. Por favor.

—Claro que me quedaré —Árbol maulló, y se echó junto a su padre, con el corazón dolorido.

Raíz tenía razón: ninguna telaraña podía detener aquel rápido torrente de sangre. Corrió por el suelo y cubrió el pelaje de Árbol, también, rápidamente volviéndose fría y pegajosa. Árbol lamió el hombro y la espalda de Raíz, intentando limpiar el pelaje de su padre.

—Lo siento —añadió—. Tuviste que salvarme otra vez. Ojalá hubiera sido mejor luchador. Más valiente, como tú. Ojalá nos hubiéramos conocido más tiempo. Siempre.

La cola de Raíz volvió a rozar la espalda de Árbol, reconfortante. Miró a Árbol a los ojos e intentó hablar, pero tenía la boca llena de sangre. Le corría por la barbilla y por el pecho, mezclándose con la del conejo. Su cuerpo dio un espasmo, y luego otro, y entonces se quedó quieto.

—¿Raíz? —preguntó Árbol en voz baja.

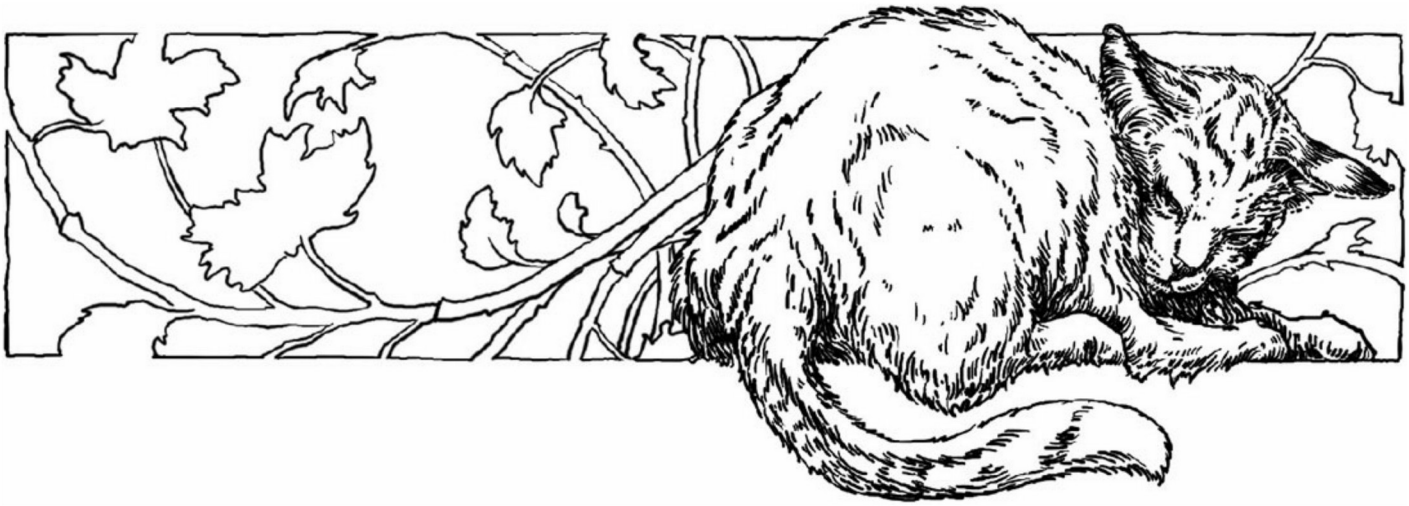
Pero los ojos de su padre se habían cerrado y Árbol supo que estaba muerto. Árbol apretó la cara contra el pelaje de Raíz. Lo invadió una oleada de culpa y horror. «*Fue mi culpa*».

Permaneció allí largo rato, con la cara pegada a la piel fría de Raíz. Poco a poco se dio cuenta de que a su alrededor empezaba a hacer frío y a oscurecer, de que había llegado la noche.

Salió el sol antes de que volviera a pensar.

Había amado a su padre, y su padre lo había amado a él. Pero al final, les había hecho daño a los dos. «*Nunca más*». Raíz había tenido razón: era mejor no contar con ningún gato. Árbol había aprendido la lección. Tal vez aquella era la lección que Luz de Luna y las Hermanas habían querido enseñarle desde el principio.

«*Debería viajar solo*».



CAPÍTULO 9

Una cálida brisa sopló a través del pelaje de Árbol mientras estaba agachado junto a la roca plateada, mirando la basura de Dos Zarpas en su interior. Al ver algo sabroso, metió la pata y enganchó los restos de un trozo de comida de Dos Zarpas con una garra. «*Pollo*», pensó, olfateando. Se le hizo la boca agua al olerlo y le rugió el estómago.

Levantó la cabeza cuando percibió otro olor en el viento, por encima de los pesados olores de la basura de Dos Zarpas, y Árbol se tensó. «*Un gato extraño*». Desde la muerte de Raíz, ocho lunas antes, Árbol apenas había hablado con otros gatos, excepto porque le habían gruñido y expulsado de territorios reclamados unas cuantas veces. Agarrando el pollo con fuerza en la boca, se dejó caer en el espacio entre la roca plateada y la guarida de Dos Zarpas que había detrás. Con un poco de suerte, el otro gato ni siquiera se daría cuenta de que Árbol estaba allí.

Árbol oyó las pisadas de unas suaves patas y luego un maullido severo.

—Sé que estás ahí. Sal donde pueda verte.

Ajustando su agarre en el pollo con un suspiro, Árbol salió de su escondite. Quedarse allí solamente lo dejaría acorralado.

Había una gata blanca con manchas marrones entre las rocas, observándolo con recelo. Sus costados estaban llenos de crías: por su tiempo con las Hermanas, Árbol podía adivinar que le faltaba quizá media luna para dar a luz. No le tenía miedo a una gata embarazada, pero sabía que podría tener una pareja o parientes cerca, así que soltó el pollo y habló con respeto.

—¿Este es tu territorio? Solo estoy de paso. Puedes quedarte la comida si quieres.

Los bigotes de la gata se volvieron hacia atrás con disgusto.

—Yo no como basura de Dos Patas —dijo mordazmente—. Soy una guerrera. Puedo cazar mi propia comida.

Árbol se encogió de hombros, preguntándose qué era una guerrera.

—Siéntete libre —le dijo.

Volvió a subirse a la roca plateada y observó con interés cómo la gata empezaba a merodear, olfateando el aire, con las orejas aguzadas en busca de presas. Al cabo de un rato, se puso rígida y corrió a una velocidad sorprendente hacia una maraña cercana de trozos de monstruos muertos. Árbol se inclinó hacia delante para observar.

Un momento después, salió de detrás de una redonda pata de monstruo negra, con una rata colgando de la boca.

—Eso fue increíble —le dijo Árbol con sinceridad—. Eres muy rápida, incluso llevando cachorros.

La cola de la gata se movió con orgullo.

—Gracias —maulló, dejando caer la rata. Después de un momento, ella ofreció—: ¿Quieres compartirla conmigo?

Árbol dudó un instante. Una rata fresca sabría bien, mejor que la comida desechada de los Dos Zarpas. Pero la gata parecía demasiado delgada, a pesar de sus costados redondeados.

—No —le dijo—. Quédate con la rata. ¿Pero quieres que comamos juntos? Me encantaría tener algo de compañía.

La gata se encogió de hombros y se sentó, con la rata delante. Árbol bajó de un salto de la roca plateada, llevando el pollo, y se sentó a su lado.

—Soy Árbol —maulló.

—Me llamo Guijarro Brillante —le dijo la gata, dando un mordisco a su presa—. Encantada de conocerte.

—¿Guijarro Brillante? —preguntó Árbol con curiosidad—. Es un nombre extraño. Pero bonito —añadió.

Guijarro Brillante levantó la barbilla con orgullo.

—Todos los guerreros del Clan del Cielo tienen nombres así. Los cambiamos a medida que crecemos: Yo era Pequeña Guija cuando nací, y luego Zarpa de Guijarro cuando mi mentor me entrenó. Mi líder, Estrella de Hojas, me dio el nombre de Guijarro Brillante cuando estuve lista para convertirme en una guerrera completa.

Árbol se movió intranquilo. ¿Estrella de Hojas había sido como Luz de Luna? ¿Era por eso que Guijarro Brillante estaba allí sola, cuando

estaba esperando cachorros? Quizás aquel Clan del Cielo echaba a las gatas y se quedaba con los gatos.

—¿Y fue entonces cuando tuviste que irte?

—¿Qué? ¡No! —Guijarro Brillante maulló—. Estaba viajando con mi Clan, y nos separamos. Nunca los dejaría a propósito.

—Oh. —Árbol se sintió aliviado de que Guijarro Brillante no estuviera sola. Tener cachorros eran una gran responsabilidad—. ¿Qué pasó?

Guijarro Brillante hizo una mueca.

—Subí a la parte trasera de un monstruo tras una presa. Y el monstruo me atrapó. Escapé, pero ahora estoy lejos del Clan del Cielo, y necesito encontrarlos de nuevo.

Árbol parpadeó. «*¿Se subió a un monstruo?*». No estaba seguro de lo que quería decir, pero tenía una pregunta más urgente.

—¿Qué es el Clan del Cielo?

—Somos un Clan de guerreros —le explicó Guijarro Brillante—. Nos cuidamos unos a otros, y seguimos el código que nos dio el Clan Estelar. —Suspiró—. Tuvimos que dejar nuestro territorio, y hemos estado viajando para encontrar uno nuevo. El monstruo me llevó muy lejos, creo.

—Entonces, ¿eres una *guerrera*? —Árbol le preguntó, tratando de entender.

—Por supuesto —dijo Guijarro Brillante—. Y mis cachorros también serán guerreros del Clan del Cielo. —Dudó, mirándolo con un poco de desconfianza—. ¿Eres un proscrito?

«*¿Lo soy?*», se preguntó Árbol. Pensó en el par de proscritos que habían atacado cuando él y Halcón estaban cazando, allá con las Hermanas. Él no era así, no haría daño a otro gato a menos que tuviera que hacerlo.

—No —decidió—. Solo soy un solitario, supongo.

Guijarro Brillante se puso más cómoda.

—No me parecías un proscrito —maulló ella, y Árbol se sintió un poco más cálido bajo su aprobación.

Tomó otro bocado de pollo, observándola con el rabillo del ojo. Parecía *muy* cerca de tener a sus cachorros, pensó. Si iba a encontrar el camino de vuelta a su Clan antes de que nacieran los cachorros, tendría que darse prisa.

—¿Cómo vas a encontrarlos? —preguntó—. Dijiste que estaban viajando cuando fuiste capturada por el monstruo. Así que no sabes dónde

están, y ellos no saben dónde estás tú. —Dudó—. Odio decirlo, pero dudo que vayas a encontrarlos, al menos no antes de que nazcan tus cachorros.

Guijarro Brillante levantó la barbilla obstinadamente.

—El Clan Estelar me ayudará a encontrar a mi Clan de nuevo, y a mi pareja, Ala de Halcón. Mis cachorros son especiales, puedo sentirlo. El Clan del Cielo los necesita. —Sus ojos brillaban—. Tienen un destino. *Pertenecen* al Clan.

Algo en sus ojos le recordó a Luz de Luna, lo segura que estaba cuando hablaba del deber de las Hermanas de hablar con las estrellas, y el deber de los gatos de cuidar la tierra.

—Si vuelves a encontrar a tu Clan, ¿los cachorros podrán vivir allí siempre? —preguntó con recelo—. ¿Sin importar nada? Ya sean gatos o gatas, o incluso si no pueden hacer todo lo que se supone que un guerrero debe hacer.

—Por supuesto —le dijo Guijarro Brillante, sorprendida—. El Clan del Cielo nunca expulsaría a sus guerreros. Nosotros pertenecemos allí. Por eso tengo que volver con ellos.

Estaba tan *segura*. Árbol sintió calidez de admiración.

—Creo que serás una muy buena madre —maulló él, y los bigotes de la gata se movieron con placer por el cumplido.

Algo seguía preocupando a Árbol.

—Entiendo que quieras volver allí —empezó—. Pero si tienes que recorrer un largo camino antes de encontrarlos, será peligroso, sobre todo porque estás esperando cachorros. Tal vez deberías esperar. A veces es mejor aceptar lo que te pasa y seguir con tu vida, aunque no sea lo que querías. —Se miró las patas, esperando que Guijarro Brillante no se ofendiera.

—Así no son las cosas en un Clan —le dijo Guijarro Brillante con firmeza, y Árbol volvió a levantar la mirada. No parecía ofendida, pero sí decidida—. Ala de Halcón y el resto del Clan del Cielo no van a dejar de buscarme. Así que yo tampoco puedo dejar de buscarlos. —Miró a Árbol con un pequeño encogimiento de hombros—. Al final nos encontraremos. Es la única forma en que quiero vivir, especialmente ahora que he visto lo que es la vida como solitaria.

Árbol asintió. Ella tenía razón: la vida como solitario era difícil, y no para todos los gatos.

—Será un duro viaje —le dijo—. Espero que los encuentres.

Al recordar su tiempo con las Hermanas y cómo había terminado, y luego la muerte de Raíz, Árbol no pudo evitar preguntarse si siempre había

estado destinado a ser un solitario. La idea le hacía sentirse solo y triste, a pesar de que Guijarro Brillante estaba a su lado.

Guijarro Brillante le miraba fijamente. Cuando se encontró con su mirada, ella agachó la cabeza y se lamió el pelo del pecho, avergonzada.

—Sabes —comenzó después de un momento—, tienes razón en que será difícil. ¿Quizá te gustaría venir conmigo? —La cara de Árbol debió mostrar su confusión, porque ella continuó—: No parece que haya nada que te retenga aquí. Este no es tu territorio ni nada. Si me ayudaras a encontrar al Clan del Cielo, estoy segura de que Estrella de Hojas te dejaría unirte a nosotros.

Por un momento, Árbol se lo imaginó. Todo un grupo de gatos, como las Hermanas, pero con gatos y gatas juntos, trabajando y viviendo en grupo. Siempre habría algún gato con el que cazar, el suave pelaje de algún gato junto al que acurrucarse.

«*No*». Torrente había muerto. Las Hermanas lo habían expulsado. Raíz había muerto, salvando a Árbol.

Apegarse a otros gatos solo conducía al dolor. Era mejor no preocuparse por nadie.

—Vivir en un Clan suena bien —admitió—. Pero creo que solo soy un solitario.

Guijarro Brillante agitó la cola con desdén.

—No puedes haber estado solo toda tu vida —ella maulló—. Seguro vivías con tu madre y tus hermanos de camada cuando eras un cachorro.

Árbol hizo una pausa. Casi quería contarle sobre Luz de Luna y las otras Hermanas. Seguro que una madre tan decidida a que sus hijos fueran bienvenidos y queridos vería lo terrible que era echar a un cachorro solo porque era macho. Pero, de repente, no quiso volver sobre ese tema. No tenía sentido aferrarse a ese viejo resentimiento. Ya había crecido y podía cuidar de sí mismo.

Raíz había dicho que Árbol podía ser el gato que quisiera. ¿Por qué querría recordar a las Hermanas? ¿Por qué darles ese poder sobre él?

—Crecí casi solo —mintió—. Solo mi madre, mi hermana y yo. Pero cuando era muy joven, mi madre me abandonó. —Pensó en Helada y en lo enferma que había estado, y añadió—: Mi hermana estaba enferma, y mi madre pensó que un Dos Zarpas podría ayudarla, pero que las posibilidades eran mejores si eran solo ellas dos.

—¡Eso es horrible! —Guijarro Brillante maulló indignada—. ¿Te *abandonaron*?

Árbol esponjó su pelaje, reconfortado por su indignación.

—Supongo que tuve suerte de que no me comieran tejones o algo así, pero estuve bien.

—No parece un buen comienzo en la vida. —La mirada de Guijarro Brillante era comprensiva—. Debes de estar enojado con tu madre.

Árbol se encogió de hombros.

—Lo estaba —le dijo—. Pero ya no. Así es como salieron las cosas. Estoy acostumbrado a estar solo.

Aquello se sentía extrañamente cierto. Puede que nunca volviera a ver a Luz de Luna y a las Hermanas, y sintió que tal vez podría perdonarlas.

Guijarro Brillante posó su cola sobre su espalda. Hacía mucho tiempo que otro gato no lo tocaba, se dio cuenta Árbol. Se sintió reconfortado.

—No creo que estés solo para siempre —le maulló—. Eres un buen gato, Árbol.

Sonaba tan sincera que Árbol casi le creía. La idea de *no* estar solo para siempre le produjo un dolor extraño, como un espacio vacío en el pecho. Era tan difícil de imaginar.

Lamiéndose las almohadillas, Guijarro Brillante apartó de un empujón los restos del cadáver de la rata y se puso de pie.

—Empezaré a buscar al Clan del Cielo de nuevo por la mañana —ella anunció—. ¿Conoces algún lugar seguro para pasar la noche?

Empezaba a oscurecer y no había ningún buen árbol para trepar cerca del basurero de Dos Zarpas, así que Árbol la guió hasta un arbusto espinoso cercano bajo el que podían refugiarse. Se sentía tan familiar y reconfortante tener a otro gato a su lado, con los pelajes rozándose. Se oía un gruñido continuo proveniente de un Sendero Atronador no muy lejos, pero él escuchó la respiración constante de Guijarro Brillante mientras se quedaba dormido.

Cuando sus ojos se abrieron en la oscuridad más absoluta, se dio cuenta de que era mucho más tarde, mucho después de la medianoche. Guijarro Brillante seguía durmiendo. Árbol no sabía qué lo había despertado y parpadeó en la noche, confundido y somnoliento. Entonces una voz familiar habló, cerca de él.

—¡Arbol! Tienes que despertarte.

A Árbol se le cortó la respiración y, sin pensarlo, se levantó de un salto. Las espinas rasgaron su manto, pero apenas se dio cuenta. Conocía esa voz.

—*¿Raíz?*

Capítulo 10

Su padre brillaba muy levemente, como la luz de una estrella lejana, y no parecía del todo sólido. Pero su cara y su voz eran las mismas y parecía desesperadamente preocupado.

—Tienes que levantarte —maulló con urgencia—. Tú y esta gata preñada, tienen que huir.

Árbol no podía respirar. No podía *pensar*.

—¿Cómo… cómo te estoy viendo?

Raíz agitó su cola con impaciencia.

—No hay tiempo para eso. Los dos tienen que salir de aquí. Están en peligro.

Parpadeando, Árbol se obligó a actuar. No iba a dejar que otro gato resultara herido si podía evitarlo. Suavemente, despertó a Guijarro Brillante.

—Tenemos que irnos, no es seguro aquí.

Tambaleante, Guijarro Brillante parpadeó.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos —repitió Árbol con más urgencia.

No pudo responder a su pregunta, pero Guijarro Brillante se levantó de todos modos, con su gran vientre incomodándola, y lo siguió fuera del arbusto.

Había empezado a caer una lluvia ligera, que les empañaba los bigotes, y ambos encorvaron los hombros contra ella.

—¿A dónde deberíamos ir? —preguntó Guijarro Brillante, y Árbol comenzó a responder «Tal vez hacia el bosque», pero luego se detuvo, los aromas de la noche lo invadieron.

A través del olor de la lluvia y de la basura de Dos Zarpas había un olor rancio que reconoció. Lo había percibido por primera vez el día en

que murió su padre. «*¡Zorro!*». El corazón de Árbol latía con fuerza. De repente se le secó la boca. *No podía* luchar contra un zorro. La última vez que un zorro le había atacado, se había congelado y Raíz había muerto. No podía dejar que eso le pasara a Guijarro Brillante. Tenían que salir de aquí.

—Vamos —maulló, mirando a Guijarro Brillante.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par por el miedo, su somnolencia desapareció; ahora también había olido al zorro. Si llegaban al bosque del otro lado del Sendero Atronador, podrían trepar a un árbol.

Miró hacia el Sendero Atronador a través de la lluvia, que ahora caía con más fuerza. Un monstruo solitario, con los ojos brillantes, pasó rugiendo. El duro material negro del que estaba hecho el Sendero Atronador estaba resbaladizo debido a la lluvia. ¿Podría Guijarro Brillante moverse lo bastante rápido?

El olor a zorro era cada vez más fuerte. Con la lluvia cayendo a su alrededor, no podía saber de qué dirección venía.

—Crucemos el Sendero Atronador —decidió.

«*Será más seguro que aquí*».

—Buena idea —maulló Guijarro Brillante, y se puso a la cabeza, con Árbol pisándole los talones.

Mientras caminaban, Árbol seguía olfateando el aire, con todos sus sentidos alerta como Raíz le había mostrado. «*Raíz.* Vi *a Raíz*». La emoción lo inundó como un río. «*Nunca pensé que pudiera hacerlo. Nunca pensé que volvería a verlo, ni a nadie que hubiera perdido.* ¿Cómo? *¿Regresó solo para salvarnos?*».

Árbol había pensado que estaba roto. Pero Raíz había vuelto. «*Quizá las Hermanas tenían razón. Tal vez ninguno de los muertos se pierde nunca*», pensó, y eso le reconfortó por primera vez desde el terrible día en que Torrente había muerto.

Un gruñido vino de su izquierda mientras se acercaban al Sendero Atronador. Antes de que pudiera hacer algo más que girar la cabeza, el zorro salió disparado de entre los helechos y se dirigió directamente hacia ellos. «*No* —pensó Árbol—. *Otra vez no*».

Mostrando los dientes, infló la cola y chilló, haciéndose lo más grande y feroz posible, y luego cargó contra el zorro.

—¡Vete! —le aulló a Guijarro Brillante.

El zorro aminoró la marcha, para luego volver a avanzar.

—¡No te dejaré luchar solo! —aulló Guijarro Brillante.

La oyó acercarse detrás de él mientras saltaba para golpear al zorro en los ojos, al igual que lo había hecho Raíz. El zorro retrocedió, y el golpe de

Árbol falló. El suelo ya estaba embarrado por la lluvia. La pata de Árbol resbaló y cayó con fuerza. ¿La tierra todavía lo odiaba? También se había caído cuando Raíz y él luchaban por sus vidas. Mirando al zorro que avanzaba, fue golpeado por una oleada de recuerdos. «*Así fue como ocurrió*». Se iba a congelar y el zorro los mataría a los dos.

«*¡No!*», pensó. Incorporándose, se lanzó contra el zorro. Atrapó su nariz con sus garras esta vez, dejando un largo rasguño, y el zorro aulló de dolor. Guijarro Brillante se acercó a él, más rápido de lo que parecía a pesar de su vientre abultado, y lanzó un tajo a la oreja del zorro.

Cuando Árbol volvió a golpear los ojos del zorro, con la garra cerca del borde del ojo, el zorro se hartó. Se sacudió a Guijarro Brillante mientras le pasaba las garras por el costado, retrocedió y luego se dio la vuelta y echó a correr.

Jadeantes, Árbol y Guijarro Brillante se miraron.

—Será mejor que crucemos el Sendero Atronador mientras podamos —maulló ella, y Árbol asintió.

Mientras se dirigían hacia allí, miró hacia atrás por encima del hombro. No había ningún destello de estrella pálida detrás de ellos, nada que pareciera ser un fantasma. Tal vez su padre había venido solo esa vez, para salvarlos. «*Gracias, Raíz*».

Al amanecer, la lluvia había cesado. Árbol bajó de un salto de la rama baja donde habían dormido, observando con preocupación cómo Guijarro Brillante saltaba tras él con torpeza, pero sin peligro.

El pasto estaba mojado y gotas de lluvia brillaban en sus tallos. A unas pocas colas de distancia, monstruos corrían por el Sendero Atronador, tan cerca que casi se tocaban entre sí. Uno gritó su áspero aullido, y ambos gatos se estremecieron.

—Anoche no te lo dije, pero gracias —le dijo Guijarro Brillante—. Si no me hubieras despertado, y luchado contra el zorro conmigo, me podrían haber matado.

Un calor avergonzado se extendió por Árbol ante su elogio.

—No pasa nada —respondió—. Me alegro de haber ayudado a salvarte.

Guijarro Brillante ronroneó.

—Salvaste a más de un gato —maulló.

Árbol se dio cuenta de que se refería a sus cachorros, y aún se sintió más cálido. «*Salvamos a una familia, Raíz*».

—Hablando de eso —Guijarro Brillante añadió—, será mejor que me vaya. Quiero encontrar a mi Clan antes de que nazcan los cachorros. ¿Seguro que no quieres venir conmigo? Creo que serías un maravilloso guerrero del Clan del Cielo.

—No creo que sea para mí. Pero agradezco que me lo pidas —le respondió Árbol.

Una parte de él anhelaba volver a vivir con otros gatos. Había sido bueno compartir una guarida con Guijarro Brillante y luchar a su lado. ¿Pero estaban todos los gatos destinados a vivir en grandes grupos como el Clan del Cielo o las Hermanas? La parte más feliz de su vida hasta el momento había sido solo con Raíz a su lado.

Guijarro Brillante miró a su alrededor, examinando el cielo y el Sendero Atronador como si decidiera qué camino tomar.

—¿Cómo los vas a encontrar? —le preguntó Árbol, sin poder contenerse—. ¿Segura que no prefieres quedarte aquí?

Guijarro Brillante agitó la cola.

—Sé que algún día encontraré al Clan del Cielo. Mis cachorros…

—Tienen un destino —dijo Árbol.

¿Quién sabía? Tal vez lo tenían. «*Eso es asunto del Clan del Cielo*».

Guijarro Brillante enroscó la cola con la de Árbol y se quedó un momento a su lado.

—Siempre serás bienvenido en el Clan del Cielo —le dijo.

Árbol la observó mientras se alejaba, con la cola erguida detrás de ella. Parecía decidida, como si fuera a emprender una aventura, como si supiera a dónde iba. «*Espero que encuentre a su Clan* —pensó—. *Pero supongo que nunca lo sabré*».

Árbol pasó el día viajando por el bosque. Atrapó algunos ratones y disfrutó un rato de la luz del sol, pero se sentía extrañamente inquieto. Como si estuviera esperando algo.

Cruzó por debajo de un haya, y una luz pálida arriba entre sus ramas le llamó la atención. ¿Podría ser? ¿Raíz estaba cerca?

Con un salto, Árbol empezó a trepar por el haya, con las patas resbalando por la corteza aún húmeda. A medio camino, encontró a Raíz sentado en una rama, con la cola colgando y un brillo travieso en los ojos.

—Eres real —maulló Árbol sin aliento, trepando a la rama junto a él.

—Claro que soy real —Raíz respondió—. Tengo que vigilarte, hijo.

—Sí. —Árbol apretó las garras contra la rama, sintiéndose tímido de repente—. Lo siento mucho —soltó al fin—. *Moriste* salvándome. Nunca quise que eso pasara.

Raíz movió la oreja con desdén.

—No te preocupes —maulló—. Yo tampoco diría que *quería* que pasara, pero definitivamente valió la pena. No quiero que te sientas culpable ni que te disculpes ni nada de eso.

—Pero… —empezó Árbol.

Raíz se sentó más erguido y miró directamente a los ojos de Árbol. Cuando habló, su voz había perdido su tono burlón.

—Estaba tan agradecido por ti —le dijo—. Creía que era un solitario feliz, que hacer lo que quisiera, donde quisiera y cuando quisiera, era lo que significaba tener una buena vida. Me equivocaba. Morir para salvarte fue lo mejor que hice.

—Pero solo pasamos un par de lunas juntos —argumentó Árbol, con la voz temblorosa—. Fue tan poco tiempo.

«*Perdimos tanto tiempo*».

Raíz se inclinó hacia delante y apretó la mejilla contra la de Árbol durante un instante. No sintió nada, salvo un ligero frescor, pero Árbol se sintió reconfortado.

—Podría enojarme por eso —le dijo su padre en voz baja—, pero me alegro de que hayamos llegado a conocernos. Me demostraste que era algo más que un solitario. Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti.

Árbol bajó la cola.

—¿Orgulloso de qué? —preguntó—. Yo también soy un solitario. Salvé a Guijarro Brillante, pero fue gracias a ti.

—Fue gracias a *ti* —Raíz le corrigió—. Yo solo te desperté. Tú mismo la salvaste. —Miró a través del bosque, con la cola balanceándose. El cielo seguía nublado por la lluvia, pero se veían algunos rayos de sol—. Si hay un consejo paternal que puedo darte, es este: una amistad que *eliges* a veces es más fuerte que el parentesco. Puedes encontrar algún gato al que cuidar. —Volvió a mirar a Árbol, con ojos afectuosos—. No te pases la vida solo, Árbol. Aunque pierdas a un gato que amas, es mejor eso que no haberlo tenido nunca a tu lado.

—Puede que sí —maulló Árbol.

Pensó en Torrente y en sus hermanas. En el propio Raíz, y en Guijarro Brillante, aunque solo la había conocido un día. Perderlos a todos le había dolido, pero el dolor había merecido la pena.

Raíz empezaba a desvanecerse, sus bordes se veían borrosos y débiles.

—¡No me dejes! —aulló Árbol, alarmado.

¿Raíz había vuelto solo para marcharse de nuevo?

Pero el otro gato ronroneó, divertido.

—No te preocupes por eso —maulló—. Puede que no puedas verme todo el tiempo, pero volveremos a hablar. Deambularé contigo a partir de ahora.

Poco a poco, Raíz se fue desvaneciendo, su forma se hizo cada vez más pálida hasta que Árbol se quedó solo. Sin embargo, no se sentía solo: sabía que Raíz viajaría a su lado.

Al igual que Raíz momentos antes, Árbol contempló los árboles. El sol estaba bajo en el horizonte, brillando con un violeta pálido y claro a través de lo que quedaba de las nubes de tormenta. Algo en la belleza de la escena hizo que el corazón de Árbol se llenara de esperanza.

«Una amistad que eliges a veces es más fuerte que el parentesco», había dicho Raíz. Seguramente, en algún lugar había otro gato que podía tocar el corazón de Árbol. Algún gato que hiciera que cuidar valiera la pena el riesgo. Por primera vez desde la muerte de Raíz, el corazón de Árbol comenzó a llenarse de emoción. Había todo un futuro ahí fuera, hacia el horizonte, y él podía ir a donde quisiera. Y, algún día, tal vez alguien más caminaría a su lado.

Libro original: “Warriors: A Warrior’s Spirit” *por* ***Erin Hunter***
Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducciones: ***Monki_Donki*** *y* ***Pichu06***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio